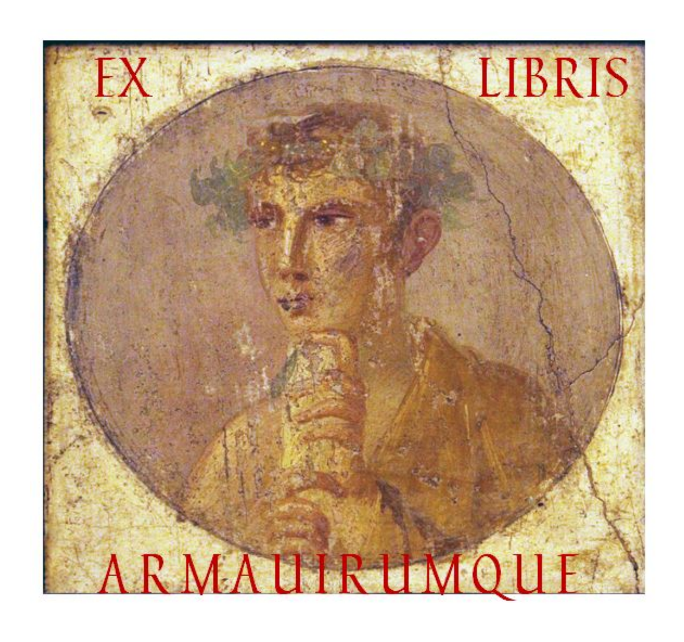
COMEDIAS III

Plauto

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 302



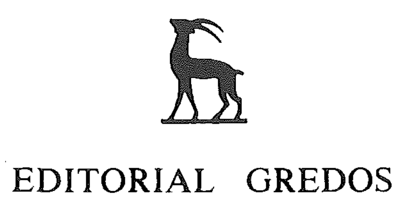
PLAUTO

COMEDIAS

III

EL CARTAGINÉS — PSÉUDOLO — LA MAROMA — ESTICO — TRES MONEDAS — TRUCULENTO — VIDULARIA — FRAGMENTOS

INTRODUCCIONES, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
MERCEDES GONZÁLEZ-HABA



EDITORIAL GREDOS

Asesores para la sección latina: José Javier Iso y José Luis Moralejo.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por José Antonio Enríquez González.

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2002.
www.editorialgredos.com

Depósito Legal: M. 39125-2002.

ISBN 84-249-1497-X. Obra completa.
ISBN 84-249-2353-7. Tomo III.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 2002.

Encuadernación Ramos.

NOTA TEXTUAL

Relación de los pasajes en los que se utiliza otro texto que el de Lindsay[1].

POENULUS

	Texto de Lindsay	Texto adoptado
288	*eo illud satiust «satis» quod satis est habitu: ⟨hoc⟩ plus quam sat est.*	*eo illud satiust satis quod [satis est] habitus ⟨quam illud quod⟩* (adición de Ritschl) *plus quam sat est,* Ernout.
315	*cedo sis dexteram*	*cedo sis, deteram,* Ernout, según conjetura de Scaliger.
334	Ade. *propitia hercle est*	Ernout, siguiendo el co. *Lipsiensis* y la *ed. pr.,* atribuye estas palabras a Agorastocles.

[1] La elección de otro texto no implica siempre un juicio positivo sobre el mismo, sino que se acepta como solución provisional para los fines de la traducción.

	Texto de Lindsay	Texto adoptado
347	*i die recte*	Ernout atribuye estas palabras a Agorastocles.
352	Ag. *Quid ego nunc te curem?*	*quid? ego non te curem?* Ernout, según Acidalius.
538	*omne nostrum id intus est*	*nostrum id omne, non tuum est,* Ernout, según Bentley.
874	*verum. Enim qui homo eum norit, norit cito homo pervorti potest*	*verum enim qui†homo eum norit cito homo pervorti potest,* Ernout.
1113	*ore*	*crine,* Bentley.
1168	Ag.— *scin quid est? Thraeca sunt: in celonem sustolli solent*	Mi.— (Ernout) *scin quid est? tragicae sunt: in calonem sustolli solent,* Leo.
1189	*ut quibus*	*et quibus,* Ernout, según lo que cree ser lección del ms. Ambrosiano.
1216	*bene feceris*	*benefecerit,* Ernout, según Acidalius.

PSEUDOLUS

	Texto de Lindsay	Texto adoptado
124	*utrum*	*oculum,* Ernout, según Bentley.
168	*celebra*	*celebrate,* Ernout, según Gulielmus.
183	*hodie? improbae*	*hodie, improbae?,* Ernout.
221	*devincis*	*deungis,* Ernout, según Acidalius y Lorenz.
336	Ps.—	Cali.— Ernout, según Ritschl.

	Texto de Lindsay	Texto adoptado
422	*felat*	*foetet,* Ernout, según Loewe.
627	*expenso*	lo suprime Ernout, según Bothe.
639	Ps.— *quidquid est nomen tibi*	frase a tribuida a Ha. por Ernout, según Acidalius.
1144	at hic	Ba.— at hic, Lorenz y Ernout.
1277	*nolui: idem*	*nolui idem,* Ernout, según Leo.

RUDENS

	Texto de Lindsay	Texto adoptado
315	*tris semihomines*	⟨*secum homines*⟩ Ernout, según Mitscherlich.
481	*Agasi*	*exi,* Ernout, según Seiffert.
728	*di*	*det,* Ernout.
836	*astato*	*astate,* Ernout.
927	†*nunc haec tibi occasio, Gripe, optigit ut liberes ex populo praeter te*†	*ut liberet exptempulo praetor te,* Ernout, según Pylades.
1143	Gr.— *hoc habet*	Tr.— *hoc habet,* Ernout y Marx.
1247	*malefici*	*maleficiis,* Ernout, según los mss.
1248	*mihi conlusim*	*mihi cum lusi,* Ernout y Marx, según los mss.
1383	*iam ab istoc auferre haud ausim, si istunc condemnauero*	*tam ab istoc auferre haud si⟨na⟩m, ⟨ni⟩si istunc condemnauero,* Ernout, según Camerarius.

STICHUS

	Texto de Lindsay	Texto adoptado
208[a]	*ipsus egomet quam ob rem auctionen praedicem*	suprimido por Guyet, Ernout y Petersmann.
282	*benefacta maiorum tuorum*	Atetizado por la mayor parte de los editores a partir de Ritschl, por considerarlo introducido aquí del v. 303.
226	*unctiones*	*iunctiones,* Ussing y Ernout, con el ms. Ambrosiano.
304	*modo*	*bono,* Guilielmus y Ernout.
312	†*manum*†	*malum magnum,* Hermann y Ernout.
470-71	Ge.— *Cenem illi apud te quoniam salvos advenis*	Ep.— *¿Cenem illi apud te?* Ge.— *Quoniam salvos advenis,* Ritschl y Ernout.
585	*salvo*	*credo,* Loewe y Goetz-Schoell y Ernout y Petersmann.
620	*sat e rest loci*	*sat erit loci,* Bothe, Ernout y Petersmann.
691	†*intripillo*†	*entriptillo,* Petersmann, según O. Hiltbrunner, *Latina Graeca* 167.
696	*mica*	*amicam,* Ernout, según los mss. Palatinos.
701	†*cenat*†	*cessat,* Goetz y Ernout.
720	†*prosumo*† *bibere*	*prosum* ⟨*hoc*⟩ *ebibere,* Müller y Ernout.

TRINUMMUS

	Texto de Lindsay	Texto adoptado
406	*exussum*	*exunctum,* Ernout, según Gulielmus.
758	*roges*	*rogem,* Ernout, según los mss. italianos.
857	*argentum hac facit*	*argentum hoc facit,* Ernout con una parte de la tradición.

TRUCULENTUS

	Texto de Lindsay	Texto adoptado
37	*si iniecit* (en app. cr.: *si inierit,* Bücheler *fort. recte)*	*si inierit,* Ernout y Enk, según Bücheler.
38	†*or*†	*vortit,* Spengel y Enk.
56	†*petra*†	*praeter,* Enk, según Bücheler.
161	*habeamus*	*habemus,* Ernout y Enk, según Leo y los mss. italianos.
180-81[a]		Los vv. 180-81[a] son suprimidos como interpolados por Ernout y Enk.
192	†*ne uias utamur*† *ira*	*ne ut iusta utamur ira,* Ernout y Enk, según Bücheler.
319	*equidem* †*exinem intu domito*†	*equom ex indomito domitum,* Enk, según Weise.

	TEXTO DE LINDSAY	TEXTO ADOPTADO
526	*itaque ego †medulo†*	*equom ex indomito domitum,* ENK, según SEIFFERT.
557	*†publicos†*	*pulices,* SEIFFERT y ENK.
570	[Texto corrupto] *servat nec nulli ubi sit apparet.*	⟨rem⟩ *servat nec ulli ubi sit apparet,* ENK, según LEO.
574	*prouabit*	*priuauit,* ERNOUT.
577	*Geta*	*Cyame,* ERNOUT y ENK, según SCHOELL.
597	[Texto corrupto] *usque adicit oculum, uissit, adit, mansit*	*usque abigi, aspuli; iussi abiret; tamen mansit,* ENK, según LEO.
629	*†abo domum† ego tecum*	*abero dum ego tecum,* ENK.
654	*ille abiit. ego †perpera† minas* (en app. cr.: *vel abit propere Ital.)*	*propere minas,* ERNOUT y ENK, según los mss. italianos.
680	*haben-* TR. *parasitum te fortasse dicere?*	*haben paratum—* TR. *aes fortasse te dicere?,* ENK.
721	*si quid*	*ni quis,* ERNOUT.
747	*dimidio*	*donati,* ERNOUT y ENK, según SPENGEL.
858	*uidi, audiui*	*ubi id audiuit* mass. y ERNOUT.
867		*ut ⟨me⟩ quasi pro derelicta sis habiturus,* ERNOUT.
877	*refacere*	*nefacere,* ERNOUT y ENK, según SCHOELL, LEO y los mss. italianos.
880	*manubiarius*	ENK propone *momentarius;* según USSING el sentido que se espera es *ad tempus.*
892	*†hastis† confectum fallaciis*	*ast⟨ut⟩is conficiam fallaciis (astutis,* CAMERARIUS, *con-*

	Texto de Lindsay	Texto adoptado
		ficiam, Geppert), Ernout y Enk.
893	†*damnis*†	*damnas,* Ernout y Enk, según Dousa.
908	†*etauio*†	*ut auiam,* Palmer, Ernout y Enk.
910	†*ad omnae manc*†	*addam etiam unam minam,* Leo y Enk.
928	†*nihili phiari*†	*philippiari,* Spengel y Enk.
932	*et*	*nec,* Ernout y Enk, según Lambinus.
934	†*qualest*†	*squalust,* Ernout y Enk, según Iustus Lipsius.
944	*faxis*	*faxit,* Enk, según Lambinus.
946	†*eat apale puram*†	*at ego pallam et purpuram,* Enk, según Camerarius.
966	†*romabo*†	Texto corrupto; la traducción sigue más o menos el sentido propuesto por Enk.

VIDULARIA

Donde se ha completado el texto se han seguido las propuestas de Studemund o de Leo anotadas por Lindsay en el aparato crítico de su edición.

EL CARTAGINÉS

(Poenulus)

INTRODUCCIÓN

Poenulus, otra vez el motivo de la joven libre de nacimiento, en este caso dos hermanas que, después de ser raptadas de niñas en Cartago, su patria, vienen a caer en manos de un rufián; otra vez el joven enamorado de una de ellas —al que por excepción no le falta dinero—, también de Cartago, igualmente raptado y adoptado luego por un hombre rico. El desenlace se produce con la llegada del padre de las muchachas, que reconoce en ellas a sus hijas y en el joven Agorástocles a su propio sobrino. Éstas son las líneas fundamentales del argumento; pero la obra da comienzo con otra intriga que por sí sola bastaría para llenar la pieza: Milfión, esclavo de Agorástocles, idea una estratagema para engañar al rufián Lobo y ahorrar a su amo el pago de la liberación de su amiga. Pero las cosas toman otro rumbo que casi parece hacer innecesaria la intriga anterior: un esclavo del rufián descubre a Milfión el secreto de que las dos jóvenes esclavas de su amo son en realidad libres, y en el momento que dirigen sus pasos a intentar así una nueva solución al caso, aparece el Cartaginés, que conseguirá llevarlo todo a buen fin.

¿Se trata de dos intrigas independientes 'contaminadas' en una sola pieza por el poeta latino? Ya un redactor anti-

guo (vv. 923-929) parece haberse dado cuenta de que hay un cierto conflicto entre los dos tramos de la acción: el primer episodio bastaría, y el segundo hace en cierto modo innecesario el primero. Así argumentan los defensores de la teoría de la contaminación. En contra de ello se ha afirmado también que el hecho de descubrir que las jóvenes son libres era de gran importancia en las convenciones sociales de la Antigüedad. Según las más recientes investigaciones, las diversas irregularidades son achacables a un retractador (O. Zwierlein, I, 1990).

El *Poenulus* es una obra muy larga —hasta los actores hacen varias veces alusión a ello, con el típico rasgo plautino de ruptura de la ficción teatral (cf. la alusión hasta a los ensayos en vv. 553 s.), y su desarrollo no siempre está a la misma altura. Junto a escenas que rebosan de la típica comicidad plautina —diálogos entre el rufián y el militar Antaménides, entre el adinerado joven Agorástocles y los testigos, que reaccionan con slogans *premarxistas* a sus exigencias, las escenas con Colibisco, encargado de llevar a cabo la estafa, la famosa escena del 'intérprete'— hay otras en la segunda parte de la obra lentas y reiterativas, que están pidiendo ser radicalmente abreviadas para el caso de una escenificación.

El *Poenulus* ofrece la particularidad de los problemáticos y discutidos parlamentos en lengua púnica. El monólogo en púnico de Hannón (vv. 930 ss.) ha sido considerado recientemente como no auténtico por O. Zwierlein (y antes por I. Opelt), pero sí la versión latina que sigue (vv. 950-960), con excepción de los vv. 952-954; el principal motivo que se aduce es que tenía que ser entendido por el público, ya que contiene informaciones de importancia para el curso de la acción. Con todo no debe olvidarse que, desde el punto de vista del director de escena, el efecto teatral sólo que-

da conseguido si la figura de Hannón, vestido a la africana y acompañado de un extraño séquito, se pone a hablar también en una lengua exótica.

El problema de los dos finales del *Poenulus* ha sido tratado con muy diversos resultados por numerosos filólogos: Ussing, Leo, Jachmann, Theiler, Maurach, entre otros, y últimamente O. Zwierlein, 1990. Según Zwierlein, el auténtico es el segundo (vv. 1372 hasta el final): los vv. 1338-1341 del primer final son plautinos y forman el puente de unión entre el v. 1321 (los versos 1322-1337 son interpolados) y el comienzo del segundo final.

Sobre el modelo griego nos informa el prólogo: se trata de una comedia titulada *Carchedonius*. Menandro escribió una obra con este título, pero no tenemos la posibilidad de identificarla con el *Poenulus* plautino, ni tampoco hay pruebas de que el modelo sea el *Carchedonius* de Alexis.

La fecha es también desconocida, aunque, como siempre, se han aducido argumentos sacados del texto de la comedia para fecharla (vv. 424-425 donde se alude a la victoria de Roma sobre sus enemigos).

Aparte de algunos elementos aislados, el *Poenulus* no ha tenido resonancia en la literatura posterior.

ARGUMENTO

Un niño de siete años es raptado en Cartago. Un viejo misógino lo compra, lo adopta y lo nombra su heredero. Dos primas suyas son también raptadas junto con su nodriza. Las compra Lobo, un rufián que trae a mal traer al joven enamorado de una de ellas. Pero éste le mete en casa a su capataz con una cantidad de oro, cogiéndolo así en delito de robo. En esto llega el cartaginés Hannón, que encuentra al hijo de su hermano y reconoce a las dos hijas que había perdido.

PERSONAJES

AGORÁSTOCLES, joven.
MILFIÓN, esclavo de Agorástocles.
ADELFASIO, joven, hija de Hannón.
ANTERÁSTILIS, joven, hija de Hannón.
LOBO, rufián.
ANTAMÉNIDES, militar.
UNOS TESTIGOS.
COLIBISCO, capataz de Agorástocles.
SINCESRATO, esclavo del rufián.
HANNÓN, viejo cartaginés.
GIDENIS, nodriza de las dos jóvenes hermanas.
Un joven esclavo.
Una esclava.

La acción transcurre en Calidón[1].

[1] Ciudad etolia situada a la entrada del golfo de Corinto.

PRÓLOGO

Para empezar, quiero traeros a la memoria el *Aquiles* de Aristarco[1]; de ahí, de esa tragedia tomaré mi comienzo:

«Guardad orden y silencio y prestadme atención; os da orden de escuchar el general»... del Cuerpo de Comiquería. Acogednos con benevolencia desde vuestros asientos, tanto los que estéis en ayunas como los que hayáis venido comidos; los que hayáis comido habéis hecho muy requetebién, los que no hayáis comido, podréis quedaros satisfechos con la comedia. Aunque, desde luego, es una gran necedad, habiendo tenido la posibilidad de comer, venir a sentarse aquí con el estómago vacío sólo por causa nuestra. A ver, pregonero, levántate y manda callar al público; vamos a ver si sabes hacer bien tu oficio: no ahorres la voz a la que debes tu sustento y tu vida, que si no gritas como es debido, callado serás hecho presa del hambre. Ahora toma asiento de nuevo, para que recibas así también por ello tu salario[2].

Atención al bando, para que podáis guardar mis órdenes[3]: En el proscenio no deberá tomar asiento ningún puto;

---

[1] Poeta trágico contemporáneo de Eurípides; se conservan algunos fragmentos de la versión latina del *Aquiles* hecha por Ennio.

[2] Cf. *Asinaria* 5.

[3] El v. 16 se considera incompleto y corrupto. Traducción aproximada.

ni los lictores ni sus varas deberán resollar palabra; el acomodador se guardará de pasar por delante de las narices del público, ni llevará a nadie a su asiento mientras los actores estén en escena. Quienes hayan estado durmiendo tranquilamente y a placer en su casa, pueden ahora aguantar el estar en pie, o, si no, haber dormido un poco menos. Los esclavos no deberán tomar asiento, a fin de que haya sitio para los ciudadanos libres; en otro caso, que vean de comprarse su libertad, y si ello no les es posible, más vale que se marchen a casa y escapen así a un doble infortunio, no sea, que aquí los llenen de cardenales a fuerza de palos y en casa de latigazos por su negligencia cuando los amos vuelvan. Las nodrizas deberán atender a las criaturas a su cargo en casa y no traerlas aquí al teatro, para que ni ellas padezcan sed ni los chicos se mueran de inanición y se pongan a berrear como cabritos a fuerza de hambre. Las señoras que sigan el espectáculo, lo harán en silencio y se reirán por lo bajito; aquí deberán contenerse del tintineo de su palique y guardarán sus conversaciones para cuando estén en casa, de modo que no sirvan de incordio a sus maridos en uno y otro lugar. Por lo que se refiere a los organizadores de los festivales, no darán la palma injustamente a ningún artista, ni será nadie excluido por intrigas, de forma que los malos sean preferidos a los buenos. Ah, otra cosa, por poco se me olvida: vosotros, los que venís acompañando a vuestros amos, mientras que dura la representación, dad el asalto a las tabernas ahora, en tanto que hay ocasión, mientras que están calentitas las pizzas, ¡a por ellas! Todas estas órdenes que han sido dadas en virtud del susodicho mando sobre el Cuerpo de Comiquería, lo cual sea para bien, debéis tenerlas muy presentes todos y cada uno de vosotros en interés propio.

Ahora vamos a pasar al asunto del argumento, para que sepáis tanto como yo: voy a delimitar el terreno, a señalar

sus fronteras y sus vecindades, que es a mí a quien se le ha dado el cargo de efectuar las mediciones pertinentes. Pero si no os importuna, os diré primero el título de la comedia; y si os importuna, lo diré también, si es que me lo permiten quienes tienen autoridad en ello. Esta comedia se titula *Carquedonios;* Plauto, de la estirpe de los puchófagos[4], la nombró en latín *Patruos*, o sea *El tío*[5]. El nombre ya lo sabéis. Allá va ahora el resto de las declaraciones, porque se trata de hacer el censo del argumento que tendrá lugar aquí en la escena; vosotros sois los auxiliares juramentados del fisco. Escuchadme, por favor.

Había una vez en Cartago dos primos hermanos, de una familia muy distinguida y muy rica; uno de ellos vive, el otro murió —y esto os lo puedo asegurar con todas las garantías porque me lo dijo nada menos que el embalsamador que lo embalsamó—. El caso es que el viejo que murió tenía un hijo único, que le fue raptado, y perdió así sus riquezas y a su padre, en Cartago, a la edad de siete años, seis antes de la muerte del padre. Al verse éste privado de su único hijo, cae enfermo de pena, nombra heredero a su primo hermano y se va al otro mundo sin llevar una perra consigo para el camino. El individuo que raptó al muchacho se lo trajo consigo a Calidón y se lo vendió aquí a un viejo ricachón, que quería tener hijos pero odiaba a las mujeres. Sin saberlo, compra el viejo al hijo de quien era amigo suyo, lo adopta y lo nombra su heredero al morir. El joven este vive aquí en esa casa. Ahora me vuelvo otra vez a Cartago: si alguien

[4] El texto latino dice *Pultiphagonides,* término híbrido burlesco (como *pultiphagus* «comedor de puches o gachas», *Mostellaria* 828) para designar a los romanos (cf. PLINIO, *Nat.* 18, 83, *Pulte autem, non pane uixisse longo tempore Romanos manifestum).*

[5] El título conservado por los manuscritos es *Poenulus,* «El Cartaginés».

quiere hacerme algún encargo o que le solucione allí algún asunto, como no sea que me dé dinero, hará una tontería; pero si me lo da... hará una tontería aún mayor[6]. Bien, el otro viejo cartaginés, que vive todavía, el tío del joven este de aquí, tuvo dos hijas: las dos, una con cinco años, la otra con cuatro, desaparecieron junto con su nodriza en Magarias[7]. Su raptor se las llevó a Anactorio[8] y las vendió allí al contado a las tres, las niñas y la nodriza, a un hombre, si es que se puede decir que un rufián lo es..., a un hombre, digo, como no hay otro de perverso en el mundo. Haceos vosotros mismos una idea de qué clase de persona puede ser un individuo que se llama Lobo. Pues este tal Lobo se trasladó no hace mucho desde Anactorio, donde vivía antes, aquí a Calidón por motivos de su negocio, y vive aquí en esa casa *(señala la casa del rufián)*. El joven este que os dije antes, está perdidamente enamorado de una de las dos chicas, que es prima suya, pero él no lo sabe, ni sabe tampoco quién es, ni le ha puesto jamás la mano encima; porque el rufián lo trae mártir, ni ha estado todavía ninguna vez con ella, ni se la ha llevado con él, ni el rufián se la ha querido dejar; como se da cuenta de que está enamorado de ella, busca la forma de aprovecharse de él. A la hermana más joven se la quiere comprar de concubina un militar que está perdido por ella. Pero su padre, el cartaginés, anda por mar y por tierra en su busca desde que las perdió: a cualquier cuidad que llega, va derecho en busca de todas las cortesanas; les da dinero, las contrata por una noche, les pregunta por su patria y por su origen, si es que ha sido hecha prisionera o la han raptado, de qué familia es, quiénes fueron sus padres: de esta forma

[6] Cf. *Menecmos* 51 ss.

[7] Suburbio de Cartago, junto al mar.

[8] Importante cuidad costera en Acarnania.

se da maña para buscar a sus hijas. Él sabe todas las lenguas, pero hace adrede como que no las sabe, o sea que es un *cartaginés cien por cien*. Abreviando: ayer por la tarde ha llegado aquí en un barco al puerto el padre de las dos jóvenes, que es también tío del muchacho este que vive ahí *(señala la casa de Agorástocles)*. A ver, ¿tenéis ya el hilo de la historia?: entonces tirad de él, pero cuidado con romperlo, por favor; dejadlo correr hasta el final. ¡Ah! Por poco se me olvida decir el resto: el que adoptó al joven este era amigo del cartaginés, su tío. [Éste va a llegar hoy aquí y encontrará a sus dos hijas y al joven hijo de su primo hermano, según las noticias que yo tengo. Ea, me marcho, voy a ponerme el disfraz; y que os portéis bien con nosotros]. El cartaginés llegará hoy aquí y encontrará a sus hijas y al hijo de su primo hermano. Por lo demás, a pasarlo bien y prestad atención. Me voy, que tengo que disfrazarme de otra cosa. En cuanto a lo que resta, quedan otros actores que os lo harán saber. Hasta luego, prestadnos vuestra colaboración y que la Santa Salud os bendiga.

ACTO I

ESCENA PRIMERA

AGORÁSTOCLES, MILFIÓN

AG.— Son muchos, Milfión, los asuntos que te he encomendado muchas veces: problemas, escaseces, situaciones donde no sabes qué partido tomar; tú, con tu prudencia, tu vista, tu sensatez y tu sagacidad, supiste siempre hacer de

la escasez abundancia. Yo tengo que reconocer que por tus buenos servicios te mereces la libertad y mi más profundo agradecimiento.

MI.— Mira, Agorástocles, un viejo dicho es algo estupendo cuando viene a cuento: todas esas buenas palabras tuyas no son, como suele decirse, más que «música celestial»[9]; ahora te pones muy suave conmigo, y, en cambio, ayer has hecho migas sin dificultad sobre mis costillas tres pieles bovinas.

AG.— Milfión, yo estoy enamorado: si es que hice algo indebido por culpa del amor, es justo que me perdones.

MI.— No me digas. También yo estoy ahora muerto de amor: déjame apalearte lo mismo que tú hiciste conmigo sin haber cometido mal alguno y luego me perdonas, por el motivo de que estoy enamorado.

AG.— Si es que tienes deseo o gusto en ello, te lo permito: cuélgame, átame, azótame; no tengo nada en contra, puedes hacerlo.

MI.— Y si luego te vuelves atrás de tu palabra, una vez que se te haya soltado, seré yo entonces el que esté colgado.

AG.— ¿Me voy yo a atrever a hacer semejante cosa, sobre todo contigo? Pero si hasta me duele a mí cuando veo que se te pega.

MI.— ¡A mí sí que me duele, por Hércules!

AG.— No, sino a mí.

MI.— Ojalá. Pero ¿qué es lo que quieres ahora?

AG.— Para qué andarme con tapujos: estoy perdidamente enamorado.

MI.— Bien que lo saben mis costillas.

AG.— De la vecina esta de aquí, digo, Adelfasio de mi alma, la mayorcita de las dos chicas del rufián este.

[9] Texto dudoso y muy discutido por los comentaristas.

MI.— Eso me lo has dicho ya hace tiempo.

AG.— Me deshago en deseos por ella; pero es que un lodazal no es nada en comparación con el rufián este, Lobo, su dueño.

MI.— ¿Quieres hacerle un regalo malo de verdad?

AG.— Y tanto.

MI.— Entonces no tienes más que regalarle a un servidor.

AG.— Vete al diablo.

MI.— Dime de verdad, en serio ¿quieres darle el castigo que se merece?

AG.— Desde luego.

MI.— Venga, entonces entrégame a mí de regalo; así tendrá las dos cosas un mal regalo y un castigo.

AG.— Déjate de bromas.

MI.— ¿Quieres quedarte con la chica y hacerla tu liberta sin gastos de tu parte?

AG.— Naturalmente, Milfión.

MI.— Déjalo de mi cuenta. ¿Tienes en casa trescientos filipos de oro[10]?

AG.— Hasta seiscientos.

MI.— Trescientos bastan.

AG.— ¿Qué es lo que quieres hacer con ellos?

MI.— Calla, yo te voy a poner hoy en tus manos al rufián en persona con todos los habitantes de su casa.

AG.— ¿Y cómo?

MI.— Ya te enterarás. Tu capataz Colibisco está hoy aquí en la cuidad. A él no le conoce el rufián ¿comprendes?

AG.— Claro que comprendo, pero no sé a dónde vas a parar.

MI.— ¿Que no lo sabes?

---

[10] Cf. nota a *Asinaria* 153.

AG.— Y tanto que no.

MI.— Pues yo haré que lo sepas: se le entregará el oro a Colibisco para que se lo lleve al rufián y diga que es un forastero que viene de otra cuidad, y que quiere hacer el amor y pasárselo bien y que desea que se le facilite un lugar libre, donde pueda portarse como un pillo en secreto, sin testigos de ninguna clase. El rufián le dará acogida al instante instigado por su avaricia y encubrirá al individuo y su oro.

AG.— Me parece muy bien la idea.

MI.— Tú le preguntas luego si ha ido allí un esclavo tuyo; él pensará que es a mí a quien buscas y te dirá que no. ¿Qué dudas tienes de que no resulte al momento el rufián reo de un doble robo, del oro y del esclavo? Naturalmente él no tiene posibles para procurarse esa suma; entonces, al ir a los tribunales, el pretor te adjudicará todo el personal de su casa. Ésta es la forma en que le cogeremos en la trampa al rufián Lobo.

AG.— Tu plan me parece de perlas.

MI.— Pues verás cuando lo afine bien afinado, entonces sí que tendrás motivo para hablar así, ahora está sólo en bruto.

AG.— Yo, Milfión, si no quieres otra cosa, me voy al templo de Venus, que hoy son las Afrodisias.

MI.— Lo sé.

AG.— Quiero deleitar mi vista con el espectáculo de las lindezas de las cortesanas.

MI.— Primero ocupémonos del plan que hemos tramado. Vamos dentro para instruir al capataz Colibisco en el engaño que tiene que llevar a cabo.

AG.— Aunque Cupido da vueltas en mi corazón, así y todo, te obedezco.

MI.— Ya verás cómo te alegras de ello *(Agorástocles entra en casa.)* Este hombre lleva en el pecho la mancha del amor, que no puede lavarse sin que le cueste muy caro, con

lo malvado que es el rufián este Lobo, contra el que ya está bien apuntada la ballesta de su ruina, que a no mucho tardar dispararé desde mi arsenal. Pero mira, salen Adelfasio y Anterástilis; ésa que va ahí delante es la que trae loco a mi amo. Voy a llamarle. ¡Eh, Agorástocles, sal, si es que quieres gozar del más agradable de los espectáculos!

Ag.— ¿Qué alboroto es ése, Milfión?

Mi.— Ahí tienes a tu amor, si quieres contemplarla.

Ag.— Los dioses te lo paguen, Milfión, por proporcionarme un espectáculo tan delicioso.

ESCENA SEGUNDA

ADELFASIO, ANTERÁSTILIS, UNA ESCLAVA, MILFIÓN, AGORÁSTOCLES

Ade.— Quien tenga ganas de meterse en complicaciones no tiene más que agenciarse dos cosas, una embarcación y una mujer; porque no hay nada que traiga consigo más problemas si empiezas a ponerlas a punto; son dos cosas que no terminas nunca de equiparlas ni nunca se sacian lo bastante de preparativos. Y esto que digo lo sé yo ahora por experiencia propia: desde que amaneció hasta ahora no hemos parado las dos[11] de bañarnos, darnos masaje, secarnos, vestirnos, pulirnos y repulirnos, pintarnos y componernos; y al mismo tiempo las dos esclavas que estaban de servicio de cada una de nosotras nos han ayudado a bañarnos y lavarnos, aparte de los dos hombres que han quedado agotados a

[11] El v. 218 que sigue es una simple repetición del precedente, y es suprimido por los editores, que siguen a Acidalius.

fuerza de acarrear agua. Quita, por favor, hay que ver lo que da que hacer una mujer. Pero lo que es dos, tengo por seguro que son capaces de dar más trabajo de lo necesario a un pueblo entero, por grande que sea: de noche y de día, la vida entera nada más que acicalarse, bañarse, secarse, pulirse. En fin, que las mujeres no nos vemos nunca hartas: no sabemos poner fin a los lavatorios y masajes. Y es que, aunque estés aseada, si no se cuida una de todos los detalles en el arreglo, en mi opinión es como si no lo estuvieras.

Ante.— Oye, hermana, me asombro de que tú, que eres tan lista y tan sabihonda y tan ingeniosa, estés diciendo las cosas que dices, que, a pesar del trabajo que nos tomamos en ir bien puestas, a duras penas encontramos algún que otro pretendiente.

Ade.— Sí que tienes razón. Pero, de todas formas, ten presente una cosa: no hay nada mejor que un justo medio; los excesos no producen más que complicaciones sin cuento.

Ante.— Tú date cuenta, hermana, por favor, de que nuestro caso puede compararse con lo que dicen de las salazones que no tienen ni buen sabor ni gusto alguno: si no las tienes bastante tiempo en remojo con mucha agua, apestan, están demasiado saladas y no querrás ni tocarlas. Lo mismo somos nosotras, las mujeres somos de naturaleza idéntica: resultamos insulsas y sin gracia si nos falta el arreglo y el lujo.

Mi.— *(Aparte a Agorástocles.)* Esta joven, según parece, es cocinera, Agorástocles: sabe cómo preparar las salazones.

Ag.— No importunes.

Ade.— Deja, hermana, por favor; bastante es que digan cosas de nosotras los demás; no nos critiquemos nosotras encima nuestros propios defectos.

Ante.— Ya me callo.

ADE.— Te lo agradezco. Pero dime ahora ¿llevamos todo lo necesario para conseguir el favor de los dioses?

ANTE.— Sí, lo he puesto todo.

AG.— *(Aparte.)* Realmente, un día solemne y maravilloso, un día encantador, digno de Venus, en honor de quien se celebran hoy las Afrodisias.

MI.— *(A Agorástocles.)* A ver, ¿no se me da una recompensa por haberte avisado que salieras? ¿No estaría bien que se me premiara con un jarro de vino añejo? Prométemelo, ¿no contestas? Éste se ha comido la lengua, parece ¡Maldición! ¿qué haces ahí plantado sin decir palabra?

AG.— Déjame amar, no me interrumpas, cállate.

MI.— Me callo.

AG.— Si fuera verdad que te callabas, no hubiera venido al mundo ese 'me callo'.

ANTE.— Vamos, hermana.

ADE.— Tú, por favor, ¿a qué esas prisas?

ANTE.— ¡Qué pregunta! Pues porque el amo nos está esperando en el templo de Venus.

ADE.— Pues que espere, ea. Tú, quieta. Ahora hay allí un jaleo enorme junto al altar, ¿o es que quieres mezclarte allí con esas esquineras amigas de los molineros, esas princesas enharinadas [12], esas pobres desgraciadas, sucias y chorreando perfume barato, que no tratan más que con esclavos, que sólo apestan a burdel y a tugurio, siempre sentadas a la espera [13], que no les ha puesto jamás un dedo encima ni las ha contratado un hombre libre, esas prostitutas de a cuatro perras buenas para miserables esclavos?

---

[12] Texto dudoso y de interpretación problemática.

[13] Juego de palabras en el texto latino: *assum*, forma del verbo *adesse* «estar presente», o acusativo de *assus* «asado»; traducción aproximada.

MI.— ¡A la horca contigo! ¿te atreves a despreciar a los esclavos, infame? ¡Como si fuera ella una belleza, como si no fueran más que reyes los que la contrataran, el espantajo ese se pone a relatar una serie de grandilocuencias siendo un retaco! Lo que es yo, no daría ni una copa de vaho por pasar siete noches con ella.

AG.— ¡Dioses inmortales y omnipotentes!, ¿es que hay acaso entre vosotros algo más hermoso?, ¿tenéis acaso algo por lo que pudiera pensar que sois más inmortales que lo soy yo al contemplar con mis ojos tales maravillas? Ni la misma Venus es ya Venus para mí; ésta será mi Venus, a ella dirigiré mis plegarias para que me conceda propicia su amor. ¡Eh, Milfión, Milfión! ¿dónde estás?

MI.— Aquí, asado[14] de...

AG.— Cocido te prefería.

MI.— Vaya, amo, estás de broma.

AG.— En ese punto eres tú mi maestro.

MI.— ¿También en eso de amar a una a la que no le has puesto nunca un dedo encima?

AG.— Y eso qué; también a los dioses los amo y los reverencio y no por eso les echo mano.

ANTE.— ¡Ay, te aseguro que cuando veo cómo vamos vestidas las dos, no sé lo que me da de un tal atuendo!

ADE.— Pues yo encuentro que vamos muy bien; para lo que gana el amo y lo que ganamos nosotras, vamos suficientemente compuestas. Desde luego que no es posible hacer ganancias sin haber hecho antes gastos, pero también es verdad que, a la larga, las ganancias dejan de serlo si superan los gastos, hermanita, y por eso hay que preferir lo suficiente a lo que es más que suficiente.

[14] Juego de palabras en el texto latino; traducción aproximada.

AG.— Por el amor de los dioses que preferiría mil veces su amor al de ellos mismos; esa mujer es capaz de despertar el amor hasta de una piedra.

MI.— Te juro que ahí desde luego que no mientes, porque se necesita ser más duro de cascos que un adoquín para estar enamorado de ella.

AG.— Pues, para que veas, nunca he juntado yo mis labios con los suyos.

MI.— Ahora mismo voy a un estanque o a una laguna y traigo un poco de barro.

AG.— Pero ¿para qué?

MI.— Yo te lo diré: para cogeros las juntas a los labios de los dos.

AG.— Vete al cuerno.

MI.— Allí es donde estoy.

AG.— Milfión, me matas.

MI.— Ya me callo.

AG.— Pero de una vez para siempre.

MI.— Pero si eres tú, amo, el que me provocas con mis propias bromas y andas de chunga.

ANTE.— Yo creo, hermana, que ahora te parece que estás suficientemente arreglada; pero en cuanto tengas ocasión de comparar el aderezo de las otras cortesanas, entonces te dolerá, si ves alguna mejor compuesta.

ADE.— Yo, hermana, no soy de natural envidioso ni malévolo, prefiero cien veces el adorno de la buena condición que el del oro: el oro te lo da la fortuna, la buena condición, la naturaleza; yo prefiero que me tengan por buena que por rica; a una cortesana le va mejor el pudor que la púrpura; una cortesana debe mas bien adornarse con el pudor que con las joyas. La mala conducta afea un hermoso vestido más que el lodo, y en cambio, una buena conducta, da por bueno sin dificultad un vestido feo.

AG.— *(A Milfión.)* Oye, tú, ¿quieres hacer una cosa estupenda y divertida?

MI.— Por supuesto.

AG.— ¿Puedes prestarme oídos?

MI.— Claro que puedo.

AG.— Entonces, vete a casa y cuélgate.

MI.— Y eso ¿por qué?

AG.— Porque no tendrás ocasión de volver a oír unas palabras tan dulces; o sea que de qué te sirve la vida. Hazme caso y cuélgate.

MI.— De acuerdo, con la condición de que me hagas compañía colgado como un racimo de uvas pasas.

AG.— Bueno, pero es que yo amo a la chica esta.

MI.— ¡Ay qué gracia!, y yo comer y beber.

ADE.— Oye, dime.

ANTE.— ¿Qué quieres?

ADE.— Mira, ¿no ves cómo tenía antes los ojos legañosos y cómo me brillan ahora?

ANTE.— No, ahí en medio de éste tienes algo, ven que te lo quite.

AG.— *(Aparte.)* ¿Vas a tocar ni a restregar tú sus ojos sin haberte lavado las manos?

ANTE.— Estamos hoy muy perezosas.

ADE.— Pero ¿por qué?

ANTE.— Por no haber ido ya hace rato antes de amanecer al templo de Venus, para ser las primeras en poner fuego en su altar.

ADE.— ¡Qué cosa! No hace falta. Fantasmas son las que se adelantan a ir a hacer su ofrenda de noche; antes de que Venus despierte, se apresuran a hacerle su ofrenda, porque si fueran mientras que está despierta, son tan feas que tengo por seguro que a la propia Venus la harían salir huyendo del templo.

AG.— ¡Milfión!

MI.— ¡Ay, pobre Milfión!, ¿qué es lo que quieres ahora?

AG.— ¡Hércules! Por favor, sus palabras son pura miel.

MI.— ¡Qué va!, sólo galletillas, sésamo y adormideras, trigo y avellanas tostadas.

AG.— ¿Te parece que estoy enamorado?

MI.— Enamorado de arruinarte, que es lo que no enamora a Mercurio.

AG.— Es que el amor del lucro no le va a ningún enamorado.

ANTE.— Vamos, hermanita.

ADE.— Bueno, como quieras.

ANTE.— Sígueme por aquí.

ADE.— Te sigo.

MI.— Se marchan.

AG.— ¿Nos acercamos a hablarles?

MI.— Háblales.

AG.— *(A Adelfasio)* Primero tú, que vas la primera, un saludo; tú, que vas la segunda, un saludo de segunda categoría; a ti, la tercera *(una esclava),* un saludo fuera de cuenta.

ESCL.— Anda, que he echado en vano el ungüento y el trabajo.

AG.— *(A Adelfasio.)* ¿A dónde vas?

ADE.— ¿Yo? al templo de Venus.

AG.— ¿Para qué?

ADE.— Para alcanzar su favor.

AG.— Pero bueno, ¿es que está enojada contigo? Hércules, te es propicia; si quieres, te respondo yo por ella. Pero dime…

ADE.— No me importunes, yo te lo ruego.

AG.— ¡Huy, qué arisca!

ADE.— Déjame, por favor.

AG.— ¿A qué esas prisas?, ahora hay allí mucha gente.

ADE.— Lo sé. Hay allí otras a las que quiero ver, y también que ellas me vean a mí.

AG.— Y ¿qué gusto tienes en ver a las feas y dar a ver a una guapa?

ADE.— Es que hoy es el mercado de cortesanas en el templo de Venus; allí acuden los comerciantes, y yo quiero dejarme ver.

AG.— Las piezas imposibles de colocar son las que hay que ir a ofrecérselas a los compradores; una mercancía buena los encuentra sin dificultad, aunque esté metida en un rincón. Qué, ¿cuándo vienes aquí a casa y te abrazas conmigo?[15].

ADE.— Cuando el Orco despache a los difuntos del Aqueronte.

AG.— Tengo ahí dentro en casa no sé cuántos doblones de oro que están como locos.

ADE.— Tráemelos, verás qué pronto se les pasa la locura.

MI.— ¡Vaya, Hércules, qué monada de mujer!

AG.— Anda, maldito, vete al mismísimo diablo.

MI.— Cuanto más la miro, más evanescente[16] me parece la boba esa.

ADE.— No quiero más conversación. Me disgusta.

AG.— Anda, recógete el mantón.

ADE.— Estoy purificada: Agorástocles, no me toques, por favor.

AG.— ¿Qué es lo que debo hacer entonces?

ADE.— Si es que tienes un poco de juicio, ahórrate esas atenciones conmigo.

AG.— ¿Qué no tenga atenciones contigo? ¡Tú, Milfión!

[15] Texto inseguro y discutido.

[16] El sentido de *nimbata* es muy discutido.

MI.— *(Por lo bajo.)* ¡Ay, qué pesadez! ¿Qué es lo que quieres?

AG.— ¿Por qué está enfadada conmigo?

MI.— ¿Que por qué está enfadada contigo?, ¿qué tengo yo que ver con eso?, ¿es que es eso asunto de mi incumbencia?

AG.— ¡Hércules! Estás perdido si no me la pones más mansa que el mar cuando los alciones sacan su cría [17].

MI.— Y ¿qué es lo que he de hacer?

AG.— Aplácala, hazle fiestas, acaríciala.

MI.— Con toda mi alma. Pero ten en cuenta de no peinar luego a puñetazos a este tu emisario.

AG.— Te prometo que no.

ADE.— No te portas bien conmigo, sino que no haces más que darme largas y perjudicarme: mucho hacerme promesas, una tras otra, pero todas resultan vanas. Me has jurado darme la libertad, no una vez, sino cientos de ellas; yo venga a esperar, y entre tanto, ni me he agenciado otra posibilidad ni lo que tú me dices aparece por ninguna parte, o sea, que sigo siendo ni más ni menos que una esclava. Vámonos, hermana ¡Tú *(Agorástocles),* venga, largo!

AG.— ¡Ay de mí, Milfión! ¿no le dices algo?

MI.— Amor mío, encanto, vida mía, dulzura mía, mis ojos, mi boquita preciosa, mi bien, eres como un besito, miel mía, corazoncito mío, eres para mí como el calostro, como el requesón.

AG.— ¿Que voy yo a consentir que le diga esas cosas a ella en mi presencia? ¡ Pobre de mí, el alma se me parte si no te hago llevar al verdugo a galope tendido!

[17] Cf. nota a *Casina* 25.

Mi.— Adelfasio, yo te lo ruego, no le pongas mala cara a mi amo, hazlo por mí; yo te prometo, cariño[18], que si te pones a buenas con él, entregará el dinero y serás ciudadana ateniense y libre: ¿por qué no le dejas acercarse a ti? ¿Por qué no les correspondes con la misma medida a quienes te quieren bien? Si antes te ha mentido en algo, en adelante será sincero contigo. Escucha mis súplicas, deja que te coja por esas orejitas, deja que te dé un besito.

Ade.— Lárgate de aquí, por favor, que eres tan embustero como tu amo.

Mi.— Pues ¿sabes una cosa?, a él le voy a convertir en un mar de lágrimas si no te apaciguo, pero mucho me temo que en tal caso me va a convertir él a mí en un mar de palos, me sé yo muy bien los malos humores del gruñón ese, por lo cual te ruego, encanto mío, que atiendas mis súplicas.

Ag.— Soy un tipo que no vale tres perras, si no le hago saltar a este bribón los ojos y los dientes *(le pega)*...: ¡toma, por eso de 'encanto', toma por eso de 'miel', toma por eso de 'corazoncito', toma por eso de 'boquita', por eso de 'mi vida', por eso de 'besito'!

Mi.— Amo, estás haciendo un sacrilegio con eso de pegar a un emisario.

Ag.— Razón de más: ¡toma por lo de los ojos y los labios y la lengua!

Mi.— ¿No pararás?

Ag.— ¿Ha sido así como te dije que hablaras?

Mi.— Pues ¿cómo tengo que decir?

Ag.— ¿Encima me lo preguntas? Así tenías que haber dicho, canalla: «amor suyo, yo te suplico, lengüecita suya,

[18] El texto latino dice *ninnium*, término muy discutido; Maurach lo interpreta como hipocorístico siguiendo a Traina.

besito suyo, encanto suyo, su vida, su dulzura, su alegría, su calostro, su dulce requesón, canalla, su corazoncito, su ansia, su besito, canalla. Todas las cosas que decías que eran tuyas tenías que haber dicho que eran mías.

MI.— ¡Hércules! *(A Adelfasio.)* Yo te ruego, por favor, encanto de éste y horror mío, amiga pechugona de éste y enemiga perdida mía, niña de los ojos de éste y legaña mía, miel suya, hiel mía, yo te ruego que no estés enfadada con éste o que, caso que ello no sea posible, que cojas una soga y te cuelgues con tu amo y todos los de la casa; que ya estoy viendo que no me esperan mas que malos tragos por culpa tuya, y así tengo las espaldas con más costras que una ostra a fuerza de llagas por causa de vuestro enamoramiento.

ADE.— Por favor ¿pretendes que yo impida que te azote a ti antes que impedir que me cuente embustes a mí?

ANTE.— *(A su hermana.)* Tú, dale la contestación que sea con buenas maneras, que no nos fastidie más, porque no nos deja ir a lo nuestro.

ADE.— Sí que es verdad. Agorástocles, yo te perdono también por esta vez, ya no estoy enfadada contigo.

AG.— ¿No estás enfadada?

ADE.— No lo estoy.

AG.— Dame entonces un beso, para que te crea.

ADE.— Después, cuando vuelva del sacrificio.

AG.— Entonces ve deprisa.

ADE.— Ven, hermana.

AG.— Oye...

ADE.— Dime.

AG.— Muchos saludos de mi parte a Venus.

ADE.— Se los daré.

AG.— Otra cosa.

ADE.—¿El qué?

AG.— No alargues mucho tu plegaria. *(Se van.)* Escucha todavía: ¡échame una miradita! Se ha vuelto a mirarme; lo mismo hará Venus, seguro, contigo.

ESCENA TERCERA

AGORÁSTOCLES, MILFIÓN

AG.— Milfión ¿qué me aconsejas ahora?

MI.— Que me des de bofetadas y pongas tu casa a la venta; ¡Hércules! Puedes venderla con toda tranquilidad.

AG.— ¿Por qué?

MI.— Porque por lo general es mi cara la que te sirve de aposento.

AG.— Déjate de eso.

MI.— ¿Qué es lo que quieres ahora?

AG.— Yo le he dado los trescientos filipos a Colibisco, el capataz, hace un momento, antes de que me llamaras para que saliera aquí. Ahora, Milfión, yo te suplico por esta tu mano derecha, y por la izquierda su hermana, y por tus ojos, y por mis amores, y por mi Adelfasio de mi alma, y por tu libertad…

MI.— ¡Eh, no, esa súplica no vale!

AG.— Milfión mío de mi alma, tú eres mi bien y mi salvación, haz lo que me prometiste, que yo pueda perder al rufián este.

MI.— Eso es muy fácil. Ve y trae contigo unos testigos; entretanto yo ahí dentro, equiparé a tu capataz con mis disfraces y mis embustes. Hale, aprisa, márchate.

AG.— Me voy de escapada.

Mi.— Eso de escaparse sería más bien menester mío que tuyo.

Ag.— Yo, yo, Milfión, si es que me arreglas este asunto bien arreglado...

Mi.— Anda vete ya.

Ag.— ...si no fuera yo hoy mismo...

Mi.— Anda vete ya.

Ag.— ...a darte la libertad...

Mi.— Anda vete ya.

Ag.— ...yo te juro que no merecería...

Mi.— ¡Oh!

Ag.— ¡Ah!

Mi.— Anda vete ya.

Ag.— ...ni todo el reino del Aqueronte...

Mi.— ¿Acabas de largarte ya?

Ag.— ...ni todas las aguas del mar...

Mi.—¿Te vas o no te vas?

Ag.— ...ni todas las nubes del cielo...

Mi.— ¿Te empeñas en continuar?

Ag.— ...ni todas las estrellas del firmamento...

Mi.— ¿Persistes en seguir machacándome los oídos?

Ag.— ...ni esto ni lo otro..., en serio ¿eh?, ni... ¿para qué más?, ¿por qué no? Una cosa que con una sola palabra... aquí podemos hablar con tranquilidad... ni, te lo juro, en serio... ¿sabes una cosa? ¿por los dioses todos quieres que te lo jure?, lo cual sea dicho aquí entre nosotros... por Júpiter, ¿sabes lo que me parece? ¿me crees lo que digo?

Mi.— Mira, Agorástocles, si no puedo conseguir que te vayas, me iré yo, Hércules, que para entender tus palabras se necesita un Edipo, que adivinó el enigma de la esfinge *(entra en casa de Agorástocles)*.

Ag.— Se ha ido hecho una furia. Ahora tengo que tener cuidado de no dilatar por mi culpa el buen curso de mis

amores. Iré a buscar los testigos, ya que Amor me ordena obedecer a mi esclavo siendo yo libre. *(Se va en dirección al foro.)*

ACTO II

ESCENA ÚNICA

LOBO, ANTAMÉNIDES

LO.— *(Solo.)* Los dioses todos confundan al rufián que a partir de hoy sacrifique a Venus una víctima por jamás de los jamases o le haga ofrenda ni de un grano de incienso: desgraciado de mí, que con la ira de los dioses en contra de mi persona he inmolado hoy seis corderos a Venus sin que me haya sido posible ganarme su favor. Al ver que no puedo conseguir un presagio favorable, me largo de allí hecho una furia y prohíbo que se corten las entrañas y se haga ofrenda de ellas. [Tampoco he querido ofrecérselas, porque el arúspice no las dio por buenas: yo he pensado que la diosa no se las merecía]. Así la he dejado a esa codiciosa de Venus con dos palmos de narices; como no quiso contentarse con lo que debía haberse contentado, he puesto punto final. Así me las gasto yo, así me cuadra a mí portarme. Verás cómo en adelante se ponen más modosos el resto de los dioses y las diosas, y menos ansiosos, cuando llegue a sus oídos la forma en que un rufián se la ha pegado a Venus; lo mismo que el arúspice ese, un sujeto que no vale tres perras, que decía que todas las entrañas me presagiaban desgracias

y pérdidas y la ira de los dioses. A ver qué cosa ni divina ni humana se le va creer, si me ha sido entregada a continuación una mina de plata. Pero oye ¿dónde se ha metido el militar que me la ha dado, que le había invitado yo a almorzar? ¡Ah, ahí viene!

Anta.— Como te iba diciendo, querido rufián, sobre la batalla de Pentetronos, en la que en un solo día di muerte por mi mano a cien mil hombres voladores.

Lo.— ¿Hombres voladores?

Anta.— Sí señor, tal como suena.

Lo.— Pero oye, ¿es que hay en alguna parte hombres que vuelan?

Anta.— Los hubo, pero yo les di muerte a todos.

Lo.— ¿Y cómo pudiste?

Anta.— Yo te lo diré: les di a los soldados liga y hondas; allí metían hojas de fárfara.

Lo.— ¿Para qué?

Anta.— Para que no se quedara la liga pegada a las hondas.

Lo.— Adelante; Hércules ¡qué bien que sabes inventar mentiras! Y luego ¿qué?

Anta.— En las hondas ponían unas bolas grandecitas de liga, y con eso les mandé tirar a los hombres voladores que te dije. Resumiendo: a todos los que alcanzaban con la liga, caían al suelo más espesos que si fueran peras. A medida que iban cayendo los iba yo matando, hincándoles una pluma suya por mitad de la cabeza, como a las tórtolas.

Lo.— ¡Hércules! Si eso ha sucedido alguna vez, que me condene Júpiter a hacer continuas ofrendas sin obtener buenos presagios.

Anta.— Entonces ¿es que no me lo crees?

Lo.— Te lo creo lo mismo que se me debe creer a mí. Venga, vamos dentro.

Anta.— Mientras que se traen los despojos del sacrificio, te voy a contar otra batalla.

Lo.— No me interesa.

Anta.— Escucha.

Lo.— ¡Hércules, que no, te digo!

Anta.— ¿Cómo? ¡La cabeza te voy a partir a puñetazos, Hércules, si no me escuchas o… si no te vas a la horca!

Lo.— Prefiero irme a la horca.

Anta.— ¿Seguro?

Lo.— Seguro.

Anta.— Entonces, venga, hoy es un día de buen agüero, son las Afrodisias, adjudícame la más joven de las dos chicas esas.

Lo.— Verás, es que tal como me ha ido en el sacrificio, prefiero aplazar todos los asuntos de importancia para otro día. He decidido considerar los días de fiesta como si fueran laborables. Ahora, vamos dentro, sígueme por aquí.

Anta.— Te sigo; por este día soy tu mercenario.

ACTO III

ESCENA PRIMERA

Agorástocles, los testigos

Ag.— Los dioses me valgan, no hay cosa peor que un amigo calmoso, sobre todo para quien está enamorado, que anda siempre con prisas, sea lo que sea. Como estos testigos que traigo aquí: qué gente tan lenta, se mueven más despa-

cio que un bergantín en una calma chicha. ¡Hércules! Y eso que he evitado adrede a los amigos de más edad, por saberlos más lentos a causa de los años y temer que se retardaran mis amores. Pero en vano ha sido el cogerme a estos galanes: les flaquean las piernas, son lentos en grado sumo. Venga ya, si es que estáis dispuestos a venir; o si no, iros a la horca: ¿es ésa la forma de venir a prestar asistencia a un hombre que está enamorado? Desde luego la largura de los pasos que dais colaría por un cedazo para harina; seguro que ha sido con grillos en los pies como os habéis hecho a avanzar a ese paso.

TEST.— Oye tú, aunque nos tomes por plebeyos y menesterosos, si te pones tan mal hablado con nosotros, por más que seas rico y de una familia muy empingorotada, sábete que estamos hechos a dar su merecido a ricachones como tú; no pienses que nos vas a tener aquí pendientes de tus amores o de tus odios. Cuando apoquinamos el dinero por nuestra libertad, lo dimos de lo nuestro, no de lo tuyo; es nuestro derecho el ser libres. Tú nos importas un pelo, no te vayas a creer que estamos condenados a ser esclavos de tus amoríos. A los hombres libres les está mejor el ir por la ciudad a paso lento; el andar a prisa y a la carrera lo considero yo propio de esclavos; sobre todo en tiempos de paz y una vez exterminados los enemigos es impropio el ir por la calle armando escándalo. Si es que tenías tanta prisa, habernos llamado de testigos un día antes. No te pienses que ninguno de nosotros va a ir ahora a la carrera por las calles ni vamos a dar ocasión a que la gente nos persiga a pedradas como si hubiéramos perdido el juicio.

AG.— Anda, que si os hubiera dicho que os llevaba a casa para daros un almuerzo, seguro que dejaríais atrás corriendo a un ciervo o a uno andando con zancos; pero como os dije que os traigo para que me asistáis y me sirváis de

testigos parece que tenéis la gota y habéis superado a las tortugas con vuestra lentitud.

TEST.— ¿Y no hay acaso un motivo justificado para correr deprisa cuando vas a comer y a beber de lo ajeno cuanto quieras hasta hartarte sin que te veas obligado a corresponder jamás con aquel a costa del cual has comido? Así y todo y sea como sea, aunque somos pobres, no nos falta en casa qué comer, ni tienes que menospreciarnos en esa forma tan altanera; será poco lo que tenemos, pero es todo nuestro y no tuyo. Ni nosotros tenemos reclamaciones que hacer a nadie, ni nadie a nosotros; sábete que ninguno de nosotros está dispuesto a hacerse migas los pulmones por causa tuya.

AG.— Sois demasiado irascibles, era sólo una broma.

TEST.— Toma también por una broma la contestación que te hemos dado.

AG.— Por favor, por favor, ayudadme con la rapidez de una piragua, no de una barcaza; un trotecillo siquiera, no os exijo que vayáis al galope.

TEST.— Si estás dispuesto a hacer lo que sea con paz y tranquilidad, cuenta con nuestra ayuda, si empiezas con prisas, entonces es mejor que traigas como testigos a unos corredores.

AG.— Ya estáis informados del asunto, ya os he dicho para qué necesito de vuestra ayuda, por el rufián este, que lleva ya tanto tiempo burlándose de mí; sabéis también cómo le tenemos preparada una trampa con un dinero mío y con mi esclavo.

TEST.— Nosotros ya sabemos todo eso, si es que el público lo sabe..., que es por ellos por quienes representamos ahora aquí esta comedia. Es mejor que les informes a ellos, para que sepan lo que haces cuando lo representes. De nosotros no te preocupes; nosotros estamos al tanto de todo,

porque nos lo hemos aprendido bien juntamente contigo para poder darte las contestaciones oportunas.

Ag.— Así es, en efecto. Pero, venga, entonces, para que me cerciore de que os lo sabéis, explicadme el asunto y decidme lo que os dije antes.

Test.— ¿Qué?, ¿quieres ponernos a prueba a ver si nos lo sabemos?, ¿te crees que no nos acordamos de cómo le has dado a Colibisco, el capataz, trescientos filipos de oro para que se los lleve al rufián tu enemigo y que finja que es un forastero venido de otra ciudad?, ¿y que cuando se lo haya entregado, entonces te presentas tú a buscar tu esclavo y el dinero?

Ag.— Realmente os lo sabéis al dedillo, me habéis salvado la vida.

Test.— Entonces él lo negará; pensará que tú buscas a tu esclavo Milfión, eso hará doble el robo; el rufián será puesto a tu disposición por el juez; para esto es para lo que quieres que te sirvamos de testigos.

Ag.— Lo habéis cogido bien.

Test.— ¡Hércules! Apenas con las puntitas de los dedos, que es una cosa muy pequeña.

Ag.— Esto hay que llevarlo a cabo a prisa y a la carrera; daos la mayor prisa posible.

Test.— Entonces, que te vaya bien; coge otros testigos que sean más rápidos, nosotros somos gente calmosa.

Ag.— Marchar sabéis muy bien, ¿no? *(irónicamente)*, pero, Hércules, qué mal hablados que sois. Ojalá acabéis con los muslos en los talones.

Test.— Y ojalá tú con la lengua en los riñones y los ojos en el suelo.

Ag.— Vamos, no tenéis que molestaros por una cosa que he dicho en broma.

TEST.— Ni tú tienes que hablar en broma como no se debe a unos amigos.

AG.— Ya está bien; sabéis lo que quiero de vosotros.

TEST.— Estamos al tanto de todo: lo que te propones es buscar la perdición de ese perjuro de rufián.

AG.— Exacto. ¡Bravo, mira qué a punto salen ahí Milfión y el capataz! Magnífico, estupendo el disfraz que trae para nuestra trapisonda.

ESCENA SEGUNDA

MILFIÓN, COLIBISCO, AGORÁSTOCLES, LOS TESTIGOS

MI.— *(A Colibisco.)* ¿Tienes a buen recaudo en tu mente lo que te he dicho?

CO.— De maravilla.

MI.— Mira que tengas vista.

CO.— Basta de palabras. La vista del lince no es nada en comparación con la mía [19].

MI.— Procura no olvidar ninguno de los preceptos que se te han dado para llevar a cabo nuestro engaño.

CO.— Te juro que me lo sé todo más de memoria que un actor de tragedia o de comedia sus papeles.

MI.— ¡Qué tío más bueno!

AG.— *(A los testigos.)* Vamos allá. *(A Milfión.)* Aquí están los testigos.

MI.— No has podido traer gente más apropiada para este asunto, porque ninguno de ellos está jamás de permiso,

[19] En el texto latino se utiliza un equívoco con otra imagen.

están siempre en los comicios, allí habitan, los ves allí con más frecuencia que al pretor en persona. Hoy en día no están más versados en cuestiones de derecho quienes se embarcan ellos mismos en un proceso que estos otros que si no tienen con quien pleitear, se lo buscan a sueldo.

TEST.— Los dioses te confundan.

MI.— ¡Hércules! A vosotros... eh, quiero decir que como quiera que sea, os estamos agradecidos de que prestéis ayuda a mi amo en sus amoríos. *(A Agorástocles.)* Bien, ¿Y saben estos ya de qué se trata?

AG.— Lo saben todo punto por punto.

MI.— Entonces, atendedme: ¿conocéis vosotros al rufián este Lobo?

TEST.— Sin problema.

CO.— Pero yo no le conozco de vista, tenéis que indicarme quién es.

TEST.— De eso nos encargamos nosotros. Ya basta de instrucciones.

AG.— Éste *(señalando a Colibisco)* tiene trescientos filipos bien contados.

TEST.— Entonces nosotros debemos examinar el oro, Agorástocles, para saber qué es lo que decimos al dar testimonio.

CO.— Venga, examinadlo.

TEST.— Este oro, espectadores, es en realidad oro... cómico; con este oro puesto en remojo se ceba en Italia al ganado bovino[20], pero aquí para los fines de nuestra comedia es oro filípico; haremos como si lo fuera.

CO.— Pero tenéis que figurar que yo soy un forastero.

[20] Son altramuces.

Test.— Por supuesto; y como si tú al llegar nos hubieras pedido que te indicáramos un lugar discreto y de placer donde pudieras hacer el amor, beber y divertirte a la griega.

Co.— ¡Huy qué gente más mala!

Ag.— Yo he sido su maestro.

Mi.— Y el tuyo ¿Quién ha sido, eh?

605 Co.— Venga, Agorástocles, meteos dentro, que no os vea el rufián aquí conmigo y se pongan impedimentos a la trapisonda.

Test.— Este individuo sabe mucho. Haced lo que os manda.

Ag.— Vámonos. Pero vosotros…

Test.— Ya está bien. Vete.

Ag.— Vale. *(Hace ademán de volver.)*

Test.— ¡Dioses inmortales, por favor! ¿Por qué no te largas?

Ag.— Me voy.

Test.— Ahora te pones en razón.

609a Co.— ¡Chiss!, calla.

Test.— ¿Qué pasa?

Co.— La puerta esta *(de la casa del rufián)* acaba de cometer una grosería tamaña.

610 Test.— ¿Qué grosería?

Co.— Ha dejado escapar un estampido de primera.

Test.— ¡Los dioses te confundan! Anda, colócate detrás de nosotros.

Co.— Estos hacen como los pijos: colocan a la gente a sus traseros.

Test.— Ese individuo que sale ahí es el rufián.

Co.— Pues es un rufián bueno, porque tiene aspecto de malo. Verás cómo le chupo toda la sangre a su salida sin ponerle un dedo encima.

ESCENA TERCERA

LOBO, LOS TESTIGOS, COLIBISCO

LO.— *(Hablando con el militar, que está dentro.)* Ahora mismito vuelvo, Antaménides; voy a ver si invito a un par de tipos simpáticos que nos hagan compañía; entre tanto traerán los despojos, y las jóvenes me figuro que aparecerán pronto por casa de vuelta del sacrificio. Pero ¿qué significa esa cantidad de gente que viene ahí?, ¿qué es lo que traen de bueno? y ¿quién es ese tipo con la clámide que los sigue a distancia?

TEST.— Lobo, aunque a regañadientes, salud de un servidor y de estos otros ciudadanos de Etolia, a pesar de ser muy moderada nuestra simpatía por los rufianes.

LO.— La suerte os acompañe, cosa que tengo por seguro que no habrá de suceder, ni la Fortuna permitirá que suceda.

TEST.— Las gentes necias tienen en su lengua un tesoro, que consiste en hacer profesión de ser mal hablados para con los mejores.

LO.— El que no sabe el camino que le conduzca al mar, debe buscarse un río como acompañante. No he sido yo el primero en saberse la forma de hablar mal a los demás: ahora vosotros sois para mí como el río; estoy decidido a seguiros: si me habláis bien, os seguiré por la ribera, si me habláis mal, tomaré el mismo rumbo que vosotros.

TEST.— El portarse bien con una mala persona es un riesgo tan grande como el portarse mal con una buena.

LO.— ¿Por qué?

TEST.— Me explicaré: si te portas bien con un malo puedes dar por perdido el beneficio; el mal que se hace a los buenos dura toda una vida.

LO.— Mira qué bien que está eso. Pero ¿qué me va a mí en ello?

TEST.— Te va porque nosotros estamos aquí por algo que redunda en favor tuyo, a pesar de que nuestra simpatía por los rufianes es muy moderada.

LO.— Si es que son cosas buenas las que me traéis, os lo agradezco.

TEST.— Nosotros de bienes propios no te traemos nada, ni te lo damos ni te lo prometemos, ni tampoco es nuestro deseo el dártelo.

LO.— Hércules, que os lo creo, dada vuestra generosidad. Pero ¿qué es lo que queréis ahora?

TEST.— Ese individuo que ves ahí con la clámide, sufre las iras de Marte.

CO.— ¡Ojalá se pueda decir lo mismo de vosotros!

TEST.— O sea, que te lo traemos, Lobo, para que le hagas pedazos.

CO.— *(Aparte.)* Este cazador que está aquí va a volver hoy a casa bien cargado de botín: ¡qué bonitamente que empujan los perros al lobo hacia la trampa!

LO.— ¿Quién es ése?

TEST.— Nosotros no sabemos quién es, aparte de que hace poco, cuando esta mañana nos acercamos al puerto, le vimos bajar de un barco mercante. Al bajar, se dirige en seguida hacia nosotros, nos saluda, nosotros respondemos a su saludo.

CO.— *(Aparte.)* ¡Qué gente más mala, qué bien saben preparar la trapisonda!

LO.— Y luego ¿qué?

TEST.— Traba entonces conversación con nosotros: nos dice que es forastero y que no conoce la ciudad; que quiere que se le procure un local donde pueda portarse como un pillo con toda libertad. Entonces nosotros te lo hemos traído aquí a tu casa. Si es que gozas del favor de los dioses, tienes la ocasión de hacer un negocio.

LO.— ¿Es eso realmente lo que quiere?

TEST.— Lleva oro consigo.

LO.— Esta presa es mía.

TEST.— Quiere beber, hacer el amor.

LO.— Yo le proporcionaré un sitio de primera.

TEST.— Pero es que quiere pasar de incógnito, que ni se entere ni sea testigo nadie. Porque él ha sido soldado mercenario en Esparta, según nos ha dicho, al servicio del rey Átalo; de allí se ha escapado cuando fue tomada la ciudad.

CO.— *(Aparte.)* Eso del mercenario está muy bien y lo de Esparta es estupendo.

LO.— Los dioses y las diosas todas os paguen vuestros buenos consejos y la buena presa.

TEST.— Más aún, según nos ha dicho él mismo, para que pongas más interés en servirle, trae consigo trescientos filipos de oro de refuerzo.

LO.— Soy un rey si consigo ganármelo de cliente.

TEST.— No, si lo tienes ya en tus manos.

LO.— Hércules, yo os suplico, recomendadle que venga a parar aquí a mi casa, un alojamiento de primera categoría.

TEST.— Nosotros no tenemos que aconsejar ni desaconsejar nada a un forastero. Tú eres el que tiene que hacer el negocio, si es que tienes dos dedos de frente. Nosotros te hemos traído al palomo hasta tu mismo puesto de caza; ahora tú eres el que lo tiene que cazar, si es que quieres que sea cazado. *(Hacen ademán de irse.)*

CO.— ¿Ya os marcháis?, ¿y el encargo que os he dado?

TEST.— Con ése *(señalando al rufián)* es con quien debes arreglar tu asunto, joven; él es una persona apropiada para lo que deseas.

CO.— *(En voz baja a los testigos.)* Yo quisiera que estéis presentes cuando le entregue el oro.

TEST.— Desde allí, un poco más lejos, lo presenciaremos.

CO.— Gracias por los servicios prestados.

LO.— Ya vienen para acá los dineros.

CO.— *(Aparte.)* Sí, aguarda, que te va a salir al revés la combinación[21].

LO.— Voy a abordarle, me pondré muy amable con él: se te saluda, distinguido huésped. Me alegro de que hayas llegado bien.

CO.— Los dioses te paguen tus buenos deseos.

LO.— Dicen que buscas alojamiento.

CO.— Sí que es verdad que lo busco.

LO.— Así me lo han dicho esos que acaban de marcharse ahora de aquí; dicen que buscabas un sitio donde no hubiera moscones.

CO.— De eso ni hablar.

LO.— ¿Cómo?

CO.— Hombre, pues porque si buscara un alojamiento libre de moscones, me habría ido al llegar derechito a la cárcel[22]: yo busco un alojamiento donde se esté mejor atendido que las mismas niñas de los ojos del rey Antíoco[23].

LO.— Te juro que te puedo dar uno magnífico, si es que te das por satisfecho de verte en un lugar estupendo, recli-

---

[21] El texto latino utiliza otra imagen de un sentido aproximado.

[22] El sentido de este texto es muy discutido.

[23] Antíoco el Grande, de la dinastía de los Seléucidas en Siria (223-187 antes de nuestra era).

nado en un estupendo diván, abrazando y colmando de caricias a una joven estupenda.

Co.— Vas por buen camino, rufián.

Lo.— Y además vas allí a regar tus días con vinos de Léucade; de Lesbos, de Tasos, de Quíos, que no tienen ni un diente a fuerza de viejos. Luego, te inundaré con torrentes de perfumes. Abreviando, en el agua en que tú te bañes, podrá poner el bañero una perfumería. Sólo que todas estas cosas que te acabo de decir son como bandidos.

Co.— ¿Por qué?

Lo.— A ver, porque exigen dinero contante y sonante.

Co.— ¡Hércules! Te aseguro que no estás tu más deseoso de recibir que yo de dar.

Test.— *(A los otros testigos.)* ¿No os parece que hagamos salir a Agorástocles, para que sea él mismo el más seguro de los testigos? *(Llamándole.)* ¡Eh, tú, que estás a la caza del ladrón, sal deprisa, para que presencies tú mismo la entrega del dinero al rufián!

ESCENA CUARTA

Agorástocles, los testigos, Colibisco, Lobo

Ag.— ¿Qué pasa, qué es lo que queréis?

Test.— Mira hacia la derecha; tu esclavo va a entregar el oro al rufián en persona.

Co.— *(Al rufián, entregándole la bolsa.)* Hale, toma; ahí dentro hay trescientas monedas de oro contantes y sonantes, de las llamadas filipos. Cóbrate de ahí los gastos, y no te quedes corto: quiero que se gasten deprisa.

Lo.— Te juro que te has procurado un administrador que entiende de derroches. Hale, vamos dentro.

Co.— Te sigo.

Lo.— Venga, venga, hala, allí hablaremos de lo demás.

Co.— Eso, y al mismo tiempo te contaré los acontecimientos de Esparta.

Lo.— Pero venga, sígueme, pues.

Co.— Llévame contigo, soy todo tuyo.

Ag.— *(A los testigos.)* ¿Qué creéis que debo hacer?

Test.— Debes tener cabeza.

Ag.— ¿Y si la pasión no me lo permite?

Test.— Entonces, haz lo que te permita.

Ag.— ¿Habéis visto cuando el rufián ha cogido el dinero?

Test.— Lo hemos visto.

Ag.— ¿Sabéis que ese hombre es mi esclavo?

Test.— Lo sabemos.

Ag.— ¿Sabéis que eso va en contra de las leyes sancionadas muchas veces por el pueblo?

Test.— Lo sabemos.

Ag.— Esto es todo lo que quiero que tengáis presente luego, cuando sea necesario ante el pretor.

Test.— Lo tendremos presente.

Ag.— ¿Sois de la opinión de que llame a la puerta ahora que el hecho está reciente?

Test.— Me parece muy bien.

Ag.—¿Y si llamo y no abre?

Test.— La haces migas[24].

---

[24] En el texto latino se juega con el equívoco de la forma *pultem,* subj. de *pultare* «golpear» y acusativo de *puls* «puchas»: de ahí el término *panem,* en la contestación del testigo; cf. *Bacchides* 579 ss. La traducción no puede ser exacta.

AG.— Si sale el rufián ¿crees que debo preguntarle si es que ha venido mi esclavo aquí a su casa…

TEST.— ¿Por qué no?

AG.— …con doscientos filipos de oro?

TEST.— ¿Por qué no?

AG.— Entonces el rufián se confundirá.

TEST.— ¿Por qué?

AG.— ¿Qué por qué? Porque diré cien filipos menos de la cuenta.

TEST.— Sabes calcular bien.

AG.— Pensará que es otro a quien se busca.

TEST.— Eso.

AG.— Y en seguida lo negará.

TEST.— Y con juramento.

AG.— Y se hará culpable de robo…

TEST.— No cabe la menor duda.

AG.— …por toda la cantidad que se le haya entregado.

TEST.— ¿Por qué no?

AG.— ¡Júpiter os confunda!

TEST.— ¿Por qué no a ti?

AG.— Voy a llamar.

TEST.— Eso, ¿por qué no?

AG.— Hay que guardar silencio, que ha sonado la puerta. Ahí sale el rufián Lobo. Os ruego que me asistáis.

TEST.— ¿Por qué no? Si quieres nos cubrimos la cabeza, para que no nos reconozca el rufián por quienes le hemos acarreado una tan gran desgracia.

ESCENA QUINTA

LOBO, AGORÁSTOCLES, LOS TESTIGOS

LO.— A la horca pueden largarse todos los arúspices antes que desde este punto y hora vuelva yo a creerles sus palabrerías; me decían ahora cuando el sacrificio que se me anunciaba una gran desgracia y una cuantiosa pérdida: el resultado ha sido que he incrementado mi haber en forma bien lucrativa.

AG.— ¡Salud, rufián!

LO.— Los dioses te guarden, Agorástocles.

AG.— Me saludas ahora más amablemente que otras veces.

LO.— Se ha puesto el tiempo bueno, como a un barco en el mar: según sopla el viento, así se tornan las velas.

AG.— Espero que estén bien los de tu casa, a los que se lo deseo.

LO.— Están bien, como deseas, pero no lo están para ti.

AG.— Lobo, yo te ruego que me mandes hoy a tu esclava Adelfasio, en este día de fiesta tan solemne y tan famoso de las Afrodisias.

LO.— Dime ¿has tomado hoy un almuerzo caliente?

AG.— ¿Por qué lo quieres saber?

LO.— Porque ahora con ese ruego ¡frío, frío![25].

AG.— A ver, rufián, escúchame: he tenido noticia de que estaba un esclavo mío ahí en tu casa.

[25] Cf. *Rudens* 1326, *os calet tibi, nunc frigefactas:* no está claro el sentido de la expresión.

Lo.— ¿En mi casa?, jamás de los jamases.

Ag.— Estás mintiendo: ha ido a tu casa y llevaba oro consigo. Así me lo han dicho personas de confianza.

Lo.— Eres un mal sujeto, vienes a cogerme con testigos. Aquí en mi casa no hay nadie de los tuyos ni nada que te pertenezca.

Ag.— Testigos, haced memoria.

Test.— Lo recordamos.

Lo.— ¡Ja, ja, ja! ¡Ya me doy cuenta de qué se trata, ahora comprendo! A esos que me han agenciado antes al forastero de Esparta, les duele ahora que vaya a hacer una ganancia de trescientos filipos y como saben que éste *(Agorástocles)* está a malas conmigo, le han mandado aquí para que dijera que un esclavo suyo estaba en mi casa; buena componenda para desplumarme a mí y repartir entre ellos; pretenden quitarle un cordero a un lobo ¡que se creen ellos eso!

Ag.— ¿Afirmas que no se encuentra en tu casa ni el oro ni mi esclavo?

Lo.— Sí, lo afirmo y lo seguiré afirmando hasta quedarme ronco, si es que es necesario.

Test.— Estás perdido rufián, porque ese que te dijimos antes que era un espartano, y que te ha entregado trescientos filipos de oro es un esclavo de éste, y el oro está ahí dentro de esa bolsa.

Lo.— ¡Ay de vosotros!

Test.— De ti más bien, y pronto.

Ag.— ¡Hale, suelta esa bolsa inmediatamente, bribón! Estás cogido por ladrón in fraganti. Vosotros, Hércules, yo os lo ruego, asistidme hasta que veáis sacar al esclavo de esta casa.

Lo.— Ahora de verdad que estoy perdido, pero que ya es cosa hecha, no me queda elección. Se han puesto de

acuerdo para tenderme esta emboscada. Pero ¿a qué dudo de largarme a la horca antes de que se me agarre por el cuello y me lleven al juez? Ay, que desgracia haber tenido de adivinos a los arúspices, que, si predicen algo bueno, tarda una eternidad en cumplirse, pero los males que te predicen, al instante los tienes ante ti. Ahora, hala, voy a preguntar a mis amigos de qué forma piensan que es mejor que me cuelgue. *(Se va.)*

ESCENA SEXTA

AGORÁSTOCLES, COLIBISCO, LOS TESTIGOS

Ag.— *(Saliendo de casa de Lobo con Colibisco.)* Hale, tú, adelante, que te vean salir de la casa. *(A los testigos)* ¿Es éste mi esclavo?

Co.— Hércules, claro que lo soy, Agorástocles.

Ag.— Y ahora qué, malvado rufián.

Test.— Tu contrincante se ha largado.

Ag.— Ojalá que sea a la horca.

Test.— Ése es también nuestro deseo.

Ag.— Mañana haré la denuncia.

Co.— ¿Me quieres todavía algo?

Ag.— Vete y ponte otra vez tus vestidos.

Co.— No se me ha dado mal eso de hacer de militar, que he sacado ahí dentro un poco de botín: mientras que los esclavos del rufián dormían, me he puesto morado con los despojos del sacrificio. Me largo de aquí a casa.

Ag.— Gracias por vuestra amabilidad, testigos; me habéis prestado una ayuda preciosa. Os ruego que mañana por

la mañana vengáis a mi encuentro al tribunal. *(A Colibisco.)* Ven conmigo a casa. *(A los testigos.)* Que os vaya bien. *(Entran los dos en casa.)*

TEST.— Lo mismo digo. Esto es una injusticia sin nombre, quiere que le sirvamos a costa nuestra. Pero así son los ricos: si les prestas un servicio, no te lo recompensan ni un pelo, y si les has faltado en algo, se te echan encima como furias. Venga, vámonos a nuestras casas, que ya hemos dado cima a nuestra empresa de perder a ese corruptor del pueblo.

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

MILFIÓN

Estoy deseando saber el curso que toman mis añagazas. Todo mi afán es perder al rufián éste, que trae a mal traer a mi amo, quien por su parte la toma conmigo a latigazos, a puñetazos y a patadas. Ay, el servir a un enamorado es verdaderamente una desgracia, sobre todo si es que se ve privado del objeto de su amor. ¡Eh, eh! Veo a Sincerasto, el esclavo del rufián, que vuelve del templo a casa; voy a escuchar qué es lo que dice.

ESCENA SEGUNDA

SINCERASTO, MILFIÓN

SI.— *(Sin ver a Milfión.)* Bien claro está que tanto a los dioses como a los hombres les trae sin cuidado una persona que tiene por amo a un individuo de la catadura del mío. No hay en el mundo entero un tío más perjuro y más malo que él, ni tan cochino ni tan encenagado. Te juro que preferiría pasar toda mi vida en las canteras o en el molino arrastrando unos buenos grillos de hierro, que tener que servir aquí de esta forma al rufián. ¡Menudos tipos son, qué manera de corromper a la gente! ¡Dioses inmortales, misericordia! Ves ahí en su casa a toda clase de personas, lo mismo que si fueras al Aqueronte: soldados de caballería, de infantería, libertos, ladrones, esclavos fugitivos, un apaleado, un encadenado, un condenado a la pérdida de la libertad; con tal que tenga para dar, sea la clase de persona que sea, todo género de tipos son acogidos ahí; por toda la casa no hay más que oscuridad y escondrijos; se bebe y se come como en una taberna, ni más ni menos. Allí puedes ver las ánforas, talmente cartas de arcilla con sus inscripciones, selladas con pez: las letras tienen un codo de largo, no te digo la recluta de toneles que tenemos ahí dentro...

MI.— *(Aparte.)* Milagro si es que no es éste el heredero del rufián, porque desde luego, tal como se expresa, parece la oración fúnebre para un difunto. Estoy deseando hablarle, pero es que también le escucho con mucho gusto.

SI.— Cuando yo veo todo lo que ocurre aquí, sufro lo indecible: esclavos comprados por enormes sumas de dinero se quedan aquí sin una perra de su propio peculio, con perjuicio para sus amos. Y luego a fin de cuentas, el provecho no lo veo yo por ninguna parte: es que es verdad eso de dineros mal adquiridos, bien pronto perdidos.

MI.— A juzgar por lo que habla, se diría que es una persona de mérito, cuando en realidad, ¡Hércules!, es capaz de potenciar a la mismísima inutilidad.

SI.— Ahora vuelvo a casa con estas vasijas que traigo del templo, donde el amo no ha conseguido ponerse a buenas con Venus ofreciéndole sacrificios en el día de su fiesta.

MI.— ¡Esta Venus es un encanto!

SI.— En cambio nuestras chicas al momento consiguieron el favor de la diosa con sus primeras ofrendas.

MI.— Otra vez ¡qué encanto de Venus!

SI.— Ahora voy a casa.

MI.— ¡Eh, tú, Sincerasto!

SI.— ¿Quién llama a Sincerasto?

MI.— Un amigo tuyo.

SI.— Pues no te portas muy amigablemente, al detenerme yendo con esta carga.

MI.— Pues a cambio de eso yo te prestaré ayuda cuando quieras y cuando mandes: trato hecho.

SI.— En ese caso, cuenta con mi ayuda.

MI.— ¿Y en qué forma?

SI.— En forma de que, cuando yo haya de recibir palos, pongas tú las espaldas en lugar de las mías. Vete ya, que no sé qué clase de individuo eres.

MI.— Malo soy.

SI.— Guarda tu maldad para ti.

MI.— Quiero hablar contigo.

SI.— Pero es que la carga esta me pesa.

Mi.— Descárgatela y mira para acá.

Si.— Lo haré, a pesar de que no tengo tiempo.

Mi.— ¡Salud, Sincerasto!

Si.— ¡Oh, Milfión! Que los dioses y las diosas todas bendigan…

Mi.— ¿A quién?

Si.— Ni a ti ni a mí, Milfión; ni tampoco a mi amo.

Mi.— Entonces ¿a quién?

Si.— A quien se lo merezca; porque de nosotros, ninguno está en ese caso.

Mi.— Hablas como un libro.

Si.— No faltaba más.

Mi.— ¿Y qué es lo que se hace?

Si.— Hago lo que no suelen hacer los adúlteros cogidos en flagrante delito.

Mi.— ¿Y qué es eso?

Si.— Vuelvo a casa sin que me falte pieza ninguna[26].

Mi.— ¡Los dioses te pierdan, a ti y a tu amo!

Si.— A mí no me van a perder, pero que lo pierdan a él, puedo lograrlo, si quiero que lo pierdan, a no ser que temiera por mí, Milfión.

Mi.— Y eso ¿cómo?, explícate.

Si.— ¿Eres tú una mala persona?

Mi.— Sí que lo soy.

Si.— Yo lo paso muy mal.

Mi.— Oye tú, dime, ¿es que acaso te mereces otra cosa? Y además, ¿qué motivo tienes para pasarlo mal, teniendo en casa qué comer y qué amar a todo pasto y pudiendo sin darle una perra a tu amiga tenerla siempre a tu disposición de balde?

---

[26] Equívoco en el texto latino, que alude al castigo del adúltero a manos del marido ofendido.

Si.— Júpiter me guarde...

Mi.— Y que lo hará tal como te lo mereces.

Si.— ...como es cierto que le deseo la perdición a todos los de mi casa.

Mi.— Pues manos a la obra, si es que lo estás deseando.

Si.— No es fácil volar sin tener plumas: mis brazos no las tienen[27].

Mi.— No te hagas depilar y en dos meses tendrás tan crecidos esos sobacos chotunos que podrás volar sin problema.

Si.— ¡Vete al cuerno!

Mi.— Tú y tu amo.

Si.— La verdad es que para quien le conoce es muy fácil perderlo.

Mi.— ¿Cómo, pues?

Si.— ¡Ja, como si fueras tú capaz de tenerte algo callado!

Mi.— Yo me lo tendré mejor callado que si se lo dijeras a una mujer muda.

Si.— Te lo creería si no te conociera.

Mi.— Puedes creérmelo tranquilamente, bajo mi responsabilidad.

Si.— Haré mal en creerte, pero, así y todo, te creeré.

Mi.— ¿Sabes tú que tu amo es enemigo mortal del mío?

Si.— Lo sé.

Mi.— Por causa de sus amores...

Si.— Estás perdiendo el tiempo.

Mi.— ¿Por qué?

Si.— Porque me sé todo lo que me vas a decir.

---

[27] Equívoco en el texto latino: el término *ala* puede significar 'ala' y 'sobaco'; traducción aproximada.

MI.— Entonces ¿por qué dudas que mi amo le haría al tuyo con sumo gusto todo el mal que pudiera, y además que tendría razón en ello? Y desde luego, si tú pones de tu parte, la cosa se facilita.

SI.— Pero yo tengo miedo de una cosa, Milfión.

MI.— ¿De qué?

SI.— De buscarme mi perdición al tenderle una emboscada al amo. Si mi amo se entera de que yo he dicho una palabra a nadie, me cambia en seguida el nombre de Sincerasto en Patirroto.

MI.— Te juro que no se lo diré absolutamente a nadie a parte de a mi amo y a él sólo con la condición de que no divulgue que eres tú la fuente de la noticia.

SI.— Haré mal en creerte, pero, así y todo, te creeré. Pero quédatelo para ti.

MI.— Puedes estar más seguro que si se lo confiaras a la Fidelidad en persona; habla ya tranquilamente, el lugar y la ocasión son únicos: estamos los dos solos.

SI.— Si tu amo quiere hacer una buena jugada puede perder al rufián.

MI.— ¿Cómo?

SI.— Muy fácilmente.

MI.— Dime entonces qué es eso de «fácilmente», para que lo pueda saber él.

SI.— Porque Adelfasio, la joven de la que está enamorado tu amo, es libre.

MI.— ¿Cómo?

SI.— Lo mismito que su hermana Anterástilis.

MI.— Dame una prueba, para que me lo crea.

SI.— Porque se las compró en Anactorio cuando eran niñas a un pirata siciliano.

MI.— ¿Por cuánto?

Si.— Por veinticinco minas a las dos y, además, a su nodriza Gidenis. Y el que se las vendió le dijo que eran raptadas, decía que eran libres y de Cartago.

Mi.— ¡Oh dioses, misericordia! Eso es una noticia fantástica, porque Agorástocles, mi amo, es también de allí, allí lo raptaron cuando tenía unos seis años; después, el que lo raptó lo trajo aquí y se lo vendió a mi amo, que lo adoptó y lo hizo, al morir, heredero de sus riquezas.

Si.— Todo lo que me cuentas facilita aún más la cosa; que haga una demanda reclamando la libertad de sus compatriotas. ¿Te quedas callado?

Mi.— Cállate.

Si.— Desde luego, si consigue llevarse a las jóvenes, ha perdido el juego el rufián.

Mi.— Ya verás cómo le hago fenecer antes de que pueda mover ni una pieza. Todo está preparado.

Si.— Los dioses lo hagan, que no tenga así que seguir de esclavo con el rufián este.

Mi.— Tú, ya verás cómo hago de ti mi conliberto con la voluntad de los dioses.

Si.— Así lo hagan. ¿Quieres alguna cosa más, Milfión?

Mi.— Salud y suerte.

Si.— Eso está en manos tuyas y en las de tu amo. Hasta luego, y procura que lo dicho quede en secreto.

Mi.— No has dicho nada. Adiós.

Si.— Pero de nada sirve si no se trabaja en caliente.

Mi.— Gracias por el aviso. Así se hará.

Si.— Se te han dado buenos materiales, si tú proporcionas un buen artesano.

Mi.— Anda y calla ya.

Si.— Me callo y me largo.

Mi.— Yo te lo agradezco. Se fue. Los dioses inmortales quieren la salvación de mi amo y la perdición del rufián; tal

es la ruina que le amenaza. ¡Mira que hasta antes de haberle lanzado un dardo estar ya preparando el segundo! Voy a entrar para contárselo todo al amo, porque si le hago salir, sería una necedad el volver a repetir aquí todo lo que habéis oído ya; es mejor fastidiar al amo ahí dentro que no aquí a todos vosotros. [¡Dioses inmortales, qué ruina tan grande, qué desastre se le viene encima al rufián este! Pero estoy perdiendo tiempo; este asunto no tolera demora, porque hay que reflexionar bien sobre la confidencia que se me acaba de hacer y ocuparse también de nuestro plan anterior. Si yo hago retardar la cosa, haría bien el que me diera de palos. Ahora me voy dentro; esperaré en casa al amo hasta que vuelva del foro.]

ACTO V

ESCENA PRIMERA

HANNÓN
(Con séquito de esclavos africanos)

[*Ythalonimualonuthsicorathisymacomsyth*
chymlachchunythmumysthyalmycthybaruimysehi
liphocanethythbynuthiiadedinbynuii
bymarobsyllohomalonimuybymysyrthoho
bythlymmothynnoctothuulechantidamaschon
yssidobrimthyfel yth chyl ys chon chem liful
yth binim ysdybur thinnochotnuagorastocles
ythemanethihychirsaelychotsithnaso

bynnyydchilluchilygubulimlasibitthym
bodialytheraynnynupslymmonchothiusim] [28].

Ythalonimualoniuthsicorathiisthymhimihymacomsyth
Combaepumamitalmetlotiambeat
iulecanthecconaalonimbalumbar dechor
bats.... hunesobinesubicsillimbalim
esseantidamossonalemuedubertefet
donobun huneccilthumucommucroluful
altanimauosduberithemhuarcharistolem
sittesedanecnasotersahelicot
alemusdubertimurmucopsuistiti
aoccaaneclictorbodesiussilimlimmimcolus [29].

A los dioses y diosas que moran en esta cuidad les suplico que haya venido en buena hora en cuanto a los fines por los que he venido y que me permitan encontrar aquí a mis hijas y al hijo de mi hermano. ¡Oh dioses, piedad! [las hijas que me fueron raptadas y también al hijo de mi hermano]. Aquí tenía yo antes un amigo, Antídamas; según he sabido, le sucedió lo que era inevitable que un día le sucediera. Dicen que su hijo Agorástocles vive aquí: a él le traigo esta contraseña de nuestro convenio de mutua hospitalidad. Me han dicho que vive por aquí; voy a preguntar a esos que salen.

[28] De este parlamento en lengua púnica, los vv. 930-939 faltan en el ms. Ambrosiano.

[29] Según el ms. Ambrosiano.

ESCENA SEGUNDA

AGORÁSTOCLES, MILFIÓN, HANNÓN

AG.— Milfión ¿de verdad que te ha dicho Sincerasto que son las dos libres de nacimiento y cartaginesas, y que son robadas?

MI.— Sí, y tu deber es reclamarlas para darles la libertad, que es una vergüenza para ti el tolerar que sirvan de esclavas aquí ante tus propios ojos unas compatriotas tuyas que eran libres en su tierra.

HA.— *(Aparte.)* ¡Dioses inmortales, misericordia!, ¿qué son esas palabras tan dulces que llegan a mis oídos? Son como una lluvia que se lleva consigo toda mi pesadumbre[30].

AG.— Si yo tuviera testigos de ello, haría lo que me dices.

MI.— ¿Testigos dices? ¿Por qué no continúas tu empresa con tesón?

AG.— Acometer una empresa es mucho más fácil que darle cima.

MI.— *(Divisando a Hannón.)* Pero ¿quién es ese pájaro que viene ahí en túnica? ¿es que a caso le han robado la capa en las termas?

AG.— Tiene aspecto de cartaginés; parece un alcaraván[31].

---

[30] El texto latino utiliza otra figura, la greda que se usaba para efectos de limpieza.

[31] El sentido del término *gugga* es muy discutido y es interpretado como nombre de un pájaro o con sentido injurioso.

Mi.— Anda, que los esclavos que trae son unos verdaderos vejestorios.

Ag.— ¿Cómo lo sabes?

Mi.— ¿No ves cómo le siguen encorvados bajo sus cargas? Y, además, parece como si no tuvieran dedos en las manos.

Ag.— Pero ¿por qué?

Mi.— Porque llevan anillos en las orejas.

Ha.— Voy a acercarme a ellos y les hablaré en púnico: si veo que me contestan, seguiré en el mismo idioma; si no, les hablaré en su propia lengua.

Mi.— *(A Agorástocles.)* Y tú, qué ¿te acuerdas todavía del púnico?

Ag.— Ni palabra: ¿cómo quieres que lo sepa, si tenía seis años cuando fui sacado de Cartago?

Ha.— ¡Oh dioses inmortales, cuántos son los niños libres que han desaparecido de Cartago!

Mi.— Oye, tú.

Ag.— Qué.

Mi.— ¿Quieres que le hable en púnico?

Ag.— Pero ¿lo sabes acaso?

Mi.— No hay hoy por hoy otro cartaginés más cartaginés que yo.

Ag.— Acércate y pregúntale qué quiere, a qué ha venido, quién es, de qué familia, de qué país: no te quedes corto.

Mi.— *Avo,* ¿de dónde eres o de qué ciudad?

Ha.— *annobynmytthymballebechaedreanech.*

Ag.— ¿Qué dice?

Mi.— Dice que es Hannón de Cartago, hijo del cartaginés Mitúmbal.

Ha.— *Avo.*

Mi.— Te está saludando.

Ha.— *Donni.*

Mi.— Te quiere hacer el don que sea, ¿no le oyes que te lo está prometiendo?

Ag.— Devuélvele su saludo de mi parte en púnico.

Mi.— *Avo donnim*, te dice éste de su parte.

Ha.— *Meharbocca.*

Mi.— *(A Hannón.)* Ojalá tú y no yo.

Ag.— ¿Qué dice?

Mi.— Dice que tiene la boca que es una pena. Quizá se piensa que somos médicos.

Ag.— Si es así, dile que no; no quiero inducir a error a un forastero.

Mi.— *(A Hannón.)* Oye, tú.

Ha.— *rufeennycchoissam.*

Ag.— Yo quiero que se le explique todo con arreglo a la verdad. Pregúntale si necesita alguna cosa.

Mi.— *(A Hannón.)* Tú, el de la túnica sin cinturón, ¿a qué habéis venido a esta ciudad o qué es lo que buscáis aquí?

Ha.— *Muphursa.*

Ag.— ¿Qué dice?

Ha.— *Miuulechianna.*

Ag.— ¿A qué ha venido?

Mi.— ¿No oyes? Dice que quiere dar unos ratones africanos a los ediles para el desfile de las fiestas.

Ha.— *lechlachananilimniichot.*

Ag.— ¿Qué es lo que dice ahora?

Mi.— Dice que ha traído cucharas, cañas y nueces; y te pide que le ayudes a venderlas.

Ag.— Debe ser un comerciante.

Ha.— *Assam.*

Mi.— Sí, asada y con bastante grasa.

Ha.— *palumergadetha.*

Ag.— Milfión, ¿qué es lo que dice ahora?

Mi.— Que le han sido entregados unas palas y unas horcas para que las venda, será para hacer la cosecha, digo yo, si es que tú no sabes otra cosa mejor; para cavar el huerto y para recoger el grano, será.

Ag.— ¿Y eso qué me interesa a mí?

Mi.— Quiere informarte, no sea que vayas a pensar que se ha hecho a escondidas con mercancía robada.

Ha.— *muphonnimsycorathim.*

Mi.— *(A Agorástocles.)* ¡Ahí va, no se te vaya a ocurrir hacer lo que pide!

Ag.— ¿Qué es lo que dice, o qué pide? explícamelo.

Mi.— Dice que le pongas bajo un zarzo y luego encima muchas piedras para darle muerte.

Ha.— *gunebelbalsameniyrasa.*

Ag.— Dime, ¿qué es lo que pasa, qué dice?

Mi.— Hércules, ahora ya no entiendo una palabra.

Ha.— Pues para que lo entiendas voy a hablar yo ahora en tu lengua; se necesita ser malo y un bribón de esclavo para burlarse así de un extranjero, una persona que viene de camino.

Mi.— ¡Hércules! Y tú, se necesita ser un embaucador y un traidor con tus dos idiomas[32], que pareces una culebra con tu doble lengua.

Ag.— Nada de insultos, modera tu lengua. Si tienes dos dedos de frente, te cuidarás de no hablarle mal a éste, no quiero que hables como no se debe a un compatriota mío: yo he nacido en Cartago, para que lo sepas.

Ha.— ¡Salud, querido compatriota!

Ag.— ¡Salud también a ti; quienquiera que seas, yo te lo ruego, si necesitas algo, no tienes más que mandar: para algo hemos nacido en la misma patria.

---

[32] El sentido de la palabra *migdilix* es inseguro.

Ha.— Muchas gracias; [pero yo tengo aquí un amigo: busco al hijo de Antídamas, Agorástocles. Si le conoces, te agradecería que me dijeras dónde vive]. ¿Conoces tú aquí por casualidad a un joven llamado Agorástocles?

Ag.— Si es que buscas al hijo adoptivo de Antídamas, yo soy el que buscas.

Ha.— ¿Qué es lo que oigo?

Ag.— Eso, que yo soy el hijo de Antídamas.

Ha.— Si es así, si quieres comparar tú los documentos de mutua hospitalidad, yo he traído el mío.

Ag.— Trae, enséñamelo; *(lo examina)* es exactamente igual, yo tengo el mío en casa.

Ha.— Querido amigo, yo te saludo; tu padre Antídamas era amigo mío y lo había sido ya de mi padre. Ésta era la contraseña de nuestro convenio de hospitalidad mutua.

Ag.— Desde luego yo te ofrezco hospitalidad en mi casa, que no quiero renegar de esas relaciones ni tampoco de Cartago, de donde soy oriundo.

Ha.— Los dioses colmen todos tus deseos. Pero dime: ¿cómo es que has nacido en Cartago?, tu padre era de aquí, de Etolia.

Ag.— Yo fui raptado en Cartago; aquí me compró Antídamas, tu amigo, y me adoptó por hijo.

Ha.— Él era también hijo adoptivo, de un tal Demarco. Pero dejemos a Antídamas, vuelvo a tu caso: dime si es que te acuerdas de los nombres de tus padres.

Ag.— Sí que me acuerdo.

Ha.— Dímelos, a ver si por casualidad los conozco o si son parientes míos.

Ag.— Mi madre se llamaba Ampsigura, mi padre, Iahón.

Ha.— ¡Ojalá te vivieran todavía!

Ag.— ¿Es que han muerto?

HA.— Sí, cosa que me hizo pasar mucho, porque tu madre, Ampsigura, era prima mía, y tu padre primo hermano mío y me hizo su heredero al morir, y tengo un gran sentimiento de verme privado de él por su muerte. Pero si realmente eres hijo de Iahón, debes tener una cicatriz en la mano izquierda, de un mordisco que te dio un mono jugando contigo cuando eras niño; a ver, enséñamela, que la examine. Sí, mira, ésa es la cicatriz[33].

AG.— ¡Querido tío, salud!

HA.— Salud, Agorástocles; me siento renacer a la vida al encontrarte.

MI.— De verdad que me alegro de tan feliz suceso. Pero ¿me permites darte un consejo?

HA.— No faltaba más.

MI.— Se le deben devolver al hijo los bienes de su padre; es lo natural que sea él quien los posea.

HA.— No son otras mis intenciones, todo le será restituido. Yo le entregaré todos sus bienes íntegros cuando él vuelva allí.

MI.— Entrégaselos también aunque se quede a vivir aquí.

HA.— Aún más: todos mis bienes le pertenecerán el día que a mí me pase algo.

MI.— Se me acaba de ocurrir una cosa estupenda.

HA.— A ver ¿qué es?

MI.— Necesito de tu colaboración.

HA.— Dime qué se te ofrece, puedes disponer de mí a tu gusto. ¿De qué se trata?

MI.— ¿Eres tú capaz de engañar a alguien?

HA.— A un enemigo, sí que soy capaz; a un amigo sería una necedad.

---

33 Texto inseguro.

Mi.— ¡Hércules! Se trata de un enemigo de Agorástocles.

Ha.— Entonces, con mucho gusto le haría daño.

Mi.— Éste está enamorado de una chica que está en poder de un rufián.

Ha.— Creo que hace bien.

Mi.—El rufián vive aquí al lado.

Ha.— Con mucho gusto le haría daño.

Mi.— Tiene como esclavas a dos jóvenes cortesanas que son hermanas; éste está perdidamente enamorado de una de ellas, pero no le ha puesto todavía nunca un dedo encima.

Ha.— Eso es una forma muy dura de amar.

Mi.— El rufián no hace más que tomarle el pelo a éste.

Ha.— Él hace su oficio.

Mi.— Éste se quiere vengar de él.

Ha.— Tiene razón en hacerlo.

Mi.— Ahora tengo el plan y estoy urdiendo la trama de que te mandemos a él para que digas que son tus hijas y que te han sido raptadas de niñas en Cartago y que tú las reclamas para darle la libertad, como si fueran las dos tus hijas, ¿comprendes?

Ha.— ¿Que si comprendo?, si me han sido raptadas dos hijas cuando eran pequeñas junto con su nodriza.

Mi.— ¡Hércules!, ¡qué bien que sabes hacer el papel! Ya el principio es estupendo.

Ha.— Te aseguro que mejor de lo que quisiera.

Mi.— ¡Bravo, Hércules, qué hombre más artero, qué malo es y qué caradura, qué astuto y qué ladino! Se pone a llorar para llevar así a cabo más fácilmente el engaño; me deja chico con sus mañas a mí, que soy aquí el artífice de todo.

Ha.— Pero explícame cómo es la nodriza de las chicas.

Mi.— No muy alta, la tez oscura.

Ha.— Es ella.

Mi.— Guapa ella, el pelo y los ojos muy negros.

Ha.— Desde luego la has descrito de manera exacta.

Mi.— ¿Quieres verla?

Ha.— Prefiero ver a mis hijas, pero ve y llámala a ella; si es que esas jóvenes son mis hijas, si ella es la nodriza, me reconocerá enseguida.

Mi.— *(Llamando a casa del rufián.)* ¡Eh!, ¿no hay nadie? ¡Decid a Gidenis que salga, que hay aquí quien la busca!

ESCENA TERCERA

GIDENIS, MILFIÓN, HANNÓN, AGORÁSTOCLES, UN JOVEN ESCLAVO

Gi.— ¿Quién llama?

Mi.— Tu vecino.

Gi.— ¿Qué quieres?

Mi.— ¡Eh! ¿conoces tú a ese hombre de la túnica?

Gi.— ¿Qué ven mis ojos? ¡Oh supremo Júpiter! Ése es mi amo, el padre de las niñas que yo crié, Hannón de Cartago.

Mi.— ¿Pues no será mala? Anda que no es el cartaginés este un embaucador de primera; les hace creer a todos lo que él quiere.

Gi.— Amo mío, salud, Hannón, cómo hubiéramos podido esperar verte aquí, ni yo ni tus hijas ¡salud!, y… eh, no te quedes así mirándome con esa extrañeza, ¿es que no conoces a Gidenis, tu esclava?

HA.— La conozco. Pero ¿dónde están mis hijas? Eso es lo que quiero saber.

GI.— En el templo de Venus.

HA.—¿Y que es lo que hacen allí? dime.

GI.— Hoy son las fiestas de las Afrodisias en honor de Venus; han ido a rezarle a la diosa, para que les conceda sus gracias.

MI.— Y bien claro está que lo han conseguido, después que está aquí éste.

AG.— Entonces ¿son las chicas estas sus hijas?

GI.— Así es. Tu amor paternal, Hannón, nos ha salvado al venir aquí en el preciso momento que hoy debían de haber perdido su buen nombre y empezar a hacer indigno comercio de su persona.

ESCL. DE HANNÓN.— *Avonesilli.*

GI.— *Hauonbanesillimustine mepsietenestedumetalannacestimin.*

AG.— ¿Qué es lo que han hablado entre sí?, dime.

HA.— Él ha saludado a su madre y ella a su hijo. Calla y economiza tu instrumental femenino.

AG.— ¿A qué instrumental te refieres?

HA.— A los chillidos que da.

AG.— Déjala.

HA.— *(A Milfión.)* Tú haz entrar a éstos *(los esclavos)* y lleva también a la nodriza con vosotros.

AG.— Haz lo que te manda.

MI.— Pero ¿quién le va a enseñar a sus hijas?

AG.— Yo, que las conozco mejor que nadie.

MI.— Me voy entonces.

AG.— Mejor querría yo que lo hicieras que no que lo digas. Quiero que se le prepare una cena de bienvenida a mi tío.

MI.— *(A los esclavos.) Lachanna*[34], vosotros, en el molino voy a haceros dar con vuestros huesos, y de allí a la cisterna, y luego os voy a amarrar a un buen tronco; os garantizo que se os van a pasar las ganas de ponderar la hospitalidad que vais a recibir.

AG.— ¿Oyes, tío? No me niegues lo que te voy a pedir: prométeme la mano de tu hija mayor.

HA.— Dalo por hecho.

AG.— Entonces ¿me la prometes?

HA.— Te la prometo.

AG.— ¡Salud, mi querido tío!, Ahora, te puedo dar con toda verdad ese nombre. Ahora al fin podré hablar tranquilamente con ella. Ahora tío, si quieres ver a tus hijas, ven conmigo.

HA.— Hace ya mucho que lo estoy deseando; te sigo.

AG.— ¿No te parece que vayamos a su encuentro?

HA.— Pero no sea que nos vayamos a cruzar con ellas en el camino sin verlas. ¡Soberano Júpiter; yo te suplico: convierte mi incertidumbre en certeza!

AG.— Yo, por mi parte, confío en que voy a entrar en posesión de mis amores. Pero ahí las veo venir a las dos.

HA.— ¿Ésas son mis hijas? ¡qué mayores se han hecho, con lo pequeñitas que eran entonces!

AG.— ¿Sabes por qué? Es que hacen como los personajes de tragedia: llevan zapatos de tacón, y por eso parecen más altas[35].

MI.— ¡Hércules! Me parece que va a resultar ser verdad lo que había dicho por broma: que se va a descubrir que éstas son las hijas de Hannón.

---

[34] Según Maurach, Milfión aquí repite en forma aproximada una palabra púnica oída antes (v. 1013); el pasaje es muy discutido.

[35] Texto oscuro y muy discutido.

AG.— Eso es ya algo completamente seguro. Tú, Milfión, haz entrar a éstos *(los esclavos);* nosotros las esperamos aquí.

ESCENA CUARTA

ADELFASIO, ANTERÁSTILIS, HANNÓN, AGORÁSTOCLES

ADE.— Para cualquiera que tenga gusto en las cosas hermosas y haya venido hoy a ver el templo en ornato de fiesta, ha merecido la pena ofrecer un tal espectáculo a sus ojos. Cuánto me han gustado esas ofrendas tan lindas de las cortesanas, dignas de la más bella de las diosas; bien que he caído en la cuenta de cuán grande es su pujanza: tal era la cantidad de preciosidades que podías ver, y todo dispuesto y colocado con tan buen aderezo; el olor del incienso y de la mirra y toda clase de perfumes llenaba el templo. Bien claro está que no es chica la fama de tu fiesta, Venus, y de tu santuario: tan grande era el número de devotas que habían acudido a honrar a la Venus Calidonia.

ANTE.— Desde luego, hermana, por lo que a nosotras toca, hemos hecho allí muy buen papel y hemos obtenido el favor de los dioses; tampoco se ha burlado la gente joven de nosotras, cosa que les ha ocurrido a todas las demás.

ADE.— Mejor me gustaría que fuera ésa la opinión de otros que no que te alabes tú a ti misma.

ANTE.— Y espero que lo sea.

ADE.— Y yo también, cuando me doy cuenta de lo distintas que somos de todas las demás: por nuestro nacimiento nos corresponde estar libres de todo reproche.

HA.— ¡Oh, Júpiter, que velas por el género humano y le das sustento, tú que eres el sostén de nuestras vidas y en cuyas manos tienen puestas sus esperanzas todos los mortales, yo te ruego que me concedas que sea hoy el día feliz que me traiga el logro de mis afanes y devuelve la libertad a mis hijas, de las que he tenido que verme privado tan largo tiempo, después que me fueron arrebatadas de la patria en tan 1190
tierna edad! Así sabré que hay una recompensa para un amor paternal que no se da por vencido.

AG.— Yo haré que Júpiter acceda a todos tus ruegos, porque me está muy obligado y me teme.

HA.— Calla, por favor

AG.— No llores, querido tío.

ANTE.— ¡Qué agradable es para los humanos, hermana 1192a
mía, si lo que hacen se ve coronado por la victoria!; como hoy nosotras que hemos destacado por nuestra hermosura entre todas las demás.

ADE.— Hermana, eres más necia de lo que quisiera; por favor, ¿es que te piensas que eres guapa sólo porque no te 1195
han tiznado allí la cara[36]?

AG.— ¡Ay querido tío, querido tío!

HA.— ¿Qué hay, querido sobrino, qué es lo que quieres?, explícate.

AG.— Quiero que me prestes atención.

HA.— Pues eso hago.

AG.— Querido tío, tío de mi alma.

HA.— ¿Qué ocurre? 1197a

AG.— ¡Qué chica tan encantadora!, y ¡qué sensata es!

HA.— Eso de la sensatez lo tiene de su padre.

[36] Burla descrita también en PETRONIO, 22, 1, donde una esclava desdeñada por Ascilto aprovecha su sueño para tiznarle la cara.

AG.— ¿Cómo? ¡Pues sí que no hace tiempo que ha pasado a la historia la sensatez que tuviera de ti! De aquí, de mí es de donde saca ese buen sentido, de aquí le viene toda su sabiduría, de mí y de mi amor.

ADE.— A nosotras, a pesar de ser esclavas, no nos va, por la familia de la que procedemos, el portarnos de forma que se provoque la burla de los demás. Las mujeres tienen muchos defectos, pero el mayor de todos es el de estar demasiado contentas de sí mismas en vez de pensar en cómo contentar a los hombres.

ANTE.— Yo, hermana, estoy loca de contenta por los presagios de nuestras víctimas y por lo que ha dicho el arúspice de nosotras dos…

AG.— *(Aparte.)* ¡Ojalá hubiera dicho también algo de mí!

ANTE.— …eso de que íbamos a ser libres en pocos días en contra de la voluntad de nuestro amo. Aunque yo, como no sea que lo hagan los dioses o nuestros padres, no sé cómo va a ser posible una cosa así.

AG.— *(A Hannón.)* Hércules, tío, estoy seguro, ha sido por cuenta mía por la que les ha hecho el arúspice esa profecía de que van a ser libres, porque sabe que yo estoy enamorado de una de ellas.

ADE.— Ven conmigo por aquí, hermana.

ANTE.— Voy.

HA.— Antes de que os vayáis, quiero hablar con vosotras: esperad un momento, si es que no os molesta.

ADE.— ¿Quién nos llama?

AG.— Quien bien os quiere.

ADE.— Buena ocasión de hacerlo; pero ¿quién es ese hombre?

AG.— Un amigo vuestro.

ADE.— Con tal que no sea un enemigo…

AG.— Este hombre es una buena persona, amor mío.

ADE.— Mejor así que no que lo fuera mala.

AG.— Para caso de que haya que hacer una amistad, éste.

ADE.— No estoy interesada en ello.

AG.— Está deseando colmaros de beneficios.

ADE.— En ese caso, un hombre bueno haría un bien a quienes son buenas.

HA.— Yo os voy a ser causa de un gran gozo.

ADE.— Y nosotras a ti de una gran alegría.

HA.— Y os voy a dar la libertad.

ADE.— A ese precio nos tendrás fácilmente en tu mano.

AG.— Querido tío, te juro que yo, si fuera Júpiter, me casaría con ésta y pondría a Juno en la calle. ¡Qué forma de hablar tan recatada, tan sensata y tan en su punto, con cuánto comedimiento se ha expresado!

HA.— No cabe duda que es mi hija. Pero no dirás que no las he abordado con habilidad, ¿eh?

AG.— Hércules, de maravilla y muy en su punto; prosigue con tus tanteos, pero abrevia, que los espectadores tienen sed.

HA.— Hala, pues, ¿por qué no hacemos ya lo que hay que hacer?: quedáis citadas ante los tribunales.

AG.— Ahora, tío, te portas como se debe. ¿Te parece que le eche yo mano a ésta? *(Adelfasio.)*

HA.—Sí, sujétala.

ADE.— Pero ¿es que éste es tu tío, Agorástocles?

AG.— Bien pronto lo sabrás; ahora me voy a vengar de ti, ya verás cómo vas… a ser mi prometida.

HA.— Id a los tribunales, deprisa; tómame a mí por testigo y llévame allí.

AG.— Yo te tomo por testigo a ti, y luego a ésta la colmaré de caricias y la abrazaré; bueno, quise decir…, no, Hércules, he dicho lo que quería decir.

HA.— Venga, deprisa, a los tribunales, a no ser que penséis que es más honorable que se os coja presas.

ADE.— ¿Por qué nos citas ante los tribunales?, ¿qué es lo que te debemos?

AG.— Allí os lo dirá.

ADE.— ¿También mis propios perros me ladran?

AG.— ¡Hércules! Pues hazles fiestas, dame un beso como bocado y, en lugar de un hueso, ofréceme tu lengua; verás cómo se te pone este perro que está aquí más suave que una balsa de aceite.

HA.— Venga ya, si es que vais a ir.

ADE.— Pero ¿qué es lo que te hemos hecho?

HA.— Sois las dos unas ladronas.

ADE.— ¿Qué nosotras te hemos robado algo?

HA.— Sí, vosotras.

AG.— Yo soy testigo.

ADE.— ¿Y qué es lo que te hemos robado?

AG.— Pregúntale a éste.

HA.— Me habéis ocultado durante muchos años a mis hijas a espaldas mías, con el agravante de ser libres, y libres de nacimiento, y de una familia del más alto rango.

ADE.— Te juro que jamás podrás hacernos responsables de semejante crimen.

AG.— Si no es verdad que juras ahora en falso, pon como prenda un beso: a ver quién se lo da a quién.

ADE.— Yo no estoy hablando contigo, retírate, por favor.

AG.— Te aseguro que es conmigo con quien tienes que hablar, porque éste es mi tío, yo tengo que hacer de defensor suyo y voy a denunciar todos los hurtos que cometéis y que tenéis en vuestra casa a sus hijas de esclavas, sabiendo que son libres y que han sido secuestradas de su patria.

ADE.— ¿Dónde están, por favor? o quienes …

AG.— *(A Hannón.)* Ya las hemos hecho rabiar bastante.

Ha.— ¿Se lo decimos entonces?

Ag.— Hércules, tío, creo que sí.

Ade.— ¡Pobre de mí, hermana, tengo miedo qué significa todo esto, estoy perpleja y desconcertada!

Ha.— Atendedme, jóvenes: en primer lugar, si fuera posible que los dioses no hicieran caer la desgracias sobre quienes no lo merecen, querría que así hubiera sido; pero ahora, por los bienes que me conceden a mí, a vosotras y a vuestra madre, es justo que le demos gracias sempiternas, ya que reconocen y honran nuestra piedad los dioses inmortales. Vosotras sois mis hijas, y este joven, Agorástocles, es vuestro primo, hijo de un hermano mío.

Ade.— Por favor ¿es que quieren halagarnos con una falsa alegría?

Ag.— Los dioses me protejan como es verdad que éste es vuestro padre; rendíos ante la evidencia.

Ade.— ¡Salud, padre! ¡qué cosa tan impensada el encontrarte!, déjanos abrazarte padre, tan deseado y tan esperado, ¡salud!

Ha.— Las dos sois mis hijas.

Ante.— Las dos te abrazamos.

Ag.— ¿Y quién me abraza a mí luego?

Ha.— Ahora me siento un hombre feliz, con esta alegría acallo las penas de tantos años.

Ade.— Casi no podemos creerlo.

Ha.— Pues yo os daré una prueba para que me creáis: vuestra nodriza ha sido la primera en reconocerme.

Ade.— ¿Dónde está?

Ha.— En casa de Agorástocles.

Ag.— Pero bueno, ¿qué es eso de estar ahí tanto tiempo colgadas de su cuello? Suéltalo, tú *(Adelfasio)* por lo menos, no quiero que lo ahoguéis antes de que te me prometa por esposa.

ADE.— Ya lo suelto.

ANTE.— Querido padre tan esperado, salud.

HA.— Unámonos todos por las cadenas de nuestros brazos: ¿hay en el mundo entero alguien más feliz que nosotros?

AG.— Justa recompensa a vuestra bondad.

HA.— Al fin he visto cumplidos mis deseos.

AG.— ¡Oh Apeles, oh Zeuxis[37]!, ¿por qué no estáis ya en el número de los vivos, para que hubierais podido pintar una escena como ésta[38]? Que otros pintores no me interesa que pinten un motivo así.

HA.— Dioses y diosas todos, con razón os doy la más efusivas gracias por haberme hecho partícipe de una tan grande alegría y un gozo tan sin límites al devolverme a mis hijas y tenerlas otra vez bajo mi potestad.

ADE.— Padre querido, tu piedad es lo que nos ha salvado.

AG.— Tío, no te olvides de que me has prometido a la mayor de tus hijas.

HA.— Lo sé.

AG.— Y tampoco de la dote prometida.

ESCENA QUINTA

ANTAMÉNIDES, ADELFASIO, ANTERÁSTILIS, HANNÓN, AGORÁSTOCLES

ANTA.— *(Saliendo de la casa del rufián sin ver a los otros.)* Si no me vengo bien vengado del rufián por la mina

[37] Famosos pintores de la Antigüedad, prototipos del pintor por excelencia, al igual que Velázquez entre nosotros.

[38] Las dos hijas abrazadas al padre.

que le he entregado, estoy de acuerdo en que se rían en mis barbas todos los pijos; con que me trae aquí consigo para almorzar el muy bandido, y él coge y se marcha y me deja de mayordomo en la casa. Cuando veo que no vienen ni el rufián ni las jóvenes y que no se me da nada de comer, voy y arramblo con todo esto *(señalando un fardo que lleva)* como prenda a cambio del prometido almuerzo y me largo; ahí lo tiene: le voy a estafar al rufián una cantidad equivalente al tributo militar[39] ¡sí, que ha dado con uno a quién poderle birlar una mina! Pero me gustaría que me saliera al paso ahora mi amiga con el humor de perros que llevo; la iba a dejar a fuerza de puños que ni un cuervo[40], más negra que los etíopes que llevan los cubos de agua por el circo en los juegos[41].

ADE.— Estréchame bien entre tus brazos, amor mío, que tengo miedo del milano; es un bicho muy malo, no se te vaya a llevar tu pollito.

ANTE.— ¡Ay padre, no me sacio de abrazarte!

ANTA.— Yo mismo me estoy deteniendo; con esto *(el fardo)* tengo casi para comprarme un almuerzo. Pero ¿qué es esto?, ¿qué ocurre aquí?, ¿qué es esto?, ¿qué es lo que veo?, ¿cómo?, ¿qué significa ese emparejamiento, qué son esos abrazos?, ¿quién es ese individuo con esas túnicas largas? Se diría un mozo de taberna. ¿Puedo prestar crédito a mis ojos?, ¿es ésa mi amiga Anterástilis? Élla es; ya hace tiempo que me había yo dado cuenta de que le traigo sin cuidado. ¿No le da vergüenza a la joven de abrazar así en la calle a ese miserable? ¡Hércules! Lo voy a entregar al verdugo para que lo torture de pies a cabeza: estos tipos de las

39 Cf. *Aulularia* 526.
40 El texto latino dice un mirlo.
41 No es claro a qué uso se hace referencia.

túnicas recolgantes son muy mujeriegos. Pero voy a abordarla a la ligona africana esta: ¡eh, tú, joven, a ti te digo! ¿no tienes vergüenza? Y tú *(Hannón)* ¿qué tienes tú que ver con ésa?

HA.— Joven, salud.

ANTA.— Nada de salud, qué te va a ti en eso; ¿qué tienes tú que ponerle a esta joven ni un dedo encima?

HA.— Me da la gana.

ANTA.— ¿Qué te da la gana?

HA.— Así es.

ANTA.— ¡A la horca contigo![42] ¿Te atreves a hacer aquí el amor, retaco, o a toquetear a las amigas de los machos de verdad?, tú, sardina destripada, *sarrapis, sementium*[43], mastruca sarda[44], *halagora, zampsa*[45], que estás más harto de ajo y cebolla que los remeros romanos.

AG.— A ver, joven, ¿es que sientes desazón en las mejillas o en los dientes que te metes en esa forma con este hombre, o es que te éstas buscando tu perdición?

ANTA.— ¿Por qué no has cogido un tamborín para acompañar tus palabras[46]?, que me da a mí la impresión que eres más bien un marica que no un hombre.

AG.— Ahora verás si soy un marica: *(hablando a la puerta de su casa)* ¡eh, muchachos, salid y traed unos buenos bastones!

---

[42] El sentido del término *ligula* como insulto con el que empiezan las palabras de Antaménides es muy dudoso; Thierfelder lo deja sin traducción.

[43] *Sarrapis* es un vestido persa; el sentido de *sementium* es desconocido, Ernout lo deja sin traducción.

[44] *Mastruca,* vestido de pieles típico de Cerdeña.

[45] Ernout escribe en su traducción *halagorasama* y en el aparato crítico *locus obscurissimus*.

[46] Este pasaje se pone en relación con los sacerdotes de Cibeles o con los danzarines.

ANTA.— Oye, tú, no tienes por qué tomar en serio una cosa que está dicha en broma, ¿eh?

ANTE.— ¿Qué gusto tienes, Antaménides, en hablar mal a nuestro pariente y a nuestro padre? Éste es nuestro padre; acaba de reconocernos a nosotras por sus hijas y a Agorástocles como hijo de su hermano.

ANTA.— ¡Júpiter me proteja, estupendo! Me alegro, y me es motivo de satisfacción si al rufián le ha caído encima una desgracia y a vosotros la buena suerte que os merecéis.

ANTE.— Te aseguro que dice verdad; debes creerle, padre.

HA.— Le creo.

AG.— Y yo también. Pero mira qué a punto aparece por ahí el rufián, ahí veo a esa bellísima persona que vuelve a casa.

HA.— ¿Quién es ése?

AG.— El que tú quieras: el rufián o Lobo. Ése es el que tenía de esclavas a tus hijas y el que me ha robado a mí mi dinero.

HA.— ¡Vaya unos conocidos que tienes[47]!

AG.— Vamos a llevarle ahora mismo a los tribunales.

HA.— De ninguna manera.

AG.— ¿Por qué?

HA.— Porque es mucho mejor hacerle un proceso por daños y perjuicios[48].

---

[47] Estos versos son una repetición de los vv. 1362-64 y están omitidos aquí por el manuscrito Ambrosiano.

[48] Verso quizá interpolado, cf. I. B. HOFMANN, *ThlL* VII 1, 1233, 10.

ESCENA SEXTA

LOBO, AGORÁSTOCLES, HANNÓN, ANTAMÉNIDES

LO.— En mi opinión, quien comunica abiertamente sus problemas a sus amigos, no se ve defraudado; en mi caso estaban todos de acuerdo en que me ponga una soga al cuello para no quedar a la disposición de Agorástocles.

AG.— ¡Vamos a los tribunales!

LO.— Yo te ruego, Agorástocles, que me sea permitido ahorcarme.

HA.— Te cito ante los tribunales.

LO.— Pero ¿qué tengo yo que ver contigo?

HA.— Yo te comunico que estas jóvenes son libres y que son las dos hijas mías, libres de nacimiento; me fueron raptadas cuando eran pequeñas, junto con su nodriza.

LO.— Ya hace tiempo que lo sé y estaba extrañado de que no viniera nadie a reclamarlas. Desde luego, lo que es mías, no son.

ANTA.— ¡Rufián, a los tribunales!

LO.— Tú te refieres a lo del almuerzo; se te debe, te lo daré.

AG.— Yo exijo el doble de lo robado.

LO.— Coge de aquí *(señalando su cuello)* lo que te dé la gana.

HA.— Y yo exijo que se le castigue debidamente.

LO.— Coge de aquí lo que quieras.

ANTA.— Y yo te exijo una mina de plata.

Lo.— Coge de aquí lo que te dé gana; como si fuera un mozo de carga, voy a pagar mis deudas a todos con mi pescuezo.

Ag.— ¿Tienes algo que imputar de mi acusación?

Lo.— Ni una palabra.

Ag.— Jóvenes, idos vosotras dentro. Pero tú, querido tío, prométeme tu hija como dijiste.

Ha.— No me atrevería a obrar de otra forma.

Anta.— Adiós.

Ag.— Adiós.

Anta.— Rufián, mira lo que me llevo de prenda por la mina que te di.

Lo.— ¡Hércules, estoy perdido!

Ag.— No ahora, sino bien pronto, cuando estés ante los tribunales.

Lo.— Mejor me pongo yo mismo a tu disposición, ¿qué falta hace el pretor? Pero sólo te pido que se me permita pagarte sin recargo los trescientos filipos; yo creo que los podré reunir arañando de aquí y de allá; mañana haré una subasta.

Ag.— Sí, pero con la condición de que te custodiemos entre tanto en mi casa bien amarrado.

Lo.— Sea.

Ag.— Entra conmigo en casa, querido tío, que celebremos con alegría este día de fiesta, para mal de éste y bien nuestro. *(Al público.)* Que lo paséis bien; hemos sido demasiado largos; pero, en definitiva, el rufián es el que ha salido perdiendo. Ahora, el condimento final de la comedia; si os ha gustado la obra, ¡un aplauso!

(Segundo final de la comedia, en lugar de los vv. 1315-1354.)

ESCENA SÉPTIMA

AGORÁSTOCLES, LOBO, ANTAMÉNIDES, HANNÓN, ADELFASIO, ANTERÁSTILIS

AG.— ¿Qué es eso, militar?, ¿qué gusto tienes en hablar mal de mi tío? No hay motivo para que te extrañes de verle seguido de las jóvenes: acaba de enterarse que las dos son sus hijas.

LO.— *(Aparte.)* ¡Eh, qué es lo que oigo, ahora sí que estoy perdido!

ANTA.— ¿Dónde fueron raptadas?

AG.— Son cartaginesas.

LO.— *(Aparte.)* Y yo un hombre perdido. Siempre estaba con el miedo de que las reconociera alguien, y eso es lo que ha ocurrido ahora.

ANTA.— ¡Ay, pobre de mí!

LO.— He perdido las veintidós minas que me costaron.

AG.— Tú también estás perdido, Lobo.

HA.— ¿Quién es ese individuo?

AG.— Quien tú quieres, el rufián o Lobo: tenía a tus hijas de esclavas y a mí me ha estafado mi dinero.

HA.— ¡Una buena persona la que conoces!

ANTA.— Rufián, yo siempre te he tenido por un avaricioso, pero los que bien te conocen dicen que eres también un ladrón.

LO.— Voy a acercarme *(se echa a los pies de Agorástocles)*. Te suplico por tus rodillas y por este hombre, que, se-

gún veo, es tu pariente: puesto que sois unas buenas personas, portaos como corresponde a los buenos y atended mis súplicas. Yo ya hace tiempo que sabía que estas jóvenes eran libres y estaba a la espera de si las reclamaba alguien, porque, desde luego, mías no son. Además, te devolveré el oro tuyo que está en mi poder, y te juraré que no he obrado nunca con mala intención, Agorástocles.

AG.— Ya pensaré yo qué es lo que debo hacer; suelta mis rodillas. Bien, si así lo quieres.

ANTA.— ¡Eh, tú, rufián!

LO.— ¿Qué le quieres al rufián? ¿no ves que está ocupado?

ANTA.— Quiero que me devuelvas la mina de plata antes de que te lleven a ponerte el virote.

LO.— ¡No lo permitan los dioses!

ANTA.— Pues así será; o sea, que hoy cenarás fuera. Ahora, rufián debes tres cosas al mismo tiempo: el oro, la plata y el cogote.

HA.— *(Aparte.)* Estoy pensando para mis adentros qué es lo que corresponde hacer en este asunto. Si quiero vengarme de él, tendré que hacer un proceso en una ciudad extraña, y según tengo entendido que es su condición y su manera de ser…

ADE.— Padre, yo te ruego que no te metas con este hombre.

ANTE.— Escucha a mi hermana; quita, déjate de conflictos con una mala persona.

HA.— Atiéndeme, rufián, aunque yo sé que has merecido tu perdición, no me meteré contigo.

AG.— Ni yo tampoco; si me devuelves mi oro, rufián, cuando se te quite el virote… serás encerrado en la cárcel.

LO.— Eres el mismo de siempre.

ANTA.— Cartaginés, discúlpame: si en mi cólera te he dicho alguna cosa que te molestara, te ruego que me perdones; los dioses me valgan que me alegro de que hayas encontrado a tus hijas.

HA.— Yo te perdono y te creo.

ANTA.— Rufián, tú o pones a mi disposición a mi amiga o me devuelves la mina que te entregué.

LO.— ¿Quieres mi flautista?

ANTA.— Nada de flautistas, que no sabes si tiene más grandes los mofletes o la delantera.

LO.— Yo te daré una que te guste.

ANTA.— Haz lo posible.

LO.— Tu oro te lo devolveré mañana.

AG.— Que no se te olvide.

LO.— Tú, el militar, ven conmigo.

ANTA.— Allá voy. *(Entran en casa de Lobo.)*

AG.— Y tú, tío, ¿cuándo piensas marcharte a Cartago?, es que he decidido irme contigo.

HA.— En cuanto que me sea posible, al momento.

AG.— Mientras que hago subasta de mis bienes, es preciso que te quedes aquí algunos días.

HA.— Haré como tú quieres.

AG.— ¡Hale, vamos dentro a celebrarlo!

EL CORO DE ACTORES —¡Un aplauso!

PSÉUDOLO

(Pseudolus)

INTRODUCCIÓN

El *Pséudolo* se cuenta sin duda entre las mejores comedias de Plauto —según el testimonio de Cicerón[1], era, junto con el *Truculento,* una obra muy del gusto de su autor—, siendo para algunos la que de entre todas se lleva la palma. Y no sin motivo: en el *Pséudolo* no sobra nada; las escenas se suceden unas a otras sin retardamientos inútiles, sirviendo sólo al fluido desarrollo de la acción, en diálogos de una espontaneidad y una comicidad insuperables. Los tipos, las figuras, son más o menos los mismos que en otras comedias; pero parece que en ésta se ven llevadas al máximo de sus posibilidades dramáticas: el rufián Balión es la sublimación negativa de ese tipo tan odiado en la Antigüedad; el cocinero es, sin duda ninguna, el número uno de los cocineros plautinos; y, sobre todo, el esclavo[2], que, como otras veces, es aquí también el personaje central de la obra, el héroe de la pieza, el «bueno» a pesar de los pesares, que aun reconociendo que el fin no justifica los medios, suele siem-

[1] *Catón* 50.

[2] Plauto siente predilección por la figura del esclavo y se identifica en varias ocasiones con él hablando por boca suya: *Pseud.* 568; 401; 590; cf. también *Bacchides* 214.

pre actuar de manera altruista, no en provecho propio. En todo caso, él es quien por lo general se lleva tras sí irremediablemente las simpatías del público. Pséudolo es el rey de los esclavos plautinos, un prototipo de sabiduría y habilidad humanas, un hombre flexible, capaz de dejarse guiar por los hechos y de salir así victorioso en cualquier situación de la vida; su confianza en sí mismo y la superioridad con que sabe darse son prendas de su seguro éxito. Una circunstancia especial, que no se da en los engaños llevados a cabo por el esclavo de otras comedias y que aumenta la calidad de su empresa, es el hecho de que aquí están todos avisados (v. 517, *praedico ut caveas. Dico, inquam, ut caveas. Cave)*. El *Pseudolus* es la obra más plautina de Plauto, su obra maestra se diría, y con ello cuenta entre las magistrales de toda la dramaturgia de la literatura occidental. *Eo sum genere natus: magna me facinora decet efficere quae post mihi clara et diu clueant* (590). El poeta habla aquí se sí mismo se diría, no su personaje. Claro está que no le han frustrado sus presentimientos.

También en el caso del *Pséudolo* se ha hablado de contaminación y similares, algo, después de todo, secundario: aparte modelos griegos o retractadores, es evidente que se le ha logrado al poeta latino una creación literaria de arte incomparable, y eso es en último término lo que cuenta. A veces los eruditos dan la impresión de haber olvidado que es una obra literaria, una comedia, lo que tienen entre las manos, y no un tratado de lógica o un manual de Derecho.

El manuscrito Ambrosiano conserva restos de una didascalia por la que conocemos la fecha de representación: los festivales en honor de la Magna Máter del año 191 antes de nuestra era.

El *Pséudolo* ha inspirado diversas obras dramáticas en la literatura francesa, italiana y alemana.

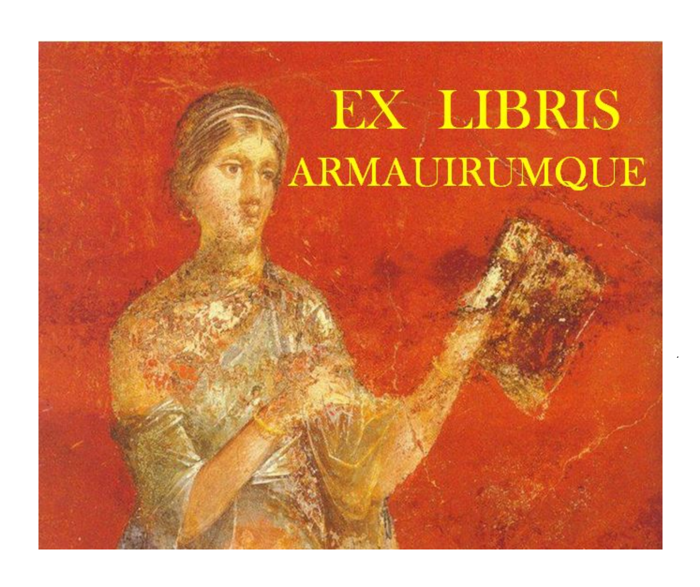
ARGUMENTO I

Un militar le da a un rufián quince minas en mano y le deja una copia de su sello para que haga entrega de la joven Fenicio al que le traiga el resto del precio convenido. Al llegar un criado suyo le birla Pséudolo el sello, diciéndole que es Siro, un esclavo del rufián, prestando así un servicio a su joven amo, porque el rufián le entrega la joven a Simia, a quien había hecho pasar por Hárpax, criado del militar. Más tarde se presenta el verdadero Hárpax, y el viejo paga la suma que se había apostado con Pséudolo.

ARGUMENTO II

El joven Calidoro está perdidamente enamorado de la cortesana Fenicio, pero no tiene dinero. Un militar, que había comprado a la misma joven por veinte minas, entrega quince y deja a su amiga en casa del rufián, y también una copia de su sello, para que el que trajera un sello igual que aquél y pagara el resto del precio convenido, se llevara consigo a la joven. Se presenta después un sirviente del militar,

que había sido enviado por éste para recoger a su amiga. Pséudolo, el esclavo del joven enamorado, engaña a Hárpax, criado del militar, haciéndose pasar por el mayordomo del rufián. Le birla el sello, y a uno que hace pasar por Hárpax le entrega cinco minas que le habían prestado. El falso Hárpax engaña al rufián. La joven queda en poder de Calidoro, y Pséudolo recibe un jarro de vino.



PERSONAJES

PSÉUDOLO, esclavo de Simón.
CALIDORO, joven, hijo de Simón.
BALIÓN, rufián.
SIMÓN, viejo.
CALIFÓN, viejo, amigo de Simón.
HÁRPAX, criado de un militar.
CARINO, joven, amigo de Calidoro.
ESCLAVOS.
CORTESANAS.
UN JOVEN ESCLAVO DE BALIÓN.
UN COCINERO.
SIMIA, sicofanta.

La acción transcurre en Atenas.

PRÓLOGO

Más vale estirar las piernas y ponerse en pie, que es muy larga la comedia de Plauto que vamos a representar.

ACTO I

ESCENA PRIMERA

PSÉUDOLO, CALIDORO

Ps.— Si fuera posible que, sin que tú, amo, me dijeras nada, averiguara yo cuáles son las penas que te afligen de esa forma tan lastimosa, hubiera tenido el gusto de ahorrar al mismo tiempo un trabajo a dos personas, a mí el de preguntarte y a ti el de responderme; pero como veo que eso no puede ser, me veo obligado a preguntarte; contéstame: ¿cuál es el motivo por el que llevas ya tantos días con el alma en los pies, siempre con esa carta a cuestas, y la bañas con tus

lágrimas sin dar cuenta a nadie de lo que llevas por dentro?. Habla, para qua sepa yo contigo lo que ahora ignoro.

CALI.— Soy más desgraciado que desgraciado, Pséudolo.

PS.— No lo permita Júpiter.

CALI.— Este asunto no pertenece a la jurisdicción de Júpiter; es bajo, el dominio de Venus, no de Júpiter donde se me trae a mal traer.

PS.— ¿Puedo saber de qué se trata? Hasta lo presente no habías tenido tú nunca secretos para mí.

CALI.— Ahora tampoco.

PS.— Hazme saber lo que te pasa; te ayudaré con dinero, o con mis servicios, o con un buen consejo.

CALI.— Toma esta carta y entérate tú por ti mismo de cuál es la pena y cuáles son las cuitas que me consumen.

PS.— Se te dará gusto. Pero, oye, por favor, ¿qué es esto?

CALI.— ¿El qué?

PS.— Tengo la impresión de que estas letras quieren tener descendencia: se montan las unas encima de las otras.

CALI.— ¿Ya estás con tus bromas de siempre?

PS.— Realmente creo que, si no es la sibila quien las lee, no hay otro que pueda descifrarlas.

CALI.— ¿Por qué hablas de esa manera tan dura de unas letras tan lindas, escritas por tan linda mano en una carta tan linda?

PS.— Oye tú, ¿es que acaso tienen manos las gallinas?, porque de eso no hay duda, esta carta es una gallina quien la ha escrito.

CALI.— Te estás poniendo muy cargante; lee la carta o devuélvemela.

PS.— No, no, la leo de punta a cabo. Pon atención.

CALI.— Si tengo perdido el ánimo.

Ps.— Pues cítalo, que comparezca.

Cali.— No, mejor yo guardaré silencio y hazle salir tú de la carta, que ahí tengo ahora puesta el alma y no dentro del pecho.

Ps.— *(Mirando la carta.)* Calidoro, estoy viendo a tu amiga.

Cali.— ¿Dónde está?

Ps.— Aquí, mírala puesta en la carta *(señalando el nombre de Fenicio);* está echada aquí en la cera.

Cali.— ¡Los dioses todos te...

Ps.— ...guarden!

Cali.— Como hierba de verano, así de efímera ha sido mi existencia; rápido salí a la vida y rápida ha sido también mi muerte.

Ps.— Calla mientras leo la carta.

Cali.— ¡Lee ya entonces!

Ps.— «Fenicio saluda a su amante Calidoro por medio de esta carta, de esta cinta[1] y de estas letras, en espera de la salud que tú me darás, entre lágrimas y sintiendo vacilar su alma, su corazón y su pecho».

Cali.— ¡Ay de mí!, ¡si no encuentro por parte ninguna salud que enviarle, Pséudolo!

Ps.— ¿Qué salud?

Cali.— Monetaria.

Ps.— Pero ¿acaso quieres enviarle un saludo metálico por uno de madera? *(señalando las tablillas de la carta)* Mira bien lo que haces.

Cali.— Sigue leyendo, verás cómo te das cuenta entonces de la rapidez con que necesito encontrar dinero.

Ps.— «Cariño mío, el rufián me ha vendido por veinte minas a un forastero, un militar de Macedonia, que le ha

[1] Para atar la carta.

entregado quince minas antes de marcharse; ahora, sólo
55 restan cinco minas. Por eso ha dejado el militar aquí una contraseña, el retrato suyo de su anillo impreso en cera, para que me dejen ir con el que traiga una contraseña igual que ésta. El día fijado para la entrega es el de las próximas fiestas de Dioniso.»

60 CALI.— Eso es mañana; cerca tengo mi perdición si no es que me ayudas.

PS.— Deja que acabe de leer.

CALI.— Te dejo, porque me parece estar hablando con ella; lee, es una mezcla de dulzura y de amargor lo que me ofreces.

PS.— «Ahora, nuestros amores, todo a lo que estamos
65 hechos y acostumbrados, nuestros juegos y nuestras bromas, las cosas que nos decimos, los dulces besos, nuestros estrechos abrazos de enamorados, los suaves mordisqueos en los
67a blandos labios, las caricias en los henchidos pechos, todos
70 estos placeres van a sernos arrebatados, destrozados, aniquilados a mí e igualmente a ti, si no encontramos o yo en ti o tú en mí algún medio de salvación. Yo he procurado que sepas esto tanto como yo; ahora llega el momento de ponerte a prueba si es que amas de verdad o si no haces más que fingir».

CALI.— ¡Qué carta tan lastimosa, Pséudolo!

PS.— ¡Oh, sí, lastimosísima!

75 CALI.— ¿Por qué no lloras?

PS.— Mis ojos son de piedra pómez; no puedo convencerlos de que echen ni una sola lágrima.

CALI.— ¿Y por qué?

PS.— Es que nuestra familia ha sido siempre de ojos muy secos.

CALI.— ¿No quieres ayudarme?

PS.— ¿Qué es lo que puedo hacer por ti?

CALI.— ¡Ay!

PS.— ¿Ay?, con eso, Hércules, no tienes que andar ahorrando; yo te daré cuanto quieras.

CALI.— Soy un desgraciado, no encuentro por parte ninguna dinero a préstamo.

PS.— ¡Ay!

CALI.— Y en casa no tengo ni un céntimo.

PS.— ¡Ay!

CALI.— El militar se llevará mañana a mi amiga.

PS.— ¡Ay!

CALI.— ¿Ésa es la forma que tienes de ayudarme?

PS.— Yo te doy lo que tengo, que de ayes tengo conmigo un tesoro inextinguible.

CALI.— Hoy es el día de mi perdición. Pero ¿puedes tú prestarme una dracma y yo te la devuelvo mañana?

PS.— ¡Hércules! yo creo que apenas podría ni que diera en prenda toda mi persona; pero ¿qué quieres hacer con ella?

CALI.— Comprarme una soga.

PS.— ¿Para qué?

CALI.— Para colgarme. Estoy decidido a entregarme a la noche eterna antes de esta noche.

PS.— ¿Y quién va entonces a devolverme la dracma si te la doy?, ¿es que quieres acaso colgarte precisamente para birlarme la dracma si te la presto?

CALI.— Yo, desde luego, si se me separa de ella y se la llevan, no puedo seguir viviendo de ninguna manera.

PS.— ¿Por qué lloras, tontaina? Vivirás.

CALI.— ¿Cómo no voy a llorar, si no tengo una sola moneda ni esperanza de encontrar un céntimo en parte ninguna?

PS.— Según lo que yo deduzco de lo que dice la carta, si no le lloras al rufián con lágrimas monetarias, con esas otras

que viertes ahora no vas a conseguir ni más ni menos que echando agua en un cedazo. Pero no te apures, que yo no te abandonaré en tus amores. Tengo la firme esperanza de encontrarte una ayuda monetaria de donde sea, por buenos o malos medios[2]; por arte de qué va a suceder no lo podría decir, lo único que sé es que será así, que siento que me dan saltos las cejas[3].

CALI.— ¡Ojalá que los hechos respondan a tus palabras!

PS.— Hércules, Calidoro tú ya sabes cuando yo me pongo en campaña la clase y el tamaño de los líos que suelo organizar.

CALI.— En ti tengo puestas ahora todas mis esperanzas.

PS.— ¿Te quedas contento si te pongo hoy a la joven en tus manos o si te entrego veinte minas?

CALI.— Desde luego, supuesto que vaya a ser una realidad.

PS.— Pídeme veinte minas, para que tengas así la seguridad de que voy a llevar a cabo mi promesa, venga, pídemelas, Hércules, yo te lo ruego, que me muero por prometértelas.

CALI.— ¿Me entregarás hoy veinte minas?

PS.— Te las entregaré. Ahora ya no me fastidies más. Y además te digo otra cosa, no vayas a decir luego que no te he avisado: si no encuentro otro a quien estafar, estafaré a tu padre.

CALI.— Los dioses te me conserven siempre. Pero si es posible, en atención a la piedad filial... si quieres, también a mi madre.

PS.— Por lo que respecta a este asunto, puedes dormir tranquilo... sobre los dos ojos.

---

[2] Texto inseguro.

[3] Buen presagio.

Cali.— ¿Los ojos?, las orejas, querrás decir[4].

Ps.— Bueno, pero es que lo primero no es tan corriente.

Ps.— *(Al público.)* Ahora, para que nadie pueda decir que no ha sido informado, os comunico a todos, a la asamblea en pleno, a todo el pueblo, a todos mis amigos y conocidos, que por el día de hoy tengan cuidado conmigo, que no me den crédito.

Cali.— ¡Chis, calla, Hércules, por favor!

Ps.— ¿Qué ocurre?

Cali.— Ha sonado la puerta del rufián.

Ps.— ¡Ojalá fueran los huesos de sus piernas los que hubieran sonado!

Cali.— Y sale él mismo en persona, el perjuro ese.

ESCENA SEGUNDA

Balión, esclavos, cortesanas, Pséudolo, Calidoro

Ba.— *(A los esclavos.)* ¡Afuera, afuera, haraganes, inútiles, malas piezas! Jamás se os pasa por las mientes portaros como es debido, no hay medio de servirse de vosotros como no sea de esta forma *(los golpea)*. Yo no he visto en mi vida hombres más parecidos a los asnos, tienen las espaldas hechas un puro callo a fuerza de golpes; si los pegas, eres tú el que te haces daño; verdaderamente que no se da abasto con látigos para ellos, no tienen otra cosa en la cabeza, si se les presenta la ocasión, más que venga a arramblar

---

[4] Así es la expresión hecha; cf. Terencio, *Heautontimorúmenos* 341, *ademptum tibi iam faxo omnen metum, in aurem utramvis otiose ut dormias.*

con lo que sea, a robar, a quedarse con todo, a rapiñar, a beber, a comer, a darse a la fuga, esto es en realidad su oficio, de forma que preferirías poner lobos a guardar ovejas que no a éstos tu casa. Y luego, si te fijas en ellos, no tienen aspecto de malos, es con sus obras con las que te engañan. Ahora, como no atendáis a las órdenes que os voy a dar, como no desterréis de vuestro pecho y de vuestros ojos el sueño y la pereza, os voy a dejar las costillas de tantos colores que vais a dejar atrás a los bordados de las colchas de Campania y a los tapices de Alejandría con sus figuras de animales. Ya ayer había dado órdenes a todos y había distribuido a cada uno su tarea, pero es que sois malos por naturaleza de forma que obligáis a que se os recuerde vuestro deber a fuerza de latigazos; os conducís de manera que vencéis por vuestra contumacia a la correa esta y a mí; fíjate, fíjate, están nada más que en otras cosas ¡Atended aquí, prestad atención, escuchad lo que os digo, raza de apaleados! Os juro que jamás será más duro vuestro pellejo que esta correa que veis en mi mano *(los azota)*: ¿qué, os duele? Ahí tenéis, así se hace con los esclavos que no hacen caso a su amo. Colocaos todos ahí frente a mí y atended bien a lo que os digo: tú, el del cántaro, trae agua y cuídate de llenar el perol del cocinero; a ti, el del hacha, te pongo al frente de los asuntos leñeros.

ESCL.— Pero es que esta hacha está embotada.

BA.— Déjalo, también lo estáis vosotros a fuerza de golpes ¿y es que acaso me sirvo menos de vosotros por eso? *(A otro.)* A ti te doy el cargo de la limpieza de la casa; buena tarea te espera: deprisa, adentro. *(A otro.)* Tú, prepara los divanes, ten limpia la plata y ponla en la mesa. Encargaos de que me lo encuentre todo a punto cuando vuelva del foro, que todo esté barrido, regado, limpio, preparado, fregado, guisado; porque hoy es el día de mi cumpleaños y vosotros

todos debéis celebrarlo junto conmigo. *(A un esclavo.)* Pon en agua el jamón, corteza de tocino, papada y tetilla de cerdo, ¿te enteras? Quiero acoger a lo grande hoy en mi casa a personas de mucho rango, para que tengan la impresión de que nado en la abundancia. Entrad y daos prisa, que no haya que andar esperando cuando llegue el cocinero; yo me voy ahora al mercado, para comprar todo el pescado que haya al precio que sea. *(Al esclavo.)* Ve tú por delante, chico; hay que andarse con cuidado de que nadie le haga un agujero a la bolsa... o no, espera, por poco se me olvida decir una cosa aquí en casa; ¿me oís?, a vosotras, jóvenes, tengo que daros las siguientes órdenes: vosotras, que os pasáis la vida en medio del lujo, la molicie, las caricias, en compañía de los más altos personajes, vosotras, renombradas cortesanas, yo voy a saber ahora y a enterarme cuál de vosotras trabaja por su libertad y cuál no piensa más que en su estómago, cuál en sus intereses y cuál sólo en dormir; cuál puedo calcular que será mi liberta y a cuál voy a poner a la venta. Ocupaos de que se den hoy aquí cita de parte de vuestros amantes un sinnúmero de regalos para mi persona, que si no se me llena la despensa para todo un año, mañana mismo os pongo en la calle como fulanas públicas. Ya sabéis que hoy es el día de mi cumpleaños, ¿dónde están todos esos para quienes sois la niña de sus ojos, su vida, «ay, encanto, dame un besito, ay, qué tetitas, dulzura mía». Traédmelos aquí enseguida ante la casa, un ejército de donantes cargados de regalos. ¿Para qué, si no, pongo a vuestra disposición vestidos, joyas y todo lo que necesitáis?, ¿qué otra cosa tengo de vuestro trabajo aparte de perjuicios, malvadas? No pensáis más que en el vino; con él os llenáis la andorga, mientras que yo estoy aquí sin probar gota. Ahora lo mejor es ir llamando a cada una por su nombre, para que no me venga luego ninguna con que no ha sido advertida. Atended todas. Por ti empie-

zo, Hedilio, que tienes amigos entre los comerciantes en granos, que disponen todos en casa de montones de trigo como montañas: procura que se me traiga aquí grano suficiente para el año para mí y toda mi casa, y que nade en trigo de tal forma que la gente me cambie el nombre y que, en vez del rufián Balión, me llamen el rey Jasón[5].

CALI.— ¿No oyes lo que dice el maldito? ¡qué fanfarronerías!, ¿eh?

PS.— Desde luego, y no sólo eso, sino, además, también qué fechorías, pero calla y pon atención.

BA.— Escrodora, tú que tienes por amigos a los émulos de los rufianes, los carniceros, que al igual que nosotros se buscan sus ganancias de mala manera con sus perjurios[6], escúchame: si no tengo hoy en mi poder tres garabatos de carnicero cargados con lomos de buen peso, mañana, como se cuenta de los dos hijos de Júpiter que ataron a Dirce a un toro[7], así te voy a descuartizar colgada del garabato de la carne: ése será el toro para ti.

CALI.— Me estoy poniendo furioso de oírle.

202a PS.— ¡Mira que tolerar la juventud ateniense que viva
aquí un hombre como éste!, ¿dónde están, donde se encu-
bren esos individuos en la flor de la vida que buscan sus
204 amores en casa del rufián?, ¿por qué no se aúnan todos para
205-205a liberar de tal calamidad al pueblo? Pero ¡ay!, necio de mí!
205b-205c ¡qué ignorancia! ¿van a lanzarse a hacer una cosa así aque-
llos a los que el amor obliga a ponerse al servicio de los ru-

[5] El que con los Argonautas fue a la conquista del vellocino de oro.

[6] El texto latino juega con el doble sentido de *ius (iurandum)* 'juramento' y *ius* 'salsa'.

[7] Anfión y Zeto, hijos de Júpiter y Antíope, se vengaron de Dirce, a quien su esposo Lico, rey de Tebas, había entregado a Antíope como esclava.

fianes , impidiéndoles al mismo tiempo emprender nada que vaya en contra de los deseos de éstos?

CALI.— ¡Ay, calla!

PS.—¿Qué es lo que ocurre?

CALI.— No me sabes llevar el aire, me estás fastidiando, no me dejas oír lo que dice el otro.

PS.— Me callo.

CALI.— Mucho mejor sería que te callaras que no dijeras que te ibas a callar.

BA.— Y tú, Xitilis, atiéndeme bien: tus amantes, ésos nadan en aceite de oliva; si no se me pone aquí rápido a odres plenos, te meteré mañana a ti en uno de los tales y te haré llevar a la pérgola[8]; allí se te dará un lecho, pero no para que cojas el sueño, sino para que hasta que ya no puedas con más... ya sabes a lo que me refiero. ¡Qué, víbora!, tú que tienes tantos amigos tan bien forrados de aceite ¿acaso has movido un dedo para que ninguno de tus consiervos tenga un tanto así más de brillo en la cabeza?, ¿o es que ni yo mismo puedo hacerme preparar la carne con un poco más de resbalante? Pero eso ya me lo sé yo: es que a ti el aceite no te dice mucho, es con el vino con lo que te unges; deja, que yo te lo haré pagar todo de un solo golpe, ¡Hércules! si no es que das cumplimiento hoy a todo lo que te digo. Y tú que me estás siempre con la cantinela de que vas a pagarme el dinero por tu libertad, no sabes más que hacer promesas, pero cumplir lo que has prometido, eso no lo sabes, Fenicio, contigo hablo, tú, la preferida de la aristocracia: si hoy no se me trae toda clase de provisiones de las

[8] Pérgolas o tiendas se colocaban en la calle ante las casas y se utilizaban para diversos fines; en ellas exponían los rufianes a sus esclavas para la venta.

fincas de tus amigos, mañana, Fenicio, pararás en la pérgola con la piel de color púrpura[9].

ESCENA TERCERA

CALIDORO, PSÉUDOLO, BALIÓN

CALI.— Pséudolo, ¿no oyes lo que dice?

PS.— Sí que lo oigo, amo, y bien atento que estoy.

CALI.— ¿Qué me aconsejas que le mande, para que no prostituya a mi amiga?

PS.— No te preocupes, tú tranquilo; yo tomaré las medidas necesarias en mi nombre y en el tuyo. Ya hace tiempo que estamos el tipo ese y yo pero que en muy buenas relaciones, nuestra amistad data ya de años: verás cómo le mando en el día de su cumpleaños un regalo de muy mala catadura y muy en su punto.

CALI.— Y eso ¿para qué?

PS.— ¿No tienes otra cosa de qué ocuparte?

CALI.— Pero...

PS.— No hay pero que valga.

CALI.— Es que sufro mucho.

PS.— Hazte el fuerte.

CALI.— No puedo.

PS.— Pues haz por poder.

CALI.— ¿Cómo puedo dominar mis sentimientos?

[9] Juego de palabras entre *Phoenicium,* nombre propio, y el adjetivo *poeniceus* «de color púrpura».

Ps.— Dale preferencia a lo que de hecho sirva a tus intereses y no des oídos en la adversidad a lo que te dictan los sentimientos.

Cali.— ¡Pamplinas!, un enamorado no está contento si 238
no hace locuras.

Ps.— ¿Otra vez con las mismas?

Cali.— ¡Oh, Pséudolo de mi alma, déjame desvariar
déjame, por favor! 239[a]

Ps.— Te dejo; déjame ir.

Cali.— Espera, espera, estoy dispuesto a hacer todo lo 240
que tú me digas.

Ps.— Ahora te pones en razón.

Ba.— El tiempo corre; yo mismo me estoy deteniendo; 240[a]
hale, chico, ve por delante.

Cali.— ¡Eh, que se va!, ¿por qué no le llamas?

Ps.— ¿A qué esas prisas? Calma.

Cali.— Pero antes de que se vaya.

Ba.— *(A su esclavo.)* ¡Maldición, chico!, ¿a qué esa 242
calma?

Ps.— ¡Tú, el del cumpleaños, eh, el del cumpleaños, a ti te digo, eh, el del cumpleaños! vuélvete y échanos una mirada; aunque andas de trajín, te detenemos, ¡espera! que hay 245
aquí quienes quieren hablarte.

Ba.— ¿Qué es esto? ¿quién es el que se atreve a entretenerme en forma tan inoportuna con las prisas que llevo?

Ps.— Uno que fue tu salvación.

Ba.— Muerto es quien fue; yo necesito a alguien que viva ahora.

Ps.— No tantos humos.

Ba.— ¡No tanta pesadez!

Cali.— *(A Pséudolo.)* ¡Sujétale, alcánzale!

Ba.— Hala, chico.

Ps.— Vamos a cortarle el paso por aquí. 250

Ba.— ¡Júpiter te confunda, quienquiera que seas!

Ps.— A ti... quiero hablarte.

Ba.— Pero yo no quiero hablar con ninguno de los dos; sigue por este otro lado, chico.

Ps.— ¿No podemos hablar contigo?

Ba.— No, no tengo ganas.

Ps.— ¿Y si es algo que te interesa?

Ba.— Vamos a ver: ¿me va a ser posible seguir mi camino o no me va a ser posible?

Ps.— ¡Ah, quieto ahí!

Ba.— ¡Déjame!

Cali.— Balión, escucha.

Ba.— Sordo soy, al menos para un palabrero.

Cali.— Mientras que tuve, te di.

Ba.— Yo no te reclamo lo que me diste.

Cali.— Y te daré cuando tenga.

Ba.— Llévatela cuando llegue ese caso.

Cali.— ¡Ay, qué forma tan triste de perder lo que te llevé y te di!

Ba.— Después que tus bienes han fenecido, me vienes con palabrerías; eres un necio, lo pasado, para siempre ausentado.

Ps.— Reconoce al menos a éste que está aquí.

Ba.— Ya hace tiempo que sé quién fue; quien sea ahora eso es cosa suya. ¡Hala, tú! *(al esclavo).*

Ps.— ¿No va a ser posible que eches una sola mirada para acá, Balión?, vas a sacar provecho de ello.

Ba.— Con esa condición, lo haré; que dado el caso que estuviera ofreciendo un sacrificio al soberano Júpiter y que tuviera ya las entrañas en la mano para ponerlas sobre el altar, si entre tanto se me ofrece alguna ganancia, dejaré a la mitad la ceremonia. Sea lo que sea, ante un deber tal queda todo a un lado.

Ps.— Hasta los dioses, a quienes debemos, sobre todo, temor y reverencia, le importan un pelo a éste.

Ba.— Voy a hablarle: ¡salud, tú, el esclavo más pillo de toda Atenas!

Ps.— Los dioses y las diosas todas te bendigan, según los deseos de éste o los míos propios o, para el caso de que te merezcas otra cosa, que ni te bendigan ni te protejan.

Ba.— ¿Qué tal, Calidoro, que se hace?

Cali.— Amar y pasar apuros.

Ba.— Yo me apiadaría de ti si la piedad sirviera para alimentar a las gentes de mi casa.

Ps.— Anda, nosotros te conocemos muy bien, no nos vengas con explicaciones. Pero ¿sabes qué es lo que queremos?

Ba.— Sí, más o menos lo siguiente: que me parta un rayo.

Ps.— Eso, y luego otra cosa, que es por lo que te detenemos. Préstame atención, por favor.

Ba.— Soy todo oídos. Pero abrevia, que ando muy ocupado.

Ps.— Aquí a éste le da apuro que, después de haberte hecho una promesa y haberte dado un plazo para cumplirla; no te ha entregado aún las veinte minas por su amiga.

Ba.— El apuro es más fácil de sobrellevar que el disgusto: a él le da apuro de que no ha pagado, yo tengo disgusto de no haber recibido.

Ps.— Pero te lo dará, ya encontrará el medio que sea; espera sólo un par de días. Es que él tiene miedo de que la vendas a causa de sus diferencias contigo.

Ba.— Si hubiera querido, habría tenido ya hace tiempo ocasión de darme el dinero.

Cali.— Pero ¿y si es que no lo tenía?

Ba.— Si estabas enamorado, lo hubieras encontrado a préstamo, hubieras ido al usurero, le hubieras propuesto al-

gún aumento de los intereses, se lo hubieras sisado a tu padre.

Ps.— ¿A su padre se lo iba a sisar, descarado? Desde luego, no hay peligro de que tú des un buen consejo.

Ba.— No sería rufianesco.

Cali.— ¿Que le iba yo a haber podido sisar algo a mi padre, un viejo tan avisado? Y además, aunque me hubiera sido posible, la piedad filial me lo prohíbe.

Ba.— Bien, entonces abraza por las noches a la piedad filial en lugar de a Fenicio. Pero, puesto que según veo antepones la piedad filial a tus amores, ¿es que todos los hombres son tus padres?, ¿no hay ninguno a quien pedirle un préstamo?

Cali.— ¡Un préstamo!: esa palabra ha dejado ya de existir.

Ps.— Oye, tú, es que desde que bien hartos abandonan las mesas[10] esos individuos que te exigen lo suyo pero sus deudas no se las paga a nadie, a la vista de eso, pues todos andan con más precaución de no prestarle nada a nadie.

Cali.— ¡Ay qué desgraciado soy, no me es posible encontrar por parte ninguna ni un céntimo, y así, pobre de mí, me muero de amor y de falta de dinero!

Ba.— ¡Hércules! pues compra aceite a crédito y véndelo al contado, verás qué pronto te encuentras en la mano hasta doscientas minas, por Hércules.

Cali.— ¡Ay de mi! la ley de los veinticinco años[11] es mi perdición, todos tienen miedo a darme crédito.

Ba.— La mismísima ley vale para mí: tengo miedo a dar crédito.

[10] Con este término se hace referencia aquí también a las mesas de los banqueros.

[11] Cf. *Rudens* 1362; la *lex Plaetoria* prohibía hacer contratos a los menores de veinticinco años.

Ps.— Conque dar crédito, ¿eh? Oye, ¿es que acaso te parece todavía poco el provecho que has sacado de éste?

Ba.— Un enamorado como es debido es sólo aquel que eterniza sus dones; tiene que dar, dar sin tregua. Cuando no tenga nada, que deje también de amar.

Cali.— ¿Es que no sientes compasión ninguna?

Ba.— Tú vienes con las manos vacías, tus palabras no son «sonantes». De todos modos, por lo que a mí respecta prefería verte en vida y con salud.

Ps.— Oye, ¿pero es que acaso está muerto?

Ba.— Sea como sea, para mí, desde luego, con eso que dice, es como si estuviera muerto. El enamorado vive hasta el punto y hora en que viene con súplicas al rufián. Tú debes venir a mí siempre con quejas acompañadas de monedas; que esos lamentos con los que me vienes ahora de que «no tengo, no tengo», es como si fueras y se lo contaras a tu madrastra.

Ps.— Oye, ¿es que tú te has casado con el padre de éste?

Ba.— ¡No lo permitan los dioses!

Ps.— Haz lo que te pedimos, Balión: yo salgo garante, si tienes miedo de fiarte de éste; en estos tres días sacaré yo de donde sea, por tierra o por mar, el dinero para entregártelo.

Ba.— ¿Que a ti te voy yo a dar crédito?

Ps.— ¿Y por qué no?

Ba.— Porque te juro que lo mismo sería atar con tripas de cordero a un perro que se escapa.

Cali.— ¿Ése es el agradecimiento que me tienes por lo bien que me he portado contigo?

Ba.— A ver, ¿algo más?

Cali.— Sí, espera unos días; no la vendas ni pierdas a un hombre enamorado.

BA.— No te apures, que estoy dispuesto a esperar hasta seis meses.

CALI.— ¡Bravo, eres la amabilidad en persona!

BA.— Pues aguarda ¿quieres que te ponga aún más contento de lo que estás?

CALI.— ¿Cómo pues?

BA.— Ya no tengo puesta a la venta a Fenicio.

CALI.— ¿No?

BA.— ¡Hércules, no!

CALI.— Pséudolo, ve y trae víctimas de todas clases, menores y mayores, y carniceros, para que haga un sacrificio en honor de este mi Júpiter, que él es ahora para mí mucho más Júpiter que Júpiter en persona.

BA.— Yo no quiero víctimas mayores, yo quiero que se me aplaque con entrañas de cordero.

CALI.— *(A Pséudolo.)* ¡Rápido!, ¿qué haces ahí parado? Ve y trae corderos, ¿no oyes lo que dice Júpiter?

PS.— Ahora mismo estoy de vuelta, pero primero tengo que ir a la carrera a la puerta de la ciudad.

CALI.— ¿Y eso por qué?

PS.— De allí traeré dos carniceros, pero de esos de las campanillitas[12]; al mismo tiempo traeré dos rebaños de varas de olmo, que se quede el Júpiter este satisfecho con nuestro sacrificio.

BA.— ¡Vete a la horca!

PS.— Allí irá nuestro rufianesco Júpiter.

BA.— *(A Calidoro.)* A ti te convendría que yo me muriera.

CALI.— ¿Por qué?

[12] Son los verdugos, que estaban extramuros y llevaban campanillas para avisar de su presencia; cf. *Truculentus* 782.

Ba.— Porque mientras que yo esté en vida no serás tú una persona de bien. Pero a ti *(Pséudolo)* no te conviene que yo me muera.

Ps.— ¿Por qué?

Ba.— Porque si yo desaparezco no habrá otro más malo que tú en toda Atenas.

Cali.— Por favor, Balión, contéstame ahora en serio a mi pregunta: ¿ya no tienes en venta a Fenicio?

Ba.— Claro que no la tengo, por la sencilla razón de que la he vendido ya.

Cali.— ¿Cómo?

Ba.— Sin abalorios, pero con todas sus entrañas.

Cali.— ¿Que tú has vendido a mi amiga?

Ba.— Y tanto, por veinte minas.

Cali.— ¿Por veinte minas?

Ba.— Si lo prefieres, por cinco veces cuatro minas, a un militar macedonio, y quince minas obran ya en mi poder.

Cali.— ¿Qué es lo que oigo?

Ba.— Que tu amiga ha quedado convertida en monedas.

Cali.— ¿Cómo te has atrevido a hacer una cosa así?

Ba.— Me ha dado la gana, era mía.

Cali.— ¡Eh, Pséudolo, ve y trae una espada!

Ps.— ¿Para qué una espada?

Cali.— Para matar a éste... y a mí.

Ps.— Mátate a ti solo, que éste va a morir de hambre de todos modos.

Cali.— Dime, tú, el más perjuro de los mortales, ¿no me habías jurado que no se la venderías a nadie más que a mí?

Ba.— Exacto.

Cali.— ¿Y además con juramento solemne?

Ba.— Solemne y perenne[13].

---

[13] Juego de palabras en el texto latino.

CALI.— Has cometido un perjurio, malvado.

BA.— Pero me he metido el dinero en el bolsillo; yo, que soy un malvado, puedo disponer de dinero; tú, que eres una persona honrada, de tan buena familia, no tienes una perra.

CALI.— Pséudolo, ponte ahí a ese otro lado y llénale de insultos.

PS.— De acuerdo: ni siquiera al pretor correré tan a la carrera para que me dé la libertad.

CALI.— Insúltale sin parar.

PS.— Te voy a hacer trizas a fuerza de insultos. ¡Sinvergüenza!

BA.— Muy bien.

CALI.— ¡Criminal!

BA.— Tienes toda la razón.

PS.— ¡Bribón!

BA.— ¿Por qué no?

CALI.— ¡Violador de sepulturas!

BA.— Desde luego que sí.

PS.— ¡Malhechor!

BA.— ¡Estupendo!

CALI.— ¡Traidor!

BA.— Eso es lo mío.

PS.— ¡Parricida!

BA.— *(A Calidoro.)* Venga, ahora tú.

CALI.— ¡Sacrílego!

BA.— Confieso que sí.

PS.— ¡Perjuro!

BA.— ¡Vaya novedad!

CALI.— ¡Violador de las leyes!

BA.— Y tanto.

PS.— ¡Ruina de la juventud!

BA.— ¡De todas todas!

CALI.— ¡Ladrón!

Ba.— ¡Bravo!

Ps.— ¡Desertor!

Ba.— ¡Ahí va!

Cali.— ¡Estafador público!

Ba.— Totalmente de acuerdo.

Ps.— ¡Impostor!

Cali.— ¡Puerco!

Ps.— ¡Rufián!

Cali.— ¡Lodazal!

Ba.— ¡Qué buenos cantantes!

Cali.— Has azotado a tu padre y a tu madre.

Ba.— Y los maté antes que tener que alimentarlos: ¿qué mal hay en ello?

Ps.— Estamos echando agua en un cedazo, perdemos el tiempo.

Ba.— ¿Tenéis algo más que decir?

Cali.— ¿No tienes vergüenza?

Ba.— ¿No la tienes tú de haber resultado un enamorado más vacío que una nuez vana? Así y todo, a pesar de vuestros insultos, si el militar no me trae las cinco minas hoy, que es el día fijado para la entrega, si no las trae, digo, me parece que puedo hacer de las mías.

Cali.— ¿Y qué es eso?

Ba.— Si tú me traes el dinero, me vuelvo atrás de mi trato con él; ése es mi oficio. Si tuviera tiempo, seguiría hablando contigo; pero estando limpio de dinero, es inútil que me pidas que me compadezca de ti. Ya sabes mi decisión, o sea, que delibera qué es lo que debes hacer.

Cali.— ¿Te vas ya?

Ba.— Tengo mucho que hacer ahora.

Ps.— Pues ya verás después. *(Balión se va.)* Éste es mío, si no es que estoy totalmente dejado de la mano de los dioses y los hombres; le voy a dejar igual de limpio que

los cocineros a las morenas. Ahora, Calidoro, quiero que me prestes tu colaboración.

CALI.— ¿Qué es lo que me ordenas?

PS.— Yo tengo la intención de poner sitio a esta ciudad *(señalando la casa del padre de Calidoro):* de forma y manera que sea conquistada en el día de hoy. A este fin se precisa de un hombre astuto, listo, avisado y ladino, que ponga por obra las instrucciones que yo le dé, no uno que duerma despierto.

CALI.— Pero dime: ¿qué es lo que piensas hacer?

PS.— Ya lo sabrás a su tiempo; no quiero andar repitiendo las cosas, que también así son ya las comedias más largas de lo debido.

CALI.— Tienes toda la razón.

PS.— Venga, rápido, ponme aquí en seguida, un tipo como te he dicho.

CALI.— Si vas a ver, son, entre muchos amigos, muy pocos los que lo son de verdad .

PS.— Ya lo sé; o sea que tienes que hacer una doble selección: primero escoge unos pocos de entre muchos, y de esos pocos, dame uno que sea amigo de verdad.

CALI.— A ahora mismo te lo pongo aquí.

PS.— ¿Acabarás ya de irte? Tú mismo eres quien te detienes con tanto charlar. *(Se va Calidoro.)*

ESCENA CUARTA

PSÉUDOLO

Se fue, solo te has quedado, Pséudolo. ¿Qué es lo que vas a hacer ahora, después de que has echado el resto ha-

ciendo esas fantásticas promesas al hijo del amo?, ¿se puede saber dónde quedan? Sin tener a punto ni una gota de plan fijo, ni, todavía menos el dinero, ni... Ahora ya sé lo que voy a hacer: no sabes ni por dónde has de empezar tu trama ni hasta dónde has de continuar para acabarla; pero como el poeta cuando se pone a escribir busca lo que no existe en parte ninguna, y, así y todo, lo encuentra y le da aspecto de verdad a lo que no es sino mentira, yo ahora seré un poeta: veinte minas, que no aparecen por ninguna parte, yo las encontraré. Además, que ya le había dicho que se las iba a dar y quise lanzar mi dardo contra nuestro viejo, pero es que él, no sé cómo, se lo barruntó. Pero tengo que acallar mi voz y dejar de hablar: ahí veo a Simón venir hacia acá con su vecino Califón; ahí está el viejo sepulcro, de donde desenterraré hoy veinte minas para entregárselas a su hijo. Voy a retirarme a esta parte, para poder escuchar desde aquí su conversación.

ESCENA QUINTA

SIMÓN, PSÉUDOLO, CALIFÓN

SIMÓN— Si se eligiera ahora en Atenas del Ática un dictador de entre el gremio de los pródigos o los galanes enamorados, estoy seguro de que sería mi hijo el que se llevara la palma: no se oye otra cosa por toda la ciudad sino que quiere dar la libertad a su amiga y que anda buscando dinero al efecto. Esto es lo que me cuentan los demás, pero hace ya tiempo que me había yo percatado de ello y me lo estaba oliendo, sólo que hacía por disimular.

Ps.— *(Aparte.)* ¡Con que le apesta ya su hijo! La cosa está perdida, estamos en un callejón sin salida, el lugar hacia donde yo quería dirigirme para hacer mis provisiones... monetarias, en esa dirección está cortado el camino. Se lo ha olido: nos quedamos sin botín.

Calif.— Lo que es esas personas que propalan chismes y los que les prestan oídos, si por mí fuera, debían colgarlos a todos, a los que los cuentan, por la lengua, y a los que los escuchan, por las orejas; porque esas historias con que te vienen de que si tu hijo está enamorado y de que si quiere birlarte dineros, quién sabe si quizá no son todo más que habladurías, y en el caso de que fueran verdad, sobre todo tal como andan hoy en día las costumbres, ¿qué es lo que habría hecho de particular?, ¿es que es acaso una novedad el que un muchacho joven esté enamorado y quiera liberar a su amiga?

Ps.— *(Aparte.)* ¡Huy, qué encanto de viejo!

Simón— Yo soy un hombre chapado a la antigua, y no quiero que se porte así.

Calif.— Pues mira; no sacas nada con no quererlo, o en tal caso, no debías tú haber hecho lo mismo en tu juventud; un padre que exige que su hijo sea mejor de lo que él fue, debe ser el mismo una persona de bien, porque anda que tú, de los despilfarros y de las calaveradas que hiciste habría para repartir a todos los ciudadanos por cabeza ¿y luego te asombras de que el hijo salga a su padre?

Ps.— ¡Oh, Zeus! qué pocas personas hay que sepan tener un poco de comprensión. Eso es un padre que se porta como se debe con su hijo.

Simón— ¿Quién habla por aquí? Anda, si es mi esclavo Pséudolo; éste es el que tiene echado a perder a mi hijo, el muy bribón; él es su guía y su maestro, no estoy sino deseando mandarle a la horca.

Calif.— Simón, yo te lo aviso, es una necedad el enfadarse así por las claras. Cuánto mejor sería abordarle con buenas palabras e indagar si son ciertas o falsas las cosas que te cuentan. En la adversidad, si sabes conservar la calma, reduces a la mitad las penas.

Simón— Seguiré tus consejos.

Ps.— *(Aparte.)* Ésos vienen derechitos hacia ti, Pséudolo, ponte en forma para dirigirte contra el viejo: salud, en primer lugar a mi amo, tal como corresponde después; si es que sobra algo, salud también para los vecinos.

Simón— ¡Salud!, ¿qué se hace, Pséudolo?

Ps.— Pues eso, estar aquí en pie, como ves.

Simón— ¡Fíjate, fíjate, Califón, qué ademanes se gasta, ni que fuera un rey!

Calif.— Sí, ya lo veo, estupendo, y qué seguro de sí mismo.

Ps.— A un esclavo inocente y sin tacha le cuadra mantener alta la cabeza sobre todo frente a su amo.

Calif.— Pséudolo, queremos hacerte algunas preguntas sobre unos rumores que han llegado a nuestros oídos así de una forma un poco vaga.

Simón— Verás cómo te engatusa éste, espera, que vas a pensar que no es Pséudolo sino Sócrates quien habla contigo.

Ps.— Sí, ya hace tiempo que tú me tienes en nada, no creas que no me doy cuenta. Ya lo sé que no tienes mucha confianza en mí. Tú querrías que yo fuera un bribón, pero no por eso voy a dejar de ser una buena persona.

Simón— Pséudolo, yo te lo ruego, haz sitio en la morada de tus oídos para que puedan tomar asiento mis palabras en el lugar al que las dirijo.

Ps.— Hale, di lo que quieras, aunque en sí estoy a malas contigo.

SIMÓN— ¿Tú, el esclavo, vas a estar a malas conmigo que soy tu amo?

PS.— ¿Y es que acaso te parece eso una cosa tan de extrañar?

SIMÓN— ¡Hércules! Tal como te expresas, no parece sino que tengo que guardarme de tus iras. Y además, que los golpes que tú pretendes darme son otros que los que yo suelo darte a ti. ¿Qué dices tú, Califón?

CALIF.— Pues yo pienso que tiene razón de estar molesto contigo, si es que tú le muestras tan poca confianza.

SIMÓN— Es igual, dejémosle estar molesto; ya me encargaré yo de que no me cause perjuicios. Pero a ver, Pséudolo, ¿qué me dices a mi pregunta?

PS.— Si tienes alguna pregunta que hacerme ¡adelante!; lo que yo sepa, puedes decir que es el oráculo de Delfos quien te da la respuesta.

SIMÓN— Préstame entonces atención y ten presente esa promesa que me haces. Dime: ¿sabes acaso si mi hijo anda enamorado de una flautista?

PS.— *¡Yes!*[14].

SIMÓN— ¿Y que quiere darle la libertad?

PS.— *¡Yes!*

SIMÓN— ¿Y que tú tienes el plan de birlarme veinte minas con tus embustes y tus sabios ardides?

PS.— ¿A ti te las voy a birlar?

SIMÓN— Sí, eso, para dárselas a mi hijo para que pueda comprar a su amiga: ¡Anda, confiésalo, di otra vez «*yes*»!

PS.— *¡Yes!*

CALIF.— ¡Lo confiesa!

SIMÓN— ¿No te lo había dicho yo, Califón?

CALIF.— Sí, sí, lo recuerdo perfectamente.

[14] En griego en el original.

SIMÓN— ¿Por qué me lo has ocultado una vez que lo supiste?, ¿por qué no lo he sabido yo?

PS.— Yo te lo diré: porque no quería ser yo el promotor de una costumbre tan fea como que un esclavo acuse a uno de sus amos ante el otro.

SIMÓN— Éste se merecía que le agarraran por el cuello y le llevaran al molino.

CALIF.— Pero ¿es acaso culpable?

SIMÓN— ¡Y en grado sumo!

PS.— Deja yo sé lo que me hago, Califón; mis faltas mías son. *(A Simón.)* Ahora escucha por qué no te he dado cuenta de los amores de tu hijo: sabía que me esperaba el molino si te lo decía.

SIMÓN— ¿Y no sabías que te esperaba el molino si me lo callabas?

PS.— Claro que lo sabía.

SIMÓN— ¿Por qué no se me ha dicho entonces?

PS.— Pues porque en el primer caso, el castigo era inminente, en el segundo estaba lejos; lo primero era cosa hecha, para lo segundo había todavía un poco de plazo.

SIMÓN— ¿Y qué es lo qué vais a hacer ahora?, porque, desde luego, a mí es imposible birlarme el dinero, sobre todo después de que estoy ya en ello. Voy a dar por todas partes el aviso de que no se os preste cantidad ninguna.

PS.— Te juro que no me andaré con súplicas con nadie mientras tú estés en vida; tú serás quien me des el dinero, a ti te lo voy a sacar.

SIMÓN— ¿Que me lo vas a sacar a mí?

PS.— Y tanto que sí.

SIMÓN— Un ojo de la cara me puedes sacar si es que llego a dártelo.

PS.— Pues me lo darás. Ya desde ahora te aviso que te andes con tiento conmigo.

SIMÓN— Al menos una cosa es segura: que si me lo sacas, habrás llevado a cabo una hazaña sorprendente.

PS.— Y la llevaré a cabo .

SIMÓN— ¿Y si no lo consigues?

PS.— Me das de latigazos. Pero y si te lo saco, ¿qué?

515 SIMÓN— Pongo a Júpiter por testigo de que no recibirás castigo por ello en tu vida.

PS.— A ver si lo tienes presente.

SIMÓN— ¿Te crees que no voy a ser capaz de andar con ojo, una vez que estoy avisado?

PS.— Yo te recomiendo que tengas cuidado. Te aviso, digo, que tengas cuidado. Ándate con ojo; ahí, con esas mismas manos, me entregarás tú hoy el dinero.

CALIF.— ¡Hércules, qué tipo tan famoso si cumple su palabra!

520 PS.— *(A Simón.)* Tú puedes considerarme tu esclavo si no me salgo con la mía.

SIMÓN— Muy agradecido; por lo visto, ahora no me perteneces, ¿no?

PS.— ¿Quieres que diga todavía una cosa que os asombre aún más?

CALIF.— ¡Hércules! estoy deseando oírlo, porque la verdad es que te escucho con sumo gusto.

523ª SIMÓN— Venga, que no es poco el gusto con que te oigo.

525 PS.— Antes de dar esta batalla, daré además otra gloriosa y memorable.

SIMÓN— ¿Cuál batalla?

PS.— Mira, el rufián ese vecino tuyo: la flautista esa por la que se muere tu hijo, ¿eh?, pues ésa se la voy a birlar al rufián con mis engaños y mis sabios ardides.

SIMÓN— ¿Qué?

530 PS.— Esta misma tarde estará todo perfecto, lo uno y lo otro.

SIMÓN— Si es que, como afirmas, consigues llevar a cabo esas dos operaciones, vas a dejar atrás al rey Agatocles[15] por tu valentía. Pero, si no lo consigues, ¿tienes algo en contra de que te ponga en el molino?

PS.— Y no para un solo día, sino para todo lo que me quede de vida. Pero, si lo consigo, ¿me darás de grado enseguida el dinero para que se lo entregue al rufián?

CALIF.— Es muy justo lo que pide Pséudolo, dile que sí, que se lo darás.

SIMÓN— Pero ¿sabes lo que se me acaba de ocurrir ahora mismo?: a ver si va a ser que el rufián y éste se han entendido entre sí, Califón, o han tramado un engaño y actúan de común acuerdo para birlarme el dinero.

PS.— ¿Dónde encontrar un tipo más valiente que yo, si me atrevo a dar tal golpe? Tú no sufras, Simón, que yo te digo lo siguiente: si es que nos hemos puesto de acuerdo, o si hemos tramado un plan, o si nos hemos entendido uno con otro en lo que se refiere a este asunto, así como se escriben las letras en un papel con un cálamo, igualitamente puedes dejar escritas mis espaldas con varas de olmo.

SIMÓN— Venga, manos a la obra, echa ya entonces el pregón de la fiesta, si es que te empeñas.

PS.— Tú, Califón, estáte hoy a mi disposición, por favor, no te ocupes de ningún otro asunto.

CALIF.— Pero es que había planeado ayer ir hoy a la finca.

PS.— Pues da al traste con los planes que habías planeado.

CALIF.— No, desde luego que no voy, por causa tuya, que estoy deseoso de contemplar el espectáculo que nos vas a ofrecer, Pséudolo. Más aún, si veo que Simón no te da el dinero como ha prometido, antes de que te quedes sin ello, estoy dispuesto a dártelo yo.

---

[15] Famoso tirano de Siracusa entre 318 y 289 antes de nuestra era.

SIMÓN— Yo no me vuelvo atrás de lo dicho.

PS.— Puedes estar seguro de que, si no me lo das, se te reclamará a grito pelado. Hale, largaos ya, adentro con vosotros y dejadme campo libre, que pueda yo dar comienzo a mis maquinaciones.

CALIF.— Sea, se te dará gusto.

PS.— Pero tú ya sabes que no quiero que salgas de casa.

CALIF.— Que sí, que te prometo mi colaboración.

SIMÓN— Pues yo me voy al foro; ahora mismo estaré de vuelta.

PS.— Vuelve rápido. *(Se van los viejos.) (Al público.)* Tengo yo ahora la sospecha que vosotros sospecháis, que yo prometo tan grandes hazañas sólo para distraeros durante la comedia, y que no voy a hacer lo que he dicho que haría. Pues no, no me vuelvo atrás. Pero la verdad es que, que yo sepa, no sé aún la forma en que lo haré; lo único que sé es que tendrá lugar. Quien se presenta en las tablas debe ofrecer novedades de forma y de contenido; si no es capaz de hacerlo, que deje paso al que lo sepa. Ahora quiero recogerme un rato en casa para reclutar los embustes en mi caletre; *** saldré, no os haré esperar; entre tanto, os distraerá aquí el flautista.

ACTO II

ESCENA PRIMERA

PSÉUDOLO

¡Oh, Júpiter! ¡Qué bonitamente, qué felizmente me sale todo aquello donde pongo la mano! El plan que abrigo en

mi pecho no deja lugar a dudas ni temores. Desde luego, es una necedad confiar grandes empresas a personas pusilánimes porque todo en este mundo depende de la forma en que lo hagas, de la importancia que le des; yo he dispuesto ya en mi cabeza de tal forma mis tropas, filas dobles y triples de ardides y de engaños, que sea donde sea donde me tope con el enemigo (dicho sea, fiado en el valor de mis antepasados y en mi propia capacidad para la malicia y el engaño), podré, digo, vencerle fácilmente y fácilmente expoliar con mis perfidias a mis adversarios. Ahora va a ser a Balión, este enemigo común mío y vuestro al que voy a desbalionar con mi ballesta; prestad sólo atención; yo estoy dispuesto a dar el asalto a esta ciudad *(señalando la casa de Balión)* de forma que sea tomada hoy, y contra ella voy a dirigir mis legiones; si la conquisto, les facilitaré la vida a mis conciudadanos. Después dirigiré mi ejército en seguida contra esta vieja ciudad *(señalando la casa de Simón),* de donde me cargaré y colmaré de botín a mí y a todos mis camaradas, para que se sepa que he nacido para infundir el terror y poner en fuga a mis enemigos: tal es la estirpe de la que soy oriundo; yo estoy predestinado a llevar a cabo grandes hazañas, cuya fama se mantenga largo tiempo entre las generaciones venideras. Pero ¿quién es ése que veo, ese desconocido que se ofrece a mi vista? Me está entrando curiosidad de saber a qué viene ahí con esa espada, voy a observar desde aquí qué es lo que hace.

ESCENA SEGUNDA

HÁRPAX, PSÉUDOLO

594-95 HÁ.— Éstos son los lugares y éste es el barrio que me ha indicado mi amo, según puedo yo verificar por mis ojos la razón que me dio mi amo el militar: a partir de la puerta de la ciudad hace la séptima la casa donde vive el rufián a quien me ha mandado traer esta contraseña y este dinero. No sé lo que daría por encontrar a alguien que me indicara, dónde vive exactamente el rufián Balión.

600 PS.— *(Aparte.)* ¡Chis, calla, calla, éste es mío, si no es que estoy totalmente dejado de la mano de los dioses y los
601ª hombres! Tengo que tomar una nueva resolución, que ésto es algo que se me presenta muy de improviso; esto tiene, preferencia, renuncio a todos mis planes anteriores. Verás a qué vapuleo voy a someter al mensajero militar este.

HÁ.— Voy a llamar a la puerta para que salga alguien.

605 PS.— Tú, quienquiera que seas, ahórrate esos golpes, que yo he salido a la calle para interceder por esta puerta y protegerla.

HÁ.— ¿Eres tú entonces Balión?

PS.— No, yo soy Vicebalión.

HÁ.— ¿Y qué quiere decir eso?

PS.— Yo soy el que administra sus víveres, el encargado de la despensa.

HÁ.— O sea, su mayordomo.

PS.— No, ése está por debajo de mí.

610 HÁ.— A ver, ¿tú eres esclavo o libre?

Ps.— Por lo pronto soy todavía esclavo.

HÁ.— Esa facha tienes, no tienes aspecto de ser un hombre libre.

Ps.— Échate una mirada a ti mismo antes de hablar mal a los demás sin motivo.

HÁ.— *(Aparte.)* Este individuo debe ser un pillo.

Ps.— *(Aparte.)* Yo gozo realmente del favor de los dioses; este tipo me va a servir de yunque: ¡y que no van a ser pocas las patrañas qua voy a forjar en él!

HÁ.— *(Aparte.)* ¿Qué es lo que habla ahí ése para sus adentros?

Ps.— ¡A ver, joven!

HÁ.— ¿Qué quieres?

Ps.— ¿Vienes tú o no de parte del militar macedonio, eres esclavo de uno que nos ha comprado una joven, que ha entregado a mi amo el rufián quince minas y le debe cinco?

HÁ.— Sí que lo soy. Pero ¿de dónde diablos me conoces o dónde me has visto o cruzado jamás una palabra conmigo? Porque, desde luego no he venido nunca con anterioridad a Atenas, ni te he visto con mis ojos a ti nunca jamás antes de hoy.

Ps.— Me ha dado la impresión de que vienes de su parte; es que cuando se marchó de aquí, se concertó el día de hoy como fecha para traer el resto del dinero y todavía no nos lo ha traído.

HÁ.— Y tanto que sí.

Ps.— ¿Es que lo traes tú?

HÁ.— Yo mismo en persona.

Ps.— ¿Y qué haces entonces que no me lo entregas?

HÁ.— ¿A ti te lo voy a entregar?

Ps.— A mí, Hércules, que estoy al frente de los bienes y de la contabilidad de mi amo Balión, que cobro los dineros y efectúo los pagos a quienas se los debe.

HÁ.— ¡Hércules! Así administraras los tesoros del propio Júpiter no te entregaría yo a ti ni un céntimo.

Ps.— Nada más que dar un estornudo estará resuelta la cosa.

HÁ.— Ni resuelta ni suelta, sino bien atada *(señalando la bolsa del dinero)*.

Ps.— ¡Ay de ti! ¡conque vas a ser tú el que ponga en tela de juicio el crédito de que gozo, como si de continuo no se me entregaran a mí solo cantidades cien veces mayores que ésa!

HÁ.— Puede ser que otros sean de esa opinión y que a pesar de eso yo no te haga confianza.

Ps.— O sea que quieres decir que yo pretendo birlarte el dinero.

HÁ.— No, sino que tú eres quien lo dice, y yo, pues como si tuviera esa impresión. Pero ¿cómo te llamas?

Ps.— *(Aparte.)* El rufián este tiene un esclavo que se llama Siro, le diré que soy él. Me llamo Siro.

HÁ.— ¿Siro?

Ps.— Sí, ése es mi nombre.

HÁ.— Estamos hablando demasiado; si tu amo está en casa ¿por qué no le dices que salga, para acabar con el encargo que traigo, te llames como te llames?

Ps.— Si estuviera en casa, le llamaría. Pero si me lo quieres dar a mí, estará más pagado todavía que si se lo das a él.

HÁ.— ¿Sabes tú una cosa? Mi amo me ha enviado a entregar esta cantidad, no a perderla, porque, estoy bien seguro, todo ese afán no es más que porque no puedes echarle las garras a esto. Yo, aparte de a Balión, no le entrego a nadie un céntimo.

Ps.— Pero es que ahora está ocupado; está en un juicio.

HÁ.— ¡Los dioses le amparen! Pero, por lo que a mí toca, volveré cuando crea que está en casa. Tú hazte cargo de esta carta y se la das a él, que ésa es la contraseña entre mi amo y el tuyo para el asunto este de la joven.

PS.— Sí, lo sé: que el que traiga el dinero y un sello con su retrato, que le mandáramos con él a la joven. Es que aquí ha dejado también una copia de su sello.

HÁ.— Estás al tanto de todo.

PS.— Pues ¿cómo podría ser de otra forma?

HÁ.— Entrégale, pues, esta contraseña a tu amo.

PS.— Vale. Pero ¿cómo te llamas?

HÁ.— Hárpax[16].

PS.— Largo de aquí, Hárpax, no me haces gracia; te juro que lo que es aquí en nuestra casa no entras, no sea que vayas a hacer de las tuyas.

HÁ.— Es que suelo capturar vivos a los enemigos en la batalla, por eso me dicen así.

PS.— Me parece a mí que más bien las vasijas de bronce de las casas.

HÁ.— No es así. Pero ¿sabes lo que te ruego, Siro?

PS.— Lo sabré, si es que me lo dices.

HÁ.— Yo paro al otro lado de la puerta de la ciudad, en la fonda que hace el número tres, en casa de Crisis, la vieja esa que parece un tonel, coja y gorda.

PS.—¿Y qué es lo que quieres pues?

HÁ.— Que vayas a llamarme allí cuando vuelva tu amo.

PS.— Como quieras, de acuerdo.

HÁ.— Porque es que vengo cansado del camino y quiero reposar un poco.

PS.— Tienes razón, me parece muy bien. Pero mira que no me hagas andarte buscando cuando vaya a llamarte.

---

16 Nombre parlante, 'rapaz', 'ladrón'.

HA .— No, luego que almuerce, me echaré a dormir.

PS.— Estupendo.

HÁ.— ¿Alguna cosa más?

PS.— Que te vayas a dormir.

HÁ.— Me marcho.

PS.— ¡Eh, tú, Hárpax! Cuida de arroparte bien; verás que bien te encuentras después de haber sudado. *(Hárpax se va.)*

ESCENA TERCERA

PSÉUDOLO

¡Dioses inmortales, ese tipo me ha salvado con su llegada! Con su viático me ha hecho volver a buen camino, perdido como estaba; porque la misma Oportunidad en persona no hubiera podido llegar más oportunamente que la oportuna carta esta que me ha entregado; esto es el cuerno de la abundancia, que contiene en sí todo lo que deseo: ardides, engaños de todo género, embustes, dinero y la amiga para el enamorado hijo del amo. Y ahora, para presumir y dar prueba de lo listo que soy: todos lo detalles para birlarle la joven al rufián los tenía yo ya dispuestos punto por punto; todo estaba pensado, calculado, delineado tal como me había parecido oportuno pero no hay duda: la diosa de la Fortuna da ella sola ciento y raya a los planes de cien hombres listos. Y otra cosa también es verdad: el éxito en las empresas depende de la medida en que se sabe aprovecharse de la fortuna, y ése es el criterio por el que se puede distinguir a una persona cuerda. Cuando nos enteramos de que un plan le ha

salido bien a alguien declaramos que es una persona de talento, y un imbécil aquel a quien le sale mal. ¡Necios de nosotros!, no nos damos cuenta del error en que estamos cuando deseamos ardientemente alcanzar una cosa, como si estuviera en nuestra mano el saber lo que mejor nos conviene. Dejamos lo cierto por lo dudoso, y al final sucede que la muerte se nos echa encima en medio de penas y trabajos. Pero basta ya de filosofías, ya estoy hablando demasiado. ¡Dioses inmortales!, ni a precio de oropel[17] hubiera salido caro el embuste que me acabo de inventar al decir que era el esclavo del rufián. Ahora con esta carta voy a engañar a tres al mismo tiempo, al amo, al rufián y al dador de la misma. ¡Bravo, la historia se repite, otro deseo que se me cumple!: ahí veo venir a Calidoro que trae a quien sea consigo.

ESCENA CUARTA

CALIDORO, CARINO, PSÉUDOLO

CALI.— *(A Carino.)* Dulzuras y amarguras, ya te he dado cuenta de todo, ya estás al tanto de mis amores, de mis dificultades, de mis escaseses.

CA.— Lo tengo todo presente; tú ahora no tienes más que decirme qué es lo que quieres que haga.

CALI.— Yo te he dicho entre otras cosas [...][18].

CA.— Lo sé todo, te digo; tú sólo dime qué es lo que quieres que haga.

---

[17] Cf. nota a *Curculio* 202.

[18] Texto corrupto.

Cali.— Pséudolo me ha dado la orden de que le trajera una persona activa, diligente y bien dispuesta para conmigo.

Ca.— Pues has cumplido muy bien sus órdenes, porque en mí tienes un amigo y una persona que te quiere bien; pero ese Pséudolo que dices no sé yo quién es.

Cali.— Es un tipo que ni pintado, y para mí, lo que se dice un factótum. Él me ha asegurado que llevará a cabo lo que te dije.

Ps.— Verás en qué forma tan subida le voy a hablar.

Cali.— ¿De quién es esa voz que oigo?

Ps.— ¡Ío, ío, oh, mi soberano, a ti, a ti te busco, yo, Pséudolo, tu esclavo!: yo te daré tres veces, en tres dones, en tres porciones, de tres maneras, tres satisfacciones, por tres caminos tres alegrones, alevosamente conseguidos de tres cretinos, a fuerza de embustes, de astucia y ser ladino. Aquí, aquí en este insignificante lacrado memorial, te traigo todo lo dicho.

Cali.— ¡Él es!

Ca.— ¡Qué bien sabe parodiar el tono trágico el muy bribón!

Ps.— Avanza hacia mí a la par mía, alarga tranquilo, tu mano y dame la bienvenida.

Cali.— ¿Bajo qué nombre te debo saludar, Pséudolo, debo llamarte mi Esperanza, o mi Salvación?

Ps.— Las dos cosas.

Cali.— Salud, «Lasdoscosas». Pero ¿cómo van los asuntos?

Ps.— Tú tranquilo.

Cali.— Mira, aquí he acarreado a éste.

Ps.— ¿Qué, que lo has acarreado?

Cali.— Bueno, que lo he traído conmigo, quise decir.

Ps.— ¿Y quién es?

Cali.— Carino.

Ps.— ¡Bravo!, te hago gracia del tal Carino[19].

Ca.— Puedes mandarme tranquilamente lo que quieras, si se te ofrece algo.

Ps.— Gracias, gracias, no te molestes, Carino, no vamos a incomodarte.

Ca.— ¿Vosotros incomodarme? No es molestia ninguna.

Ps.— Bueno, pues entonces quédate, si quieres.

Cali.— *(Al ver la carta que tiene Pséudolo.)* ¿Qué es eso?

Ps.— Acabo de hacerme con esta carta y con una contraseña.

Cali.— ¿Contraseña?, ¿qué contraseña?

Ps.— La contraseña que ha sido traída ahora mismo de parte del militar. Acabo de pegársela al esclavo que la traía. Trae también cinco minas, venía a llevarse a tu amiga.

Cali.— ¿Cómo?

Ps.— Oye, tú, la comedia esta se representa para los espectadores: ellos lo saben, que estaban presentes; a vosotros os lo contaré después.

Cali.— Y ahora ¿qué hacemos?

Ps.— Hoy mismo tendrás a tu amiga libre entre tus brazos.

Cali.— ¿Yo?

Ps.— Tú mismo en persona, digo, si los dioses me dan vida con tal de que me encontréis un sujeto a toda prisa.

Ca.— ¿De qué facha?

Ps.— Un bribón, un hombre astuto, avisado, alguien que, una vez puesto en camino, sepa luego tomar resoluciones propias; y además, que no haya sido visto por aquí.

Ca.— ¿Importa si es un esclavo?

[19] La frase está en griego: juego de palabras entre *Charinus* y *chárin;* el sentido es doble: «te doy las gracias» y «te hago gracia de él».

Ps.— Todo lo contrario: prefiero con mucho que no sea un hombre libre.

Ca.— Yo creo que te puedo proporcionar un individuo pillo y ladino, que acaba de llegar de Caristo[20]: de parte de mi padre y no ha salido hasta ahora de casa a parte ninguna ni ha estado nunca en Atenas antes del día de ayer.

Ps.— Estupendo. Pero yo necesito encontrar hoy cinco minas prestadas, que devolveré hoy mismo porque el padre de éste *(Calidoro)* está en deuda conmigo.

Ca.— Yo te las daré, no las busques por otra parte.

Ps.— ¡Oh, qué hombre tan oportuno! También necesito una clámide, una espada y un sombrero de viaje.

Ca.— Yo te lo puedo prestar.

Ps.— ¡Dioses inmortales, este hombre me está resultando no Carino ni carencia, sino la Abundancia en persona! Pero ese esclavo de Caristo que dices ¿es de fino olfato?

Ca.— En cuanto a olfato, es a chotuno a lo que le apestan los sobacos[21].

Ps.— Debe llevar una túnica con mangas. Y ¿tiene sal el tipo ese?

Ca.— Por arrobas.

Ps.— Y si es dulzura lo que se necesita, ¿es también capaz de suministrarla?

Ca.— ¡Qué pregunta!: vino mirrado o de pasas, mosto, hidromiel, miel de toda clase; más aún, es que una vez hasta quiso poner por eso una taberna en sus adentros.

Ps.— ¡Bravo! me pagas en la misma moneda, Carino. Pero ¿cómo se llama el tipo?

Ca.— Simia.

Ps.— ¿Sabe coger las vueltas en una situación difícil?

[20] Ciudad de la isla de Eubea.

[21] Traducción aproximada, juego de palabras en el texto latino.

CA.— Y más deprisa que un trompo.

PS.— ¿Tiene buenas explicaderas?

CA.— En especial para salir con bien de sus muchas trapisondas[22].

PS.— ¿Y cuando le cogen con las manos en la masa?

CA.— Es como una anguila: se escurre.

PS.— ¿Tiene decisión?

CA.— Una decisión del pueblo no es más decidida que la suya[23].

PS.— ¡Qué tipo tan estupendo, tal como me lo describes!

CA.— Pues si supieras, verás, nada más que echarte la vista encima te explicará él mismo qué es lo que quieres. Pero, ¿qué es lo que piensas hacer?

PS.— Yo te lo diré. Una vez disfrazado, le haré pasar por el esclavo del militar; él traerá la contraseña esta al rufián juntamente con las cinco minas, y se llevará a la joven de la casa del rufián ahí tienes toda la historia. Por lo demás, los detalles de su actuación se los explicaré a él mismo.

CALI.— ¿Qué hacemos aquí entonces?

PS.— Traedme en seguida al tipo ese disfrazado como corresponde a casa del banquero Esquines, pero daos prisa.

CALI.— Allí estaremos antes que tú.

PS.— Marchaos entonces rápido. *(Se van.)* Disipadas han quedado todas mis dudas y mis incertidumbres, ahora está todo transparente, ahora tengo la mente clara; el camino está libre. Yo conduciré todas mis legiones en orden bajo sus enseñas: con el vuelo de los pájaros a la izquierda[24], bajo auspicios que no dejan lugar a dudas y conforme a mis

[22] Juego de palabras en el texto latino.

[23] Juego de palabras en el texto latino.

[24] Cf. nota a *Epidicus* 183-184.

deseos, estoy seguro de que podré perder a mis enemigos. Ahora me voy al foro para cargar a Simia con un buen fardo de advertencias: le explicaré cuál es su cometido, que no dé algún traspiés, para que sea sabio portador de nuestra trapisonda. Verás qué pronto tomo al asalto la ciudadela rufianesca.

ACTO III

ESCENA PRIMERA

UN JOVEN ESCLAVO[25]

(Saliendo de la casa de Balión.) Si los dioses hacen caer a un chico en la esclavitud de un rufián y si encima resulta que es feo, realmente le afligen, en mi opinión, con una gran desgracia y con penas sin cuento. Éste es el caso de la esclavitud que me ha tocado en suerte, que pesan sobre mí toda clase de desgracias, grandes y pequeñas: no me es posible encontrar un galán que sienta predilección por mí, que fuera entonces tratado al fin de forma un poco más aparente. Y el caso es que hoy es el cumpleaños del rufián este: nos ha amenazado a todos desde el más empingorotado hasta el último de la casa, con que el que no le hiciera un regalo en el día de hoy, perecería mañana con la peor de las torturas. Yo, en serio que no sé cómo arreglármelas; yo no puedo lo que pueden los que están hechos a ello. Pero si yo no le en-

[25] Escena no auténtica en opinión de Lorenz, Ussing y Ernout.

trego hoy un regalo, tendré que tragarme mañana una buena ración de palos. ¡Ay, que mi corta edad no da todavía para ese asunto! Y, desde luego, con el miedo que tengo ahora de los palos, pobre de mí, si alguien me pone en la mano algo de peso: a pesar de que dicen que se hace a fuerza de gritos creo que podré apretar los dientes como sea; ahora lo que tengo que apretar es la boca y callarme: ahí vuelve del foro el amo con el cocinero.

ESCENA SEGUNDA

BALIÓN, UN COCINERO

BA.— Eso de decir «mercado de cocineros» es una necedad; en realidad se debía decir «mercado de ladrones». Porque en el caso de que hubiera yo jurado buscar un cocinero malo de verdad, no hubiera podido traer otro peor que el que traigo, un charlatán, un majadero, un inútil. Como que yo creo que el Orco no se le ha querido llevar a su seno sólo para que hubiera aquí quien preparara la cena para los muertos, que yo creo que no hay otro más capaz de guisar a su gusto.

CO.— Si eras de opinión de que soy así como dices, ¿para qué me has contratado?

BA.— A falta de poder elegir: no había otro. Pero ¿por que estabas tú allí solo en el foro, siendo cocinero tú y nada más que tú?

CO.— Yo te lo explicaré: la culpa de pasar por un mal cocinero no reside en mí, sino en la avaricia ajena.

BA.— ¿Y eso cómo?

Co.— Yo te lo diré. Pues porque nada más llegar para contratar a un cocinero, nadie va y escoge al mejor y al más caro, sino que contratan al más barato; ése es el motivo por el que era yo el único que estaba allí en el foro sentado a la espera. No tengo nada en contra de que se dejen contratar esos desgraciados por una dracma, pero lo que es a mí, no me hace nadie levantarme de mi asiento por menos de dos. Yo no trabajo como los demás cocineros, que te presentan en los platos una pradera guisada, que toman a los comensales por ganado bovino, no les ofrecen sino hierbas... y luego, eso, el condimento de las hierbas, pues otro tanto de lo mismo: le ponen cilantro, hinojo, ajo, perejil, sirven romazas, col, acelgas, bledo; le echan una libra de laserpicio[26], le machacan la maldita mostaza, que le hace a uno saltársele las lágrimas ya antes de ponerse a ello. Esos individuos, cuando preparan una cena, al condimentarla no la condimentan con condimentos, sino con harpías, capaces de devorar las entrañas de los comensales ya en vida. Por eso vive aquí la gente tan poco tiempo, por echarse a la andorga tal clase de hierbas, que da horror ya sólo nombrarlas, cuánto más comerlas. Eso, unas plantas que no las tocan los animales, van los hombres y se las comen ellos.

Ba.— Oye, ¿es que utilizas tú condimentos mágicos con los que alargas la vida humana?, ¿a qué si no tantos denuestos contra esa otra clase de condimentos?

Co.— Puedes afirmarlo con toda tranquilidad, porque hasta doscientos años pueden vivir las gentes que coman los manjares que yo preparo. Es que yo, nada más echar en las cazuelas el cocilendro o el cepolendro o la mácide o la saucáptide, en seguida empiezan las cazuelas a hervir de por sí. Estas hierbas las utilizo para preparar los frutos del mar; los

[26] Cf. nota a *Rudens* 630.

animales terrestres los condimento con hapalópside o con cataractria[27].

BA.— Anda y que Júpiter te confunda con tus condimentos y con toda esa serie de embustes que estás contando.

CO.— Déjame hablar, hombre.

BA.— Habla y vete al cuerno.

CO.— Cuando hierven ya todas las cazuelas, las destapo todas; entonces el olor que despiden vuela hacia el cielo a mano suelta; Júpiter mismo cena el olor ese todas las noches.

BA.— ¿ El olor a mano suelta?

CO.— Me he confundido.

BA.— ¿Cómo?

CO.— Quise decir a pierna suelta[28].

BA.— Y si no vas a ninguna casa a guisar, ¿qué es lo que cena Júpiter?

CO.— Se va a la cama sin cenar.

BA.— ¡Vete al cuerno! ¿Y para eso voy a pagarte yo hoy dos dracmas?

CO.— Yo confieso que soy un cocinero muy caro, pero conforme al precio es también la calidad de mi trabajo en las casas a donde soy contratado.

BA.— Sí eso, para robar.

CO.— Oye, ¿es que pretendes tú encontrar algún cocinero sin uñas de milano o de águila?

BA.— ¿Y es que pretendes tú ir a cocinar a ninguna parte sin que te hagan preparar la cena con las uñas cortadas? *(A un esclavo.)* Ahora, tú, a ti, que eres de los míos, te ordeno que te des prisa en quitar de en medio todas las cosas y, además, que no pierdas de vista a éste: a donde quiera

[27] Nombres no identificables, probablemente inventados por el cocinero.

[28] En el texto latino es otra la frase hecha.

que dirija él su mirada, la diriges tú también; si va hacia donde sea, tú detrás; si alarga la mano, tú otro tanto de lo mismo; si es que es algo suyo lo que coge, le dejas cogerlo, si echa mano a algo nuestro, lo agarras tú por otro lado; si da un paso, lo das tú también, si se para, tú igual, si se agacha, te agachas tú al mismo tiempo; a sus pinches les daré también a todos un guardaespaldas particular.

Co.— No te pongas así, hombre, no seas tan pesimista.

Ba.— Dime cómo es eso posible trayéndote a ti aquí a mi casa.

Co.— Pues porque con lo que te tragues hoy aquí por obra mía verás como te ocurre igual que a Pelias con Medea, que con sus filtros y sus pócimas se cuenta que le volvió un pollo de un abuelo que era el hombre[29]. Igualito haré yo contigo.

Ba.— Oye, tú, pero ¿es que eres también brujo?

Co.— No, al contrario, una salvaguarda del género humano.

Ba.— ¡Anda ahí! ¿Cuánto me llevas por enseñarme una sola de tus recetas?

Co.— ¿Cuál?

Ba.— De cómo te puedo guardar a ti para que no me robes nada.

Co.— Si te fías de mí, dos dracmas; si no, no lo hago ni por cien. Pero vamos a ver: ¿es a tus amigos o a tus enemigos a quienes vas a dar hoy una cena?

Ba.— Hombre, naturalmente a mis amigos.

Co.—¿Y por qué no invitas mejor a tus enemigos? Porque es que yo voy a presentar a tus comensales una cena preparada de tal forma y condimentada con una exquisitez tal, que todos y cada uno de los que gusten de cada uno de mis platos van a tener que roerse los dedos.

[29] Según la leyenda, no le devolvió la juventud, sino que le envenenó.

BA.— ¡Hércules! por favor, anda y ve, y antes de ofrecérsela a ninguno de mis invitados, pruébala tú primero y dásela a probar a tus pinches, para que os roáis vuestras ladronas manos.

CO.— Me da a mí la impresión de que no me crees lo que digo.

BA.— Anda y no te pongas cargante; ya es demasiado lo que estás cascando, cierra el pico. Mira, ésa es mi casa; entra y prepara la cena. Date prisa.

ESCL. *(del cocinero)*— ¡Ponte a la mesa y llama a los comensales, que se pasa la cena!

BA.— Ahí tienes; de tal palo tal astilla, el lameplatos este se porta ya también como un pícaro. Desde luego, no sé por donde empezar a vigilar: la casa está ya llena de ladrones, y aquí al lado *(la casa donde vive Pséudolo)* hay un bandido; el vecino de aquí, el padre de Calidoro, no ha parado de advertirme antes en el foro que tuviera cuidado con su esclavo Pséudolo y que no me fiara de él, porque dice que anda dando vueltas hoy para, si puede, birlarme a la joven. Me ha dicho que le ha prometido firmemente que se llevará de mi casa a Fenicio por malas artes. Ahora me voy para dentro y avisaré a toda mi gente que no se fíen un pelo de él. *(Entra en casa.)*

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

PSÉUDOLO, SIMIA

PS.— *(Hablando con Simia, sin darse cuenta de que no le sigue.)* Si ha sido jamás voluntad de los dioses inmortales

el socorrer a alguien, entonces es cosa hecha que quieren mi salvación y la de Calidoro, así como también la ruina del rufián; para mi socorro te crearon ellos a ti, un hombre tan avisado y tan astuto. *(Volviéndose a mirar.)* Pero ¿dónde está éste?, ¿pues no seré necio de estarme relatando todo esto a mí mismo? ¡Hércules!, me parece que me ha engañado; siendo los dos tal para cual, he andado con poca precaución con él. Entonces desde luego estoy perdido, si es que se ha largado, ni podré dar hoy cima a mi empresa. Pero mira, ahí lo veo, una estatua a propósito para ser apaleada; ¡qué forma de marchar, con qué aires avanza! ¡Eh, tú, estaba venga mirar por todas partes buscándote, por Hércules! Ya pensaba horrorizado, si te habías escurrido.

SIMIA— Confieso que en ese caso no hubiera hecho sino lo que me corresponde.

PS.— ¿Dónde te habías metido?

SIMIA— Donde me ha dado la gana.

PS.— Eso me lo tengo bien sabido.

SIMIA— ¿Para qué preguntas entonces lo que sabes?

PS.— A ver, que quiero darte unos avisos.

SIMIA— Déjate de dar avisos a los demás estando tú necesitado de ellos.

PS.— Oye, tú, te pones demasiado insolente conmigo.

SIMIA— ¿Cómo no me voy a poner insolente teniendo que hacer de militar?

PS.— Es que estoy con prisas de dar ya cima a nuestro plan.

SIMIA— ¿Y es que acaso ves que hago otra cosa?

PS.— Pues venga, muévete con más ligereza.

SIMIA— No, sino despacito.

PS.— Ahora es la ocasión; mientras que el otro duerme, quiero que te adelantes tú a presentarte.

SIMIA— ¿A qué tantas prisas?, calma, tú tranquilo. Júpiter haga que aparezca también allí, sea quien sea, el que

viene de parte del militar: yo te juro que jamás de los jamases será el otro más Hárpax que yo. Tú no te apures, que yo te daré este asunto solucionado de maravilla, y al soldado ese forastero le voy a dejar tan achantado a fuerza de imposturas y de embustes, que va a negar que es el que es y a asegurar que soy yo quien es él.

Ps.— ¿Cómo puede ser eso?

Simia— ¡Me matas con tu pregunta!

Ps.— ¡Qué tipo tan estupendo!

Simia— Hasta a ti, que eres mi maestro, te voy a dejar atrás con mis imposturas y mis embustes, para que lo sepas.

Ps.— ¡Júpiter te guarde para bien mío!

Simia— No, sino para el mío. Pero echa una mirada para acá: ¿me cae bien el disfraz este?

Ps.— ¡Fenomenal!

Simia— Vale.

Ps.— Que los dioses inmortales te concedan, todos los bienes que desees, que si quisiera que te den lo que te mereces, sería menos que nada; yo no he visto en mi vida un tipo más malo y más resabiado que éste.

Simia— Conque tú te atreves a decirme eso a mí, ¿eh?

Ps.— Me callo. Pero ¡si supieras la forma en que te voy a recompensar si me solucionas el asunto este con la debida circunspección!

Simia— ¡Calla ya! Hacer recordar a quien recuerda, borra el recuerdo a quien recordaba. Estoy al tanto, lo conservo todo en mi caletre, tengo muy bien pensados todos los embustes.

Ps.— ¡Qué tipo más bueno!

Simia— Eso, a decir verdad, ni tú ni yo.

Ps.— Pero mira que no vayas a dar algún tropezón.

Simia— ¿Acabarás por callarte?

Ps.— Los dioses me bendigan como...

Simia— No te van a bendecir, porque no vas a decir más que mentiras.

Ps.— ...es verdad, Simia, que te aprecio y te respeto y te tengo en alta estima por tu perfidia.

Simia— Mira, esas canciones me sé yo muy bien cantárselas a los demás; a mí no me puedes hacer tragar tanta carantoña.

Ps.— Tú no te puedes figurar lo bien que te voy a tratar cuando hayas dado cima a esta empresa...

Simia— ¡Ja, ja, ja!

Ps.— ...lo que se dice a pedir de boca: vino, perfumes, buenas presas acompañando las bebidas; además tendrás allí también a una joven guapa, que te colmará de besos.

Simia— ¡Anda que no me regalas bien!

Ps.— No, pues si lo llevas todo a buen término, entonces sí que lo vas a poder decir.

Simia— Si no lo consigo caiga sobre mí la mano del verdugo. Pero venga, dime cuál es la puerta del rufián.

Ps.— Ahí, la que hace la tercera.

Simia— ¡Chis, calla, se abre la casa!

Ps.— Seguro que es que se siente mal.

Simia— ¿Por qué?

Ps.— Porque vomita al rufián en persona.

Simia— ¿Es ése?

Ps.— Ése es.

Simia— Mala pieza es, Pséudolo, fíjate cómo anda de través, no derecho: ni que fuera un cangrejo.

ESCENA SEGUNDA

BALIÓN, PSÉUDOLO, SIMIA

BA.— Pues no parece este hombre tan malo como pensaba, el cocinero este, digo, porque hasta ahora no le ha echado el garfio más que a una venencia y una copa.

PS.— *(A Simia.)* ¡Eh, tú, ahora es la ocasión y el momento oportuno.

SIMIA— Soy de tu misma opinión.

PS.— Mucha vista y adelante; yo me quedo aquí al acecho.

SIMIA— *(En voz alta.)* Me he quedado bien con el número: ésta es la travesía que hace el número seis a partir de la puerta de la ciudad, aquí es donde me había mandado parar; pero del número que me dijo que hacía la casa, de eso no tengo ni idea.

BA.— *(Aparte.)* ¿Quién es ese tipo de la clámide, o de dónde viene, o a quién buscará? Parece forastero, yo por lo menos no le conozco.

SIMIA— Pero mira, ahí veo a quien me pueda dar razón de lo que no sé.

BA.— Viene derecho a mi casa: ¿de dónde podrá ser el individuo este?

SIMIA— ¡He, tú, el de la barba de chivo, contéstame a lo que te pregunto!

BA.— Oye, tú, ¿no saludas para empezar?

SIMIA— Yo no tengo saludo ninguno que dar.

Ba.— Pues te juro que te voy a pagar en la misma, moneda.

969-70 Ps.— *(Aparte.)* ¡Qué comienzo tan bueno!

Simia— A ver, ¿conoces tú un individuo aquí en esta calle? ¡A ti te digo!

Ba.— Sí, yo a mí mismo.

Simia— Pocos son los que hacen eso que dices, que en el foro apenas habrá uno de diez que se conozca a sí mismo.

Ps.— *(Aparte.)* Estoy salvado, se pone a filosofar.

975 Simia— Yo busco aquí a una mala persona, un tipo que acostumbra a saltarse las leyes, un impío, un perjuro y un malvado.

Ba.— *(Aparte.)* Éste me busca a mí, porque todos esos son mis apodos: no le falta más que decir mi nombre. *(En voz alta.)* ¿Y cómo se llama ese hombre?

Simia— El rufián Balión.

Ba.— ¿No lo decía yo? Joven, yo soy el que buscas en persona.

Simia— ¿Que tú eres Balión?

979-80 Ba.— Efectivamente, yo lo soy.

Simia— A juzgar por tu vestimenta, se diría que eres un butronero.

Ba.— Desde luego, y tú, si dieras conmigo en la oscuridad, no me pondrías la mano encima, ¿no?

Simia— Mi amo me ha dado el encargo de saludarte de su parte. Toma esta carta, que me la dio para que te la entregara.

Ba.— ¿Quién es el que te ha dado el encargo?

Ps.— *(Aparte.)* ¡Ay de mí!, ahora se ha quedado atran-
985 cado, no sabe el nombre, ahora no hay por donde tirar.

Ba.— ¿Quién es el que dices que me envía esta carta?

Simia— Comprueba el sello; dime tú mismo el nombre para que sepa yo que tú eres Balión.

Ba.— ¡Oh, es Polimaqueroplágides!, el mismo que viste y calza; le reconozco; ¡eh, tú, su nombre es Polimaqueroplágides!

Simia— Ahora ya tengo la certeza de que está bien entregada la carta, después que has dicho el nombre de Polimaqueroplágides.

Ba.— ¿Quá tal le va?

Simia— Como a un hombre valiente y a un guerrero de primera. Pero date prisa a leer la carta, por favor, que ando apurado, y a recibir en seguida el dinero y entregarme a la joven. Porque una de dos, o estoy hoy de vuelta en Sición, o muerto soy mañana, que mi amo es un hombre muy despótico.

Ba.— Lo sé, no me lo tienes que decir.

Simia— Venga, date prisa, pues, en leer la carta.

Ba.— Calla entonces, que pueda hacerlo: «El militar Polimaqueroplágides envía esta carta al rufián Balión, sellada con el sello que fue concertado entre los dos».

Simia— El sello va en la carta.

Ba.— Ya lo veo y lo reconozco. Pero ¿no acostumbra tu amo a encabezar la carta con un saludo?

Simia— Ésa es la forma de ser de los militares. Balión: de su mano dan la salud a sus amigos y de su mano la perdición a sus enemigos; pero sigue, que te enteres tú por ti mismo de qué es lo que pone la carta.

Ba.— Escucha, pues: «Hárpax, mi criado es quien tienes ante ti...», ¿eres tú Hárpax?

Simia— Yo soy Hárpax, y no sólo de nombre.

Ba.— «... que es el portador de esta misiva; de él quiero que recibas el dinero y que me envíes con él a la joven. A personas que lo merecen se les debe de escribir un saludo; yo, si te considerara digno de ello lo hubiera hecho».

Simia— Entonces ¿qué?

BA.— Nada, entrégame el dinero y llévate a la joven.
SIMIA— ¿Eres tú o soy yo el que no anda listo?
BA.— Venga, sígueme adentro.
SIMIA— De acuerdo. *(Entran en casa de Balión.)*

ESCENA TERCERA

PSÉUDOLO

Yo no he visto nunca jamás un tipo más malo ni un pillo
más ladino que este Simia; yo mismo tengo miedo y me es-
1020 tremezco de pensar que vaya a traicionarme a mí lo mismo
que lo ha hecho con el otro, que viendo que le sale todo a
pedir de boca vaya a tornar los cuernos contra mí, si en-
cuentra ocasión de hacer una mala pasada, pero espero que
1024 no, porque yo estoy a buenas con él. Ahora es triple el mie-
1025 do que me acosa: en primer lugar, temo a este mi compin-
che, no me vaya a traicionar y se pase al enemigo; tengo
miedo, no sea que vuelva entre tanto el amo del foro y va-
1030 yan a ser capturados los piratas con su captura; y, al temer
esto, temo también no vaya a volver el otro Hárpax antes de
que este Hárpax se largue de aquí con la joven ¡Hércules,
muerto soy, no acaban de salir! *(de casa de Balión)*. Mi co-
1035 razón está a la espera con el hato hecho para salirse de mi
1034 pecho en dirección al exilio, si el otro no sale trayendo a la
joven consigo. *(Al ver abrirse la puerta.)* ¡Mía es la victoria,
he quedado por encima de mis avisados guardianes!

ESCENA CUARTA

SIMIA, PSÉUDOLO, FENICIO

SIMIA— No llores, Fenicio, tú no sabes la verdad de las cosas, pero ya verás cómo te enteras dentro de muy poco, cuando estés a la mesa. Yo no te llevo al macedonio ese de los dientes, que te hace ahora llorar, sino a quien estás tú deseando pertenecer con toda tu alma; verás cómo vas a verte sin tardar en los brazos de Calidoro.

PS.— Por favor, ¿qué has hecho tanto tiempo ahí dentro?; tengo el corazón molido a fuerza de darme saltos en el pecho.

SIMIA— Miserable, ¿te parece bonita la ocasión para andarte con preguntas en medio de las asechanzas del enemigo? Vámonos de aquí rápido, a paso militar.

PS.— Desde luego, te juro que, a pesar de que eres un pillo, tienes razón con tu advertencia. ¡Victoria, adelante, derechos a empinar el codo! *(Se van.)*

ESCENA QUINTA

BALIÓN

¡Ja, ja, ja! Al fin puedo descansar tranquilo, una vez que se marchó ése de aquí y se llevó a la joven. Anda, que venga ahora el bribón de Pséudolo para birlármela con sus patrañas. Hércules, jurar en falso mil veces preferiría que no

que me engañara y se burlara de mí. Ahora seré yo quien me ría de él, si le veo; pero seguro que parará en el molino, como estaba convenido. Lo que sí me gustaría es encontrarme con Simón, para congratularnos mutuamente.

ESCENA SEXTA

SIMÓN, BALIÓN

SIMÓN— Voy a ver qué es lo que hace nuestro Ulises, a ver si es que se ha hecho ya con la imagen de la diosa de la ciudadela «baliónica»[30].

BA.— ¡Oh afortunado, alarga esa afortunada diestra!

SIMÓN— ¿Qué es lo que ocurre?

BA.— Ya...

SIMÓN— ¿Ya qué?

BA.— ...no tienes nada que temer.

SIMÓN— ¿Qué pasa?, ¿ha estado ya aquí el otro?

BA.— No.

SIMÓN— ¿Qué es entonces lo que hay de bueno?

BA.— Sanas y salvas son las veinte minas que te habías apostado con Pséudolo.

SIMÓN— Hércules, ojalá que así fuera.

BA.— Exígeme veinte minas si Pséudolo se apodera hoy de la joven, o si, como ha prometido, se la entrega a tu hijo. Venga, por favor, hazme la propuesta que me deshago por

[30] Alusión a uno de los tres hados que al cumplirse serían la señal de la caída de Troya; cf. *Bacchides* 953 ss.

prometértelas, para que te enteres de que tienes de todas todas el dinero a salvo; y encima te doy una joven de regalo.

Simón— Tal como te expresas, no veo riesgo ninguno, que yo sepa, en hacer el trato: ¿te apuestas veinte minas?

Ba.— Sí, me las apuesto.

Simón— Esto, desde luego, no ha sido mal negocio. Pero, ¿le has visto a él?

Ba.— A los dos juntos.

Simón— ¿Y qué dice?, ¿qué cuenta?, di, ¿qué es lo que te ha dicho?

Ba.— Pamplinas propias del teatro, las cosas que se les suelen decir a los rufianes en las comedias, que se las saben hasta los chiquillos; decía que soy un malvado, y un criminal, y un perjuro.

Simón— Te juro que no ha mentido.

Ba.— Yo, ni enfadarme siquiera, porque ¿qué se saca con decir injurias a quien se queda tan fresco y no se toma el trabajo de desmentirlas?

Simón— ¿Y cuál es el motivo por el que no necesito tener miedo de él? De eso es de lo que quiero enterarme.

Ba.— Pues porque ni se llevará a la joven ni es posible que se la lleve. ¿Te acuerdas tú que te dije no hace mucho que se la había vendido a un militar macedonio?

Simón— Sí que lo recuerdo.

Ba.— Pues un esclavo suyo me ha traído el dinero y una carta con la contraseña...

Simón— Y luego ¿qué?

Ba.— ...que había sido convenida entre el militar y yo: él se acaba de llevar a la joven ahora mismo.

Simón— ¿Palabra de honor?

Ba.— ¿Honor?, ¿de dónde lo voy a sacar?

Simón— Mira no vaya a ser que te haya hecho alguna zalagarda.

BA.— La carta y la imagen del sello no me dejan lugar a dudas; más aún: acaba de sacar de la ciudad a la chica camino de Sición.

SIMÓN— ¡Estupendo! ¿A qué dudo ahora de hacer inscribir a Pséudolo en la Colonia del Molino? Pero, ¿quién es ese tipo de la clámide?

BA.— Pues no lo sé; pero vamos a observar a dónde se dirige y qué es lo que pretende.

ESCENA SÉPTIMA

HÁRPAX, BALIÓN, SIMÓN

HÁ.— Malo y redomado tiene que ser uno que siendo esclavo no tiene en nada la autoridad de su amo, y así mismo es un inútil el que se olvida de cumplir con sus obligaciones como no sea que se las recuerden. En efecto, los que se hacen la ilusión de que son libres en cuanto que escapan a las miradas del amo, y se dedican a la buena vida, a frecuentar los malos lugares, a tragarse lo que poseen, tienen que llevar como consecuencia largo tiempo el nombre de esclavos. No tienen cualidades más que para portarse de mala manera. Yo, con gente de esa clase no quiero trato ni conversación ninguna, ni me he contado nunca en el número de sus conocidos. Yo, cuando se me ordena algo, aunque el amo esté ausente, para mí es como si no lo estuviera, y le temo ahora, cuando no está, para no tener que temerle cuando esté. Voy a cumplir su encargo. Porque he estado hasta ahora en la fonda, esperando a Siro, a quien le di la contraseña, como él me había dicho. Decía que iría a buscarme

cuando el rufián estuviera en casa, pero, visto que no viene a llamarme, vengo yo por mi cuenta aquí, para enterarme qué es lo que pasa, no sea que me vaya a tomar el pelo. Lo mejor es llamar a la puerta, para que salga alguien de la casa; quiero que el rufián reciba este dinero y deje venir conmigo a la joven.

BA.— *(A Simón.)* Oye, tú.

SIMÓN— ¿Que quieres?

BA.— Con este tipo me hago yo.

SIMÓN— ¿Por qué, pues?

BA.— Porque aquí hay botín para mí: busca una fulana, tiene dinero; no sabes las ganas que me están entrando de pegarle un mordisco.

SIMÓN— ¿Es que piensas comértelo?

BA.— Mientras que está fresquito, cuando aún está caliente, mientras que lo tienes a la mano hay que tragárselo; las buenas personas me llevan a la miseria, los malos me enriquecen; para el pueblo son de provecho las gentes de orden, para mí, los pillos.

SIMÓN— Los dioses te confundan: ¡mira que eres malvado!

HÁ.— Pierdo el tiempo con no llamar a la puerta para cerciorarme si es que Balión está en casa.

BA.— Venus es quien me concede estos bienes al traerme aquí a estas gentes que huyen del propio provecho, deseosos de arruinarse, que se dedican a la buena vida, comen, beben, se echan amigas; esos son de otra condición que tú, que ni quieres gozar tú de la vida ni miras con buenos ojos a los que gozan de ella.

HÁ.— *(Llamando a la puerta.)* ¡Eh!, ¿dónde estáis?

BA.— Éste viene pero que derechito a mi casa.

HÁ.— ¡Eh! ¿dónde estáis?

BA.— Eh, joven, ¿qué es lo se te debe en esta casa. *(Por lo bajo.)* Buen botín voy a sacar yo de éste; ya lo sabía yo, los presagios me son favorables.

HÁ.— Yo busco la casa del rufián Balión.

BA.— Seas quien seas, joven, cesa de buscar.

HÁ.— ¿Por qué?

BA.— Porque le tienes frente a frente.

HÁ.— *(A Simón, señalándole con el dedo.)* ¿Eres tú Balión?

SIMÓN— Tú, el de la clámide, que te la vas a ganar, dirige tu dedo hacia ahí *(Balión)*, ése es el rufián.

BA.— Y éste *(Simón)*, una persona honorable. Pero, con toda tu honorabilidad, te hacen reclamaciones a gritos tus acreedores en el foro, cuando no encuentras por ninguna parte un céntimo, como no sea que aquí el rufián venga en tu ayuda.

HÁ.— ¿Por qué no me atiendes?

BA.— Sí que te atiendo, ¿qué es lo que quieres?

HÁ.— Entregarte un dinero.

BA.— Ya hace un rato estoy alargando la mano por si me das algo.

HÁ.— *(Dándole la bolsa.)* Ten; aquí están las cinco minas de plata contantes y sonantes que me ha mandado traerte mi amo Polimaqueroplágides, que te las debía y para que le envíes conmigo a Fenicio.

BA.— ¿Tu amo...

HÁ.— Sí, mi amo.

BA.— ...el militar...

HÁ.— Eso, el militar.

BA.— ...Macedonio...

HÁ.— Que sí, digo.

BA.— ...Polimaqueroplágides es el que te ha enviado aquí...

HÁ.— Exacto.

BA.— ...para que me entregaras este dinero?

HÁ.— Si es que tú eres el rufián Balión.

BA.— ¿Y para que te llevaras a una joven?

HÁ.— Eso.

BA.— ¿Dijo que era Fenicio?

HÁ.— Estas en lo cierto.

BA.— Espera, ahora mismo vuelvo.

HÁ.— Pero date prisa, que también la tengo yo: estás viendo que va ya muy avanzado el día.

BA.— Sí que es verdad; quiero que éste *(señalando a Simón)* también esté presente. Tú estate ahí, ahora mismo estoy contigo. ¿Qué ocurre ahora, Simón, qué hacemos?, tengo cogido *in fraganti* a este hombre que me ha traído el dinero.

SIMÓN— ¿Por qué, pues?

BA.— Pero bueno, ¿es que no te das cuenta de qué se trata?

SIMÓN— Tanto como uno que está absolutamente en ayunas.

BA.— Tu esclavo Pséudolo ha mandado aquí a este sujeto como si viniera de parte del militar macedonio.

SIMÓN— ¿Tienes tú ya el dinero?

BA.— ¿Pero preguntas una cosa que estás viendo?

SIMÓN— Oye, tú, acuérdate, pues, de darme la mitad del botín: hay que repartirlo entre los dos.

BA.— ¿Qué dices, maldición? Eso es todo tuyo.

HÁ.— A ver cuando me atiendes.

BA.— Si te estoy atendiendo. ¿Qué me aconsejas ahora, Simón?

SIMÓN— Vamos a tomarle el pelo al emisario este de pega, hasta que él mismo termine por darse cuenta que nos burlamos de él.

BA.— Ven conmigo. *(A Hárpax.)* A ver, tú: o sea que tú eres el esclavo del militar.

HÁ.— Exacto.

Ba.— ¿Por cuanto te ha comprado?

HÁ.— Por una victoria alcanzada por la fuerza de su brazo en una batalla; porque yo era en mi patria general en jefe.

BA.— ¿Es que ha tomado una vez por asalto la cárcel, o sea, tu patria?

HÁ.— Si empiezas a decirme injurias, vas a tener que oírlas tú también.

BA.— ¿Cuántos días has tardado en venir de Sición aquí?

HÁ.— Día y medio.

BA.— ¡Hércules! Has ido a un buen paso.

SIMÓN— Este hombre puede ser todo lo rápido que quieras: no tienes más que mirar sus pantorrillas, enseguida te percatas de que puede... llevar unos grillos bien gruesos.

BA.— Oye, cuando chico ¿acostumbrabas a acostarte en una cuna[31]?

SIMÓN— ¡Claro que sí!

BA.— Y también acostumbrabas a hacer... ya sabes a lo que me refiero.

SIMÓN— ¡Y tanto que acostumbraba!

HÁ.— ¿Estáis en vuestro juicio?

BA.— A ver, una pregunta: cuando el militar salía de noche de guardia, cuando tú ibas con él, ¿entraba bien la espada del militar en tu vaina[32]?

HÁ.— ¡Vete a la horca!

BA.— Tú sí que vas a ir hoy sin mucho tardar.

---

[31] En el texto latino es equívoco el termino correspondiente.

[32] Juego de palabras con el doble sentido del término *vagina* en latín.

HÁ.— ¿Por qué no me entregas a la joven? O si no devuélveme al dinero.

BA.— Espera.

HÁ.— ¿A que voy a esperar?

BA.— Dime por cuánto has alquilado la clámide esa que llevas.

HÁ.— ¿Qué quieres decir con eso?

SIMÓN— Y la espada, ¿cuál es su precio?

HÁ.— A éstos les falta una buena ración de eléboro[33].

BA.— Oye, tú *(dándole con la mano).*

HÁ.— ¡Quita!

BA.— ¿Qué ganancia le proporciona hoy ese sombrero de viaje a su propietario?

HÁ.— ¿Qué es eso de «propietario»? ¿estáis soñando? Todo esto que llevo me pertenece, lo he comprado de mi peculio.

BA.— Claro, del que llevas en la parte superior de los muslos.

HÁ.— Estos viejos se han untado de aceite, y ahora quieren que se les dé un buen masaje al uso antiguo.

BA.— ¡Hércules!, por favor, contesta en serio a mi pregunta: ¿cuál es tu salario?, ¿por cuánto dinero te ha contratado Pséudolo?

HÁ.— ¿Quién es ese Pséudolo?

BA.— Tu maestro, el que te ha instruido en esta impostura para que te llevaras de aquí con tus engaños a la joven.

HÁ.— ¿Qué Pséudolo es ése del que hablas ni qué son esos engaños? Yo no tengo ni idea de quién es ese hombre.

BA.— ¿No te largas? Para impostores no hay aquí ninguna clase de ganancia; o sea que vas y le comunicas a

[33] Contra la locura; cf. nota a *Menaechmi* 913.

Pséudolo que otro, Hárpax, le ha cogido la delantera y se ha llevado el botín.

HÁ.— ¡Pero yo soy ese Hárpax!

BA.— No, sino que pretendes serlo; éste es un impostor de cuerpo entero.

HÁ.— Yo te he entregado a ti el dinero y antes, cuando llegué, le entregué en seguida la contraseña a tu esclavo, una carta sellada con el retrato de mi amo, aquí a la puerta.

BA.— ¿Qué tú le has dado una carta a un esclavo mío?, ¿a cuál?

HÁ.— A Siro.

BA.— Qué hombre[34] tan bandido este Pséudolo, con qué habilidad ha compuesto su embuste; le ha dado a éste la cantidad que debía el militar y le ha disfrazado para que se llevara a la joven, porque la carta esa me la ha entregado a mí el Hárpax auténtico.

HÁ.— Hárpax me llamo yo, yo soy el esclavo del militar macedonio, yo no soy ni un impostor ni un malhechor, ni conozco ni sé quién es ese Pséudolo que decís.

SIMÓN— Tú, rufián, milagro si no es que te has quedado sin la joven.

BA.— Te juro que al oírle me lo estoy temiendo de más en más; te juro que ya hace un rato que me está produciendo escalofríos el Siro ese que ha recibido de aquí *(Hárpax)* la contraseña; milagro si no es que es Pséudolo en persona. ¡Eh, tú!, ¿cómo era ése al que le diste la contraseña?

HÁ.— Pelirrojo, barrigudo, gordas las pantorrillas, la piel un poco oscura, la cabeza gorda, ojos penetrantes, coloradete, unos pies enormes.

BA.— Me has matado con eso de los pies, era Pséudolo en persona. Estoy perdido. Simón, me siento morir.

[34] El texto del v. 1204 está corrupto y su sentido es inseguro.

HÁ.— Te juro que no te dejaré morir si no se me devuelve el dinero, o sea, las veinte minas.

SIMÓN— Y otras veinte minas a mí.

BA.— *(A Simón.)* ¿Vas a sacarme una cantidad que te prometí en broma?

SIMÓN— Tratándose de malas personas, no hay nada que impida cogerles la ganancia y el botín que sea.

BA.— Pues entrégame a Pséudolo, por lo menos.

SIMÓN— ¿A Pséudolo te voy yo a entregar?, ¿qué delito ha cometido?, ¿no te avisé cien veces que tuvieras cuidado con él?

BA.— Ha sido mi ruina.

SIMÓN— Pues a mí sólo me ha multado con veinte minas.

BA.— ¿Qué hago ahora?

HÁ.— Una vez que me hayas devuelto mi dinero, puedes colgarte.

BA.— ¡Los dioses te confundan! Sígueme al foro, que te pague.

HÁ.— Voy.

SIMÓN— ¿Y yo, qué?

BA.— Primero despacharé a los forasteros, mañana me ocuparé de los ciudadanos. Pséudolo ha obtenido de los comicios centuriados mi cabeza[35]. *(A Hárpax.)* Ven conmigo. *(Al público.)* No esperéis que vuelva a casa por aquí; después de lo ocurrido, daré la vuelta para entrar por la puerta falsa.

HÁ.— Si anduvieras tanto como charlas, ya estarías en el foro.

BA.— Cosa hecha, voy a cambiar el día de mi natalicio por el de mi muerte. *(Se va con Hárpax.)*

---

[35] Cf. *Aul.* 700; *Truc.* 819.

ESCENA OCTAVA

SIMÓN

Bien que le he chasqueado, y no sólo yo, sino también mi esclavo, a su enemigo. Ahora me pondré al acecho de Pséudolo, pero de otra forma que en otras comedias, que se pone uno a la espera del esclavo provisto de aguijones o de látigos; yo voy ahora mismo a sacar de casa las veinte minas que le prometí si salía con éxito de su empresa; yo mismo iré a su encuentro a llevárselas. ¡Qué tipo tan avisado, qué ladino, qué pillo! A la añagaza de Troya[36] y al propio Ulises en persona ha dejado atrás el tal Pséudolo. Ahora voy dentro, sacaré el dinero, me pondré al acecho de Pséudolo.

ACTO V

ESCENA PRIMERA

PSÉUDOLO

(Entra tambaleándose.) Pero bueno, ¿qué es esto? Oye, a ver, pies, ¿qué manera es ésa de portarse?, ¿os podéis sostener o no?, ¿o es que lo que pretendéis es que caiga al

[36] La traición del caballo de madera, escondidos dentro del cual entraron los griegos en Troya.

suelo y tenga que venir alguien a levantarme? Desde luego, Hércules, si me caigo será una vergüenza para vosotros, ¿queréis seguir adelante o no? Voy a tener que ponerme serio, ¿eh? ¿Ves?, ése es el gran defecto del vino, que se tira primero a los pies; sí, sí, es un adversario pero que muy traicionero. Desde luego, te juro que tengo una buena melopea; tan exquisitos han sido los manjares, tan grandes las finezas dignas de los dioses con que se nos ha obsequiado, tan festivo el lugar donde hemos festejado. ¿Para qué darle más vueltas?, esto es lo que le hace al hombre amar la vida, ésta la fuente de todos los placeres, de todas las delicias: tengo la impresión de ser casi un dios; porque cuando un amante esta abrazado con su amiga, cuando junta sus labios con los de ella, cuando se quedan prendidos entre sí uniendo sus lenguas en un dulce beso o si les viene en gana se unen en estrecho abrazo; una blanca mano te ofrece la dulcífera copa a la salud de vuestros tiernos amores[37] nadie se pone allí a fastidiar o a molestar a los demás ni a dar la lata con conversaciones aburridas, sino te ofrecen ungüentos y perfumes, innúmeras coronas de flores adornadas con preciosas cintas: en nada se ha ahorrado allí; —en cuanto al resto de las maravillas que allí se nos han ofrecido, no me preguntéis— o sea, que lo mismo yo que el hijo del amo nos hemos pasado el día a lo grande después que tal como me lo había propuesto, puse en fuga a mis enemigos y di cima a mi empresa. Allí los he dejado a la mesa bebiendo, haciendo el amor con sus amigas, allí está también la mía, entregados todos a seguir los deseos de su corazón. Pero luego que me levanto, van y me piden que baile, y yo les he bailado un ritmo así como éste *(baila)* con la mar de gracia y exacto según las reglas del arte, que yo he aprendido muy bien las

[37] Texto inseguro; se sigue la traducción de Ernout.

jónicas. Pero voy, y así, con un capotillo puesto, me pongo a hacer el payaso bailando unos pasos como éstos *(baila)*. Me aplauden, me gritan ¡más, más!, para que vuelva. Empiezo otra vez así, no quería repetir lo mismo, iba y me acercaba a mi amiga para que me abrazara... al dar una vuelta, me caigo. Aquello fue el golpe de gracia; al querer levantarme ¡paf! por poco me mancho el capotillo y todo. No digo cómo se han puesto de reír con mi caída; se me pasa la copa, me la bebo. Me cambio enseguida el capotillo, me quito el que tenía puesto. Después me salgo y me vengo aquí en tanto que se me pasa la borrachera. Ahora voy de un amo al otro, al viejo, para recordarle nuestro trato. ¡Abrid, abrid, eh, decidle a Simón que estoy aquí!

ESCENA SEGUNDA

SIMÓN, PSÉUDOLO

SIMÓN— La voz de un bribón me hace salir a la puerta. Pero ¿qué es esto?, ¿cómo?, ¿qué es lo que ven mis ojos?

PS.— Ven a tu Pséudolo borracho, con una corona de flores a la cabeza.

SIMÓN— ¡Hércules, son demasiadas las libertades que te tomas! Y mira qué postura, no le da ni pizca de reparo mi presencia. No sé si debo abordarle por las malas o por las buenas, pero esto que traigo aquí *(la bolsa con las veinte minas)* me impide usar de la violencia, si me queda alguna esperanza de no perderlo.

PS.— Aquí un sinvergüenza va al encuentro de una bellísima persona.

SIMÓN— Los dioses te guarden, Pséudolo.

Ps.— ¡Hip!

SIMÓN— ¡A la horca contigo!

Ps.— No me empujes de esa forma.

SIMÓN— ¡Maldición, mira que venir barracho a echarme un eructo en la mismísima cara!

Ps.— Por favor, cuidado, sostenme, que no me vaya al 1296
suelo. Ten cuidado que no me caiga, ¿no ves que estoy co- 1297
mo una cuba?

SIMÓN— ¿Qué descaro es ése de andar borracho en pleno día con una corona de flores en la cabeza?

Ps.— Me da la gana.

SIMÓN— ¿Cómo que te da la gana?, ¿te empeñas en 1300
volver a eructarme en la cara?

Ps.— Me es dulce el eructar, déjame, Simón.

SIMÓN— Bribón, desde luego tengo por cierto que eres capaz de beberte en una hora cuatro de las más ricas cosechas del monte Másico[38].

Ps.— En una hora «de invierno»[39], tienes que añadir.

SIMÓN— Pero dime —desde luego que no está mal esa 1305
advertencia—: ¿de dónde vienes con esa carga encima?

Ps.— Acabo de tomar unas copas con tu hijo. Pero ¡qué
bien se la hemos pegado a Balión!, ¿eh? Mira lo bien que he 1308ª
cumplido mi palabra.

SIMÓN— Eres un bandido. 1310

Ps.— La joven tiene la culpa; ahora está a la mesa, libre, 1310ª
al lado de tu hijo.

SIMÓN— Sé punto por punto todo lo que has hecho.

Ps.— ¿Por qué dudas entonces de entregarme el dinero?

---

[38] En Campania, terreno de famosos vinos, sobre todo «Falerno».

[39] Según el cómputo romano de doce horas entre la salida y la puesta del sol, las horas de invierno eran más cortas que las de verano.

SIMÓN— Es justo lo que me pides, lo confieso: ten *(le da la bolsa)*.

PS.— Y tú decías que no me lo ibas a tener que dar; mira cómo sí. Cárgasela a este que está aquí y sígueme.

SIMÓN— ¿Yo te la voy a cargar?

PS.— Ya verás como sí.

SIMÓN— No sé qué hacerle al tipo éste: ¿conque se queda con el dinero y encima se burla de mí?

PS.— *Vae victis*![40].

SIMÓN— Arrima el hombro, pues.

PS.— Aquí.

SIMÓN— Una cosa así no se me había pasado nunca por la imaginación, que iba a tener que ponerme a sus pies. ¡Ay, ay! ¡ay!

PS.— Calla ya.

SIMÓN— Es mucho lo que sufro.

PS.— Si no sufrieras tú, sería yo el que tuviera que sufrir.

SIMÓN— ¿Qué, vas a tomar este dinero de tu amo, querido Pséudolo?

PS.— Con sumo gusto.

SIMÓN— ¿No quieres, por favor, hacerme gracia de una parte de esta suma?

PS.— Vas a decir que soy un avaricioso, porque lo que es de aquí no te vas a enriquecer ni en céntimo; tampoco tú tendrías compasión de mis costillas si no hubiera salido victorioso en mi empresa.

SIMÓN— Ya tendré ocasión de vengarme de ti, si los dioses me dan vida.

---

[40] La famosa frase de Brennus («¡Ay de los vencidos!») cuando la toma de Roma por los galos en el 387 antes de nuestra era (TITO LIVIO, V 48, 9), ya era proverbial en latín, según FESTO, pág. 510, 22.

Ps.— ¿A qué esas amenazas? Yo tengo unas espaldas muy anchas.

Simón— Ea, adiós.

Ps.— Vuelve.

Simón— ¿Para qué voy a volver?

Ps.— Vuelve, te digo, no te arrepentirás.

Simón— Venga, vuelvo.

Ps.— Ven conmigo a echar un copeo.

Simón— ¿Yo?

Ps.— Hazme caso; si vienes, te doy la mitad de esto *(señalando la bolsa),* o aún más.

Simón— De acuerdo. Llévame a donde te parezca bien.

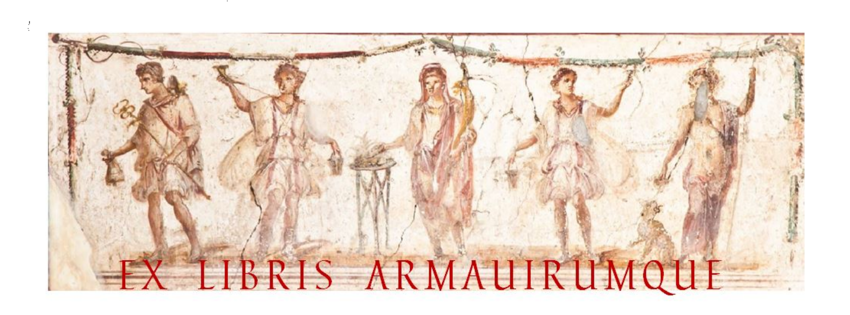
Ps.— Y ahora, qué, ¿estás disgustado conmigo o con tu hijo por lo sucedido, Simón?

Simón— De ninguna manera.

Ps.— Hala, yo te sigo.

Simón— ¿Por qué no invitas también a los espectadores?

Ps.— ¡Hércules! ellos no acostumbran a invitarme a mí, ni yo tampoco a ellos. *(Al público.)* Pero si estáis dispuestos a darnos un aplauso y vuestra aprobación a la comedia y a nuestra compañía, os invitaré para mañana.



LA MAROMA

(Rudens)

INTRODUCCIÓN

La comedia *Rudens,* que toma su nombre de la soga de las redes que arrastra el esclavo Gripo tras de sí después de la pesca de la maleta, motivo central de la obra, se sale, al igual que los *Captivi,* del cuadro general que nos ofrecen las comedias plautinas: más que una comedia, es un melodrama, al que, naturalmente, no le falta el *happy end.* La acción se desarrolla esta vez en Cirene: el joven ateniense Plesidipo está enamorado de Palestra y entrega al rufián, su amo, una señal para comprarle a la muchacha; pero un cierto Cármides, natural de Sicilia, consigue convencer al rufián Lábrax de que coja un barco, meta en él todas sus riquezas, incluidas sus esclavas Palestra y Ampelisca, y se traslade a aquella isla, donde le asegura que podrá conseguir cuantiosas riquezas con su comercio. Una tempestad los sorprende en alta mar y los hace naufragar. Las dos jóvenes saltan a una lancha y son al fin arrojadas por las olas a la costa; ateridas y amedrentadas, son acogidas en el templo de Venus por la sacerdotisa. La noticia llega a oídos del rufián, que, junto con Cármides, ha conseguido también salvarse del poder de las olas, e intenta entonces llevarse sacrílegamente a sus esclavas del mismo camarín de la diosa. Tracalión, el esclavo del enamorado Plesidipo, y Démones, un viejo ateniense

que vive por allí cerca, consiguen poner a las jóvenes a salvo. El episodio más característico de la obra es el de la pesca de la maleta del rufián por Gripo, esclavo de Démones; dentro de ella van no sólo todas las riquezas de Lábrax, sino también una arquilla con los dijes que llevaba Palestra en su niñez, antes de ser secuestrada en Atenas y venir a caer en manos del rufián. En un cántico que recuerda al tristemente célebre cuento de la lechera, Gripo, en su entusiasmo, da cuenta de sus fantásticos planes. Pero Tracalión, el criado de Plesidipo, le ha observado y le sujeta con la soga de las redes que Gripo lleva arrastrando tras de sí. Después de una disputa sobre el derecho a la propiedad de la maleta, eligen un árbitro, el propio Démones, amo de Gripo. La maleta es abierta y la arquilla con los dijes es entregada a Palestra, que reconoce así a Démones como su padre; se concierta la boda con Plesidipo. Gripo comunica a Lábrax que sabe el paradero de su maleta y se hace prometer con juramento la recompensa de un talento magno si se la entrega. Lábrax jura como de costumbre, pero luego se niega, como rufián que es, a dar la prometida recompensa. Por una nueva intervención de Démones queda solucionada la disputa: puede retener medio talento como pago por la libertad de Ampelisca, que será dada en matrimonio a Tracalión, y otro medio recibirá Démones por conceder la libertad a Gripo, que, junto con el rufián, es invitado a cenar por el propio Démones.

Rudens es una de las piezas más largas de las plautinas conservadas, y el desarrollo de la acción no deja de tener una cierta lentitud; pero es una obra dramáticamente bien construida, en la que, aparte de los elementos estrictamente cómicos, destacan secuencias líricas de gran belleza, como, por ejemplo, el lamento de Palestra de los vv. 185 ss. Al igual que *Casina* y quizá la *Vidularia,* la *Comedia de la maleta,* conservada, como es sabido, en forma muy frag-

mentaria es el modelo griego, según se nos dice en el prólogo, una obra de Dífilo. Para Marx, *Rudens* es una obra anterior al *Stichus,* todavía del siglo III; Paratore (cf. *Introducción,* pág. 11) la coloca entre las comedias del período medio de la actividad del poeta —primer decenio del siglo II antes de nuestra era, anterior al *Pseudolus*—. La resonancia de la comedia *Rudens* en la literatura posterior ha sido escasa y no de alto nivel.

ARGUMENTO

Un pescador saca del mar con sus redes una maleta donde se hallan los dijes de la hija de su amo, la cual había sido raptada y venido a ser esclava de un rufián. Arrojada por las olas a la playa tras un naufragio, queda bajo la protección de su padre, sin conocerle; una vez que es reconocida por hija suya, es dada en matrimonio a su amigo Plesidipo.

PERSONAJES

La estrella Arturo, Prólogo.
Esceparnión, esclavo de Démones.
Plesidipo, joven.
Démones, viejo, padre de Palestra.
Palestra, joven, esclava de Lábrax.
Ampelisca, joven, compañera de Palestra.
Ptolemocracia, sacerdotisa de Venus.
Pescadores.
Tracalión, esclavo de Plesidipo.
Lábrax, rufián.
Cármides, viejo.
Esclavos.
Gripo, pescador, esclavo de Démones.

La acción transcurre en Cirene.

PRÓLOGO

Arturo

Del dios que gobierna todos los pueblos y los mares y las tierras soy yo conciudadano en la ciudad celeste. Como veis, soy un astro brillante y resplandeciente, una estrella que sale siempre a su debido tiempo, lo mismo aquí que en el firmamento: mi nombre es Arturo[1]; de noche brillo en el cielo y estoy entre los dioses, de día ando entre los mortales; también otros astros bajan de día del cielo a la tierra: Júpiter, soberano de los dioses y de los hombres, nos manda por todos los pueblos, para que nos enteremos de lo que hacen los hombres y de su comportamiento, de si son rectos y leales, con el fin de poder él recompensar al que lo merezca con bienestar y con riquezas. De los que se meten en procesos fraudulentos por medio de falsos testigos y los que abjuran de sus deudas ante los tribunales, de los nombres de to-

[1] La estrella Arturo, de la constelación del Boyero, a cuya aparición en la bóveda celeste en el equinoccio de otoño y su desaparición en noviembre se atribuía el origen de determinadas tempestades; cf. Plinio, *Hist. Nat.* II 106: «A su vez, la constelación de Arturo casi nunca aparece sin una granizada».

dos esos tomamos nota y se los presentamos a Júpiter[2]; así sabe él a diario quién es el que se busca su perdición: las malas personas que pretenden ganar un proceso con perjurio, los que consiguen del juez una sentencia favorable injustamente; todos los asuntos aquí ya sentenciados los vuelve Júpiter a juzgar en última instancia, imponiendo a los culpables un castigo mucho mayor que el provecho sacado de haber ganado el proceso. Además, los malos se hacen la ilusión de que pueden aplacar a Júpiter a fuerza de ofrendas y sacrificios; pero no hacen más que perder el tiempo y el dinero, porque a él no le son aceptas las súplicas y las ofrendas de los perjuros. Los justos obtienen mucho más fácilmente el favor de los dioses con sus ofrendas que no los pecadores. Por eso yo os aconsejo a vosotros que sois hombres de bien y para quienes la rectitud y la honradez son los principios que rigen vuestras vidas[3]: perseverad, para que podáis sentir luego la satisfacción de haber procedido así.

Ahora os voy a explicar el argumento de la comedia, que ése es el motivo por el que estoy aquí. En primer lugar, Dífilo[4] quiso que esta cuidad fuera Cirene; ahí, en ese campo y en esa quinta a la vera del mar, vive Démones; es un hombre ya de edad, exiliado de Atenas, que ha venido a instalarse aquí; no es mala persona, no es por su mala conducta por lo que está expatriado, sino que por ayudar a los demás se ha puesto él mismo en una situación difícil y ha perdido su fortuna por ser bondadoso en exceso. De una hija que tenía se vio privado cuando la chica era muy pequeña.

---

[2] Marx alude, en su comentario, al *liber scriptum proferetur / in quo totum continetur / unde mundus iudicetur* del *Dies irae, dies illa* de Tomás de Celano.

[3] En el manuscrito Ambrosiano hay aquí restos de un verso que no aparece en los otros manuscritos.

[4] Cf. nota a *Casina* 3.

Un pésimo sujeto se la compró a un pirata, un rufián que trajo consigo a la joven aquí a Cirene. Un joven, también ateniense, la vio cuando volvía de la escuela de lira a casa y se enamoró de ella; va entonces a casa del rufián, compra a la joven por treinta minas y le da una señal obligándole con juramento. El rufián, como es corriente entre gentes de su gremio, hace caso omiso de la promesa y del juramento que había prestado al joven. Tenía él un amigo de su misma ralea, un viejo siciliano, un tipo malvado de Agrigento, que había hecho traición a su patria[5]. Se pone éste a ponderarle al otro la belleza de la muchacha y de las otras jóvenes que tenía el rufián y empieza a aconsejarle que se vaya con él a Sicilia; le dice que allí la gente es muy dada a los placeres y que podía hacerse rico, que hay allí mucho dinero que ganar para las cortesanas. Alquila entonces el rufián en secreto un barco, en el que carga de noche todo lo que tenía; al joven que le había comprado la muchacha le dice que quiere cumplir una promesa a Venus (este templo que veis ahí es el templo de Venus), y le invita allí al joven a un almuerzo. Él coge y se embarca inmediatamente, llevándose consigo a las meretrices. El joven se entera por otros de lo ocurrido, o sea, que el rufián se ha marchado. Entonces se dirige al puerto: el barco estaba ya a gran distancia en alta mar. Yo, cuando veo que se llevan a la muchacha, me dispongo a prestar ayuda al joven y a perder al mismo tiempo al rufián: levanto una tempestad fragorosa y pongo en movimiento todas las olas del mar; porque yo, Arturo, soy el más terrible de todos los astros: cuando salgo, soy de una enorme violencia, que es aún mayor cuando me pongo. La cosa es que tanto el rufián como su compinche se encuentran sentados en una roca, a donde han sido arrojados por la tempestad: el

[5] No es segura la interpretación.

barco se les ha hecho pedazos. La joven y con ella otra, su sirvienta, saltaron muertas de miedo del barco a una lancha; las olas las llevan ahora desde la roca en dirección a la costa, a la finca donde vive el viejo exiliado; el huracán ha levantado todas las tejas de la casa. Ése que sale ahora es su esclavo. El joven vendrá luego, ya le veréis, el que ha comprado la muchacha al rufián.

Y ahora, nada más, sino a mantenerse en forma, para que consigáis así la desmoralización de vuestros enemigos.

ACTO I

ESCENA PRIMERA

ESCEPARNIÓN

¡Dioses inmortales, vaya una tempestad que nos ha mandado Neptuno esta noche! El viento se ha llevado el tejado de la casa; no hay más que decir: aquello no era un huracán, sino la Alcmena de Eurípides[6], no ha quedado ni una teja en su sitio; desde luego, eso sí, más luz tiene ahora la casa y nuevas ventanas.

---

[6] La *Alcmena* es una tragedia no conservada de EURÍPIDES. Según puede reconstruirse a partir de relatos mitográficos y de dos vasos del sur de Italia conservados en el Museo Británico, se hace aquí referencia a la violenta tormenta desencadenada por Zeus para librar a Alcmena de la muerte en la pira a la que la condena Anfitrión.

ESCENA SEGUNDA

Plesidipo, Esceparnión, Démones

Pl.— *(A los testigos que le acompañan.)* Ahora os he quitado de vuestros quehaceres, y encima no hemos salido adelante con aquello por lo que os hice venir ni he podido echar mano al rufián en el puerto; pero no he querido perder toda esperanza por negligencia mía, por eso os he detenido más tiempo, amigos. Ahora quiero mirar aquí en el templo de Venus, donde me había dicho que iba a hacer un sacrificio.

Esc.— *(Sin ver a Plesidipo y cavando para sacar tierra para reparar la casa.)* Yo creo que lo mejor sería hacer ya la mezcla con el maldito barro este.

Pl.— Alguien habla por aquí cerca.

Dé.— ¡Eh, tú, Esceparnión!

Esc.— ¿Quién me llama?

Dé.— Una persona a quien le has costado dinero.

Esc.— O sea, que quieres decir que soy tu esclavo, Démones.

Dé.— Hace falta mucho barro, tienes que sacar mucha tierra. Estoy viendo que va a haber que echar un nuevo tejado a la casa, que tiene más agujeros que una criba.

Pl.— *(A Démones.)* Padre[7], muy buenos días, buenos días a los dos.

---

[7] En latín se utiliza el término *pater* en la lengua coloquial para dirigirse a personas de edad; la pregunta que sigue de Esceparnión hace en cambio, referencia a su sentido propio.

DÉ.— Buenos días.

ESC.— Pero bueno, ¿eres tú un hombre o una mujer, que le das a éste el nombre de padre?

PL.— Claro está que soy un hombre.

ESC.— Entonces vete a otra parte a buscar quién sea tu padre.

DÉ.— Yo no he tenido más que una hija, y a ella la perdí de pequeña; hijos varones, no he tenido ninguno.

PL.— Pero los dioses te concederán...

ESC.— A ti, quienquiera que seas, el castigo que te mereces, por Hércules, que estás aquí entreteniéndonos con tanto charlar, estando nosotros más que entretenidos.

PL.— ¿Vivís vosotros ahí en esa casa?

ESC.— ¿A qué viene esa pregunta?, ¿es que estás inspeccionando el terreno para venir luego a robar?

PL.— Bien forrado de dineros y de buena cualidad tiene que ser en mi opinión un esclavo para tomar la palabra en presencia de su amo o para hablar en forma tan desconsiderada a un hombre libre.

ESC.— Pues se necesita ser fresco y desvergonzado para venir aquí sin más a importunar a una casa ajena, una persona a quien no se le debe nada.

DÉ.— Calla, Esceparnión. *(A Plesidipo.)* ¿Qué es lo que deseas, joven?

PL.— Castigar como se merece a ése, que se adelanta a tomar la palabra en presencia de su amo. Pero si no te sirve de molestia, querría hacerte algunas preguntas.

DÉ.— Muy ocupado ando, pero estoy dispuesto a escucharte.

ESC.— *(A Démones.)* ¿Por qué no te vas más bien al pantano y cortas cañas para que cubramos el tejado mientras que hace bueno?

DÉ.— Calla. *(A Plesidipo.)* Habla, si se te ofrece algo.

PL.— Contéstame a una pregunta: ¿has visto por aquí por casualidad a un individuo con el pelo rizado, entrecano, un malvado, un perjuro, un tramposo?

DÉ.— A muchísimos, porque son personas de esa catadura las que me han puesto en la triste situación en que me veo.

PL.— Yo me refiero aquí a uno que se llevó consigo a dos jóvenes al templo de Venus y que iba a hacer los preparativos para una ofrenda, ayer u hoy.

DÉ.— A decir verdad, joven, ya hace algunos días que no he visto a nadie hacer aquí un sacrificio, y es que no es posible que nadie haga una ofrenda sin que yo me entere, porque vienen siempre a pedirme agua, o fuego, o vasijas, o un cuchillo, o un pincho para asar, o una olla para los despojos, o lo que sea; ¿para qué más?, es para Venus para quien tengo mi vajilla y mi pozo, no para mí. Pero ahora ya hace muchos días que no viene nadie.

PL.— Según lo que dices, veo que estoy perdido.

DÉ.— Por lo que a mí toca, no te deseo más que venturas.

ESC.— *(A Plesidipo.)* Oye, tú, que vas de ronda por los templos para llenar la andorga, mejor sería que hicieras preparar un almuerzo en tu casa.

DÉ.— ¿Se trata entonces de que estabas invitado a un almuerzo y el que te invitó no se ha presentado?

PL.— Exacto.

ESC.— Puedes irte tranquilamente a tu casa en ayunas; dedícate a Ceres mejor que a Venus; Venus tiene a su cargo el amor, y Ceres el trigo.

PL.— Ese tipo se ha burlado de mí de una manera indigna.

DÉ.— *(Mirando hacia el mar.)* ¡Oh, dioses inmortales! ¿Qué es eso, unos hombres ahí junto a la costa, Esceparnión?

ESC.— Según lo que a mí se me alcanza, han sido invitados a un almuerzo antes de comenzar su viaje.

DÉ.— ¿Por qué?

ESC.— Porque, según creo, han tomado un baño ayer después de la cena[8].

DÉ.— Es que se les ha hecho trizas el barco en el mar.

ESC.— Exacto. ¡Hércules! Y a nosotros en tierra la casa y las tejas.

DÉ.— ¡Huy, pobres hombres, no somos nadie, han naufragado, mira cómo nadan!

154-55 PL.— ¿Dónde están, por favor?

DÉ.— Aquí, a la derecha, ¿los ves?, junto a la costa.

PL.— Sí que los veo. *(A los testigos.)* Venid conmigo, ojalá sea el individuo a quien busco, el maldito ese. *(A Démones y Esceparnión.)* ¡Que os vaya bien!

ESC.— Ya nos ocuparemos nosotros de ello, aunque tú no nos lo avises. Pero, ¡Oh Palemón bendito, que formas parte de la escolta de Neptuno, y pasas por ser compañero de Hércules[9]!, ¿qué es lo que ven mis ojos?

DÉ.— ¿Qué ves?

ESC.— Veo a dos jóvenes solas, sentadas en una lancha: ¡cómo las baten las olas! ¡Bravo, bravo, muy bien!, una ola ha llevado la lancha a la playa esquivando la roca, un piloto no hubiera podido hacerlo mejor. En mi vida creo haber visto un oleaje más fuerte. Si consiguen liberarse de esas olas están a salvo. Ahora, ahora es un momento crítico; una ola ha tirado al agua a una de ellas. Pero podrá salir fácilmente a nado. ¡Muy bien! ¿La ves cómo la saca para afuera una ola? Se ha levantado, se dirige hacia aquí. Ya pasó el

[8] O sea, en vez de tomar un baño antes de la cena como era costumbre, lo han tomado después y como preparación para el sacrificio y el almuerzo que precedía a un viaje.

[9] Texto inseguro, corregido de diversas formas por los críticos.

peligro. Y esta otra ha saltado de la lancha a tierra. Del
susto que tiene ha caído de rodillas en el agua. Ya está a 175
salvo, ha salido del agua, ya está en tierra; pero se vuelve
hacia la derecha, mal camino lleva. Va camino de su perdición.

DÉ.— ¿Y eso a ti qué te importa?

ESC.— Si se cae desde lo alto de la roca a donde se diri-
ge, ya ha terminado su viaje. 179-80

DÉ.— Esceparnión, si tú vas a cenar a costa suya, debes de ocuparte de ellas, pero si vas a comer en mi casa, quiero que sea a mí a quien dediques tu atención.

ESC.— No dices más que la pura verdad.

DÉ.— Sígueme entonces.

ESC.— Voy. *(Entran en casa de Démones.)*

ESCENA TERCERA

PALESTRA

Todo lo que se diga sobre las desgracias de los mortales 185
es poco en comparación de las penas que se les hacen pasar
en la realidad: ¿puede nadie creer que dé un dios su consen-
timiento a que me tenga yo que ver así con estos andrajos,
acobardada, después de haber sido arrojada por las olas a un
litoral desconocido?, ¿es que voy a tener que decir, pobre de
mí, que he nacido para esto?, ¿es éste el destino que me cae 190
en suerte en pago de mi ejemplar piedad? Que ya sería bastante el pasar tales penas si es que me hubiera hecho culpable de algún delito para con mis padres o los dioses; pero si he procurado siempre evitarlo con toda mi alma, oh dioses,

entonces es indigno, injusto, excesivo el que me tratéis de esta manera; porque ¿en qué se van a poder reconocer en adelante los impíos si es éste el pago que de vosotros reciben los inocentes? Desde luego que si yo tuviera conciencia de una mala conducta propia o de mis padres, no me quejaría; pero los crímenes de mi amo son los que me quebrantan, su alevosía la que me trae a mal traer: él ha perdido su barco y todo su haber en el mar: yo soy lo único que resta de sus bienes; también mi compañera, que iba conmigo en la lancha, cayó al agua. Ahora estoy completamente sola; si se hubiera salvado al menos ella, no sería tan grande mi aflicción teniendo su apoyo. Pero ahora ¿qué esperanza me queda, qué recurso, qué resolución puedo tomar? me encuentro sola en un lugar desierto; de un lado las rocas, del otro el estruendo del mar: nadie me sale al encuentro. Los vestidos que llevo puestos son el único bien que me resta, no sé dónde podré encontrar alimento ni refugio: ¿dónde hay un rayo de esperanza que me pueda hacer desear aún la vida? No conozco estos lugares ni he estado nunca aquí[10]: ¡si al menos encontrara alguien que me mostrara un camino o un sendero para salir de estos lugares! No sé si tirar por aquí o por allá. Tampoco veo en la cercanía ningún terreno cultivado. Estoy toda aterida, desorientada, temblorosa. Desgraciados padres míos, que no sabéis en la desgracia tan grande en que me encuentro. Libre he nacido pero en vano, que me veo en la esclavitud lo mismo que si hubiera nacido esclava, ni les he traído ningún provecho a quienes me dieron la vida para su contento.

[10] Texto inseguro.

ESCENA CUARTA

AMPELISCA, PALESTRA

AM.— ¿Qué otra cosa mejor o más oportuna puede ha- 220
ber para mi que renunciar a la vida? Tan desgraciada es la
situación en la que me encuentro y tantas y tan mortales son
las cuitas que anidan en mi pecho. La realidad es que la vida
no tiene ya aliciente para mí, he perdido la única esperanza
que me consolaba. He ido dando vueltas por todos los alre-
dedores y me he arrastrado por todos los escondrijos posi-
bles para encontrar a mi compañera, buscando su rastro con
la voz, los ojos, los oídos, sin poder encontrarla por ninguna 225
parte, sin saber a dónde dirigirme ni por dónde buscarla, ni
encuentro a nadie a quien preguntar que me pueda dar res-
puesta, ni hay desierto que lo sea más que esta tierra y estos
lugares; pero si es que vive, mientras yo viva no cejaré en
buscarla hasta dar con ella.

PA.— ¿De quién es la voz que oigo en mi cercanía? 229a

AM.— Estoy temblando, ¿quién habla por aquí cerca? 230

PA.— ¡Diosa de la Buena Esperanza, yo te suplico, ven 231a
en mi ayuda!

AM.— ¿Liberarás a esta desgraciada del temor en que se encuentra?

PA.— Es, desde luego, una voz de mujer la que he escuchado.

AM.— Es una mujer, es una voz de mujer la que ha llegado a mis oídos.

PA.— ¿Es acaso Ampelisca? 235

Am.— ¿Eres tú, Palestra, la que oigo?

Pa.— ¿Por qué no la llamo por su nombre para que me escuche? ¡Ampelisca!

Am.— ¡Eh!, ¿quién es?

Pa.— Soy yo, Palestra.

Am.— Dime: ¿dónde estás?

Pa.— En medio de males sin cuento.

Am.— En eso te hago compañía y no es mi parte menor que la tuya; pero estoy deseando verte.

Pa.— Tus deseos son los míos.

Am.— Vamos a seguir la voz con nuestros pasos: ¿dónde estás?

Pa.— Aquí me tienes. Acércate y ven a mi encuentro.

Am.— Con toda mi alma.

Pa.— Dame la mano.

Am.— Ten.

Pa.— Dime: ¿estás aún viva?

Am.— Tú eres para mí el motivo de querer seguir viviendo, al serme posible tocarte con mis manos; me parece un sueño poder tenerte entre mis brazos: abrázame, por favor, vida mía. Me haces olvidar todas las penas.

Pa.— Eso mismo iba a decirte yo. Pero vámonos ahora de aquí.

Am.— ¿Y a dónde, dime?

Pa.— Vamos a seguir la costa.

Am.— Llévame contigo a donde te plazca. Y ¿vamos a ir andando así, con los vestidos empapados?

Pa.— Lo inevitable no hay sino soportarlo. Pero mira, ¿qué es eso?

Am.— ¿El qué?

Pa.— ¿Es que no ves ahí un templo?

Am.— ¿Dónde?

Pa.— Ahí, a mano derecha.

Am.— Veo que es un lugar digno de los dioses.

Pa.— Seguro que hay gente por aquí: es un sitio precioso. Sea cual sea la divinidad a que esté dedicado, le ruego que nos saque de esta aflicción y que nos socorra de algún modo en muestra desgracia, nuestra indigencia y nuestro dolor.

ESCENA QUINTA

Ptolemocracia, Palestra, Ampelisca

Pt.— ¿Quiénes son los que vienen a hacer una oración ante mi patrona?, que salgo aquí fuera al haber oído la voz de unas suplicantes. Seguras pueden estar de que se dirigen a una diosa clemente y misericordiosa, a una patrona condescendiente y benigna en grado sumo.

Pa.— Madre, recibe nuestro saludo.

Pt.— Salud, jóvenes. Pero ¿de dónde venís con esos vestidos mojados y con ese atuendo tan deplorable?

Pa.— Ahora venimos de aquí mismo, a muy poca distancia de este lugar, pero es de muy lejos de donde hemos sido arrastradas a esta costa.

Pt.— ¿Habéis sido quizá transportadas en un corcel de madera a través de azuladas rutas?

Pa.— Así es.

Pt.— Pues hubiera sido mejor que hubierais venido vestidas de blanco y provistas de víctimas; no es costumbre venir a este templo con esa indumentaria.

Pa.— Por favor, si hemos sido arrojadas aquí por las olas, ¿de dónde quieres que saquemos las víctimas para

traerlas? Ahora, abrazadas a tus rodillas, privadas de todo recurso, sin saber en dónde estamos ni qué esperanza nos pueda quedar, te rogamos que nos acojas en tu morada y nos salves y que te apiades de las desgracias que nos aquejan a las dos: no tenemos ni lugar ni esperanza alguna a donde acogernos, ni poseemos otra cosa que lo que ves.

PT.— Dadme la mano, levantaos; no hay mujer más compasiva que yo. Pero aquí somos pobres y sin recursos, hijas; apenas tengo yo lo bastante para vivir; sirvo a Venus a costa mía.

AM.— Ah, pero ¿es que esto es un templo de Venus?

PT.— Así es. Yo soy la sacerdotisa del templo. Pero, sea como sea, os acogeré con buena voluntad en la medida que me sea posible. Venid por aquí conmigo.

PA.— Madre, muchas gracias por tu bondad.

PT.— No faltaba más.

ACTO II

ESCENA PRIMERA

CORO DE PESCADORES

La gente pobre son de todas todas unos desgraciados, sobre todo si no tienen medios de ganarse la vida ni han aprendido oficio alguno; no les queda otro remedio sino contentarse con lo que tienen en casa. En cuanto a nosotros, probablemente ya por nuestra indumentaria podéis más o menos haceros cuenta de cuántas sean nuestras riquezas:

estos anzuelos y estas cañas son nuestro medio de vida y toda nuestra hacienda. Día tras día bajamos de la ciudad aquí a la playa a buscar nuestro sustento: esto es para nosotros el ejercicio físico y el deporte; vamos a la caza de erizos de mar, lapas, ostras, percebes, almejas, medusas, mejillones, plagusias estriadas[11]; después nos dedicamos a la pesca con anzuelo y por las rocas. Nosotros buscamos en el mar nuestro sustento; si no tenemos suerte y no pescamos nada, con una buena ración de salitre y del todo purificados nos volvemos a casa a hurtadillas y nos vamos a la cama sin cenar. Pues tal como está hoy de fuerte el oleaje, no nos queda esperanza alguna; a no ser que cojamos un par de almejas, adiós la cena. Ahora vamos a hacer una oración ante la misericordiosa Venus, para que nos conceda la gracia de prestarnos su ayuda.

ESCENA SEGUNDA

TRACALIÓN, LOS PESCADORES

TR.— He puesto todo mi empeño en no cruzarme con el amo sin verle; porque, cuando se marchó hace nada, me dijo que iba al puerto y me encargó que viniera a su encuentro aquí al templo de Venus; pero ahí veo precisamente unos a quienes puedo preguntar, voy a acercarme a ellos. Salud, rateros marítimos, rebuscadores de conchas y pescadores de caña, raza de hambrientos, ¿qué tal andáis?, ¿qué tal se va muriendo?

[11] Marisco no identificado: se trata probablemente de alguna clase de almeja.

Pe.— A ver, como pescadores que somos, pasando hambre y sed y desengañados.

Tr.— Decidme: ¿habéis visto por casualidad, mientras estáis aquí, pasar a un joven apuesto, de buen color, fuertote, que lleva consigo tres hombres con clámide y espada?

Pe.— Que nosotros sepamos, no ha venido por aquí nadie con esas señas.

Tr.— ¿Habéis visto entonces a uno con una calva delantera así como el viejo Sileno [12], rechoncho, barrigudo, fruncido el ceño, la frente rugosa, un impostor, un tipo aborrecido de los dioses y de los hombres, una mala persona, un cúmulo de iniquidades y de desvergüenzas, que llevaba consigo dos jóvenes bien parecidas?

Pe.— Un individuo dotado de las cualidades y de la conducta que dices sería más propio que se dirigiera a la horca que no al templo de Venus.

Tr.— Sea como sea, si le habéis visto, decídmelo.

Pe.— Aquí, desde luego, no ha venido. Adiós.

Tr.— Adiós. *(Los pescadores se van.)* Ya lo sabía yo, ha ocurrido lo que me había figurado, el amo ha sido víctima de un engaño, el malvado del rufián se ha exiliado, ha cogido un barco, se ha llevado consigo a las mujeres: soy realmente un adivino. Y encima le había invitado al amo a un almuerzo aquí ese cúmulo de maldades. Ahora lo mejor que puedo hacer es esperar aquí al amo hasta que venga. De paso preguntaré a la sacerdotisa de Venus, si la veo, a ver si sabe algo. Ella me informará.

---

[12] El sátiro Sileno, del séquito de Dioniso, era una figura que aparecía con mucha frecuencia representada en vasos.

ESCENA TERCERA

AMPELISCA, TRACALIÓN

AM.— *(Saliendo del templo y hablando con la sacerdotisa que está dentro.)* Comprendo: la casa esta, aquí junto al templo, es donde dices que llame y pida agua.

TR.— ¿De quién es la voz que ha llegado por los aires a mis oídos?

AM.— ¿Quién habla por aquí?

TR.— ¿Qué ven mis ojos? ¿No es Ampelisca ésa que sale del templo?

AM.— ¿No es ése que veo Tracalión, el criado de Plesidipo?

TR.— Ella es.

AM.— Es él; ¡salud Tracalión!

TR.— ¡Salud, Ampelisca! ¿Qué tal, qué se hace?

AM.— Pasar lo mejor de la vida de muy mala manera.

TR.— No digas cosas de mal agüero.

AM.— Sólo la verdad debe ser el contenido de las palabras de las personas cuerdas. Pero dime: ¿dónde está Plesidipo, tu amo?

TR.— Anda, qué pregunta, cómo si no estuviera ahí dentro *(en el templo)*.

AM.— Lo que es aquí, ni ha venido ni está.

TR.— ¿Qué no ha venido?

AM.— No dices sino la pura verdad.

TR.— Pues no es ésa mi costumbre, Ampelisca. Pero ¿cuando está el almuerzo?

AM.— ¿Qué almuerzo, por favor?

TR.— Sí, es que hacéis aquí un sacrificio.

AM.— Pero bueno, ¿qué sueños son ésos?

TR.— Al menos vuestro amo Lábrax ha invitado aquí a un almuerzo al mío.

AM.— Te aseguro que no es ninguna cosa rara lo que dices: al defraudar a los dioses y a los hombres no ha hecho sino portarse como un verdadero rufián.

TR.— Entonces ¿no hacéis aquí un sacrificio vosotras y vuestro amo?

AM.— Eres un adivino.

TR.— ¿Qué es lo que haces tú aquí entonces?

AM.— La sacerdotisa de Venus nos ha acogido aquí a mí y a Palestra, salvándonos así de grandes penalidades y temores y de mortales peligros, cuando estábamos faltas de toda ayuda y sin ningún otro recurso.

TR.— Entonces ¿es que está aquí también Palestra, la amiga de mi amo?

AM.— Claro que sí.

TR.— Eso se llama una buena noticia, querida Ampelisca, pero cuéntame qué es ese peligro que habéis corrido.

AM.— Nuestro barco ha naufragado la noche pasada, querido Tracalión.

TR.— ¿Vuestro barco?, ¿qué historias son ésas?

AM.— Pero ¿es que no te habías enterado de cómo el rufián quiso llevarnos en secreto de aquí a Sicilia y de que cargó en la nave todo lo que poseía? Ahora, todo lo ha perdido.

TR.— ¡Oh Neptuno, eres un encanto, salve! Desde luego, no hay jugador de dados que te supere, ahí es nada la buena jugada que has tirado: has dado al traste con un perjuro. Pero ¿dónde está ahora el rufián Lábrax?

AM.— Yo creo que ha perecido a fuerza de beber: Neptuno le ha ofrecido esta noche unas buenas copas.

TR.— ¡Hércules! Seguro que le ha hecho beber a la fuerza[13]. ¡Ay, Ampelisca de mi alma, te adoro, eres un verdadero encanto, qué dulces son tus palabras! Pero ¿cómo os habéis salvado tú y Palestra?

AM.— Yo te lo diré: al ver que nuestro barco era llevado contra las rocas, muertas de miedo saltamos a la lancha; entonces, a toda prisa suelto las amarras en medio de la turbación de los otros; la tempestad lleva luego nuestra barca hacia la derecha, alejándonos de ellos. Durante toda la noche hemos sido bandeadas de mil maneras por los vientos y las olas. Al fin nos ha empujado el viento hacia la costa, casi sin vida.

TR.— Sí, eso es típico de Neptuno, es el edil[14] más escrupuloso que cabe imaginar, las mercancías de mala calidad, ¡afuera con ellas!

AM.— ¡Ay de ti!

TR.— De ti, querida Ampelisca..., eh..., sí, yo sabía que el rufián iba a hacer lo que ha hecho; ya lo había dicho yo muchas veces; o sea, que lo mejor es que me deje crecer el pelo y me ponga a hacer de adivino.

AM.— Si es que lo sabíais, ¿por qué no impedisteis tú y tu amo que se fuera?

TR.— ¿Y qué es lo que debía haber hecho?

AM.— Si es que estaba enamorado, ¿todavía preguntas que qué debía haber hecho? Debía haber estado a la mira día y noche, siempre al acecho. De verdad te digo, que los cuidados que se ha tomado Plesidipo por ella van a la par de lo que la aprecia.

TR.— ¿Por qué dices eso?

---

[13] En el texto latino se hace referencia al vaso llamado *anancaeum*, que había que beberlo de un trago hasta el final.

[14] El control de los mercados era, entre otras, tareas de los ediles.

AM.— Bien claro que está.

TR.— ¿Sabes, Ampelisca?, también cuando se va uno a bañarse a las termas, aunque estés allí con todo el cuidado del mundo a la mira de tu ropa, así y todo te la roban, porque no sabes a quién es al que tienes que observar; en cambio, el ratero sí que lo sabe, pero el que pretende custodiar sus cosas no tiene idea de quién es el ladrón. Pero llévame ahora a donde está ella.

AM.— No tienes más que entrar aquí en el templo de Venus, ahí la encontrarás sentada llorando.

TR.— Cuánto lo siento, pero ¿por qué llora?

AM.— Yo te lo diré: está toda afligida porque el rufián le ha quitado una arquilla que tenía ella, y lo que había dentro le podía servir para reconocer a sus padres; ahora teme que haya desaparecido.

TR.— ¿Dónde estaba esa arquilla?

AM.— En el barco; el rufián la había metido en una maleta, para que ella no tuviera así medio de reconocer a sus padres.

TR.— ¿Habráse visto tamaña desvergüenza, empeñarse en que sea esclava una persona que debería ser libre?

AM.— Y ahora, claro, la maleta se ha ido a pique junto con el barco al fondo del mar. Allí iba también todo el oro y la plata del rufián.

TR.— Seguro que alguien se ha tirado al agua y la ha recogido.

AM.— Por eso está la pobre tan apenada de haberse quedado sin la arquilla.

TR.— Razón de más entonces para entrar y consolarla, que no se torture de esa forma; hay muchas personas a quien les han caído en suerte muchos bienes contra toda esperanza.

AM.— Y yo sé que la esperanza ha dejado plantados a muchos que la tenían.

TR.— De todas formas, el mantenerse sereno es el mejor remedio de las penas. Voy a entrar, si no quieres otra cosa.

AM.— Entra *(Tracalión entra en el templo.)* Yo voy a hacer el mandado de la sacerdotisa, voy a pedir agua a la casa de al lado, que me ha dicho que si se la pedía de su parte, que me la darían en seguida. Desde luego, no he visto nunca una anciana que me pareciera más digna del favor de los dioses y de los hombres. Con qué amabilidad, con qué generosidad, con cuántas atenciones y cuánta buena voluntad nos ha acogido, a nosotras, todas medrosas, sin nada de nada, chorreando, náufragas, medio muertas; igual que si fuéramos sus hijas, ella misma se ha puesto a calentarnos el agua para que tomáramos un baño. Ahora, para no hacerla esperar, voy a buscar el agua aquí, donde me ha mandado. ¡Eh!, ¿hay alguien en casa?, ¿no se me abre?, ¿sale alguien a la puerta?

ESCENA CUARTA

ESCEPARNIÓN, AMPELISCA

ESC.— ¿Quién anda ahí haciendo violencia a nuestra puerta con ese descaro?

AM.— Soy yo.

ESC.— ¿Hm? ¡Ahí es nada, qué chica más guapa!

AM.— Salud, joven.

ESC.— ¡Salud mil veces a ti, jovencita!

AM.— Vengo aquí a vuestra casa.

ESC.— Yo te daré alojamiento, si vienes luego a la tarde, como se acoge a un necesitado; porque ahora por la ma-

ñana no tengo nada que darte. Pero, a ver, preciosa mía, encanto *(intenta abrazarla)*.

AM.— ¡Eh, tú, me tocas con demasiadas confianzas!

ESC.— ¡Dioses inmortales! Si es un retrato de Venus, qué ojos tan alegres, y luego ese color así como de buitre, eh... quiero decir de águila[15], y además, vaya una delantera, y esa boquita tan linda!

AM.— Yo no estoy a disposición del pueblo, mucho cuidado con ponerme la mano encima.

ESC.— ¿Es que no está permitido tocar así tan lindamente a una tal lindura?

AM.— Cuando tenga tiempo, estoy dispuesta a seguirte las bromas y darte gusto, pero ahora, por favor, dime que sí o que no al recado que traigo.

ESC.— ¿Qué es lo que quieres?

AM.— Al buen entendedor le bastaría ver el bagaje con que vengo *(el cántaro para el agua)*.

ESC.— También este bagaje mío[16], dice bien claro qué es lo que pretendo.

AM.— La sacerdotisa de Venus me ha mandado a pediros agua.

ESC.— Sí, pero yo soy aquí un personaje importante y, si no me lo ruegas bien rogado, no te llevarás de aquí ni una gota. Nosotros hemos hecho el pozo ese a nuestro riesgo y con nuestros aperos. Imposible sacarme ni una gota de agua sino a fuerza de zalemas.

AM.— Dime: ¿por qué pones dificultades para dar una cosa que no se niegan los enemigos entre sí?

---

[15] Juego de palabras en el texto latino: primero se dice del color de Ampelisca que es *subvolturius,* «tirando a buitre», corrigiéndose luego en *subaquilus,* tomado en el sentido de «tirando a águila» y «un poco oscuro», que es el que tiene.

[16] Con un gesto obsceno, anota Ernout.

ESC.— ¿Y por qué me pones tú dificultades para una 435
cosa que se prestan los compatriotas entre sí?

AM.— Que sí, cariño, que estoy dispuesta a hacer todo lo que quieras.

ESC.— ¡Bravo, estoy salvado, me llama cariño! Se te dará el agua, para que no me quieras sin recibir paga. Venga ese cántaro.

AM.— Ten; y date prisa.

ESC.— Espera, ahora mismo estoy de vuelta, encanto. *(Se va.)*

AM.— Y ahora ¿qué le digo a la sacerdotisa de por qué 440
me he tardado tanto? ¡Ay, pobre de mí, qué miedo me entra
todavía cuando veo el mar! Pero, ¡desgraciada de mí!, ¿qué 442-50
es lo que veo allá lejos en la costa? Ése es mi amo el rufián, y su huésped el siciliano con él, ¡y yo que pensaba, pobre de mí, que habían perecido los dos en el mar! Todavía sigue viviendo, para desgracia nuestra, en contra de lo que pensá-
bamos. Voy en seguida al templo a decírselo a Palestra, para 455
que nos refugiemos las dos en el altar antes de que venga el malvado del rufián y se apodere de nosotras; me voy lo más rápido posible, que la cosa urge. *(Entra en el templo.)*

ESCENA QUINTA

ESCEPARNIÓN

¡Dioses inmortales! Nunca pensé que el agua pudiera encerrar en sí placer tan subido: no es nada el gusto con que
la he sacado. Tenía la impresión de que el pozo era mucho 460
menos hondo que otras veces; es que no me ha costado ni

una pizca el sacarla. Dicho sea en hora buena. ¡Bonito trasto estoy hecho al haberme enamorado hoy! Aquí, encanto, el agua; mira, así quiero que la lleves, ¿ves?, como yo ahora *(imitando la forma de llevar las mujeres los cántaros),* que esté contento contigo. Pero ¿dónde estás, cariño? Ten el agua, venga. ¿Dónde estás? ¡Hércules! Ésa está enamorada de mí, desde luego; se ha escondido la muy ladina, ¿dónde estás? ¿Acabarás ya de coger el cántaro? ¿Dónde estás? Venga, ya está bien. Ahora ya en serio, ¿quieres recoger el cántaro? ¿Dónde demonios estás? ¡Hércules! No la veo por ninguna parte; se está burlando de mí. ¡Hércules!, dejaré el cántaro aquí en medio de la calle. Pero ¿y si se lo lleva alguien, que es un vaso sagrado de Venus? Me la iba a cargar. ¡Hércules! Me temo que la joven esa me está poniendo una trampa para que me pillen con un vaso sagrado de Venus; porque si me ve alguien con él, el juez tendría todo el derecho de ponerme en cadenas y ejecutarme; porque lleva una inscripción, o sea que él mismo canta a quién pertenece. Voy mejor a llamar a la sacerdotisa aquí fuera, para que recoja ella el cántaro. Me acercaré a la puerta: ¡Eh, Ptolemocracia, sal, aquí tienes el cántaro! Una joven me lo ha traído. Nada, que creo que lo voy a tener que entrar yo: ¡vaya un negocio, si hasta les tengo que llevar yo el agua a domicilio! *(Entra en el templo.)*

ESCENA SEXTA

LÁBRAX, CÁRMIDES

LÁ.— Si es que alguien tiene especial empeño en ser un desgraciado y un mendigo, no tiene más que confiar su per-

sona y sus días a Neptuno: al menor asunto que tengas con él, te manda a casa en la forma que me veis. ¡Oh, Libertad, yo te juro que no tienes un pelo de tonta, al no haber querido poner jamás un pie en un barco junto con Hércules[17]! Pero ¿dónde está mi dichoso huésped, el autor de mi perdición? Pero ahí le veo venir.

CÁ.— Maldición, Lábrax, ¿a dónde vas con esa prisa? Yo no te puedo seguir a ese paso.

LÁ.— Ojalá que hubieras perecido de mala muerte en Sicilia antes de que te hubieran visto mis ojos: tú eres el culpable de la desgracia que me ha caído encima, pobre de mí.

CÁ.— Ojalá hubiera sido la cárcel mi domicilio el día en que me llevaste a tu casa. No les pido otra cosa a los dioses inmortales sino que no disfrutes en vida más que de huéspedes de tu calaña.

LÁ.— La mala suerte en persona es a quien metí en mi casa contigo. ¿Quién me manda haber prestado oídos a un bribón como tú? ¿A qué eso de marcharme de aquí? ¿A qué venía meterme en un barco? Allí perdí aún más que lo que tuve.

CÁ.— Te juro que no me llama la atención el que haya naufragado un barco que transportaba a un malvado como tú y todas tus mal adquiridas riquezas.

LÁ.— Has dado al traste conmigo con tus halagos.

CÁ.— Anda, que la cena que me diste fue aún más impía que la que les pusieron a Tiestes o a Tereo[18].

---

[17] Alusión a un episodio de la leyenda de Hércules, desconocido por lo demás.

[18] Personajes míticos a quienes en venganza les fueron ofrecidos sus hijos en un banquete.

LÁ.— ¡Ay de mí, me mareo, sujétame la cabeza, por favor!

CÁ.— Te juro que no querría sino verte echar los pulmones por esa boca.

LÁ.— ¡Ay!, Palestra, Ampelisca, ¿dónde estáis?

CÁ.— Seguro que sirven de pasto a los peces en el fondo del mar.

LÁ.— No has hecho sino acarrearme la miseria, por haber prestado oídos a tus fanfarronerías y tus embustes.

CÁ.— Motivo tienes de estarme agradecido: de un insulso que eras, he hecho de ti un tipo saleroso.

LÁ.— ¡Anda y lárgate de aquí en dirección a la horca!

CÁ.— Eso tú, que yo es precisamente lo que estaba haciendo.

LÁ.— ¡Ay!, ¿hay en el mundo un ser más desgraciado que yo?

CÁ.— Yo, Lábrax, y con gran ventaja.

LÁ.— ¿Por qué?

CÁ.— Por que yo no me lo merezco, pero tú, sí.

LÁ.— ¡Oh, juncos, juncos, ojalá compartiera con vosotros la fama de mantenerme siempre seco!

CÁ.— Desde luego, no parece sino que me estoy ejercitando para una escaramuza, porque me salen todas las palabras como centellas, a fuerza de tiritar.

LÁ.— ¡Oh Neptuno, no, que no son fríos tus baños! A pesar de haber salido vestido de tu seno, estoy hecho un carámbano.

CÁ.— Tampoco se puede tomar nada caliente en su taberna: no ofrece más que bebidas saladas y frías.

LÁ.— ¡Qué felices los herreros, sentados junto a sus carbones! Siempre están calentitos.

CÁ.— ¡Ojalá compartiera ahora el destino de los patos, para estar seco aun acabando de salir del agua!

LÁ.— Yo creo que me podría hacer contratar para hacer el papel del comilón en el teatro.

CÁ.— ¿Por qué?

LÁ.— Por lo fuerte que me castañetean los dientes.

CÁ.— Me está pero que muy bien empleado el haber recibido este baño.

LÁ.— ¿Por qué?

CÁ.— Por haberme atrevido a meterme en un barco contigo, que me has puesto el mar en movimiento desde sus más profundos abismos.

LÁ.— A ti te presté oídos, tú eras el que me prometías que se podían hacer allí unas ganancias enormes con meretrices, que me iba allí a hinchar de riquezas.

CÁ.— So cerdo, ¿es que pretendías tragarte la isla de Sicilia entera y vera?

LÁ.— ¿Cuál será la ballena que se ha tragado mi maleta, donde estaba metido mi oro todo y toda mi plata?

CÁ.— Seguro que la misma que se tragó mi monedero, que estaba lleno de plata en mi mochila.

LÁ.— ¡Ay! A este pedazo de túnica y a esta miserable capa se han quedado reducidas todas mis posesiones: ¡estoy del todo perdido!

CÁ.— Si quieres, me puedo hacer tu socio: salimos a mitad por mitad.

LÁ.— Si al menos se hubieran salvado las jóvenes, tendría alguna esperanza. Ahora, si me ve el joven Plesidipo, del que había recibido una señal por Palestra, ¡no van a ser chicas las dificultades que me haga!

CÁ.— ¿A qué tantas lamentaciones, necio? Mientras que no te falte la lengua, tienes un medio para salir de todas tus deudas.

ESCENA SÉPTIMA

ESCEPARNIÓN, LÁBRAX, CÁRMIDES

ESC.— *(Saliendo del templo sin ver a los otros.)* Por favor, ¿qué significa esto, dos mujeres aquí en el templo de Venus llorando abrazadas a la estatua de la diosa? Dicen que han naufragado la noche pasada y han sido arrojadas hoy a la costa por las olas.

LÁ.— Dime, joven, por favor, ¿dónde están esas mujeres que dices?

ESC.— Aquí en el templo de Venus.

LÁ.— ¿Cuántas son?

ESC.— Tantas cuantas tú y yo juntos.

LÁ.— Naturalmente, son las mías.

ESC.— Eso, naturalmente, no lo sé.

LÁ.— ¿Qué aspecto tienen?

ESC.— Estupendo. Yo podría hacerle el amor a cualquiera de ellas estando bien bebido.

LÁ.— ¿Naturalmente son jóvenes?

ESC.— Te estás poniendo muy cargante, naturalmente. Vete tú a verlo, si es que te interesa tanto.

LÁ.— ¡Ésas son seguro mis mujeres, Cármides de mi alma!

CÁ.— Júpiter te confunda lo mismo si lo son que si no lo son.

LÁ.— Ahora mismo me cuelo en el templo de Venus. *(Entra en el templo.)*

CÁ.— Más te valiera colarte en el mismísimo Averno. *(A Esceparnión.)* Yo te ruego, amigo, que me proporciones algún lugar donde pueda descabezar un sueño.

ESC.— Descabézalo ahí donde te plazca; nadie te lo impide, es un lugar público.

CÁ.— Pero es que ya ves en qué condiciones estoy, con toda la ropa mojada; déjame entrar bajo techo, dame algún vestido seco que ponerme mientras que se secan los míos; yo te recompensaré en otra ocasión.

ESC.— Yo no tengo más que la capa esa que ves ahí, ésa está seca; si quieres, te la doy; con ésa me cubro yo, eso es lo que me pongo cuando llueve. Tú dame tus vestidos, yo te los secaré.

CÁ.— Oye, ¿acaso te parece poco la limpieza que ha hecho conmigo el mar que me quieres dejar limpio aquí otra vez en tierra?

ESC.— Un comino me importa si quedas limpio, bañado o untado; lo único que te digo es que no te entregaré nada si no es a cambio de una prenda. Tú puedes sudar o morirte de frío, estar enfermo o gozar de salud. No tengo interés ninguno en dar albergue a un extranjero en mi casa; como si no se tuviera ya de todos modos suficientes motivos de pendencias.

CÁ.— ¿Te marchas? Este tipo tiene negocio de esclavos, sea quien sea; no tiene compasión ninguna. Pero ¿a qué estoy aquí de plantón hecho una sopa, pobre de mí?, ¿por qué no me meto aquí en el templo de Venus a dormir esta borrachera cogida tan a desgana? Neptuno nos ha tomado por vinos griegos: echándonos agua de mar[19], ha querido purgarnos con sus bebidas saladas. ¿Para qué más?: si nos llega a seguir invitando, nos hubiéramos quedado dormidos

[19] Cf. CATÓN, *Agr.* 24.

allí mismo; poco ha faltado para no dejarnos volver con vida a casa. Ahora voy a ver lo que hace ahí dentro mi contertulio, el rufián. *(Entra en el templo.)*

ACTO III

ESCENA PRIMERA

DÉMONES

(Saliendo de su casa.) Los dioses se burlan de los hombres de una forma muy extraña y les hacen soñar mientras
595 duermen unos sueños muy raros; ni siquiera durante el sueño los dejan descansar tranquilos: no digo el sueño tan raro y tan fuera de tino que he soñado la noche pasada. Me parecía ver un mono que se empeñaba en subirse a un nido de
599ª-600 golondrinas[20], y no era capaz de arrancarlas de allí; después me pareció que el mono venía hacia mí y me pedía que le prestase una escalera. Yo voy y le contesto entonces al mo-
603ª no más o menos en la siguiente forma[21]: que las golondrinas
605 son hijas de Filomela y Procne[22]; empiezo a querer convencerle de que no les haga nada a mis compatriotas, pero el

[20] En el manuscrito Ambrosiano hay aquí restos de un verso que no figura en los Palatinos.

[21] Laguna en el Ambrosiano de un verso que no aparece en los Palatinos.

[22] Hijas del rey Pandión de Atenas, que, según la versión corriente de la leyenda, fueron convertidas Filomela en golondrina, Procne en ruiseñor.

mono se pone cada vez más furibundo y empieza a amenazarme, me cita ante los tribunales. Entonces, yo no sé cómo, enfurecido agarro al mono por medio y encierro al muy bribón del bicho ese. Y no he podido dar con una interpretación de a qué es a lo que se puede referir este sueño. Pero ¿qué es ese griterío que se oye ahí en el vecino templo de Venus? ¡Qué cosa tan extraña!

ESCENA SEGUNDA

Tracalión, Démones

Tr.— *(Saliendo del templo.)* ¡Ciudadanos de Cirene! ¡Socorro!, labradores, habitantes de las cercanías que andáis por estas regiones, prestad vuestra ayuda a quien de ella está necesitado y dad al traste con una iniquidad sin nombre, intervenid, que no sobrepuje el poder de los impíos al de los inocentes; ellos no pretenden señalarse a fuerza de crímenes. Dad una lección a quien no conoce el pudor, y haced lo posible porque el pudor reciba su recompensa, que podamos vivir aquí según la ley y no según la violencia. Corred aquí al templo de Venus, repito mis gritos de socorro: los que andáis por aquí cerca y los que oís mis voces, prestad ayuda a quienes según antigua costumbre ha encomendado su vida a la custodia de Venus y de su sacerdotisa; retorcedle el cuello a la injusticia antes de que os alcance también a vosotros.

Dé.— ¿Qué es lo que pasa aquí?

Tr.— *(Abrazándose a las rodillas de Démones.)* Yo te suplico por tus rodillas, quienquiera que sea…

DÉ.— ¡Anda y déjate de rodillas y explícame cuál es el motivo para armar ese escándalo!

TR.— Yo te ruego y te suplico, si es que tienes la esperanza de tener hogaño una buena cosecha de laserpicio[23] y de jugo de laserpicio y de que sus transportes van a llegar sanos y salvos a Capua y... que te veas siempre libre de unos ojos legañosos...

DÉ.— ¿Estás en tu juicio?

TR.— O si confías en que vas a cosechar mucha magudaris[24], te ruego, digo, que tengas a bien el prestarme el servicio que te voy a pedir.

DÉ.— Pues yo te conjuro por tus piernas, tus talones y tus costillas, así esperes una buena vendimia de varas y se te logre hogaño una rica cosecha de palos, que me digas qué es lo que ocurre para que armes ese escándalo.

TR.— ¿A qué vienen esas maldiciones? Yo, en cambio, no te he deseado más que cosas buenas.

DÉ.— También son buenas mis palabras si deseo que suceda lo que te mereces.

TR.— Por favor, atiéndeme entonces por primera providencia.

DÉ.— ¿Qué es lo que pasa?

TR.— Hay aquí dentro *(señalando al templo)* dos mujeres inocentes que necesitan tu ayuda, a las cuales se les ha hecho y se les hace aquí en el templo de Venus una injusticia inaudita contra todo derecho y toda ley; y además, la sacerdotisa de Venus es maltratada de una manera indigna.

[23] Planta de resina aromática, de gran importancia en la economía de la Cirenaica; cf. PLINIO, *Hist. Nat.* XIX 38 ss.

[24] La raíz o el tallo del laserpicio; cf. PLINIO, *Hist. Nat.* XIX 45.

DÉ.— ¿Quién es el descarado que se atreve a hacer violencia a una sacerdotisa? Pero esas mujeres que dices ¿quiénes son?, ¿o qué clase de violencia se comete contra ellas?

TR.— Si es que me escuchas, te lo diré: están abrazadas a la imagen de la diosa; deben de ser las dos de condición libre.

DÉ.— ¿Y quién es ese individuo que tiene tan poco respeto a los dioses?

TR.— ¿Quieres ⟨que te lo diga⟩? Un individuo que no respira sino imposturas y crímenes, un asesino, un perjuro, un hombre que no siente el menor escrúpulo en saltarse la ley, un tipo sin pizca de vergüenza, en una palabra, un rufián, ¿a qué seguir describiéndolo?

DÉ.— Verdaderamente según lo que dices, es alguien que se tendría merecida una buena ración de palos.

TR.— Y ha agarrado a la sacerdotisa por el cuello, el muy malvado.

DÉ.— Pues te juro que le va a costar caro. ¡Salid aquí fuera, Turbalión, Espárax! ¿dónde andáis?

TR.— Entra en el templo, yo te lo ruego, y ayúdalas.

DÉ.— *(A Tracalión.)* Éstos no se harán repetir la orden; *(a los esclavos)* ¡venid conmigo!

TR.— Venga, hazle sacar los ojos, como los cocineros a los calamares.

DÉ.— Sacad al tipo ese aquí a rastras por los pies, como si fuera un cerdo muerto.

TR.— ¡Vaya un escándalo que se está armando ahí dentro! Seguro que es que están dando de puñetazos al rufián. ¡Ojalá le hagan saltar los dientes al bandido ese! Pero mira, ahí salen del templo las dos jóvenes todas amedrentadas.

ESCENA TERCERA

PALESTRA, TRACALIÓN, AMPELISCA

PA.— *(Sin ver a Tracalión.)* Ahora sí que no nos queda ya escapatoria ni recurso alguno, nadie nos ayuda ni nos defiende. No tenemos ni salvación ni camino alguno por donde nos pueda venir, no sabemos qué partido tomar: tan grande es el temor que nos embarga, tan grande la desconsideración y la injusticia que nos ha infligido ahí dentro nuestro amo; hasta a la sacerdotisa que es ya de edad tan avanzada, se ha lanzado sobre ella y la ha echado hacia atrás el muy malvado y la ha retirado a empujones en una forma indigna, y a nosotras nos ha arrancado por la fuerza de la imagen de la diosa en su camarín. Más nos valdría morir, según el giro que ha tomado nuestro destino, que no hay nada mejor que la muerte cuando se es un desgraciado.

TR.— *(Aparte.)* ¿Qué es esto, qué es lo que está diciendo? Me estoy tardando en consolarlas; ¡eh, Palestra!

PA.— ¿Quién me llama?

TR.— ¡Ampelisca!

AM.— ¿Quién me llama?

PA.— ¿Quién es el que pronuncia mi nombre?

TR.— Vuélvete para acá y lo sabrás.

PA.— ¡Oh tú, mi única esperanza de salvación!

TR.— Calla y cobra ánimos, que aquí estoy yo.

PA.— Sí, con tal que se pueda evitar que nos aplaste la violencia que me empuja a hacerme yo la violencia a mí misma.

Tr.— ¡Ah, calla, no seas boba!

Pa.— Cesa ya de consolarme en mi desgracia con palabras: si no es que nos ayudas con hechos, no hay remedio alguno, Tracalión.

Am.— Yo estoy dispuesta a morir antes que tolerar la furia del rufián contra mí; pero al fin y al cabo soy una mujer: cuando se me viene a las mientes la idea de la muerte, se apodera el miedo de toda mi persona. ¡Ay, qué día tan acerbo!

Tr.— No perdáis los ánimos.

Pa.— Verdaderamente, dime: ¿de dónde los vamos a sacar?

Tr.— No tengáis miedo, digo; sentaos aquí en el ara.

Am.— ¿Y es que nos va a servir de más el ara que la imagen de Venus ahí dentro en el templo, a la que nos habíamos abrazado y de donde se nos ha arrancado por la fuerza, pobres de nosotras?

Tr.— Sentaos aquí, que yo os defenderé. El altar es vuestro campamento, aquí está la muralla, desde aquí os defenderé yo; con la ayuda de Venus saldré al encuentro de la perfidia del rufián.

Pa.— Cómo tú quieras. ¡Oh, Venus nutricia!, las dos te suplicamos de rodillas, abrazadas llorosas a tu altar, que nos acojas bajo tu protección y nos defiendas; toma venganza de esos malvados que no han respetado tu templo y permítenos benigna ocupar este tu altar: hemos sido purificadas las dos esta noche por obra del dios Neptuno, te rogamos que seas indulgente y no nos tomes a mal si hay algo que consideres no estar en el debido grado de pureza.

Tr.— ¡Oh, Venus!, justa es su plegaria, accede a ella, perdónalas, que es el miedo lo que las obliga a obrar así; se dice que has nacido de una concha: no desprecies las con-

chas que ellas te ofrecen[25]. Pero mira qué oportunamente sale el viejo Démones, nuestro común patrono.

ESCENA CUARTA

DÉMONES, TRACALIÓN, LÁBRAX, ESCLAVOS DE DÉMONES

DÉ.— *(A Lábrax.)* ¡Fuera del templo, tú, el más sacrílego de los mortales! *(A las jóvenes.)* Vosotras, id a sentaros en el ara. Pero ¿dónde están?

TR.— Mira para acá *(al altar de Venus, donde están ya sentadas).*

DÉ.— Muy bien, eso es precisamente lo que queríamos. Déjale sólo acercarse. *(A Lábrax.)* ¿Con que pretendes romper las leyes que nos unen con los dioses? *(A un esclavo.)* ¡Dale un puñetazo!

LÁ.— Bien pagadas me vas a pagar todas estas injusticias que se me están infligiendo.

DÉ.— ¿Todavía tienes el atrevimiento de venir con amenazas?

LÁ.— Se me priva de mi derecho, me quitas mis esclavas en contra de mi voluntad.

TR.— Toma como juez a cualquier hombre adinerado del senado de Cirene, a ver si es que deben ser tuyas o no es que deben ser libres. Y tú mereces que te cojan preso y te pases allí la vida hasta que hayas hecho migas la cárcel.

[25] Sentido discutido; según MARX, se trata de las conchas de las que las jóvenes han hecho ofrenda a Venus.

LÁ.— No se me hubiera pasado hoy por las mientes el parlamentar con un bribón como tú. (*A Démones.*) Es contigo con quien hablo.

DÉ.— Trata primero con éste, que te conoce.

LÁ.— (*A Démones.*) Es contigo con quien trato.

TR.— Pues no, sino conmigo: ¿son ésas esclavas tuyas?

LÁ.— Sí que lo son.

TR.— Hale, pues, ponle a cualquiera de ellas la punta del dedo meñique encima.

LÁ.— ¿Y qué si las toco?

TR.— Al instante te convertiré en una pelota para ejercitar mis puños y te tundiré a puñetazos una vez que estés colgado, perjuro, más que perjuro.

LÁ.— ¿Es que no me va a estar permitido retirar mis esclavas del altar de Venus?

DÉ.— No te está permitido: así es la ley entre nosotros.

LÁ.— Yo no tengo nada que ver con vuestras leyes. Ahora mismo me las llevo a las dos; tú, abuelo, si les quieres hacer el amor, tienes que aflojarme dinero a secas[26] y si es que le han gustado a Venus, que se quede con ellas, pero que me pague mi dinero.

DÉ.— ¿Dinero te va a dar? Ahora, para que sepas mi decisión: haz la prueba, así, nada más que por broma de hacerle la menor violencia, que te voy a despedir en unas condiciones que no te vas a reconocer ni tú mismo; (*a los esclavos*) y vosotros, si en cuanto que os dé la señal no le sacáis los ojos de la cara, como a ramos de mirto atados con juncos, así os voy a dejar atados con un cinturón de vergajos.

LÁ.— Tú me haces violencia.

[26] La expresión *aridum argentum* no se encuentra más que en este pasaje, y es de sentido inseguro y muy discutido.

Tr.— ¿Todavía te atreves a echar la violencia en cara a los otros, cúmulo de maldades?

Lá.— ¿Tú, bribón, más que bribón, te atreves a hablarme mal a mí?

Tr.— Eso sí, yo soy un bribón, y tú, el tipo más honrado del mundo; ¿y es eso motivo para que las jóvenes no sean libres?

Lá.— ¿Cómo, libres?

Tr.— Sí, libres, y tú deberías ser su esclavo y no al revés, que son de la Grecia auténtica, una de ellas nacida en Atenas de padres libres.

Dé.— ¿Qué es lo que oigo?

Tr.— Que ésta *(Palestra)* ha nacido en Atenas de padres libres.

Dé.— Entonces ¿es paisana mía?

Tr.— Pero ¿no eres tú de Cirene?

Dé.— No, sino nacido, criado y educado en Atenas del Ática.

Tr.— Entonces, yo te ruego, defiende a tus conciudadanas.

Dé.— ¡Oh, hija mía de mi alma: aunque ausente, al ver a esta joven me traes el recuerdo de mis penas! La perdí cuando tenía tres años: si es que vive, sería ahora de su edad.

Lá.— Yo he entregado su precio por las dos al que era entonces su dueño: ¿qué me importa si han nacido en Atenas o en Tebas, con tal de que me sirvan como es debido?

Tr.— Con que sí, desvergonzado, garduña ratera de jóvenes ¿es que vas a tener en posesión a niños robados a sus padres y los vas a denigrar con un oficio indigno? Que esta otra *(Ampelisca)* no sé cuál es su patria, lo único que sé es que es mucho mejor que tú, malvado, más que malvado.

Lá.— ¿Es que son ellas tuyas?

TR.— Vamos a comprobar cuál de los dos es más digno de fe según la cualidad de sus espaldas: si no tienes en tus costillas más cicatrices que clavos una nave larga[27], entonces yo soy el embustero de los embusteros; después controla tú mis espaldas, cuando yo haya controlado las tuyas: si no están tan limpias que cualquier fabricante de envases de cuero diga que no hay otra piel mejor que la mía ni más entera para sus trabajos, entonces no hay motivo para que no te muela a fuerza de palos. ¿Por qué te quedas mirándolas? Como las llegues a tocar, te arranco los ojos.

LÁ.— Pues porque me lo prohíbes, ya verás cómo me las llevo a las dos conmigo.

DÉ.— ¿Qué es lo que vas a hacer?

LÁ.— Traer a Vulcano, que es el enemigo de Venus. *(Se va hacia la casa de Démones.)*

TR.— ¿A dónde va?

LÁ.— *(Delante de la casa de Démones.)* ¡Eh!, ¿no hay nadie? ¡Eh!

DÉ.— Como llegues a tocar la puerta, te juro que voy a cosechar en tu cara con bieldos de puñetazos.

UNO DE LOS ESCLAVOS.— No tenemos fuego, nos alimentamos de higos pasos.

DÉ.— Yo te daré fuego si es que se trata de encenderlo en tu cabeza.

LÁ.— ¡Hércules, me voy a otro sitio a buscar fuego!

DÉ.— Y cuando lo encuentres, ¿qué?

LÁ.— Haré aquí una gran hoguera.

DÉ.— ¿Para quemarte tú mismo[28]?

LÁ.— No, sino para quemarlas vivas a estas dos, para eso lo quiero.

[27] Nave de carga.

[28] Traducción aproximada; la tradición del texto es insegura.

DÉ.— Te juro que te agarraré por las barbas y te echaré al fuego, y luego, a medio quemar, te daré de pasto a las aves de rapiña. *(Aparte.)* Ahora que lo pienso, éste es el mono ese que soñé que quería llevarse del nido a la fuerza a las golondrinas.

TR.— *(A Démones.)* ¿Sabes lo que te ruego? Que las guardes y que impidas que se les haga violencia mientras que voy a buscar a mi amo.

DÉ.— Ve a buscarle y tráele para acá.

TR.— Pero no vaya a ser que éste…

DÉ.— Su perdición se busca si es que las toca, o tan sólo intenta tocarlas.

TR.— Está a la mira.

DÉ.— Bien mirado está; tú márchate.

TR.— Pero vigílale también que no se escape, que le hemos prometido al verdugo entregarle o un talento magno[29] o aquí al sujeto este.

DÉ.— Tú vete tranquilo, que yo estaré aquí a la mira mientras.

TR.— Ahora mismo estoy de vuelta.

ESCENA QUINTA

DÉMONES, LÁBRAX, ESCLAVOS

DÉ.— Tú, rufián si se te da a elegir, ¿qué prefieres, recibir una paliza para que dejes de armar camorra, o hacerlo sin una paliza?

[29] Cf. nota a *Aulularia* 301.

LÁ.— A mí me importa un comino lo que tu dices, abuelo. Ellas son mías, y me las llevaré del ara agarrándolas por los cabellos a pesar tuyo, y a pesar de Venus, y del mismísimo Júpiter.

DÉ.— Venga, anda, ponles un dedo encima.

LÁ.— ¡Claro que lo haré, Hércules!

DÉ.— Hale, pues acércate aquí.

LÁ.— Diles a esos *(los esclavos)* que se retiren los dos hacia allá.

DÉ.— Al contrario, se van acercar a ti.

LÁ.— ¡Hércules!, no es eso lo que quiero.

DÉ.— Y ¿qué haces si se te acercan?

LÁ.— Retrocederé; pero a ti, abuelo, si me topo contigo en la ciudad, te juro que renuncio a ser un rufián si te dejo escapar sin haberte hecho una mala pasada.

DÉ.— Cumple tranquilamente tus amenazas, pero entre tanto, si es que llegas a tocarlas, te las vas a ganar bien ganadas.

LÁ.— ¿Cómo de bien?

DÉ.— Como se lo merece un rufián.

LÁ.— Un comino me importan tus amenazas: ahora mismo me las llevaré a las dos a pesar tuyo.

DÉ.— Échales mano, anda.

LÁ.— ¡Y tanto que lo haré, Hércules!

DÉ.— De acuerdo, pero ¿sabes cómo? Anda, Turbación, ve a carrera y tráete de casa dos mazas.

LÁ.— ¿Mazas?

DÉ.— Y de primera; hala, deprisa. Me las voy a haber contigo tal como te lo mereces.

LÁ.— ¡Ay, desgraciado de mí, haber perdido mi casco en el naufragio, con lo bien que me vendría ahora si no hubiera desaparecido! ¿Se me permite por lo menos hablarles?

Dé.— No. ¡Ah!, mira qué a punto viene el de las mazas.

Lá.— Te juro que con esos instrumentos no hay dificultad alguna en hacer que le zumben a uno los oídos.

Dé.— Tú, Espárax, coge una de las mazas; venga, poneos el uno aquí y el otro ahí *(a ambos lados del altar);* montad aquí la guardia. Así; ahora atención: si el rufián les pone un dedo encima, entonces, si no le regaláis con los garrotes hasta que no sepa por dónde marcharse a casa, muertos sois; si le dirige la palabra a una de las jóvenes, contestad vosotros en lugar de ellas; si hace ademán de querer largarse de aquí, le abrazáis a toda prisa ambas piernas con los garrotes.

Lá.— ¿Ni siquiera irme me van a dejar?

Dé.— Ya he dicho bastante. Y cuando el esclavo que ha ido a buscar a su amo vuelva con él, os vais enseguida a casa. A ver si me hacéis el favor de cumplir mis órdenes con la mayor diligencia. *(Entra en su casa.)*

Lá.— ¡Ay, Hércules, no es nada la rapidez con que cambian los templos de patrón!: lo que fue templo de Venus lo es ahora de Hércules, con estas dos estatuas con las clavas que ha dejado aquí el viejo de guardia; Hércules, no se a dónde irme, por todas partes se me ponen los elementos en contra, por tierra y por el mar. ¡Palestra!

Escl.— ¿Qué quieres?

Lá.— Quita, no estamos de acuerdo, esta Palestra que me contesta no es la mía. ¡Eh, Ampelisca!

Escl. II— ¡Que te la vas a ganar!

Lá.— Para la clase de tipos que son, no son malos los avisos que me dan. Pero ahora me dirijo realmente a vosotros: ¡eh!, ¿hay algún inconveniente para que me acerque un poco más a ellas?

Escl.— Ninguno, para nosotros al menos.

Lá.— ¿Y para mí?

ESCL.— Tampoco, si te andas con cuidado.

LÁ.— ¿Con cuidado de qué?

ESCL.— *(Accionando con el garrote.)* Aquí, de una lluvia de palos.

LÁ.— Entonces, ¡Hércules!, dejadme ir, por favor.

ESCL.— Vete, si quieres *(enseñándole la maza).*

LÁ.— Muy bien. Hércules, os quedo muy agradecidos; prefiero no moverme ni un paso; quedaos ahí donde estáis. Verdaderamente, qué mal me sale todo. Estoy decidido a vencerlas quedándome aquí en asedio ininterrumpido.

ESCENA SEXTA

PLESIDIPO, TRACALIÓN, LÁBRAX, CÁRMIDES, ESCLAVOS

PL.—¿Con que dices que el rufián ha pretendido llevarse a mi amiga por la fuerza y la violencia del altar de Venus?

TR.— Exacto.

PL.— ¿Por qué no le has dado muerte al instante?

TR.— No tenía espada.

PL.— Pues haber cogido un bastón o una piedra.

TR.— ¿Qué?, ¿es que iba a ir persiguiendo al truhán ese a pedradas como si fuera un perro?

LÁ.— Ahora te juro que estoy perdido, ahí viene Plesidipo: me va a dar un barrido tal que no me va a dejar ni una gota de polvo.

PL.— *(A Tracalión.)* ¿Estaban las jóvenes todavía sentadas en el ara cuando te marchaste a buscarme?

TR.— Allí mismo están sentadas todavía.

PL.— ¿Y quién las custodia?

TR.— Un viejo que no conozco, vecino del templo de Venus, que nos ha prestado una ayuda inestimable. Él las guarda ahora con sus esclavos, yo le había dado el encargo.

PL.— Llévame directamente al rufián, ¿dónde está?

LÁ.— ¡Salud!

PL.— No tengo interés en saludos de ninguna clase; escoge rápidamente; ¿prefieres que se te lleve o que se te arrastre a los tribunales después de haberte retorcido el gañote?

LÁ.— Ni lo uno ni lo otro.

PL.— Ve a la carrera a la playa, Tracalión, dile a los que traje aquí conmigo para que llevaran al rufián al verdugo que me vayan a buscar a la ciudad en el puerto; después vuelve y monta aquí la guardia. Yo llevaré a este bribón a los tribunales. ¡Conque expatriarse quería! ¡Hale, a los tribunales!

LÁ.— ¿Qué falta he cometido?

PL.— ¿Qué falta has cometido, encima de que habías recibido de mí un adelanto por la joven y te la llevaste de aquí?

LÁ.— No me la llevé.

PL.— ¿Por qué lo niegas?

LÁ.— Porque efectivamente me hice a la mar; pero llevármela no pude, desgraciado de mí. Yo te había dicho que te esperaría en el templo de Venus: ¿acaso me he vuelto atrás?, ¿es que no estoy aquí?

PL.— Defiéndete ante los tribunales, ahora ya basta de palabras: ven conmigo.

LÁ.— Por favor, Cármides, yo te lo ruego, échame una mano. Se me agarra por el cuello y se me lleva a los tribunales.

CÁ.— ¿Quién ha pronunciado mi nombre?

LÁ.— ¿No estás viendo cómo se me lleva por la fuerza?

CÁ.— Lo veo y lo contemplo con mucho gusto.

LÁ.— ¿No quieres venir en mi ayuda?

CÁ.— ¿Quién es el que te lleva a los tribunales?

LÁ.— El joven Plesidipo.

CÁ.— Tú lo quisiste, tú te lo ten: lo mejor es que vayas a la cárcel de buena gana. A ti te ha caído en suerte lo que la mayoría desea.

LÁ.— ¿El qué?

CÁ.— El encontrar lo que buscan.

LÁ.— Ven conmigo, por favor.

CÁ.— No das otros consejos sino los que eran de esperar de ti: te llevan a ti a la cárcel ¿y me pides que te acompañe? ¡Suéltame!

LÁ.— ¡Muerto soy!

PL.— ¡Ojalá! Tú, mi querida Palestra, y tú, Ampelisca, quedaos ahí mientras yo vuelvo.

ESCL.— Yo soy de la opinión de que más vale que se vengan a nuestra casa hasta que vengas a buscarlas.

PL.— De acuerdo, muchas gracias.

LÁ.— *(A los esclavos que se llevan a las muchachas.)* ¡Ladrones!

ESCL.— ¿Ladrones? *(A Plesidipo.)* ¡Hala, llévatelo!

LÁ.— ¡Palestra, por favor, yo te lo suplico…!

PL.— Sígueme, bandido.

LÁ.— ¡Tú, mi huésped…!

CÁ.— Nada de huésped, renuncio a tu hospitalidad.

LÁ.— ¿Hasta ahí llega tu desprecio?

CÁ.— Ésa es mi forma de ser: no bebo más que una vez.

LÁ.— ¡Los dioses te confundan!

CÁ.— Guárdate esas palabras para ti. *(Plesidipo se lleva a Lábrax.)* Yo creo que los hombres se metamorfosean cada uno en un animal distinto: el rufián este se va a transformar

en un palomo, que dentro de poco se va a encontrar con el cuello cogido en el palomar[30]; a la cárcel va a tener que llevarse lo necesario para construirse su nido. Pero de todas formas iré para asistirle ante el tribunal, por si con mi ayuda es posible que... se le condene más rápido.

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

DÉMONES

Ha sido una buena cosa y un motivo de satisfacción para mí el haber prestado hoy ayuda a las jóvenes estas: así me he agenciado unas clientas, y que son las dos guapitas y jovencitas. Sólo que mi mujer está siempre más que al acecho la muy malvada para que no me entienda con mujerzuelas. Pero me extraña qué es lo que hace nuestro esclavo Gripo, que salió de noche al mar a pescar. Verdaderamente que hubiera hecho mejor en quedarse a dormir en casa, porque lo que es ahora se tira al aire su trabajo y sus redes, tal como anda el tiempo y tal como ha andado esta noche. En una mano voy a poder guisar lo que haya cogido, con el oleaje que, según veo, se trae el mar. Pero oigo que mi mujer me llama para almorzar; me vuelvo a casa; verás cómo me va a poner la cabeza tonta con sus pamplinas. *(Entra a casa.)*

[30] *Columbar,* género de suplicio llamado así por su semejanza con un palomar, al igual que reciben también el nombre de *columbaria* las tumbas comunitarias o los orificios de los barcos por donde salen los remos.

ESCENA SEGUNDA

GRIPO

(Arrastrando las redes que contienen un baúl o maleta.)
Gracias sean dadas a mi patrón Neptuno, habitante de las
regiones saladas abundantes en peces, por haberme hecho
salir de sus dominios con tan buena presa, volviendo de sus
moradas cargado con rico botín, salva mi barca; Neptuno, 910
que en medio de un proceloso mar me ha hecho poseedor de
tan rica e inusitada pesca; una pesca que se me ha venido a
las manos en forma prodigiosa e increíble: ni una onza de
pescado he cogido hoy aparte de esto que llevo aquí en la
red. Resulta que luego que me levanté en lo más profundo 914-15
de la noche con toda diligencia, anteponiendo el afán de lu-
cro al sueño y al descanso, en medio de una furiosa tem-
pestad quise probar si podía aliviar la pobreza de mi amo y
mi esclavitud, no ahorrando para ello esfuerzos. La gente 920
haragana no vale absolutamente para nada, y yo los abo-
rrezco con toda mi alma. Quien quiera cumplir con sus me-
nesteres a tiempo, tiene que andar despabilado; no debe es-
perar hasta que el amo le despierte para cumplir con sus
deberes. Porque a los que les gusta dormir descansan sin sa-
car provecho y con peligro de recibir palos. Y yo, que he si-
do diligente, he encontrado con qué ser perezoso si quiero. 925
Aquí, esto es lo que he encontrado en el mar, sea lo que sea
lo que haya dentro. De todas formas, pesar, pesa. Yo pienso
que es oro lo que contiene; y no tengo testigo ninguno. Aho- 926a
ra, Gripo, tienes la ocasión de que el pretor te conceda la li-

bertad. Así voy a proceder ahora, he aquí lo que he decidido: me iré al amo con prudencia y con astucia, poco a poco
930 le prometeré dinero por mi libertad; luego, cuando sea libre, entonces me aparejo un campo y una casa, esclavos, haré negocios con grandes navíos mercantes, pasaré por un rey entre reyes; después por gusto, me construiré un navío de placer y haré como Estratónico[31], iré de ciudad en ciudad.
933a Cuando sea ya un personaje de fama, construiré una ciudad
934a-935 fortificada, y la llamaré Gripo, para recuerdo de mi fama y
935a de mis hazañas, porque fundaré allí un gran reino. Grandes
936a cosas proyecto en mi magín. Ahora voy a poner a buen recaudo la maleta esta... pero este rey que veis aquí va a al-
937a morzar por lo pronto a base de vinagre y sal, sin pizca de buenas presas. *(Va a entrar en casa de Démones.)*

ESCENA TERCERA

TRACALIÓN, GRIPO

TR.— ¡Eh, tú, alto ahí!

GR.— ¿Cómo qué alto ahí?

TR.— Mientras que lío la soga esa que vas arrastrando.

GR.— Deja, deja.

TR.— Pero si es que quiero hacerte un servicio, que los beneficios que se hacen a las buenas personas no quedan nunca sin recompensa.

[31] Famoso citarista ateniense del siglo IV, que recorría las ciudades de Grecia, las islas, Asia Menor y Egipto con su arte.

GR.— Ayer estaba el tiempo muy revuelto, no llevo 940
pescado, joven, no te empeñes, ¿no estás viendo que traigo
las redes mojadas pero sin ganado escamoso?

TR.— No es tanto pescado lo que quiero, sino que necesito hablar contigo.

GR.— Me matas con tu impertinencia, quienquiera que seas *(intenta irse)*.

TR.— No te dejaré ir, ¡quieto! *(tira de él por la soga que tiene aún en la mano)*.

GR.— Te la vas a ganar; maldición, ¿por qué me retie- 945
nes?

TR.— Escucha.

GR.— No quiero escuchar.

TR.— Pues te juro que me vas a escuchar.

GR.— Venga, di qué es lo que quieres.

TR.— Tú, que es que lo que te quiero contar merece la pena.

GR.— ¿Vas a acabar ya de decir de qué se trata?

TR.— Mira a ver si nos sigue alguien de cerca.

GR.— ¿Es alguna cosa que me interesa?

TR.— Naturalmente; pero ¿puedes tú darme un buen 950
consejo?

GR.— Acaba ya de decir de qué se trata.

TR.— Yo te lo diré, tú tranquilo, si es que me prometes 952-53
que no me vas a hacer traición.

GR.— Prometido, te seré fiel, seas quien seas. 954-55

TR.— Atiende: yo he visto a uno que estaba haciendo
un robo, y conozco al dueño a quien se le robaba, y enton- 956ª
ces me voy al ladrón y le propongo un arreglo en la si- 957ª
guiente forma: «Yo sé a quién se le ha hecho ese robo; aho- 958ª
ra, si estás dispuesto a darme la mitad del mismo, no te
denunciaré al dueño». Él no me ha dado aún contestación 959ª

960 ninguna. ¿Qué parte es justo que se me dé? La mitad, pienso yo que dirás.

961[a] GR.— ¡Hércules, no, más! y si no se lo da, mi opinión es que el otro se lo debe de decir al propietario.

962[a] TR.— Yo seguiré tu consejo. Ahora préstame atención,
962[b] porque todo esto es cosa que tiene que ver contigo.

GR.— ¿Cómo?

TR.— Yo conozco al dueño de la maleta esa ya hace tiempo.

GR.— ¿Qué?

TR.— Y la forma en que desapareció.

965 GR.— Pero yo se la forma en que ha sido encontrada y conozco al que la ha encontrado y sé quién es su dueño ahora. Te juro que esto no te interesa a ti más que lo que tú has dicho me interesa a mí; yo conozco al dueño actual, tú al dueño anterior. Esta maleta no hay quien me la quite, no creas que te vas a hacer con ella.

TR.— ¿Tampoco el dueño, si se presenta?

970 GR.— En todo el mundo hay otro dueño que yo, no te llames a engaño, yo que la cogí mientras pescaba.

TR.— Conque sí, ¿eh?

GR.— ¿Vas a afirmar que hay en el mar algún pez que
sea mío? Pero cuando los pesco, si es que los pesco, enton-
ces sí que lo son; los tengo por míos y no hay nadie que les
ponga mano encima ni exige para sí una parte de ellos. En
el foro los vendo a la vista de todos como mercancía propia;
975 el mar, como es sabido, es propiedad común de todos.

TR.— Te doy la razón; entonces ¿por qué no me va a ser también común la propiedad de la maleta? Ha sido encontrada en el mar, que es dominio común de todos.

GR.— ¿Habráse visto tamaño sinvergüenza? Porque si fuera cosa de derecho eso que dices, los pescadores se morirían de hambre, que, en cuanto pusieran su pescado en el

mercado, nadie lo compraría, sino que cada uno reclamaría su parte, dirían que habían sido pescados en el mar, que es de todos.

TR.— ¿Qué dices, bribón, te atreves a comparar una maleta con los peces? ¿Es que te parece lo mismo una cosa que otra?

GR.— La cosa no depende de mi; una vez que lanzo las redes y el anzuelo, yo saco lo que se prende: lo que cogen mi red y mi anzuelo, es mío de todas todas.

TR.— No lo es, Hércules, si es que es una maleta lo que has sacado.

GR.— ¡Sofista!

TR.— Pero brujo, ¿es que has visto tú jamás coger un pescador un pez llamado maleta o haberlo ofrecido nunca en un mercado? Tú no vas a detentar aquí todos lo oficios que se te ocurran, infame, ¿es que pretendes ser al mismo tiempo comerciante de maletas y pescador? O tienes que enseñarme qué clase de pescado es un pez maleta, o no coger lo que ni ha nacido en el mar ni tiene escamas.

GR.— Oye, tú, pero ¿es que no habías oído hasta ahora que hay un pez maleta?

TR.— Eso no existe, malvado.

GR.— Pues sí que lo hay: yo, que soy pescador, lo sé; sólo que es raro pescarlo, es el pez que se acerca menos frecuentemente a la costa.

TR.— No consigues nada, tú te crees que te puedes burlar de mí, bellaco. ¿De qué color es ese pescado?

GR.— Del color que es éste, son muy pocos los que se cogen; hay otros que son de color purpúreo, también grandes, como éste; y de color negro.

TR.— Lo sé; pero tú, Hércules, yo creo que si te descuidas te vas a convertir dos veces en uno de esos peces maleta: primero se te va a poner la piel de color purpúreo y luego negra.

GR.— *(Aparte.)* ¡Mira que haber ido a dar hoy con esta pejiguera!

TR.— Estamos charlando demasiado, el tiempo corre; mira a ver a quién quieres que cojamos de árbitro.

GR.— A la maleta.

TR.— Conque sí, ¿eh?

GR.— Sí, exacto.

TR.— Eres un necio.

GR.— ¡Salud, Tales!

TR.— No te quedarás con la maleta si no es que nombras un depositario o un árbitro que decida sobre este asunto.

GR.— Oye, ¿estás en tu juicio?

TR.— Estoy loco.

GR.— Y yo poseso, pero, así y todo, no soltaré la maleta.

TR.— Di una sola palabra más y te hundiré mis puños en los sesos. Como no sueltes la maleta, te voy a hacer salir del cuerpo todo el jugo que tienes dentro, así como se estruja una esponja nueva.

GR.— Ponme un dedo encima, que voy a dar contigo en tierra como suelo hacer con los pulpos. ¿Quieres echar una pelea?

TR.— ¿Para qué? Mejor es que partas el botín.

GR.— De aquí no te vas a llevar más que una buena rociada de palos, no te hagas ilusiones. Me marcho.

TR.— Pero yo haré virar la nave de forma que no lo consigas, ¡quieto ahí!

GR.— Si es que tú eres el piloto en la proa de esa nave, yo seré el timonel: suelta la soga, bribón.

TR.— Estoy dispuesto a soltarla; pero suelta tú la maleta.

GR.— ¡Hércules! de aquí no te vas a enriquecer hoy ni un pelo.

Tr.— A fuerza de decir que no, no puedes dar por buena la cosa, como no sea que se me dé parte en el hallazgo o se recurra a un árbitro o se entregue a un depositario.

Gr.— ¿Una cosa que he encontrado yo en el mar…

Tr.— Pero yo te he estado viendo desde la costa.

Gr.— …por mi trabajo por mi esfuerzo y mi red y mi barca?

Tr.— ¿Es que acaso, si se presenta ahora aquí el dueño, sería yo, que estuve viendo de lejos que tenías la maleta, menos ladrón que tú?

Gr.— Igualitamente.

Tr.— Un momento, canalla, ¿por qué motivo no voy a tener parte contigo y, en cambio, voy a ser ladrón como tú?, dímelo, a ver.

Gr.— Ni lo sé ni entiendo yo nada de esas leyes ciudadanas vuestras; lo único que digo es que la maleta es mía.

Tr.— Y yo a mi vez digo que es mía.

Gr.— Espera, yo sé una forma de que no seas ni ladrón ni participante.

Tr.— Cuál.

Gr.— Déjame irme de aquí y tú sigue punto en boca tu camino: ni tú me denuncias a nadie ni yo te daré a ti participación ninguna. Tú calla, yo no diré palabra: ésta es la solución mejor y más justa.

Tr.— ¿Quieres que lleguemos a un arreglo?

Gr.— Ya hace mucho que te he propuesto uno: márchate suelta la soga, déjame en paz.

Tr.— Espera mientras que te hago yo otra propuesta.

Gr.— Quítate tú de mi presencia, ¡Hércules! por favor.

Tr.— ¿Conoces tú a alguien por aquí?

Gr.— Naturalmente, a mis vecinos.

Tr.— ¿Dónde vives?

Gr.— Allá lejos, al fin del mundo.

TR.— ¿Quieres que tomemos de árbitro al que vive en esa villa?

GR.— Dame un poco de juego con la soga, que me retire y lo piense.

TR.— Vale.

GR.— *(Aparte.)* ¡Bravo, estoy salvado, la maleta es mía para la eternidad!: me cita a mi amo como árbitro aquí en mi mismo pesebre; verdaderamente él no va a denegar con su sentencia ni un céntimo a uno de los suyos; éste *(señalando a Tracalión)* no se da cuenta de la propuesta que me ha hecho; voy al árbitro.

TR.— Entonces ¿qué?

GR.— Aunque estoy cierto de que la maleta me pertenece por derecho, antes que ponerme a pelear contigo, sea como dices.

TR.— Ahora estamos de acuerdo.

GR.— Aunque me lleves a un árbitro desconocido, si obra de buena fe, aún sin conocerle es como si le conociera; en caso contrario, aún conociéndole, me sería totalmente desconocido.

ESCENA CUARTA

DÉMONES, GRIPO, TRACALIÓN, PALESTRA, AMPELISCA

DÉ.— *(Saliendo de la casa con las dos jóvenes.)* De verdad, jóvenes, que, aunque os daría gusto con toda mi alma, tengo miedo de que mi mujer me ponga en la calle por causa vuestra, que va a decir que le he metido aquí unas amigas en su propia cara. Más vale que os refugiéis vosotras en el altar que no que tenga que hacerlo yo.

PA. Y AM.— ¡Ay, pobres de nosotras, estamos perdidas!

DÉ.— Yo miraré por vosotras, no os apuréis. *(A Turbalión y Espárax.)* Pero ¿por qué salís vosotros también? Estando yo presente, nadie se meterá con ellas; a casa los dos, digo: quedáis relevados de vuestro servicio, guardianes.

GR.— ¡Oh mi amo, salud!

DÉ.— Salud, Gripo, ¿qué hay?

TR.— ¿Es éste esclavo tuyo?

GR.— Yo no me inmuto.

TR.— No es contigo con quien hablo.

GR.— Entonces hazme el favor de largarte.

TR.— *(A Démones.)* Yo te ruego, contesta a mi pregunta: ¿es éste esclavo tuyo?

DÉ.— Sí.

TR.— Estupendo. Recibe de nuevo mi saludo.

DÉ.— Lo mismo digo. ¿No eres tú el que marchó de aquí hace poco a buscar a su amo?

TR.— Yo soy.

DÉ.— ¿Qué es lo que se te ofrece ahora?

TR.— O sea que éste es esclavo tuyo.

DÉ.— Sí, es mi esclavo.

TR.— ¡Estupendo!

DÉ.— ¿Qué es lo que ocurre?

TR.— Este hombre es una mala persona.

DÉ.— ¿Y qué es lo que te ha hecho esa mala persona?

TR.— Merece que se le partieran las piernas.

DÉ.— ¿Qué es lo que pasa?, ¿cuál es el motivo por el que andáis de contienda?

TR.— Yo te lo diré.

GR.— No, sino yo.

TR.— Según creo, soy yo el que presenta la acusación.

GR.— Si tuvieras un poco de vergüenza, lo que debías es largarte de aquí.

DÉ.— Gripo, atiende y cállate.

GR.— ¿Va a ser él quien hable primero?

DÉ.— Hazme caso. *(A Tracalión.)* Habla tú.

GR.— ¿Vas a dar la palabra primero a un esclavo extraño que al tuyo?

TR.— No hay quien pueda con él. Como iba diciendo, éste tiene ahí la maleta del rufián que echaste del templo.

GR.— No la tengo.

TR.— ¿Te atreves a negar lo que estoy viendo con mis propios ojos?

GR.— Ojalá fueras ciego. Si la tengo o si no la tengo, ¿a qué tienes tú que meterte en mis asuntos?

TR.— Lo que interesa es cómo la tienes, si con derecho o sin él.

GR.— A la horca me puedes mandar si no es que la he pescado yo; y si la he pescado en el mar con mis redes, ¿cómo es que es tuya y no mía?

TR.— Quiere pegárnosla; las cosas han sucedido así como yo digo.

DÉ.— ¿Y qué es lo que dices tú?

TR.— Lo que diría un hombre de autoridad: debes de sobreponerte[32] a él, si es que te pertenece.

GR.— ¡Qué!, ¿quieres que se haga conmigo lo que tu amo acostumbra a hacer contigo? Si es que él se gasta esas maneras, aquí nuestro amo no lo hace con nosotros.

DÉ.— ¡En eso, tiene Gripo desde luego, razón! Pero ¿qué es lo que quieres tú?, dime.

TR.— Yo, desde luego, ni reclamo para mí una parte de esa maleta ni he dicho jamás que fuera mía; pero ahí dentro

[32] El vocablo latino correspondiente *comprimere* puede tener también un sentido obsceno.

va una arquilla de la joven esta que te dije antes que era libre.

DÉ.— ¿Te refieres entonces a la que dijiste que era compatriota mía?

TR.— Exacto. Y los dijes que llevó ella de niña están ahí dentro de esa arquilla que va en la maleta; algo que a ése no le sirve para nada y, en cambio, ayudará a la a pobre muchacha, al entregarle una cosa con la que poder encontrar a sus padres.

DÉ.— Yo haré que se los dé, estáte tranquilo.

GR.— ¡Nada le voy yo a dar a ése, Hércules!

TR.— Yo no pido nada más que la arquilla y los dijes.

GR.— Y si son de oro, ¿qué?

TR.— ¿Qué te importa a ti eso? Se te dará oro por oro, plata por plata.

GR.— Enséñame primero el oro, y te enseñaré yo luego la arquilla.

DÉ.— Calla, que te la vas a ganar. *(A Tracalión.)* Tú sigue con lo que ibas diciendo.

TR.— Una sola cosa te pido: que te apiades de esta joven *(Palestra)* si es que la maleta es del rufián, como supongo; es sólo lo que yo me figuro, no es seguro lo que te digo.

GR.— ¿Te das cuenta? El muy malvado no está más que a darnos caza.

TR.— Déjame continuar: si es que la maleta es del malvado ese que digo, las jóvenes la tienen que reconocer, dile que se les enseñe.

GR.— ¿Cómo? ¿que se les enseñe?

DÉ.— No pide ninguna cosa indebida, Gripo, al decir que se les enseñe la maleta.

GR.— Sí, Hércules, una cosa indebida a todas vistas.

DÉ.— ¿Por qué?

GR.— Porque si se la enseño, dirán naturalmente enseguida que la reconocen.

TR.— Malvado, ¿te crees que son todos como tú, perjuro?

GR.— Todo esto me deja frío, con tal de que nuestro árbitro esté de mi parte.

TR.— Por lo pronto está de tu parte, pero cuando se trate de decidir, estará de la mía.

DÉ.— Gripo, atiende. *(A Tracalión.)* Tú, explica brevemente qué es lo que quieres.

TR.— Lo he dicho ya, pero, por si no te has enterado bien, lo volveré a decir otra vez: a estas dos jóvenes les corresponde ser libres; ésta *(Palestra)* fue secuestrada de pequeña en Atenas.

GR.— Pero bueno, ¿qué tiene que ver con la maleta el que ésas sean esclavas o libres?

TR.— Te empeñas en que vuelva a repetirlo todo otra vez, malvado, para que se nos vaya así el día,

DÉ.— Déjate de insultos y aclárame lo que te he preguntado.

TR.— En esa maleta tiene que haber una arquilla de juncos con los dijes que pueden servir de contraseña para que esta joven tenga la posibilidad de reconocer a sus padres; ella los llevaba consigo cuando encontró su perdición en Atenas de pequeñita, como dije antes.

GR.— ¡Júpiter y los dioses todos te confundan! ¿Qué dices, brujo, es que son esas jóvenes mudas para no poder ellas hablar en su defensa?

TR.— Están calladas porque una mujer callada es siempre preferible a una que habla.

GR.— Entonces te juro que, por lo que a ti toca, no eres ni hombre ni mujer.

TR.— ¿Por qué?

Gr.— Porque no eres bueno ni hablando ni callado. *(A Démones.)* Vamos a ver: ¿se me va a dar hoy la posibilidad de que yo hable?

Dé.— Si dices una palabra más, te parto la cara.

Tr.— Como iba diciendo, anciano, te ruego que le ordenes a éste entregarle la arquilla a las jóvenes; si es que exige una recompensa a cambio, se le dará; el resto de lo que haya dentro, que se quede con ello.

Gr.— Ahora por fin sales con ésas, porque te das cuenta de que tengo derecho a ello, y hace nada querías recibir la mitad.

Tr.— Y lo sigo queriendo

Gr.— Yo he visto también un milano intentar hacer una presa y volverse con las garras vacías.

Dé.— ¿No va ser posible que te haga callar sin darte un castigo?

Gr.— Si ése se calla, también me callaré yo; si habla él, déjame que lo haga yo también a mi vez.

Dé.— Venga ahora esa maleta, Gripo.

Gr.— Yo te la entregaré, pero con la condición de que si no hay nada de lo que ése dice, que me la devuelvas.

Dé.— Se te devolverá.

Gr.— Ten.

Dé.— Palestra, Ampelisca, escuchad ahora lo que os digo: ¿es ésta la maleta donde dices que estaba tu arquilla?

Pa.— Sí que lo es.

Gr.— ¡Hércules! ¡pobre de mí, estoy perdido! Ya antes de haberle echado la vista encima dice que es suya.

Pa.— *(A Démones.)* Yo te facilitaré la cosa. En esta maleta debe de haber una arquilla de junco: yo diré por su nombre todo lo que hay dentro; tú no tienes que enseñar nada; si lo que diga no corresponde con la realidad, entonces habré hablado en vano y vosotros os podéis quedar con lo

que haya dentro, pero si lo que digo es cierto, entonces te ruego que se me devuelva lo que me pertenece.

DÉ.— De acuerdo; en mi opinión, es muy justo lo que pides.

GR.— Pero en la mía, es injusto. A ver qué: si es profetisa o adivina y dice lo que hay realmente dentro, ¿se quedará entonces con ello, la bruja?

DÉ.— No se quedará con ello si no dice la verdad: las brujerías no le servirán de nada. Abre la maleta, pues, que sepa cuanto antes cómo es la verdad de las cosas.

GR.— Ea, ya está abierta.

DÉ.— Levanta la tapa; veo una arquilla: ¿es ésta?

PA.— Ésa es. ¡Oh padres queridos, aquí os llevo encerrados, aquí dentro puse la posibilidad y la esperanza de reconoceros!

GR.— ¡Hércules! entonces debes de tener en contra de ti a los dioses, quienquiera que seas, por haber encerrado a tus padres en un lugar tan estrecho.

DÉ.— Gripo, ven para acá; tu suerte está en juego. Tú, joven, ve diciendo desde ahí lejos qué es lo que hay dentro y cómo es, di todo lo que hay. ¡Hércules! si te equivocas un tanto así, como quieras luego corregirte, no te servirá absolutamente de nada, joven.

GR.— Es muy justo lo que dice.

TR.— Entonces no tiene nada que ver contigo, porque tú no tienes que ver más que con la injusticia.

DÉ.— Habla ya, joven. Tú, Gripo, atiende y estate callado.

PA.— Hay unos dijes.

DÉ.— Aquí los veo.

GR.— Muerto soy ya al primer encuentro. Espera, no se lo enseñes.

DÉ.— ¿Cómo son? ve describiéndolos en detalle.

PA.— Hay primero una espadita de oro con una inscripción.

Dé.— Di, pues, qué es lo que pone la inscripción.

Pa.— El nombre de mi padre. Después, al lado, hay un hacha pequeña de doble filo, también de oro y con inscripción; ahí en el hacha, va el nombre de mi madre.

Dé.— Un momento. Di en la espada cuál es el nombre de tu padre.

Pa.— Démones.

Dé.— ¡Dioses inmortales, qué rayo de esperanza se me abre!

Gr.— Y a mí se me cierra.

Tr.— Seguid, seguid, por favor.

Gr.— Calma, calma, o marchaos a la horca.

Dé.— Di ahora cuál es el nombre de tu madre que está aquí en el hachita.

Pa.— Dedálide.

Dé.— Los dioses están de mi parte.

Gr.— Y en contra de mí.

Dé.— Gripo, esta joven tiene que ser mi hija.

Gr.— Por mí, que lo sea. *(A Tracalión.)* Los dioses todos te confundan por haberme echado la vista encima hoy, y a mí por no haber mirado cien veces a mi alrededor, maldito de mí, antes de sacar la red del agua si no es que me estaba observando alguien.

Pa.— Después hay una pequeña hoz de plata y dos manitas entrelazadas y una cerdita.

Gr.— ¡Anda y vete al cuerno con tu cerda y tus cerditos!

Pa.— También hay una bolita de oro que me regaló mi padre un día de mi cumpleaños.

Dé.— Ella es, seguro. No puedo contenerme de abrazarla. Hija mía, salud: yo soy tu padre, yo soy Démones, y Dedálide, tu madre, esta ahí dentro, en casa.

Pa.— ¡Salud, padre, que no esperaba volver a ver!

Dé.— ¡Salud, hija, qué alegría poder abrazarte!

Tr.— Es una verdadera satisfacción el ver que vuestra piedad recibe su recompensa.

Dé.— Anda, Tracalión, coge y lleva dentro, si puedes con ella, la maleta.

Tr.— ¡Ahí tienes las maldades de Gripo! Gripo, te felicito por tu fracaso.

Dé.— Anda, hija, vamos a ver a tu madre, que podrá indagar la verdad de todo esto con pruebas más claras, que ella estuvo más en contacto contigo y sabe mejor todos los detalles por los que puede reconocerte.

Pa.— Entremos todos, que todos tenemos parte en este suceso; ven conmigo, Ampelisca.

Am.— No sabes lo que me alegra verte gozar del favor de los dioses.

Gr.— ¿Pues no seré un maldito, de haber pescado hoy la dichosa maleta, o mira que no haberla escondido después de encontrarla donde fuera en un lugar desierto?, y ya estaba yo viendo que me iba a caer en suerte una presa ajetreada, por habérseme venido a las manos en un temporal tan ajetreado. Maldición, seguro que dentro hay plata y oro en abundancia: ¿qué cosa mejor puedo hacer que entrar y colgarme a escondidas, al menos el tiempo que tarde en desechar este disgusto? *(Entra en casa de Démones.)*

ESCENA QUINTA

Démones

¡Dioses inmortales! ¿Hay nadie más afortunado que yo, tras haber encontrado de manera tan inesperada a mi hija?

Si es la voluntad de los dioses el favorecer a una persona, de la forma que sea se le cumplen sus deseos a quienes los honran. Yo ni esperaba ni creía que fuera posible una cosa así; y a pesar de eso, he encontrado de improviso a mi hija. Pues ahora la voy a casar con un joven distinguido de muy buena familia, ateniense y pariente mío; le haré venir lo más rápidamente posible y he mandado ya a su esclavo salir para que vaya al foro: me extraña que no esté aquí todavía. Voy a acercarme a la puerta: ¿qué es lo que veo?, mi mujer abrazando a nuestra hija colgada de su cuello, y que no la suelta, ¡qué forma tan impertinente y tan cargante tiene de manifestar su cariño!

ESCENA SEXTA

DÉMONES, TRACALIÓN

DÉ.— *(A la puerta hablando, hacia dentro con su mujer.)* Mujer, acaba ya con tanto beso; y haz los preparativos para que, cuando vuelva, ofrezca un sacrificio a los lares familiares por haber aumentado nuestra familia. Tenemos en casa corderos y cerdos aptos para el sacrificio. Pero vosotras ¿por qué detenéis tanto a Tracalión? ¡Ah, mira qué bien!, ahora mismo sale.

TR.— *(A Palestra, dentro de la casa.)* Esté donde esté, iré en su busca y te lo traeré aquí conmigo a Plesidipo.

DÉ.— Cuéntale esto de mi hija; y le ruegas que lo deje todo y se presente aquí.

TR.— Vale

DÉ.— Dile que le daré a mi hija en matrimonio.

Tr.— Vale.

Dé.— Y que yo conozco a su padre y es pariente mío.

Tr.— Vale

Dé.— Pero date prisa.

Tr.— Vale.

Dé.— Pónmelo aquí en seguida, que se prepare la cena.

Tr.— Vale.

Dé.— ¿Vale y nada más que vale?

Tr.— Vale. Pero ¿sabes lo que quiero de ti?, que tengas presente la promesa que me has hecho de que se me dará hoy la libertad.

Dé.— Vale

Tr.— Tienes que conseguir de Plesidipo que me manumita.

Dé.— Vale.

Tr.— Dile a tu hija que se lo pida ella también; seguro que lo consigue fácilmente.

Dé.— Vale.

Tr.— Y que Ampelisca se case conmigo cuando yo sea libre.

Dé.— Vale.

Tr.— De modo que yo compruebe de manera efectiva que se me agradecen los servicios prestados.

Dé.— Vale.

Tr.— ¿Vale y nada más que vale?

Dé.— Vale; te pago en la misma moneda. Pero date prisa en ir a la ciudad y vuélvete aquí luego.

Tr.— Vale. Ahora mismo estoy de vuelta. Tú entretanto haz todos los otros preparativos necesarios.

Dé.— Vale. *(Tracalión se va.)* Hércules le confunda con tanta «valentía»: me ha dejado aturdido a todo lo que le decía, «vale».

ESCENA SÉPTIMA

GRIPO, DÉMONES

GR.— Démones, ¿cuándo puedo hablar un momento contigo?

DÉ.— ¿Qué es lo que hay, Gripo?

GR.— Me refiero a la maleta; tú no seas tonto; acepta los bienes que vienen de parte de los dioses.

DÉ.— ¿Te parece acaso justo el que me quede con una cosa que no es mía?

GR.— ¿Una cosa que he encontrado yo en el mar?

DÉ.— Tanta más suerte ha tenido el que la perdió; eso no es mayor motivo para que la maleta sea tuya.

GR.— Por eso eres pobre, por esa honradez tan exageradamente meticulosa.

DÉ.— ¡Oh, Gripo, Gripo!, en este mundo hay muchas redes en las que los hombres por engaño quedan prendidos, y por lo general hay dentro de ellas un cebo: lo que se lanzan ansiosos a hacerse con él, quedan allí presos a consecuencia de su codicia; en cambio, los que están sobre aviso con ponderación, sabiduría y prudencia, ésos logran disfrutar por largo tiempo de lo adquirido por buenos medios. Mi opinión es que el vernos privados de este botín no va a ser sino para traernos un mayor provecho que si nos quedáramos con él. ¿Voy yo a andar ocultando una cosa que se me ha venido a las manos y de la que sé que pertenece a otro? Eso no lo hará en forma ninguna nuestro Démones. Un hombre sabio debe siempre evitar obrar mal de manera

consciente. A mi no me interesa una ganancia conseguida por un acuerdo fraudulento[33].

GR.— Ya he oído yo otras veces en las comedias esas frases tan sabias, y el público aplaudía cuando se les enseñaba esa manera tan sabia de conducirse, pero luego que salían de allí y se iba cada uno por su lado a su casa, no había uno que se portara como le habían recomendado.

DÉ.— Anda y éntrate, no te pongas impertinente, para de charlar. Yo no estoy dispuesto a darte nada, no te llames a engaño.

GR.— Pues ¿sabes lo te digo?: que les pido a los dioses que, sea lo que sea que haya dentro de la maleta, lo mismo si es oro que si es plata, que se convierta todo en ceniza. *(Se va.)*

DÉ.— Eso se llama tener esclavos bribones, que, si éste llega a dar con uno de sus colegas, hubiera hecho al otro cómplice de su robo; mientras que pensaba haber hecho una buena captura, hubiera sido capturado él mismo: una captura habría traído otra consigo. Ahora voy a entrar en casa para hacer el sacrificio; después daré orden de que se nos prepare en seguida la cena. *(Entra.)*

ESCENA OCTAVA

PLESIDIPO, TRACALIÓN

PL.— Repíteme otra vez todo lo que acabas de decir, Tracalión de mi alma, mi liberto, mi patrono, más todavía,

[33] Pasaje muy discutido. Se sigue la interpretación de Thierfelder.

mi padre: ¿de verdad ha encontrado Palestra a su padre y a su madre?

Tr.— Así es.

Pl.— ¿Y es compatriota mía?

Tr.— Eso creo.

Pl.— ¿Y se va a casar conmigo?

Tr.— Sospecho que sí.

Pl.— ¿Y piensas tú que me la van a prometer hoy?

Tr.— Estimo que sí[34].

Pl.— ¿Y qué?, ¿debo felicitar a su padre por haberla encontrado?

Tr.— Estimo que sí.

Pl.— ¿Y a su madre?

Tr.— Estimo que sí.

Pl.— ¿Qué es, pues, lo que estimas?

Tr.— La consulta que me haces, eso estimo.

Pl.— Dime, pues, a cuánto se eleva tu estimación.

Tr.— ¿Mi estimación? A lo que yo estimo.

Pl.— Déjate de hacer tú siempre la estimación: no es necesario estando yo presente.

Tr.— Así lo estimo.

Pl.— ¿Debo echar a correr?

Tr.— Estimo que sí.

Pl.— ¿O es mejor que vaya así, despacio?

Tr.— Estimo que sí.

Pl.— ¿Debo saludarla a ella cuando llegue?

Tr.— Estimo que sí.

Pl.— ¿Y también a su padre?

Tr.— Estimo que sí.

---

[34] De aquí al v. 1279 se utilizan en el texto latino repetidos juegos de palabras entre el sentido del verbo *censeo* 'estimar', 'opinar', y 'actuar como censor'; la traducción resulta en realidad sólo aproximada.

PL.— ¿Y después a su madre?

TR.— Estimo que sí.

PL.— Y luego, qué, ¿debo abrazar a su padre al llegar?

TR.— Estimo que no.

PL.— ¿Y a su madre?

TR.— Estimo que no.

PL.— ¿Y a ella?

TR.— Estimo que no.

PL.— ¡Ay de mí!, ahora deja de estimar y dice que no, cuando quisiera que sí.

TR.— No estás en tu juicio. Ven conmigo.

PL.— ¡Oh, patrono mío, llévame a donde te plazca!

ACTO V

ESCENA PRIMERA

LÁBRAX

¿Habrá mortal en el mundo más desgraciado que yo? Plesidipo me ha hecho condenar ante los árbitros: me acabo de quedar sin Palestra. Estoy perdido. Desde luego, no parece sino que los rufianes somos hijos de la Alegría: todos se alegran si algo malo le ocurre a un rufián. Ahora voy a echar una mirada aquí en el templo de Venus a mi otra esclava, para llevármela por lo menos a ella, que es el último resto que me queda de todas mis posesiones.

ESCENA SEGUNDA

GRIPO, LÁBRAX

GR.— *(Hablando hacia dentro con los de la casa de Démones.)* Os juro que no veréis con vida a la tarde a Gripo, si no es que se me devuelve la maleta.

LÁ.— Morir me siento nada más que escuchar la palabra maleta; es como un golpe que recibiera en el pecho.

GR.— Al malvado ese le han dado la libertad; y yo, que atrapé y saqué la maleta con mis redes, a mí no queréis darme nada.

LÁ.— ¡Dioses inmortales! éste me ha hecho aguzar los oídos con sus palabras.

GR.— ¡Hércules! voy a ir por todas partes poniendo anuncios, con letras de una vara de grandes, que si alguien ha perdido una maleta llena de oro y plata, que se dirija a Gripo; veréis cómo no os vais a quedar con ella por mucho que os empeñéis.

LÁ.— ¡Hércules! Ése sabe quién tiene mi maleta, según parece. Voy a hablarle... ¡oh dioses socorredme!

GR.— *(Hablando con alguien en la casa.)* ¿Por qué me quieres hacer entrar otra vez? Yo quiero limpiar aquí a la puerta este pincho de asar. Verdaderamente, no parece sino que fuera todo de orín en vez de hierro: mientras más lo froto, más rojo que se pone y más delgado; ni que estuviera embrujado, se me deshace entre las manos.

LÁ.— Joven, se te saluda.

GR.— Los dioses te protejan, con esas greñas.

LÁ.— ¿Qué hay de nuevo?

GR.— Nada, aquí limpiando este pincho.

LÁ.— ¿Qué tal de salud?

GR.— Oye, ¿es que eres acaso un médico?

LÁ.— Casi, casi: no hay sino ponerle una letra más.

GR.— ¿Un mendigo quieres decir?

LÁ.— Has dado en el clavo.

GR.— Ese aspecto tienes. Pero ¿qué es lo que te ocurre?

LÁ.— Hemos naufragado la noche pasada, he perdido todo lo que poseía, pobre de mí.

GR.— ¿Qué es lo que has perdido?

LÁ.— Una maleta llena de oro y de plata.

GR.— ¿Sabes lo que había dentro de esa maleta que has perdido?

LÁ.— ¿Qué mas da? Si ha desaparecido.

GR.— Así y todo…

LÁ.— Deja, hablemos de otra cosa.

GR.— ¿Y si es que yo sé quién la ha encontrado? A ver, dame algunos datos.

LÁ.— Había en un saquillo ochocientas monedas de oro, y además, en una bolsa de cuero aparte, cien filipos de oro.

GR.— *(Aparte.)* ¡Hércules!, menudo botín: no va a ser chica la recompensa que me lleve; los dioses se apiadan de los mortales, me voy a marchar de aquí con una buena presa. Desde luego que es éste el dueño de la maleta. *(A Lábrax.)* Venga, dime otros datos.

LÁ.— En un saco debe de haber un talento magno de plata bien contado y, además, una garrafa, una copa, una escudilla, un porrón y una venencia.

GR.— ¡Huy, no son nada las riquezas que poseías!

LÁ.— ¡Ay, qué cosa más triste y más mala eso de «poseías», en lugar de «posees»!

GR.— ¿Qué estás dispuesto a dar al que te haga pesquisas y te manifieste dónde se encuentra todo eso? Contéstame al instante.

LÁ.— Trescientas monedas.

GR.— ¡Pamplinas!

LÁ.— Cuatrocientas.

GR.— Trapos viejos.

LÁ.— Quinientas.

GR.— Bellotas hueras.

LÁ.— Seiscientas.

GR.— Gorgojillos minúsculos.

LÁ.— Setecientas te doy.

GR.— Te quema la lengua, ¿no?, y te la quieres enfriar con esas bromas[35].

LÁ.— Mil te doy.

GR.— Estás soñando.

LÁ.— Pues lo que es yo, ya no subo ni un pelo.

GR.— Entonces puedes márchate.

LÁ.— Escucha: si me voy de aquí, dejo de estar aquí, ¿quieres mil cien?

GR.— Estás durmiendo.

LÁ.— Pues entonces qué es lo que quieres.

GR.— Para que no tengas necesidad de añadir nada de mala gana: quiero un talento magno, ni un céntimo menos. O sea que decídete, di que sí o que no.

LÁ.— ¿Qué hacer? Veo que no me queda otro remedio: se te dará un talento.

GR.— Ven entonces para acá: quiero que sea Venus la que te tome el juramento.

LÁ.— Mándame lo que te plazca.

GR.— Pon la mano aquí sobre el altar de Venus.

---

[35] Cf. *Poenulus* 760.

LÁ.— Ya está.

GR.— Ahora jura por Venus.

LÁ.— ¿Qué es lo que quieres que jure?

GR.— Lo que te vaya diciendo.

LÁ.— Veme diciendo lo que quieras; *(aparte)* lo que yo tengo en mi mano, no tengo necesidad de ir a pedírselo a nadie.

GR.— Pon la mano sobre el altar.

LÁ.— Ya está.

GR.— Jura que me entregarás un talento en el mismo punto y hora en que recibas tu maleta.

LÁ.— De acuerdo.

GR.— Venus de Cirene, yo te pongo por testigo de que si encuentro sana y salva con todo su oro y plata la maleta que perdí en el mar y vuelve a ser posesión mía, que yo entonces... venga, dilo y ponme a mi la mano encima... aquí a Gripo....

LÁ.— Que yo aquí a Gripo, que nombro para que tú me oigas, Venus, que le daré sin tardanza un talento magno de plata.

GR.— Para el caso de que faltes a tu palabra, di que Venus dé al traste con tu oficio, contigo y con tus días... *(aparte)* y que esta maldición caiga sobre ti de todos modos después que hayas pronunciado el juramento.

LÁ.— Venus, si falto en algo a lo prometido, te suplico que hagas caer la desgracia sobre todo el gremio de los rufianes.

GR.— Y así será también aunque tú no faltes a lo prometido. Espérate aquí, que voy a decirle al amo que salga; tú entonces le reclamas enseguida la maleta. *(Entra en casa de Démones.)*

LÁ.— Por más que me devuelva la maleta, no le debo a ése ni un céntimo. En mi arbitrio está el cumplir o no los ju-

ramentos que hace mi lengua. Pero me callo, que le veo salir y trae consigo al viejo.

ESCENA TERCERA

GRIPO, DÉMONES, LÁBRAX

GR.— *(A Démones.)* Sígueme por aquí.

DÉ.— ¿Dónde está el rufián ese que dices?

GR.— ¡Eh, tú, aquí, éste es el que tiene la maleta!

DÉ.— La tengo y confieso que está en mi poder, y que si es que es tuya, para ti. Todo lo que había dentro se te entregará sin haber tocado a nada. Tenla, si es que es tuya.

LÁ.— ¡Oh, dioses inmortales! Es la mía: ¡salud, maleta querida!

DÉ.— Entonces ¿es tuya?

LÁ.— ¿Qué si es mía? Hércules, ní que hubiera sido del propio Júpiter, mía es.

DÉ.— Todo está adentro sin faltar nada... excepto la arquilla con los dijes, gracias a los cuales he encontrado hoy a mi hija.

LÁ.— ¿A quién?

DÉ.— La que era tu Palestra ha resultado ser mi hija.

LÁ.— ¡Hércules!, muy bien; me alegro de que te haya salido este asunto según tus deseos.

DÉ.— Eso me cuesta un poco el creérmelo.

LÁ.— Más aún, Hércules, para que te convenzas de que me alegro, no tienes que darme ni un céntimo por ella, yo te la regalo.

DÉ.— Te quedo muy agradecido.

Lá.— Yo soy mas bien el que te tengo que estar agradecido, Hércules.

Gr.— ¡Eh, tú, ya tienes la maleta!

Lá.— En efecto.

Gr.— Hale, date prisa.

Lá.— ¿A qué me voy a dar prisa?

Gr.— A entregarme el dinero prometido.

Lá.— Ni te lo doy, ni te debo yo a ti un céntimo.

Gr.— ¿Qué es eso? ¿no me debes un céntimo?

Lá.— No, Hércules, no te lo debo.

Gr.— Pues ¿no me lo habías jurado?

Lá.— Te lo he jurado, y lo volveré a hacer ahora, si me viene en gana: los juramentos están hechos para salvaguardar los bienes, y no para perderlos.

Gr.— Venga, venga ese talento magno, perjuro.

Dé.— Gripo, ¿qué es ese talento que reclamas?

Gr.— Me ha jurado dármelo.

Lá.— Me da la gana de jurar: ¿es que eres tú acaso el pontífice que tiene que ocuparse de mi perjurio?

Dé.— *(A Gripo.)* ¿Por qué te ha prometido ese dinero?

Gr.— Él ha jurado entregarme un talento magno de plata si le ponía en sus manos la maleta.

Lá.— Venga un árbitro con quien tratar, si es que no has hecho tú una estipulación con mala fe y yo no tengo menos de veinticinco años[36].

Gr.— Trata con éste *(Démones.)*

Lá.— Tiene que ser otro.

---

[36] Texto discutido en su forma e interpretación; referencia a la *lex Plaetoria quinavicenaria,* según la cual no quedaba obligado al cumplimiento de una promesa pecuniaria quien era menor de veinticinco años.

DÉ.— No consentiré que te lleves la maleta antes de comprobar que éste es culpable. ¿Le has prometido dinero a Gripo?

LÁ.— Sí.

DÉ.— Lo que has prometido a un esclavo mío, mío es: no vayas a querer, tú, rufián, portarte como lo que eres, no te va a ser posible.

GR.— Te pensabas haber encontrado a alguien a quien podías engañar, ¿eh? Me has de pagar en buena moneda, y yo luego se la entregaré de seguida a mi amo para que me dé la libertad.

DÉ.— *(A Lábrax.)* O sea, puesto que yo me he portado bien contigo y puesto que gracias a mí no te has quedado sin todo esto...

GR.— ¡Hércules! gracias a mí, no a ti.

DÉ.— Calla, si es que estás en tu juicio... *(A Lábrax)* por lo mismo pertenece que también tú te portes bien y correspondas como se debe a quien te ha hecho un servicio.

LÁ.— O sea que es en virtud de mis derechos como tú me haces esta súplica, ¿no?

DÉ.— Milagro sería que te pidiera lo que es tu derecho a costa mía.

GR.— Estoy salvado, el rufián flaquea: me veo siendo libre.

DÉ.— Éste he encontrado la maleta y él es mi esclavo, yo soy quien te la ha guardado con toda la cantidad de dinero que contiene.

LÁ.— Te lo agradezco, y por lo que se refiere al talento que he jurado darle a ése, no hay motivo ninguno para que no lo recibas.

GR.— ¡Eh, tú, dámelo a mí, si es que estás en tu juicio!

DÉ.— ¿No te callarás?

Gr.— No, es que tú haces como que defiendes mis intereses, pero en realidad vas a lo tuyo. Hércules, esto no me lo birlas, ya que he perdido el otro botín.

Dé.— Si dices una palabra más, recibirás una paliza.

Gr.— Te juro que no me callaré así me mates, a no ser que se me obligue por un talento.

Lá.— *(A Gripo.)* Éste está de tu parte, tú cállate.

Dé.— Ven para acá un momento, rufián.

Lá.— Vale.

Gr.— Haz el trato a ojos vistas: no quiero yo nada de medias palabras ni secretillos.

Lá.— Dime por cuánto compraste a la otra joven, a Ampelisca.

Lá.— Por mil monedas.

Dé.— ¿Quieres que te haga una oferta ventajosa?

Lá.— Desde luego.

Dé.— Yo voy a partir el talento por la mitad.

Lá.— Se te agradece.

Dé.— Quédate tú con una por la joven para que sea libre y la otra mitad se la das a éste.

Lá.— Estupendo.

Dé.— Yo con esa mitad daré la libertad a Gripo, gracias a quien tú has encontrado la maleta y yo a mi hija.

Lá.— Muchas gracias, te quedo sumamente agradecido.

Gr.— ¿Cuándo se me entrega mi dinero?

Dé.— La cosa está liquidada, Gripo. Yo lo tengo.

Gr.— Hércules pero es que yo prefiero tenerlo yo.

Dé.— ¡Hércules! aquí no hay nada para ti, no te hagas ilusiones. Mi voluntad es que le condones su juramento.

Gr.— ¡Hércules, perdido soy! Si no me ahorco, muerto soy. ¡Hércules!, de hoy en adelante no volverás a engañarme.

Dé.— Tú, rufián, cenarás hoy con nosotros.

LÁ.— Muy bien, de acuerdo.

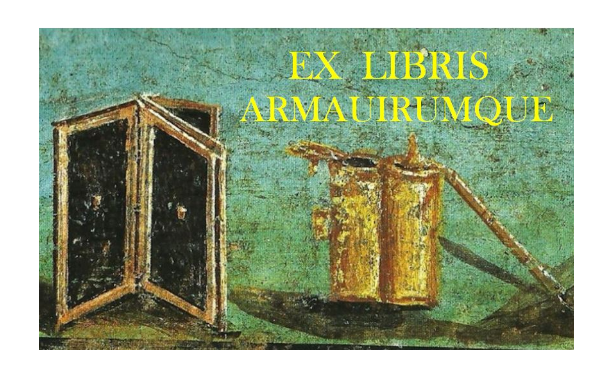
DÉ.— *(A Lábrax y a Gripo.)* Entrad conmigo. Espectadores, también a vosotros os invitaría a cenar, pero no tengo nada que daros ni hay en casa manjares de sacrificios; por otra parte, me figuro que estaréis ya invitados. Pero si queréis dar un sonoro aplauso a nuestra comedia, podéis venir a mi casa a festejar dentro de dieciséis años[37]. *(A Lábrax y Gripo.)* Vosotros cenaréis hoy aquí los dos.

GR. Y LÁ.— Con mucho gusto.

DÉ.— ¡Un aplauso!

---

[37] MARX anota que se hace referencia a la mayoría de edad, alcanzada entre los griegos a los 16 años.



ESTICO

(Stichus)

INTRODUCCIÓN

Stichus, la más breve de las comedias plautinas después del *Curculio,* es una pieza de argumento simple, sin pretensiones, sin «buenos» ni «malos», una sucesión de escenas sin mucha conexión entre sí, pero también una comedia ligera, divertida y, desde luego, mucho más propia para ser espectáculo que lectura, sobre todo por lo que se refiere a las escenas finales.

Dos hermanas esperan ya largo tiempo la vuelta de sus maridos, también hermanos, que han emprendido el consabido viaje por mar para rehacer sus desmoronados patrimonios. Tan larga es ya su ausencia, que Antifón, el padre de las jóvenes, intenta presionarlas para que vuelvan a contraer matrimonio, a lo que se resisten las dos jóvenes «Penélopes», sobre todo la menor de ellas, Pánfila. Antifón no consigue su propósito con palabras y abandona la escena para consultar el caso con sus amigos. La mayor, Panégiris, envía entonces a una esclava a buscar al parásito Gelásimo, que deberá ir al puerto, para enterarse de si ha llegado algún barco, aunque de hecho está ya allí de guardia permanente su esclavo Pinacio con idéntica función. Tras la presentación del parásito y su diálogo con la esclava, aparece Pinacio en el papel de *servus currens,* que viene a toda prisa del

puerto con la noticia de la vuelta de su amo Epignomo junto con su esclavo Estico, cargado de toda clase de riquezas, circunstancia que induce a Antifón a reconciliarse con los dos yernos a su retorno. Mala es, en cambio la suerte de Gelásimo, que se ve burlado y despedido por sus dos antiguos patronos. Estico y su camarada Sangarino reciben el día libre para festejar por su cuenta la feliz vuelta a la patria, junto con su común amiga Estefanio. La fiesta y la danza de los esclavos ponen final a la obra.

La fecha de estreno del *Stichus* (200 antes de nuestra era) nos es conocida por conservar el palimpsesto Ambrosiano la didascalia; también se nos dice allí el título del original griego, los *Adelphoe* de Menandro (se tiene noticia de dos comedías de Menandro con este título, una de ellas los *Homopatrioi,* modelo de los *Adelphoe* de Terencio), el nombre del primer actor, T. Publilio Pelión (nombrado en *Bacchides* 214 ss.) y del compositor de la partitura musical, Marcipor, hijo de Opio, que fue interpretada con flautas de Tiro; la comedia se representó con ocasión de los festivales de la plebe siendo ediles Gn. Bebio y G. Terencio, durante el consulado de G. Sulpicio y G. Aurelio. Del *Stichus* no se conocen imitaciones en la literatura posterior, aparte de una obra incompleta de Lessing, *Weiber sind Weiber*.

ARGUMENTO II[1]

Un viejo reprende a sus hijas por su perseverancia en conformarse con sus maridos y no abandonarlos, dos hermanos que se han ido de la patria por su pobreza, pero ellas intentan ablandarlo con buenas palabras para que les permita conservar a los maridos que les fueron dados. Éstos vuelven por fin cargados de riquezas adquiridas en ultramar, cada uno se queda con su mujer y a Estico se le recompensa con una fiesta.

[1] El argumento I, que sólo aparece en el manuscrito Ambrosiano, se encuentra en un estado tan fragmentario que no es posible traducirlo.

PERSONAJES

PANÉGIRIS, esposa de Epignomo.
PÁNFILA, hermana menor de Panegiris y esposa de Panfilipo.
ANTIFÓN, viejo, padre de las dos hermanas.
GELÁSIMO, parásito.
CROCOCIO, esclava de Panégiris.
PINACIO, joven esclavo de Panégiris.
EPIGNOMO, hermano de Panfilipo.
PANFILIPO.
ESTICO, esclavo de Epignomo.
SANGARINO, esclavo de Panfilipo.
ESTEFANIO, esclava de Pánfila.
Un flautista.

La escena transcurre en Atenas.

ACTO I

ESCENA PRIMERA

PANÉGIRIS, PÁNFILA

PANÉ.— Yo creo, hermana, que fue mucho lo que tuvo 1ª
que pasar Penélope al verse tanto tiempo sola, privada de su 2ª
marido; y es que por lo que nos pasa a nosotras podemos ha- 3ª
cernos cargo de su situación: nuestros maridos están fuera por sus negocios y nosotras dos, como es natural, en continua zozobra día y noche, pensando cómo les irá en su ausencia.

PÁN.— A nosotras nos corresponde cumplir con nuestro 7ª
deber, y al portarnos así, no hacemos más que lo que el amor conyugal nos manda. Pero siéntate aquí un rato, que quiero que hablemos largo sobre el problema este con mi marido.

PANÉ.— Dime: ¿sabes si se encuentra bien? 10ª

PÁN.— Así lo espero y ése es mi deseo; pero me atormenta, hermana, el que tu padre, que es también el mío, que pasa por ser la persona más honrada de toda la ciudad, se conduzca de hecho como una mala persona; él se porta injustamente sin motivo con nuestros maridos ausentes y

quiere separarnos de ellos. Esto es, hermana, lo que me quita las ganas de vivir, esto es lo que me trae agobiada de disgusto y de pena.

PANÉ.— No llores, hermana, y no te causes tú a ti misma el daño que amenaza con hacerte tu padre. Hay esperanza de que cambie y se ponga en razón; yo me lo conozco, él lo dice sólo por decir; seguro que ni al precio de todos los montes de los persas, que según dicen son de oro, haría eso que tú temes. Y además, en el caso de que lo hiciera, no estaría mal hecho ni sería sin motivo, que ya es el tercer año que faltan nuestros maridos de casa…

PÁN.— Verdad es.

PANÉ.— … sin que, entre tanto, ni nos hagan saber si están con vida, si gozan de salud, a qué se dedican, si es que se dedican a algo, ni tampoco vuelvan a casa.

PÁN.— Bueno, hermana, ¿es que acaso te molesta el que ellos no cumplan con su deber y tú sí?

PANÉ.— Y tanto.

PÁN.— Calla, por favor, que no tenga yo que volver a oír de ti una cosa semejante.

PANÉ.— ¿Y por qué no?

PÁN.— Porque desde luego, en mi opinión, debe toda persona sensata aplicarse al cumplimiento de su deber; por eso yo, hermana, aunque tú eres mayor que yo, te aviso que no te olvides de cuál es el tuyo; aunque ellos se porten mal y nos traten como no deben, a pesar de todo, para no empeorar aún más la situación, debemos empeñarnos por todos los medios a nuestro alcance en tener presente cuál es nuestro deber.

PANÉ.— Muy bien; me callo.

PÁN.— Pero haz por no echarlo en olvido.

PANÉ.— Hermana, yo no quiero que pienses que yo me he olvidado de mi marido, ni tampoco que haya echado en

saco roto todo lo que él ha hecho por mí; que te aseguro que me son gustosas sus bondades para conmigo y que se las agradezco. No es que esté yo descontenta de mi matrimonio, ni hay motivo alguno para que desee cambiar de marido; pero, al fin y al cabo, eso es algo que depende de la autoridad paterna: a nosotras no nos queda sino hacer lo que los padres nos mandan.

PÁN.— Lo sé, y cuando lo reflexiono, no hace sino crecer mi pesadumbre, que más o menos nos ha hecho ya él saber cuál es su decisión.

PANÉ.— Vamos, pues, a pensar cuál es la forma más prudente de proceder[1].

ESCENA SEGUNDA

ANTIFÓN, PANÉGIRIS, PÁNFILA

AN.— *(Saliendo de casa y hablando a sus esclavos.)* Los esclavos que andan esperando a que se les recuerde su deber y no tienen presente hacerlo ellos por su voluntad, no son una adquisición buena. De venir a primeros de mes a pedir vuestra ración de víveres, de eso no os olvidáis; a ver, ¿por qué motivo os olvidáis de lo que es necesario hacer en la casa? Como cuando vuelva no me tengáis colocada cada cosa en su sitio, os lo voy a recordar por medio de recordatorios a base de correas; no parece sino que son cerdos y no personas quienes viven aquí conmigo. A ver si me hacéis el favor de tenerme la casa reluciente cuando yo vuelva; no

[1] Los vv. 48-57 no están en el manuscrito Ambrosiano y se supone que son interpolados.

tardaré mucho: voy sólo aquí a ver a mi hija mayor; si alguien me busca, id a llamarme allí, o si no, yo estaré en seguida de vuelta.

PÁN.— *(Continuando la conversación con su hermana.)* ¿Qué hacemos, Panégiris, si se empeña padre en llevarnos la contraria?

PANÉ.— Nosotras debemos amoldarnos a lo que haga quien tiene una autoridad mayor que la nuestra. Mi opinión es que debemos recurrir a las súplicas, más que a llevarle la contra; si apelamos a su condescendencia, espero que tendremos éxito: nosotras no podemos hacerle frente sin caer en deshonor y cometer el mayor de los crímenes y yo eso ni lo haré ni te aconsejo a ti que lo hagas. Debemos conseguirlo con suplicas; yo me conozco a los nuestros: se le puede convencer.

AN.— *(Hablando consigo mismo sin ver a las hijas.)* Estoy echando cuentas de por dónde voy a empezar a hablarles: ¿debo abordarlas así de una manera vaga, como si no tuviera nada que reprocharles o, por el contrario, como si hubiera tenido noticia de que se habían hecho culpables de alguna falta?, ¿será mejor intentarlo por las buenas o con amenazas? Yo sé que va a haber pelea —que me las conozco yo muy bien— si, prefieren quedarse aquí a tomar otro marido. Eso no, ¿qué necesidad tengo yo de andar peleando con ellas a mi edad, siendo así, que en mi opinión, no veo motivo alguno para hacer una cosa semejante? ¡Ni hablar, no tengo ganas de líos! Lo mejor creo que es lo siguiente, eso es lo que voy a hacer: haré como si ellas hubieran caído en alguna falta, primero daré las vueltas para asustarlas; a continuación les diré por las claras cuál es mi opinión; sé que la cosa me va a costar muchas palabras. Voy a entrar; pero está la puerta abierta.

PÁN.— Estoy segura de haber oído la voz de nuestro padre.

PANÉ.— Él es, en efecto, vamos a adelantarnos a darle un beso.

PÁN.— Buenos días, padre.

AN.— Buenos días a las dos. Anda, sentaos aquí a mi lado.

PÁN.— Un beso...

AN.— No quiero más besos vuestros.

PANÉ.— ¿Por qué, padre?, dime.

AN.— Porque no me saben más que a sal[2].

PÁN.— Siéntate aquí, padre.

AN.— No, ahí sentaos vosotras, yo me siento aquí en este taburete.

PÁN.— Espera, que te ponga un cojín.

AN.— Gracias, gracias, me basta así como está; siéntate.

PÁN.— Deja, padre, que te lo ponga.

AN.— Pero si no es necesario.

PÁN.— Que sí lo es.

AN.— Bueno, como quieras. Pero ahora ya está bien.

PÁN.— Una hija no puede hacer nunca bastante por su padre: ¿no es lo natural que seas tú el primero para nosotras? Y después, padre, nuestros maridos, a quienes tú quisiste darnos por esposas.

AN.— Vosotras os portáis como deben hacerlo las mujeres honradas al considerar a vuestros maridos como si estuvieran aquí, a pesar de estar ausentes.

PÁN.— La decencia, padre nos lleva, a honrar a aquellos que nos tomaron por compañeras.

AN.— ¿Hay quizá por aquí alguien que esté al acecho de lo que hablamos?

PANÉ.— Nadie, aparte de ti y de nosotras.

---

[2] A causa de las lágrimas. Texto de interpretación muy discutida. Se sigue el sentido que le da Ernout.

AN.— A ver, prestadme atención, yo no entiendo de las cosas y de la manera de ser de las mujeres y vengo ahora a vosotras como un discípulo a sus maestras: ¿cuál es la forma en que deben portarse las perfectas casadas? Dadme contestación, primero la una, luego la otra.

PÁN.— ¿A qué viene eso de ponerte ahora a informarte sobre la manera de ser de las mujeres?

AN.— Sí, es que busco una esposa, después de que vuestra madre no vive ya.

PÁN.— Muy fácil te será, padre, encontrar una peor y de peor condición que lo que fue ella; una mejor, ni la encontrarás ni la hay bajo el sol.

AN.— Yo dirijo mi pregunta no sólo a ti, sino también aquí a tu hermana.

PÁN.— Desde luego, padre, yo sé cómo debe ser una mujer buena, si es así... —como yo pienso que debe ser.

AN.— Quiero saber entonces cómo te parece que debe ser.

PÁN.— Pues que cuando vaya por la ciudad les tape a todos la boca, de forma que nadie pueda hablar mal de ella con razón.

AN.— *(A Panegiris.)* A ver, ahora te toca a ti hablar.

PANÉ.— ¿Qué quieres que te diga, padre?

AN.— ¿En qué se puede reconocer más fácilmente si una mujer es de buena condición?

PANÉ.— En que, teniendo ocasión de hacer el mal, se abstiene de hacerlo.

AN.— ¡No está mal esa respuesta! A ver, ahora tú, Pánfila ¿qué te parece mejor partido, una soltera o una viuda?

PÁN.— Según a mí se me alcanza, el mal menor de entre muchos males, ése es el menos malo de todos.

AN.— ¿Cómo puede una mujer evitar el caer en falta?

PÁN.— Teniendo cuidado cada día de no hacer el día de ayer algo de lo que tenga que arrepentirse el día de mañana.

AN.— *(A Panegiris.)* ¿Cuál es la mujer que te parece a ti poseer una mayor cordura?

PANÉ.— La que es capaz de mantenerse fiel a sí misma en medio de la prosperidad y la que sabe sobrellevar con ecuanimidad un cambio desfavorable de fortuna.

AN.— A fe mía que os he sometido a un buen examen a vosotras y a vuestra manera de pensar. Pero el motivo por el que vengo y por el que quería veros a las dos es el siguiente: mis amigos me aconsejan que os saque de aquí y os lleve a casa.

PÁN.— Pero nosotras, que somos las interesadas, somos de otra opinión, porque, o no debías de habernos dado por esposas a nuestros maridos, si es que no estabas de acuerdo con ellos, o no está bien el llevarnos de aquí ahora durante su ausencia.

AN.— ¿Es que voy yo a consentir que, estando yo en vida, estéis casadas con unos mendigos?

PÁN.— A mí me gusta mi mendigo, lo mismo que a una reina le gusta su rey. A mí me animan los mismos sentimientos ahora en la escasez que antes en medio de las riquezas.

AN.— ¿En tanto aprecio tenéis a unos aventureros y unos pobretones?

PÁN.— En mi opinión, no fue al dinero al que me entregaste tú por esposa, sino a mi marido.

AN.— ¿Por qué os empeñáis en esperarlos, cuando hace ya tres años que salieron de aquí? ¿Por qué no queréis volver a vuestra situación anterior, estando ahora en la peor de las condiciones?

PÁN.— Padre, es una necedad el obligar a los perros a la caza: una mujer que en contra de su voluntad es dada en matrimonio a un hombre, no es para él sino un enemigo.

AN.— ¿Estáis las dos decididas a no obedecer las órdenes de vuestro padre?

PANÉ.— Las obedecemos, porque no queremos abandonar a quienes tú nos diste en matrimonio.

AN.— Que lo paséis bien. Me marcho y les expondré a mis amigos vuestra resolución.

PANÉ.— Yo creo que nos tendrán por mujeres honradas si se lo expones a personas que lo son.

AN.— Ocupaos lo mejor que podáis de vuestra hacienda.

PANÉ.— Ahora estamos de acuerdo contigo, cuando nos das buenos consejos, ahora te prestamos oídos. *(Antifón se va.)* Ven hermana, vamos dentro.

PÁN.— No, yo voy a dar una vuelta a casa. Si acaso te llega una noticia de tu marido, házmelo saber.

PANÉ.— Ni yo dejaré de decírtelo ni tampoco tú dejes de comunicarme lo que sepas. *(Pánfila se va.)* Eh, tú, Crocotio, ve y dile al gorrón Gelásimo que venga, tráetelo contigo; que quiero mandarle al puerto, a ver si es que ha venido ayer o viene hoy algún barco de Asia; ya está allí de guardián un esclavo el día entero, pero, así y todo, quiero que se dé una vuelta. Date prisa y vuelve enseguida.

ESCENA TERCERA

GELÁSIMO, CROCOCIO

GE.— *(Sin ver a Crococio.)* Yo tengo de verdad la sospecha de que soy hijo del Hambre, porque no me he visto una sola vez harto desde que nací. No habrá nadie que mues-

tre más agradecimiento a su madre que yo a la mía, y bien a disgusto que lo hago [ni nadie que haya sido tan agradecido a su madre como yo a la mía, el Hambre]; que ella me llevó en su vientre nueve meses, pero yo la llevo en el mío más de nueve años. Y además, que ella me llevó cuando yo era una criatura de nada, por lo cual pienso que fueron menos sus trabajos, pero el hambre que llevo yo en mis entrañas no es en forma ninguna poca cosa, sino de una magnitud y una gravedad extraordinaria. Todos los días me vienen los dolores, pero no puedo parir a mi madre ni sé ya qué partido tomar. Yo he oído decir muchas veces que a la hembra del elefante le dura diez años la gestación; esta hambre mía es, seguro, de la misma raza, que son ya muchos los años que la llevo pegada a mis entrañas. Ahora, si es que hay aquí alguien que busque un bufón, yo estoy en venta con todos mis arreos; ando a la búsqueda de algo con que llenar mi vaciedad. Mi padre me puso de chico Gelásimo (a causa de la pobreza me cayó en suerte este nombre), porque ya desde mi más tierna edad hacía yo reír[3], por el motivo de que la pobreza me obligó a ello; no, si es que la pobreza es la maestra de todas las artes para aquel a quien le cae en suerte. Mi padre me dijo que yo nací en una época de carestía: ése debe ser probablemente el motivo por el que paso tanta hambre. Pero así y todo, goza nuestra familia de un buen natural: yo nunca digo que no cuando me invitan a comer. Es una desgracia que no se use ya la forma de invitar que en mi opinión era, ¡Hércules!, pero que estupenda y sabia en grado sumo y que era antes corriente: «Ven a tal y tal sitio a cenar, venga, acepta, no te niegues, ¿te viene bien? Anda, ven, digo, no consentiré que dejes de venir». Hoy en día, en cambio, se ha puesto de moda en su lugar otra forma de ha-

[3] Gelásimo es un nombre parlante, de la raíz griega que significa «reír».

cer la invitación, necia, Hércules, e inepta por demás: «Te invitaría a cenar, si no yo cenara fuera hoy» ¡Mal rayo la parta a la dichosa frasecita y ojalá que reviente el embustero que la dice, si es que cena en casa! Esta nueva manera de expresarse me obliga a coger usos bárbaros, y a ahorrarme el pregonero y anunciar yo mismo la subasta de mi venta.

CR.— *(Aparte.)* Éste es el gorrón a quien me han mandado a buscar. Voy a escuchar lo que dice antes de hablarle.

GE.— Pero hay aquí muchos individuos curiosos e indeseables, que ponen todo su empeño en ocuparse de los asuntos ajenos porque no tienen para ocuparse de los propios: ésos, cuando se enteran de que alguien va a hacer una subasta, se presentan y se informan de cuál es el motivo..., si es por deudas o por haber comprado una finca, o si tienen que devolver la dote a su mujer por causa de divorcio. A todos estos, aunque no los considero indignos de que sean unos desgraciados, no me va nada en hacerles pasar penas: les voy a decir el motivo de mi subasta para darles así esa alegría con mi desgracia; porque no hay nadie que sea curioso sin ser al mismo tiempo un sujeto mal intencionado. [Voy a decir por qué anuncio yo mismo mi venta en subasta]. Yo, pobre de mí, he sufrido unas pérdidas enormes: mis esclavos han sido la causa de mi desgracia, muchos son los copeos que me han fenecido, ¡a cuántas cenas difuntas he tenido que hacer lamentaciones, cuántas ocasiones de beber vino con miel, qué de almuerzos perdidos a lo largo de tres años! Un viejo estoy hecho, pobre de mí, a fuerza de pasar penas y dolores; casi estoy muerto...- de hambre.

CR.— No hay otro más chistoso que éste cuando le aprieta el hambre.

GE.— O sea, que estoy decidido a hacer una subasta; no me queda sino vender todo lo que poseo. ¡Venga acercaos que os vais a llevar una ganga! Tengo chistes a la venta...- ¡hale, licitar!, ¿quién hace una oferta por una cena?, ¿hay alguien que ofrezca un almuerzo? (Hércules te bendiga), ¿te quedas con ellos por un almuerzo?, ¿por una cena? ¡Eh, tú!, ¿has hecho señas de que sí? Imposible te será encontrar chistes mejores, no consentiré que haya otro gorrón que los tenga mas buenos. Vendo también acertijos griegos que os harán sudar, otros más suavecitos para el estado de la borrachera, o también bromas, adulaciones y mentirijillas bufonescas, una rascadera herrumbrosa, un frasquito rojo oscuro[4], un gorrón vacío, donde puedas guardar las sobras de los alimentos. Todo esto tiene que ser vendido lo más rápidamente posible, para que pueda ofrecer el diezmo a Hércules[5].

CR.— *(Aparte.)* Verdaderamente, ¡qué subasta de tan poca cosa! A éste se le ha pegado el hambre hasta el fondo del estómago. Voy a hablarle.

GE.— ¿Quién es ésa que viene hacia mí? Ésta es Crococio, la esclava de Epignomo.

CR.— Salud, Gelásimo.

GE.— Ése no es mi nombre.

CR.— Pero desde luego lo era.

GE.— Sí que lo fue, pero ahora me he quedado sin él; ahora mi verdadero nombre es Miccotrogo[6].

CR.— ¡Huy, que risa tan grande me has hecho pasar!

GE.— ¿Cuándo o dónde?

CR.— Aquí mientras pregonabas esa subasta...

GE.— Malvada, ¿es que lo has estado oyendo?

CR.— ...desde luego que ni pintada para ti.

---

[4] Cf. *Persa* 123 ss.

[5] Cf. *Bacchides* 665 s.

[6] O sea «Comepoco».

Ge.— ¿A dónde vas ahora?

Cr.— A tu casa.

Ge.— ¿Y a qué?

Cr.— Panégiris me ha mandado rogarte encarecidamente que fueras conmigo a su casa.

Ge.— ¡Hércules! claro que voy, lo más rápido posible: ¿están ya guisados los despojos?, ¿cuántos corderos había sacrificado?

Cr.— Ninguno.

Ge.— ¿Cómo?, ¿qué es lo que me quiere entonces?

Cr.— Me parece que se trata de pedir diez celemines de trigo.

Ge.— ¿Que se los pida yo a ella?

Cr.— No, sino que nos los prestes tú a nosotros.

Ge.— Dile que no tengo nada ni para dar ni para prestar, ni poseo cosa otra ninguna aparte de la capa esta que llevo; también he vendido a la dadivosa de mi lengua.

Cr.— ¡Huy!, ¿es que entonces no tienes lengua?

Ge.— Una lengua para decir «toma», no; sólo me he quedado en favor de mi estómago con la que dice «daca».

Cr.— Si es que quieres una buena ración de palos...

Ge.— Eso mismito te dice ella a ti.

Cr.— Bueno, a ver, ¿quieres o no quieres ir?

Ge.— Vete tú a casa, di que yo sigo ahora mismo, hale, rápido *(Crococio se va)*. Me llama la atención por qué quiere que vaya, si nunca me ha hecho ir allí hasta ahora desde que se fue su marido; ¿qué es lo que ocurrirá? Iré a ver qué es lo que quiere, aunque no sea más que por probar. Pero ahí viene su esclavo Pinacio. Fíjate con qué salero está ahí, como salido de un cuadro[7]. Te juro que éste se da buena maña para meter mano poquito a poco y con regularidad en una tinaja de vino casi puro.

[7] Juego de palabras con el gr. *pinákion,* «cuadro».

ACTO II



ESCENA SEGUNDA

PINACIO, GELÁSIMO

PI.— *(Viniendo del puerto.)* Mercurio, que se dice ser el mensajero de Júpiter, no ha sido jamás portador a su padre de una nueva tan estupenda como la que yo voy a llevar ahora a mi ama; por eso traigo el corazón rebosante de gozo y de placer y no me salen del alma sino palabras de ufanía. Traigo conmigo la dulzura de todos los placeres y todas las delicias y mi pecho rebosa y se desborda de alegría. Date prisa, Pinacio, espolea tus pies, haz honor a tus palabras con tus hechos: ahora tienes la ocasión de alcanzar gloria, alabanza, honor, socorre a tu ama en su apuro, que se deshace esperando la vuelta de su marido Epignomo. Ella ama a su marido como se debe, arde en deseos de él. Ahora, Pinacio, haz como te parezca bien, corre como te dé la gana, no te importe nadie ni un pelo, échalos de la calle a codazos, tú agénciate un camino libre de obstáculos. Aunque se te ponga un rey al paso, al rey en persona le echas sin más por tierra.

GE.— *(Aparte.)* ¿Por qué irá Pinacio ahí corriendo con ese desenfreno y esa alegría? Lleva una caña y una esportilla y un anzuelo para pescar.

PI.— Pero al fin y al cabo creo que sería más justo que mi ama me suplicara y me enviara embajadores y presentes de oro y cuadrigas que me llevaran, porque a pie no puedo

Pi.— Soy yo, Pinacio.

Pané.— ¿Dónde estás?

Pi.— Vuélvete a mirarme a mí y no le hagas caso al desgraciado del parásito, Panégiris.

Pané.— ¡Pinacio!

Pi.— Sí, ése es el nombre que me pusieron mis padres.

Pané.— ¿Qué hay?

Pi.— ¿Que qué es lo que hay, preguntas?

Pané.— ¿Y por qué no te lo voy a preguntar?

Pi.— ¿Qué tienes tú que ver conmigo?

Pané.— ¿Te atreves a ponerte insolente con tu ama, bribón? ¡Habla enseguida, Pinacio!

Pi.— Entonces da orden a los que me retienen de que me suelten.

Pané.— ¿Y quiénes son los que te retienen?

Pi.— El cansancio se ha apoderado de todos mis huesos.

Pané.— Pues lo que es de la lengua bien claro está que no se ha apoderado.

Pi.— Tal es la carrera que me he pegado desde el puerto por causa tuya.

Pané.— ¿Es que traes alguna buena noticia?

Pi.— Muchísimo más buena de lo que tú esperas.

Pané.— ¡Estoy salvada!

Pi.— Y yo muerto, que la fatiga me tiene consumida la médula de los huesos.

Ge.— ¡Y yo qué, pobre de mí, que tengo las médulas del estómago consumidas a fuerza de hambre!

Pané.— ¿Es que has visto a alguien?

Pi.— He visto a muchos.

Pané.— Pero ¿a un hombre...[9]?

[9] El texto latino dice *virum* que puede significar «un hombre» o «mi marido».

Pi.— Sí, a muchísimos, pero a ninguno más pelma que aquí a éste *(Gelásimo)*.

Ge.— ¿Cómo?, ya hace tiempo que me estoy aguantando con tus malas palabras; como me sigas enconando...

Pi.— ... te juro que vas a pasar un hambre canina.

Ge.— Voy a terminar por convencerme de que es verdad lo que has dicho.

Pi.— Quiero que se haga una buena limpieza; *(a los de la casa)* a ver, sacad aquí unas escobas y una caña, que destroce el trabajo de las arañas y dé por malos sus tejidos y eche por tierra todas sus telas.

Ge.— ¡Las pobres, el frío que van a pasar!

Pi.— Qué, ¿es que te crees que ellas no tienen más que una sola túnica, lo mismo que tú? Coge la escoba.

Ge.— Vale.

Pi.— Yo barro por aquí y tú por allí.

Ge.— De acuerdo.

Pi.— A ver, que traiga alguien una regadera con agua.

Ge.— *(Al público.)* Éste no necesita del voto del pueblo para ejercer el cargo de edil.

Pi.— Hale, tú, deprisa, haz con la regadera dibujos por el suelo, riega la entrada de la casa.

Ge.— Ahora mismo.

Pi.— Ya debía de estar hecho. Yo quitaré las telarañas de las puertas y de la pared.

Ge.— ¡Ay, qué cosa más trabajosa!

Pané.— Yo no me explico todo esto; como no sea que vayan a venir huéspedes.

Pi.— Preparad los divanes.

Ge.— Ese comienzo de los divanes me parece de perlas.

Pi.— Unos haced leña, otros limpiad el pescado que ha traído el pescador, descolgad un jamón y una papada de cerdo.

Ge.— ¡Hércules, este hombre sabe mucho!

Pané.— Pinacio, estoy viendo que no te esmeras nada en atender a tu ama.

Pi.— Al contrario, todo lo he dejado de lado por servirte los deseos.

Pané.— Entonces dame cuenta del asunto por el que te he mandado al puerto.

Pi.— Ahora mismito. Después que me diste orden de marchar al puerto al amanecer, se elevaba precisamente el sol todo resplandeciente saliendo del mar. Voy y pregunto a los aduaneros si es que ha llegado algún barco de Éfeso y me dicen que no, pero veo entre tanto un buque mercante como no creo haberlo visto de grande en toda mi vida. Entra en el puerto viento en popa y a toda vela. Entonces nos preguntamos los unos a los otros de quién es esa nave, qué mercancía trae, cuando diviso a Epignomo, tu marido, y a su esclavo Estico.

Pané.— ¡Ay, Pinacio!, ¿has dicho Epignomo?

Pi.— Sí, tu marido.

Ge.— Y mi vida.

Pi.— Ha venido, digo.

Pané.— ¿Le has visto tú mismo a él en persona?

Pi.— Y no con poco gusto. Ha traído una cantidad enorme de plata y de oro.

Ge.— ¡Fantástico! Hércules, ahora mismo cojo una escoba y barro esto con toda mi alma.

Pi.— Trae además lana y cantidades de púrpura.

Ge.— Ya tengo para abrigarme el estómago.

Pi.— Divanes de marfil y oro.

Ge.— Nada, que me voy a poner a la mesa como un rey.

Pi.— Además, tapicerías de Babilonia y colchas y alfombras; ha traído una cantidad enorme de objetos de valor.

GE.— ¡Hércules, no que no ha tenido éxito en sus negocios!

PI.— Después, como iba diciendo, citaristas y flautistas y arpistas ha traído, guapísimas.

GE.— ¡Bravo! Después que haya bebido me dedicaré a ellas, que entonces es cuando estoy más ocurrente.

PI.— Y luego muchos perfumes de todas clases.

GE.— Ya no vendo mis chistes, ya no hago la subasta, ¡menuda es la herencia que me ha caído encima! Con dos palmos de narices se van a quedar esos malévolos que no andan más que a la olilla de gangas. Hércules, yo te felicito por habérsete aumentado el diezmo que te he prometido. Al fin veo una esperanza de largar de mi estómago la maldita hambre.

PI.— Y también ha traído consigo bufones.

GE.— ¡Ay, pobre de mí, muerto soy!

PI.— Y son chistosísimos.

GE.— ¡Hércules! voy a desbarrer lo que había barrido.

PANÉ.— ¿Has visto a Panfilipo, el marido de mi hermana?

PI.— No.

PANÉ.— ¿Es que no ha venido?

PI.— Sí, decía Epignomo que había venido con él, pero yo me he adelantado a venir aquí a la carrera para traerte una noticia tan deseada.

GE.— Otra vez están a la venta los chistes que dije que no iba a vender. Se terminó, ya tienen otra vez los maliciosos con qué alegrarse de mi desgracia. Hércules, mal parado has quedado, a pesar de ser un dios.

PANÉ.— Entra, Pinacio, y di a los esclavos que me preparen un sacrificio. *(A Gelásimo.)* Que te vaya bien.

GE.— ¿No quieres que te ayude?

PANÉ.— Tengo en casa esclavos suficientes. *(Entra en casa.)*

GE.— Verdaderamente, Gelásimo, soy de la opinión de que has venido en vano si el otro patrono no está aquí y el que ha venido te sirve para maldita la cosa. Me voy a casa a mis libros; me aprenderé algunos de mis mejores chistes, que si no consigo largar a mis rivales, estoy absolutamente perdido.

ACTO III

ESCENA PRIMERA

EPIGNOMO, ESTICO

EP.— Gracias sean dadas a Neptuno y a las Tempestades por verme de vuelta en la patria después de haber tenido éxito en mis gestiones, y también a Mercurio, que me ha ayudado en mis negocios cuadruplicando mis bienes. A aquellos a quienes causé pesar al marcharme, los llenaré ahora de alegría con mi vuelta; ya he visto a Antifón, mi suegro, y me he reconciliado con él. He aquí lo que puede el dinero: al verme volver después de haber tenido éxito en mis negocios y que traigo a casa innumerables riquezas, sin necesidad de acudir a mediadores de ninguna clase, allí mismo en el barco, en cubierta, hemos hecho las paces. Él y mi hermano cenarán hoy conmigo en casa; es que ayer estuvimos los dos juntos en el mismo puerto, pero mi barco ha levado anclas hoy un poco antes que el suyo. Anda, Estico, haz entrar en casa a estas jóvenes que hemos traído.

EST.— Amo, lo mismo si me callo que si hablo, yo sé que tú sabes cuántas son las penas que he pasado a la par

tuya. Ahora, después de haber salido con bien de ellas, quiero tomarme este solo día de libertad a la vuelta a la patria.

EP.— Es muy justo lo que pides; concedido, Estico. Por hoy no echaré mano de ti para nada; vete donde te plazca. Te regalo, además una garrafa de vino añejo.

EST.— ¡Bravo, hoy tendré conmigo a mi amiga!

EP.— Y diez si quieres, con tal que sea a cuenta tuya.

EST.— ¿Y qué?, ¿me concedes todavía otra cosa?

EP.— ¿De que se trata? Explícate.

EST.— ¿Puedo ir a una cena?

EP.— Si es que estás invitado, de acuerdo.

EST.— Eso me basta; si me invitas o no me invitas, tanto me da.

EP.— ¿Dónde vas a cenar?

EST.— Tengo el plan siguiente: yo tengo una amiga, Estefanio, de aquí de la casa de al lado, una esclava de tu hermano, y me he citado con ella para cenar a escote con su colega Sangarino el sirio. Ella es nuestra común amiga, los dos somos rivales.

EP.— Anda y llévate a éstas jóvenes dentro; por lo demás, tienes el día a tu disposición.

EST.— Échame la culpa a mí si no le hago pasarlas negras. *(Epignomo entra en su casa.)* Ahora mismo voy por el jardín a casa de mi amiga para reservármela para esta noche; al mismo tiempo entregaré la cantidad que me corresponde y daré orden de que se prepare la cena donde Sangarino; o, mejor, iré yo mismo a hacer la compra. Sangarino estará a punto de llegar con su amo. A un esclavo que no va a tiempo a una cena se le deben dar siervos que vayan a buscarlo provistos de látigos, para que a latigazos le hagan volver a casa. Yo me encargaré de que todo esté a punto; a ver, que ya estoy yo mismo perdiendo mi tiempo. *(Al público.)* Y para que no os extrañéis de que unos tristes esclavos

beban, hagan el amor y se inviten a cenar, en Atenas nos está permitido todo esto. Pero si bien lo pienso, mejor que exponerme a la envidia ajena, hay aquí otra entrada, la puerta falsa de nuestra casa, [la parte de atrás de la casa es la que más juego da][10]; por allí me iré a hacer la compra y por allí también la haré entrar: por el jardín se puede pasar de una casa a otra; *(a las esclavas)* venid por aquí tras de mí; estoy malgastando el día.

ESCENA SEGUNDA

GELÁSIMO, EPIGNOMO

GE.— He estado consultando mis libros: tengo toda la confianza en que me haré con mi rey a base de buenos chistes. Ahora voy a dar una vuelta a ver si ha venido ya del puerto, para ponerle suave con mis gracias cuando llegue.

EP.— *(Saliendo de su casa.)* Ése que viene es el parásito Gelásimo.

GE.— *(Sin ver a Epignomo.)* Yo he salido hoy a la calle con el mejor de los auspicios: delantito de mis pies se llevó una comadreja a un ratón; se trata de un buen presagio, no hay duda, que lo mismo que ella ha encontrado hoy su sustento, igual espero que me suceda a mí; el augurio está de mi parte. Ese que está ahí es Epignomo, me acercaré y le hablaré. ¡Epignomo, tanto gusto!, las lágrimas se me saltan de verte, ¿qué tal te ha ido?

EP.— Se ha hecho lo posible por ir saliendo adelante.

---

[10] Verso considerado generalmente como interpolado.

GE.— Brindo por tu salud tragando a todo tragar.

EP.— Gracias por tus amables palabras. Que los dioses colmen todos tus deseos.

GE.— ***

EP.— ¿Que cene en tu casa?

GE.— Por haber vuelto sano y salvo.

EP.— Estoy ya comprometido, pero te lo agradezco.

GE.— Acepta.

EP.— No, no puede ser.

GE.— Hazlo, digo.

EP.— No hay nada que hacer.

GE.— Yo tendría sumo gusto en ello.

EP.— Ya lo sé; a la primera ocasión, entonces.

GE.— Pues ahora es.

EP.— De verdad te digo que no puedo.

GE.— ¿Por qué te haces rogar? Acepta. Yo tengo lo que sea para ofrecértelo.

EP.— Deja, ve y búscate otro comensal para el día de hoy.

GE.— ¿Por qué no aceptas?

EP.— No me haría rogar si me fuera posible.

GE.— ¡Hércules! desde luego una cosa te aseguro, que si aceptaras mi invitación, te recibiría con mil amores.

EP.— Hasta luego.

GE.— ¿Es cosa hecha?

EP.— Y tanto. Yo ceno hoy en casa.

GE.— Pues mira, ya que no quieres aceptar mi invitación, pues... —ya que por este camino no he conseguido nada, tiraré por otro más abierto—, o sea, hablando por las claras, ¿quieres que vaya a cenar a tu casa?

EP.— Si fuera posible, sí que querría, pero es que ya tengo nueve para cenar[11].

[11] Tres en cada uno de los tres divanes que componían el *triclinium*.

Ge.— Yo no exijo que se me dé un puesto en un diván; tú ya sabes que yo soy hombre de taburete.

Ep.— Pero es que se trata de unos embajadores, gente de mucha categoría: vienen de Ambracia en viaje oficial.

Ge.— Bueno, pues los embajadores, que son hombres de primera categoría, que se pongan en el diván de más categoría, y yo en el de menos, con arreglo a mi menor categoría[12].

Ep.— No estaría bien que fueras tu recibido entre unos embajadores.

Ge.— ¡Hércules!, yo también vengo con una embajada, pero de poco me sirve. Entonces mañana, de las sobras...

Ep.— Que te vaya bien *(entra en casa)*.

Ge.— ¡Hércules! estoy del todo perdido, pero no por mi culpa. Ya hay un Gelásimo menos que antes en el mundo. Desde luego, a la comadreja no volveré a prestarle crédito de hoy en adelante, que no he visto en mi vida un bicho más poco de fiar que él: unos animales que cambian de lugar diez veces al día ¿me van a servir de augurio en un asunto en el que me va la vida? Estoy decidido a reunir a mis amigos para deliberar sobre las condiciones en que deberé ahora... morirme de hambre *(se va)*.

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

Antifón, Panfilipo, Epignomo

An.— *(A Panfilipo.)* Tan verdad como es mi deseo de gozar del favor de los dioses yo y mis hijas, Panfilipo, es grande la

[12] Cf. nota a *Persa* 767.

satisfacción de veros de vuelta en la patria a ti y a tu hermano, tras haber tenido éxito en la gestión de vuestros negocios.

PANF.— Yo te exigiría una garantía a tus palabras, Antifón, si no viera tu actitud amigable hacia mí; pero como me es evidente que así es, se te hace confianza.

AN.— Yo te invitaría a cenar a casa si tu hermano no me hubiera dicho, al invitarme a cenar, que cenarás en la suya. Y más natural sería que hubiera sido yo el que os ofreciera una cena de bienvenida, que no el aceptar su invitación, pero no he querido contrariarle. Y no se trata de simples cortesías de palabra: mañana cenaréis los dos en mi casa con vuestras esposas.

PANF.— Y en mi casa pasado mañana; porque es que Epignomo me había invitado ya ayer para el día de hoy. Pero ¿estás ya en paz conmigo, Antifón?

AN.— Una vez que habéis llevado a cabo vuestros negocios como no puede sino desearse a vosotros y a personas amigas, estamos en paz y en buena amistad. Tú no debes olvidarte de una cosa: los amigos dependen de la fortuna; si los asuntos económicos marchan bien, también las relaciones con los amigos; pero si se tambalean, al mismo tiempo se vienen abajo las amistades; son los bienes de fortuna los que las proporcionan.

EP.— *(Saliendo de casa y hablando hacia el interior.)* Ahora mismo vuelvo. Es un gran placer, después de una larga ausencia, el no encontrar a la vuelta ningún motivo de disgusto. Mi mujer se ha ocupado en mi ausencia de la casa en forma tal que puedo estar totalmente libre de cuidados. Pero ahí veo a mi hermano Panfilipo que viene con nuestro suegro.

PANF.— ¿Qué tal, Epignomo?

EP.— ¿Y tú? ¿Cuánto tiempo hace que has entrado en el puerto?

PANF.— No mucho después que tú.

EP.— ¿Está ya Antifón calmado?

AN.— Más que el mar que os traído hasta aquí.

EP.— Eres el mismo de siempre. ¿Te parece que descarguemos hoy la nave, hermano?

PANF.— Vamos por partes. Mejor es que nos carguemos antes nosotros con ocupaciones placenteras: ¿cuándo está la cena? Yo no he desayunado hoy.

EP.— Entra en mi casa y toma un baño.

PANF.— Voy un momento a casa para orar ante los dioses y saludar a mi mujer; cuando haya terminado con ello según mis deseos, enseguida paso a tu casa.

EP.— Tu mujer está en mi casa trajinando con la mía.

PANF.— Estupendo, entonces os haré esperar aun menos. Ahora mismo estoy contigo.

AN.— Antes de que te vayas, quiero, en tu presencia, contarle un cuento aquí a Epignomo.

PANF.— De acuerdo.

AN.— Era una vez un viejo, como yo, que tenía dos hijas, como las mías, y estaban casadas con dos hermanos, lo mismo que las mías con vosotros dos.

EP.— A ver a dónde va a parar la historia.

AN.— El hermano mayor tenía una citarista y una flautista, las había traído de fuera, así como tú ahora; y el viejo no tenía mujer, así como yo ahora.

EP.— A ver, sigue; sí que no tiene actualidad el cuento este.

AN.— Entonces el viejo le dice al hermano, al que le pertenecía la flautista, lo mismo que te lo digo yo a ti ahora.

EP.— Te escucho, soy todo oídos.

AN.— «Yo te di mi hija para que durmieras con ella tan a gusto; ahora soy de la opinión de que es justo que tú a tu vez me des con quien yo pueda acostarme».

Ep.— ¿Quién dice eso?, ¿él, como quien dice tú?

An.— Como quien dice yo que te lo digo a ti ahora. «No, si quieres te doy dos», le dice el joven, «si es que te parece poco una, y si es que no tienes bastante con dos», dice, «te doy otras dos más».

Ep.— Oye, y ¿quién dice eso?, ¿él, como quien dice yo?

An.— Él mismo, como quien dice tú. Entonces el viejo, como quien dice yo, «si quieres», dice «dame cuatro, pero, Hércules, con la condición de que me des también para mantenerlas, que no den al traste con mis provisiones».

Ep.— Desde luego, el viejo ese bien agarrado que era: después que el otro ha accedido a su ruego, ir y exigirle la manutención de las jóvenes.

An.— Pues no era mala persona el joven, que va y se niega, cuando se lo pide el viejo, a darle ni un grano de trigo. ¡Hércules! el viejo no pedía ninguna cosa fuera de razón, después que le había dado una dote a la hija, que se le diera a él también para la flautista.

Ep.— ¡Hércules! el joven ese desde luego que fue bien listo de no querer darle al viejo una concubina con dote.

An.— El viejo intentó, a poder ser, conseguir lo de la manutención; pero al ver que no sacaba nada, con las condiciones que le fue posible, dijo que estaba de acuerdo. «Concedido», dice el joven; «Muy agradecido», dice el viejo. «¿Trato hecho?», dice; «Me amoldaré a lo que tú propones», dice... Pero voy a entrar a felicitar a mis hijas por vuestra vuelta. Después me voy a la bañera, para aliviar un poco mi vejez; luego que haya tomado el baño, os esperaré tranquilo a la mesa.

Panf.— ¡Es famoso este Antifón! ¡Con qué gracia ha dicho su cuento! El muy bribón se las quiere echar todavía de pollo. Se le dará una amiga para que le cante la nana de noche al viejo, que para otra cosa te juro que no sé para que

la necesita. Pero ¿cómo le va a nuestro parásito Gelásimo, está bien?

Ep.— Acabo de verle hace un momento.

Panf.— ¿Cómo le va?

Ep.— Como a un hambriento.

Panf.— ¿Por qué no le has invitado a cenar?

Ep.— Para no sufrir pérdidas a mi llegada; pero mira, *lupus in fabula*[13]: ahí le tienes dispuesto a tragarse lo que sea.

Panf.— Vamos a tomarle el pelo.

Ep.— Precisamente eso es lo que yo pensaba hacer, sobran las recomendaciones.

ESCENA SEGUNDA

Gelásimo, Panfilipo, Epignomo

Ge.— *(Al público.)* Pero, como os iba diciendo; el tiempo que he faltado de aquí, he estado deliberando con mis amigos y mis parientes; los cuales me han aconsejado que me suicide hoy... a fuerza de hambre. Pero ¿no son esos que veo Panfilipo y su hermano Epignomo? Sí, él es, voy a hablarle: ¡oh, Panfilipo tan esperado, tú, oh mi esperanza, oh mi vida, oh mi alegría, salve! Me alegro de verte volver sano y salvo a la patria tras tu ausencia en el extranjero.

Panf.— Te lo creo; salud, Gelásimo.

Ge.— ¿Qué tal te ha ido?

Panf.— Se ha hecho lo posible por salir adelante.

Ge.— De verdad que me alegro; de verdad, ojalá tuviera ahora mil celemines repletos de trigo.

---

[13] Expresión latina equivalente a nuestro «hablando del rey de Roma, por la puerta asoma».

Ep.— Pero ¿para qué?

Ge.— Pues para invitar a cenar a éste, que no a ti.

Ep.— No haces más que perjudicarte con eso que dices.

Ge.— Mejor dicho, para invitaros a los dos; de verdad que os habría invitado de buena gana, pero es que yo mismo no tengo lo que se dice nada en mi propia casa. Además que ya lo sabéis vosotros.

Ep.— Te juro que te invitaría con mucho gusto si hubiera sitio.

Ge.— Bueno, también de pie podré echarme al coleto lo que sea sin dificultad alguna.

Ep.— No, la única posibilidad que queda es…

Ge.— ¿Qué?

Ep.— Que vengas cuando se hayan ido los invitados.

Ge.— ¡Ay de ti!

Ep.— A fregar los platos, digo, no a cenar.

Ge.— ¡Los dioses te confundan! Y tú, Panfilipo, ¿qué dices?

Panf.— Yo estoy ya comprometido a cenar fuera, Hércules.

Ge.— ¿Cómo fuera?

Panf.— Sí, Hércules, fuera.

Ge.— Maldición, ¿cómo se te ocurre, agotado que vienes, de ir a cenar fuera?

Panf.— ¿Crees tú que debo de ir o no?

Ge.— ¿Y si das orden de que te preparen la cena en casa y le dices al otro que no vas?

Panf.— ¿Voy a cenar solo en casa?

Ge.— Solo no, invítame a mí.

Panf.— Pero es que el otro seguro que se molestará, después de haber hecho el gasto por causa mía.

Ge.— No veo la dificultad de presentar una excusa; tú hazme caso, di que te preparen la cena en casa.

EP.— Desde luego, no seré yo quien le aconseje que defraude al otro.

GE.— *(A Epignomo.)* ¿No te largas? A ver si te crees que no me doy cuenta de lo que pretendes. *(A Panfilipo.)* Ándate tú con cuidado, que aquí éste *(Epignomo)* está como un lobo hambriento deseando tragarse tu herencia: ¿salir a cenar fuera?, ¿es que no sabes con cuanta frecuencia se cometen asesinatos aquí de noche en la calle?

PANF.— Tantos más esclavos daré orden de que vayan a buscarme para defenderme.

EP.— *(A Gelásimo.)* No va, no va, ya que le aconsejas con tanto empeño que no salga a la calle.

GE.— Di que nos preparen enseguida una cena en casa para mí, para ti y para tu mujer. Hércules, si lo haces soy de opinión que no vas a decir que has quedado defraudado.

PANF.— Lo que es por lo que respecta a esa cena, Gelásimo, puedes estar seguro que te quedas sin cenar.

GE.— Entonces ¿te vas a cenar fuera?

PANF.— Ceno en casa de mi hermano aquí al lado.

GE.— ¿Es cosa decidida?

PANF.— Y tanto.

GE.— Te juro que me alegraría de verte alcanzado por una buena pedrada.

PANF.— No tengo miedo porque pasaré por el jardín, no saldré a la calle.

EP.— A ver, Gelásimo.

GE.— Tú tienes invitados a unos embajadores; quédate con ellos.

EP.— No, escúchame, que es una cosa que te interesa.

GE.— Si es que va en interés mío, venga, te escucho.

EP.— Yo creo que sería posible encontrar un sitio donde te pongas a la mesa.

PANF.— Yo creo que sí, que es factible.

Ge.— *(A Panfilipo.)* ¡Oh antorcha de nuestra ciudad!

Ep.— Pero si es que puedes contentarte con un sitio un poco estrecho.

Ge.— Aunque sea entre cuñas férreas, el mismo sitio 620
que baste para un cachorrito [14], será suficiente para mí.

Ep.— Yo encontraré medio de conseguirlo; ven.

Ge.— ¿Aquí? *(señalando la casa de Epignomo).*

Ep.— No, sino a la cárcel, que lo que es aquí en mi casa no vas a tener ocasión de pasártelo mejor que de costumbre. *(A su hermano.)* Vamos, tú.

Panf.— Voy a mi casa a orar ante los dioses, luego paso en seguida a la tuya.

Ge.— Entonces ¿qué?

Ep.— Te acabo de decir que te vayas a la cárcel.

Ge.— Si me lo mandas, me voy también allí. 625

Ep.— ¡Dioses inmortales! Al precio de una cena o un almuerzo se le puede llevar a éste hasta a la horca.

Ge.— Esa es mi condición; puedo pelear con cualquier cosa mejor que con el hambre.

Ep.— En el tiempo en que fuiste parásito mío y de mi hermano, hemos dilapidado nuestra hacienda.

Ge.— Entonces yo ya ahí en tu casa...

Ep.— Ya me tengo bien experimentada la suerte que
traes; ahora no quiero que en vez de un Gelásimo para hacer 630-31
reír, te conviertas en un Catagelásimo para reírte tú a costa mía [15].

Ge.— ¿Se fueron? Gelásimo, mira a ver qué resolución
hay que tomar ahora. ¿Quién, yo? Sí, tú. ¿Para mí? Sí, para 633-35
ti. Tú ves lo cara que está la vida, ¿no te das cuenta? La

---

[14] Cf. *Curculio* 691.

[15] Juego de palabras con el nombre parlante del gorrón difícil de reproducir en la traducción.

gente no es ya tan generosa ni tan amable como antes, ¿no ves cómo no se tiene ya en nada a los bufones y que los ricos se sirven ellos a sí mismos de gorrones? Te juro que nadie me verá vivo el día de mañana, porque ahora mismo me voy a casa y me echaré al gañote una bebida de juncos, una soga, digamos, de ninguna forma me expondré a que diga la gente que me he muerto de hambre.

ACTO V

ESCENA PRIMERA

ESTICO

En mi opinión, es una costumbre muy necia, cuando se está esperando a una persona, ponerse a mirar a ver si viene, ¡Hércules!, que lo que es por eso, no viene antes de ninguna manera[16]; eso mismo estoy haciendo yo ahora mirando a ver si veo a Sangarino, que sin embargo no viene por eso más pronto ¡Hércules! si no se presenta me pondré a la mesa yo solo; me traigo de casa aquí la garrafa del vino y me

---

[16] Cf. F. DE QUEVEDO, *Premáticas y aranceles generales, Obras completas,* tomo I, Aguilar, Madrid, 1958, pág. 69: «Los que cuando esperan al criado, habiéndole enviado fuera, si acaso se tarda se ponen a las puertas y ventanas, pareciéndoles que con ello se darán más prisa y llegarán más presto, los condenamos a que se retraten y reconozcan su culpa, so pena que, no lo haciendo, se procederá contra ellos como se hallare por derecho».

pongo a cenar, que el día se derrite como la nieve. *(Entra en casa de Epignomo.)*

ESCENA SEGUNDA

Sangarino, Estico

Sa.— ¡Salve, Atenas, madre nutricia de Grecia, qué alegría volver a verte, patria de mi amo! Pero ¿cómo andará mi amiga y consierva Estefanio, estará bien? Yo le había encargado a Estico que la saludara de mi parte y que le dijera que yo llegaría hoy, para que tuviera la cena a punto. Pero ahí está Estico.

Est.— *(Saliendo de casa de Epignomo con la garrafa, sin ver a Sangarino.)* Te has portado muy amablemente, amo, al hacer este regalo a tu esclavo Estico. ¡Oh, dioses inmortales! No digo la cantidad de placeres, de risas, de bromas, de besos, danzas, halagos, caricias que llevo aquí dentro *(en la garrafa)*.

Sa.— ¡Estico!

Est.— ¡Eh!

Sa.— ¿Qué hay de nuevo?

Est.— ¡Bravo, querido Sangarino! Aquí nos traigo, a ti y a mí, a Baco de comensal; la cena está preparada, nos han dejado en vuestra casa sitio donde estemos los dos a nuestras anchas; en la nuestra hay un convite: allí cena vuestro amo con su mujer y con Antifón, allí está también nuestro amo; ¡mira el regalo que se me ha hecho! *(mostrando la garrafa)*.

Sa.— ¿Quién ha soñado con oro?

Est.— ¿Y eso a ti qué te importa? Anda, ve y báñate deprisa.

Sa.— Yo ya estoy bien bañado.

Est.— Estupendo, entonces entra conmigo, Sangarino.

Sa.— Voy.

Est.— Quiero que hagamos una liquidación general:
670 deja de lado todo lo que huela a extranjero; ahora, aquí, atenienses castizos. Ven conmigo.

Sa.— Voy; no está mal la forma en que se ponen en marcha las cosas a nuestra vuelta a la patria; son buenos los augurios que me salen al paso. *(Entran en casa de Panfilipo.)*

ESCENA TERCERA

Estefanio

(Saliendo de casa de Epignomo.) Espectadores, no tiene
674-75 nadie por qué extrañarse de que, viviendo aquí *(señalando la casa de Panfilipo),* salga de donde he salido; yo os lo explicaré: es que me han hecho venir aquí antes, porque al llegar la noticia de que habían venido los maridos de nuestras amas, nos hemos puesto todos en movimiento allí, para preparar los divanes y dejarlo todo limpio y arreglado para la cena. Pero en medio de estos quehaceres me he ocupado de
680 mis amigos, para que estuviera la cena preparada para ellos. Estico y mi consiervo Sangarino, Estico ha hecho la compra, de lo demás me encargo yo, según sus órdenes. Ahora me voy aquí a casa, para ocuparme de mis amigos a su vuelta. *(Entra en casa de Panfilipo.)*

ESCENA CUARTA

Sangarino, Estico

Sa.— Venga, salid a desfilar, a ti, Estico, te pongo al frente de la garrafa. Veréis cómo vamos a organizar un convite en el que no falte de nada. ¡Los dioses me bendigan, qué bien tratados somos al ser acogidos en este lugar! A todos los transeúntes los vamos a invitar a la fiesta.

Est.— De acuerdo, pero, Hércules, con la condición de que todo el que venga traiga su ración de vino; porque de aquí *(de la garrafa)* no se le hace ofrenda hoy a nadie fuera de a nosotros; nosotros solos nos serviremos a la recíproca los unos a los otros.

Sa.— Yo veo que este convite es, dentro de nuestros medios, bien apañado; tenemos nueces, habas, higos, aceitunas, pastas, altramuces, restos de galletillas.

Est.— Para los esclavos es mejor moderarse en los gastos que no derrochar; a cada uno le va lo suyo: los que poseen grandes riquezas beben de escafias, de cántaros y batiocas[17]; nosotros, en cambio, de nuestras vasijas de Samos[18], pero beber, bebemos así y todo, así y todo hacemos lo nuestro con arreglo a nuestros medios.

---

[17] Son diversos tipos de vasos: el *scaphium,* en forma de bacía; el *cantharus,* un vaso de pie alto y con asas, propio del culto de Dioniso; la *batioca,* un vaso en forma de escudilla.

[18] La cerámica de Samos era de baja calidad y barata; cf. *Bacchides* 202, *Captivi* 291.

SA.— ¿A qué lado de nuestra amiga nos ponemos el uno y el otro?

EST.— Ponte tú en el sitio primero[19]. Y además, para que estés enterado, yo parto contigo en la siguiente forma: de dos campos de operaciones, escoge el que más te guste.

SA.— ¿De qué campos de operaciones se trata?

EST.— ¿Prefieres tú ejercer el mando sobre el dios de las fontanas o sobre Baco?

SA.— ¡Qué pregunta!, sobre Baco. Pero mientras que nuestra común amiga acaba de venir y mientras que se arregla, vamos a divertirnos nosotros. Yo te nombro presidente de nuestro festín.

EST.— Me hace gracia pensar cuánto más nos va a la moda de los cínicos cuando tenemos que sentarnos en los taburetes que no aquí en los divanes.

SA.— Sí, desde luego, aquí se esta mucho más a gusto. Pero, a ver, tú, el presidente, ¿por qué no circula entre tanto la copa? Mira a ver cuántas copas bebemos.

EST.— Tantas cuantos dedos tienes en la mano, como dice la copla esa griega: bebe cinco o tres, pero no cuatro.

SA.— *(Echa vino en la copa.)* A tu salud. Échale una décima parte de agua, si tienes cabeza. *(A los espectadores.)* A vuestra salud, a la nuestra, a la tuya, a la mía, y también a la de nuestra Estefanio!

EST.— ¡Venga, bebe ya, si es que vas a beber!

SA.— Descuida, que no me haré rogar.

EST.— Te juro que, con tal de que venga nuestra amiga, tenemos de todo; eso es lo único que nos falta y, nada más[20]. *(Echando el agua en la copa.)* Así, estupendo. *(Be-*

[19] Cf. nota a *Persa* 767.

[20] Los vv. 710-11 son atribuidos a un retractador por Langen y Leo.

biendo.) A tu salud *(le pasa la copa a Sangarino);* vino tienes tú.

SA.— No estarían mal unas tapas.

EST.— Si no te basta con lo que hay, otra cosa no tenemos. Toma el agua *(para que la mezcle con el vino).*

SA.— Tienes razón; me dan igual los bocados exquisitos. Bebe, tú, flautista; hale, venga, Hércules, esto te lo has de beber, no lo desprecies; ¿porqué te niegas a una cosa que estás viendo que no te queda otro remedio que hacer?, ¿por qué no bebes? Hale, manos a la obra, toma, digo, que no lo vas a pagar de lo tuyo[21], no te va a ti bien eso de darte apuro, quítate la flauta de la boca.

EST.— *(A Sangarino.)* Cuando haya bebido éste, o bebe la cantidad que yo he dicho o, si no, propón tú otra. No quiero que nos lo bebamos todo de una vez; no vamos luego a servir para nada, que es que a este paso se puede vaciar una garrafa en un instante.

SA.— *(Al flautista, que le devuelve la copa después de haber bebido.)* ¿Qué dices ahora? Aunque te hiciste rogar, parece que no te ha caído mal. Hale, ya que has bebido, ponte otra vez la flauta en los labios, infla deprisa los mofletes, como una serpiente furiosa. A ver, Estico, el que de los dos no se amolde a lo convenido será multado con una copa.

EST.— Nada más equitativo; las peticiones justas deben ser atendidas.

SA.— Venga, pues, fíjate bien; si cometes una falta, retendré al momento el contenido de la multa aquí dentro *(en la garrafa).*

EST.— Tienes toda la razón. Ten aquí esto por primera providencia *(empieza a bailar).* Esto sí que es una cosa con

[21] La interpretación de este texto es muy discutida.

salero, dos rivales que se llevan bien, que beben de la misma copa, que se reparten la amiga, ¡qué cosa tan notable!, yo soy tú, tú eres yo, somos una sola alma, los dos amamos a la misma amiga: cuando ella está conmigo, lo está también contigo; ninguno de los dos tiene celos del otro.

SA.— ¡Eh, tú, ya está bien, que se va a hartar el público! Ahora vamos a bailar otra cosa.

EST.— ¿Quieres que llamemos a nuestra amiga? Ella bailará.

SA.— De acuerdo.

EST.— *(Llamándola.)* Mi dulce, mi querida, mi encantadora Estefanio, sal aquí a reunirte con tus amores, ya estás bastante guapa.

SA.— Guapa no, sino guapísima.

EST.— Ponnos todavía más contentos de lo que estamos viniendo y siendo de la partida.

SA.— Estefanio querida, ven, los dos viajeros estamos ansiosos de ti, dulzura mía, ven, si es que te dice algo nuestro cariño, si es que no te parecemos mal ninguno de los dos.

ESCENA QUINTA

ESTEFANIO, ESTICO, SANGARINO

ESTE.— *(Saliendo de casa de Panfilipo.)* Dispuesta estoy a daros gusto, encantos míos. Bien sabe la dulce Venus que hace ya un rato que hubiera salido, si no fuera por ponerme guapa para vosotros. Es que las mujeres somos así: podemos estar todo lo bañadas, limpias, compuestas, adere-

zadas que se quiera, pues nunca nos encontraremos perfectas; mucho más fácil es para una cortesana el producir disgusto por su desgarbo que no encontrar aceptación a la larga aunque vaya bien compuesta[22].

EST.— ¡Qué forma tan encantadora de expresarse!

SA.— Ni que fuera la misma Venus la que habla por su boca.

EST.— ¡Sangarino!

SA.— ¿Qué hay?

EST.— Estoy todo dolorido.

SA.— ¿Bebido[23]? Tanto peor para ti.

ESTE.— ¿Al lado de cuál de los dos me pongo a la mesa?

SA.— ¿Al lado de cuál quieres ponerte?

ESTE.— Al lado de los dos, porque a los dos os quiero.

EST.— Mi peculio lo va a sentir, ¡ay de mí!

SA.— Veo que con este gasto se me escapa la posibilidad de comprarme la libertad.

ESTE.— Hale, dadme un sitio donde ponerme, si es que os gusto.

EST.— ¿Que si me gustas?

ESTE.— Yo quiero estar con los dos.

EST.— ¡Ay de mí, estoy más que perdido! A ver, Sangarino.

SA.— Qué quieres.

EST.— Los dioses me bendigan, Estefanio va a bailar hoy de todas todas. Anda, dulzura mía, baila, yo bailo también contigo.

SA.— Te juro que no me vas a dejar atrás de que sienta las mismas cosquillas.

---

[22] Cf. *Poenulus* 216 ss.

[23] En el texto latino se juega con un equívoco entre *totus* y *potus*.

ESTE.— Si es que he de bailar, entonces dad vosotros de beber al flautista.

EST.— Y también a nosotros.

SA.— ¡Ten, tú, flautista, bebe tú primero! Después, cuando te lo hayas echado al coleto, sigue como antes, empieza enseguida una canción voluptuosa, ligera y dulce que nos haga sentir cosquillas de pies a cabeza; *(a Estico)* echa aquí agua.

ESCENA SEXTA

SANGARINO, ESTICO

SA.— *(Al flautista.)* Ten tú esto, adentro con ello. Le ha gustado la bebida; ahora ya no se hace de rogar; ten tú *(a Estefanio);* encanto mío, dame un beso mientras el otro bebe.

EST.— ¿Besarse ahí de pie, amigo y amiga como las golfas callejeras? ¡Bravo, bravo así se hace, bien le está empleado al muy bandido, *(al ver que no consigue besarla).*

SA.— *(Al flautista.)* Hale, tú, infla esos mofletes, toca una melodía dulce, danos una canción nueva a cambio del vino viejo.

ESCENA SÉPTIMA

SANGARINO, ESTICO

SA.— *(Bailando.)* ¿Habrá bailador jonio ni danzarín maricón alguno que sepa danzar así como yo?

Est.— Si te quedas encima con ese paso[24], vamos a hacer la prueba con otro.

Sa.— Anda, haz esto, así.

Est.— Y tú esto.

Sa.— ¡Bravo!

Est.— ¡Bárbaro!

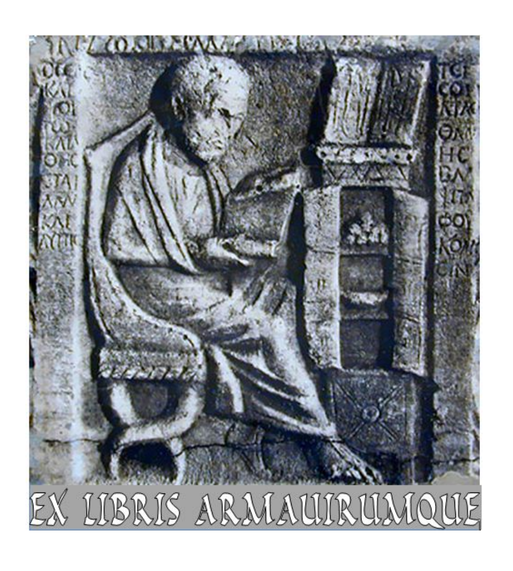
Sa.— ¡Fenómeno!

Est.— ¡Basta!

Sa.— Ahora los dos juntos. Desafío a todos los danzarines del mundo. No nos podemos quedar hartos de bailar, nos pasa lo mismo que a los hongos con la lluvia.

Est.— Vámonos dentro, que ya hemos bailado bastante por el vino que se nos ha dado. Espectadores, un aplauso y marchaos a casa a continuar la orgía.

[24] Paso de baile.



TRES MONEDAS

(Trinummus)

INTRODUCCIÓN

El motivo principal del *Trinummus* lo constituyen un tesoro escondido y la dote, aparte otras semejanzas de detalle con la *Aulularia.* A su partida para un viaje de negocios el viejo Cármides deja a su hija y a su hijo Lesbónico, así como su hacienda y un tesoro escondido en su casa, a cargo de su amigo Calicles. Entregado a una vida de disipación va dando Lesbónico fin a los bienes de su padre y llega hasta a poner en venta la propia casa que habita. Calicles sabe del tesoro que alberga la casa y se siente obligado a comprarla él mismo, por lo cual es criticado duramente en la ciudad, pero Megarónides, el portador de las hablillas, queda admirado de la lealtad de Calicles al enterarse de la verdad de las cosas. Entre tanto, Lisíteles, hijo del viejo Filtón, pide en matrimonio a la hija de Cármides y hermana de su amigo Lesbónico con la condición de que se le entregue sin dote, a lo que se niegan Lesbónico y Calicles. Megarónides aconseja contratar a un sicofanta, que hará como que trae cartas y dinero del propio Cármides para que sea dada la dote a su hija: así se evitaran críticas malévolas y no se dará que sospechar a Lesbónico sobre la existencia del tesoro, del que en realidad piensa Calicles tomar la cantidad necesaria para dotar a la muchacha. Precisamente a su vuelta a casa se en-

cuentra Cármides con el sicofanta contratado por Megarónides. Tras una escena de gran comicidad entre ambos le ponen al tanto a Cármides de todo lo ocurrido durante su ausencia, primero su esclavo Estásimo y luego Calicles. Por ultimo Cármides entrega a su hija a Lisíteles, naturalmente con dote, mientras que Lesbónico recibe por esposa a la hija de Calicles.

El *Trinummus* es una pieza se puede decir desconcertante, en el panorama de las comedias plautinas llegadas hasta nosotros. Desde luego que no falta en el teatro de Plauto el tono moralizante y el poeta mismo reflexiona sobre ello cuando hace decir por ejemplo a Gripo, el pescador de *Rudens* (vv. 1249 ss.) que la gente después de haber aplaudido en el teatro los sabios consejos allí recibidos, no se les pasa por las mientes el llevarlos a la practica una vez que están de vuelta en casa, y también en el prólogo de *Los Cautivos* (vv. 56 s.) se advierte al publico sobre la moralidad de la pieza. Así y todo es el *Trinummus* la única comedia en la que un problema ético, centrado en la desmoralización de las costumbres, se convierte en la tesis de la misma, ya desde el prólogo expuesto por dos figuras alegóricas, la Disipación y la Miseria. ¿Es verosímil que tuviera éxito la obra, que aceptara el publico las largas tiradas moralizantes que en boca de varios de los personajes se repiten a lo largo de la pieza? —seguro parece que estos rasgos nos ofrecen un indicio sobre la situación de la sociedad romana de la época en la que fue representada la obra. Por lo demás es verdad que no faltan tampoco algunos de los típicos e insuperables componentes de las comedias plautinas —el dialogo de los vv. 729-819 entre los *senes* Megarónides y Calicles y la escena con Cármides y el sicofanta (vv. 843-997).

El modelo griego es, según se nos dice en el prólogo, El tesoro de Filemón (cf. Introducción al *Mercator,* pág. 21. La

fecha se ha deducido (Ritschl) de la alusión del v. 990 a los nuevos ediles, que tomaban posesión de su cargo en los idus de marzo, lo que haría suponer que el *Trinummus* fuera representado en unos juegos de fecha próxima, o sea, los *ludi Megalenses,* que se celebraban en abril; representaciones dramáticas en estos festivales fueron ofrecidas por primera vez en el 194 antes de nuestra era, de modo que el *Trinummus* tendría entonces que ser fechado posteriormente, perteneciendo así a la época media o última de la actividad poética de Plauto.

La imitación mas conocida del *Trinummus* es *Der Schatz* (1750) de G. E. Lessing.

ARGUMENTO

A su marcha al extranjero confía Cármides a su amigo Calicles un tesoro escondido y toda su hacienda. En su ausencia, da su hijo al traste con todos sus bienes; hasta llega a vender la propia casa, que es comprada por Calicles. La hermana del joven es pedida en matrimonio sin dote. Para no dar Calicles ocasión a las malas lenguas si le da él la dote, encarga a uno que diga que trae oro de parte del padre. Al llegar delante de la casa, Cármides, que acaba de volver de su viaje, se burla de él. Al final se casan sus dos hijos.

PERSONAJES

La disipación y la Miseria, Prólogo.
Megarónides, viejo.
Calicles, viejo.
Lisíteles, joven.
Filtón, viejo, padre de Lisíteles.
Lesbónico, joven.
Estásimo, esclavo de Lesbónico.
Cármides, viejo, padre de Lesbónico.
Un sicofanta.

La acción transcurre en Atenas.

PRÓLOGO

La Disipación, la Miseria

Di.— Ven por aquí conmigo, hija, para que cumplas con tu cometido.

Mi.— Voy, pero no le veo término a este camino.

Di.— Aquí. Mira, esa casa es, entra *(la Miseria entra)*. Ahora, para que ninguno de los presentes se pierda, os voy a poner en camino brevemente, si prometéis estarme atentos. En primer lugar os diré quién soy yo y quién es la que acaba de entrar en esa casa, si me prestáis atención. Plauto ha sido quien me ha puesto el nombre de Disipación, y aquí a mi hija la llamó Miseria. Pero ahora quiero que os enteréis de por qué le he dado orden de entrar en esa casa, prestadme oído mientras os lo explico. Hay un cierto joven que vive ahí en esa casa, el cual con mi colaboración ha dado al traste con los bienes de su padre. Yo, luego que veo que no le queda nada para alimentarme, le he dado a mi hija para que pase la vida con ella. Pero el argumento de la comedia no esperéis que os lo diga yo; los dos viejos que van a salir ahora os lo harán saber. Esta comedia se titula en griego *El*

tesoro y es obra de Filemón; Plauto la tradujo al latín y la nombró *Trinummus*, o sea «Tresmonedas», y os pide que permitáis que se quede con este nombre. Y nada más. A pasarlo bien, prestad atención y guardad silencio.

ACTO I

ESCENA PRIMERA

MEGARÓNIDES

El tener que reprender a un amigo por haberse hecho culpable de alguna falta es una tarea muy desagradable, pero útil y provechosa en esta vida. En efecto, tengo yo la intención de reprender a un amigo, por una falta, y bien a desgana que lo hago, pero mis sentimientos de lealtad así y todo me inducen a ello. Y es que las buenas costumbres están atacadas de un grave mal y están a punto de fenecer y, mientras que ellas enferman, las malas han proliferado como hierba bien regada, y la realidad es que hoy en día no hay nada tan extendido como las malas costumbres, o sea que es posible cosecharlas en abundancia: aquí hay mucha gente que aprecia más el favor de unos pocos que no lo que es de provecho para la mayoría, y así sucede que el favoritismo se impone al bien común, el favoritismo, que no es frecuentemente más que un incordio y un motivo de descontento y no hace más que impedir el buen curso de los asuntos privados y de los públicos.

ESCENA SEGUNDA

CALICLES, MEGARÓNIDES

CA.— *(Saliendo de casa de Lesbónico y hablando con su mujer, que está dentro.)* Yo quiero que se haga a nuestro Lar la ofrenda de una corona; tú, querida, hazle una oración pidiéndole que nos conceda habitar aquí con bienestar, felicidad, prosperidad y suerte... *(aparte)* y que me sea dado verte difunta lo más pronto posible.

ME.— *(Al público.)* Éste es el que a su edad se porta como un chiquillo y quien se ha hecho reo de una culpa digna de corrección. Voy a hablarle.

CA.— ¿De quién es la voz que suena junto a mí?

ME.— De uno que te quiere bien, si es que te conduces según lo que yo espero de ti, y, en caso contrario, de uno que no quiere tu amistad y está airado contigo.

CA.— ¡Oh, salud, mi querido amigo, mi viejo camarada!, ¿cómo estás, Megarónides?

ME.— ¡Salud, Calicles!

CA.— ¿Estás bien? ¿qué tal te ha ido?

ME.— Estoy bien, pero he estado mejor.

CA.— Y tu mujer ¿qué tal?, ¿cómo ésta?

ME.— Mejor de lo que yo quisiera.

CA.— ¡Hércules!, hay que estar contento de que tenga salud y la conserves.

ME.— Hércules, yo creo que es que tú te alegras con mis males.

CA.— Yo deseo para mis amigos todo aquello de lo que yo disfruto.

ME.— Oye, y ¿tu mujer cómo está?

CA.— Mi mujer es inmortal; vive y aún tiene que vivir mucho.

ME.— Hércules, no está mal la noticia y les pido a los dioses que te concedan la gracia de que te sobreviva.

CA.— ¡Hércules!, con tal de que fuera contigo con quien estuviera casada, estoy totalmente de acuerdo.

ME.— ¿Quieres que hagamos un intercambio, que yo me quede con tu mujer y tú con la mía? Yo te aseguro que no me ibas a engañar ni un tanto así.

CA.— Desde luego, y tú, en cambio, me ibas a pescar como a un incauto, ¿verdad?

ME.— Te juro que ibas a ver cómo no sabías con lo que habías cargado.

CA.— Tú lo quisiste, tú te lo ten; más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer, porque yo, si tomara ahora a una mujer que no conociera, no sabría cuáles iban a ser las consecuencias.

ME.— Verdaderamente quien vive bien, vive más largo. Pero atiéndeme y vamos a dejarmos de bromas, porque yo vengo aquí a verte a cosa hecha.

CA.— ¿A qué es a lo que vienes?

ME.— A hacerte muchos y muy duros reproches.

CA.— ¿A mí?

ME.— ¿Es que hay aquí acaso otra persona aparte de ti?

CA.— No.

ME.— Entonces ¿por qué me preguntas si es a ti a quien quiero echar una reprimenda? Como no sea que pienses que me la voy a echar a mí mismo. En efecto, si cojean de algún mal tus cualidades de siempre, [si es que quieres hacer violencia a tu natural con nuevas costumbres] o si las costumbres de hoy en día hacen cambiar tu modo de ser y no conservas las antiguas, sino que coges las nuevas, harás caer

sobre todos tus amigos un grave mal, de tal modo que enfermarán sólo de verte y de oírte.

Ca.— ¿Cómo se te ocurre decirme tales cosas?

Me.— Pues porque todas las personas de bien, tanto hombres como mujeres deben de cuidarse de alejar de sí toda sospecha y toda culpa.

Ca.— Cosas que son imposibles las dos al mismo tiempo.

Me.— ¿Por qué?

Ca.— ¿Que por qué, dices? Para no caer en culpa soy yo el que administra los impulsos de mi corazón, pero la sospecha no depende de mí, sino de los demás, que si a mí me diera por sospechar que le habías robado en el Capitolio la corona a la estatua de Júpiter que está en lo alto del frontón, aunque no lo hayas hecho, si a mí a pesar de todo me da por sospecharlo, ¿cómo puedes impedir que lo sospeche? Pero a ver, que sepa qué asunto es ése que dices.

Me.— ¿Tienes tú algún amigo o alguien de tu casa que tenga buena vista?

Ca.— Te lo voy a decir sin rebozos: hay gentes de los que sé que son amigos, hay de quienes creo que lo son, hay también algunos de los que no me es posible saber si por su manera de ser y de comportarse los tengo que contar entre los amigos o entre los enemigos, pero por lo que se refiere a ti, tú eres para mí el amigo más seguro entre los seguros. O sea que, si tienes la impresión de que yo he cometido algún desacierto o alguna mala acción y no me reprendes, eres tú el que te mereces que te hagan reproches.

Me.— Lo sé, y si fuera por otro motivo por el que he venido a verte, tendrías toda la razón.

Ca.— A ver, soy todo oídos.

Me.— Por primera providencia: se habla en los corrillos mal de ti; la gente dice que eres un avaricioso sin escrúpu-

los, hay también quien te califica de buitre: te da igual que sea un extranjero o un compatriota a quien te engulles. Y yo, pues es que lo siento de verdad cuando escucho estas hablillas en contra de ti.

CA.— Pues mira, Megarónides, eso está en mi mano el evitarlo y no lo está: que hablen, eso no puedo evitarlo; que hablen con motivo, eso sí que puedo.

ME.— ¿No tuviste tú aquí en esta casa un amigo, Cármides?

CA.— Lo tuve y lo tengo. Para que me creas que es así como digo, te doy los hechos de garantía: es que después que el hijo dio al traste con toda su hacienda, al encontrarse él reducido a la miseria teniendo una hija casadera, que además era huérfana de madre (que la mujer había muerto), pues a punto de marchar él a Seleucia me encomendó a su hija, toda su hacienda y al calavera de su hijo. Mi opinión es que no me habría hecho confianza de todo lo que acabo de decir si no fuera amigo mío.

ME.— Bueno, y entonces tú a ese joven por qué no le corriges, por qué no le haces volver al buen camino al verle hecho un calavera, después de haberte sido encomendado por su padre a tu lealtad y tu fidelidad. Yo creo que te estaría un poco mejor el ocuparte de intentar corregir la conducta de otro que no el hacerte tú culpable de la misma vergüenza y añadir tu culpa a la ajena.

CA.— Pero ¿se puede saber qué es lo que he hecho?

ME.— Lo que una mala persona.

CA.— No es ésa mi forma de ser.

ME.— ¿Es que no le has comprado al joven esta casa —ahora te callas, ¿no?— en la que vives ahora?

CA.— Sí, y le he entregado al joven el dinero en mano, cuarenta minas.

ME.— ¿Que le has entregado el dinero?

CA.— Sí, y no me arrepiento de ello.

ME.— ¡Ay, el joven ha sido encomendado a un hombre sin conciencia! ¿No te das cuenta que al obrar así le has entregado la espada para que se diera muerte? Porque ¿qué otra cosa es o qué diferencia hay entre eso y entregarle en mano dinero a un joven enamorado, que no sabe contenerse, para qué, sino para que así tuviera medios para seguir hasta el fin en el camino de su desidia?

CA.— ¿No hubiera yo debido entregarle el dinero?

ME.— No se lo debías haber entregado ni debías haberte metido con él jamás en asuntos de compras y ventas, ni haberle proporcionado medios para depravarse aún más de lo que estaba. ¿Es que acaso no has embaucado a quien te había sido encomendado, y al que te lo había encomendado le has echado fuera de su casa? ¡Verdaderamente bonito encargo y famosa manera de darle cumplimiento! No, sino coge y encárgale aquí a éste una tutela, que no va a sacar de ello sino propio provecho.

CA.— Megarónides, me acorralas con tus injurias en forma tan inesperada, que no me queda sino descubrirte un secreto que ha sido confiado a mi discreción, mi buena fe y mi lealtad con la condición de que no se lo comunicara a nadie.

ME.— Lo que me confíes a mí no se moverá de allí donde lo has dejado.

CA.— Echa una mirada alrededor, no sea que haya por aquí alguien que nos escuche, y, por favor, mira luego también de cuando en cuando.

ME.— Venga, habla, soy todo oídos.

CA.— Calla, pues, que pueda hablar. Cármides me indicó, cuando estaba a punto de marchar al extranjero, el lugar donde aquí en esta casa había escondido un tesoro, aquí en una de las habitaciones… Pero echa una mirada.

ME.— Que no hay nadie, hombre.

CA.— ...unos tres mil filipos de oro; los dos a solas, con lágrimas en los ojos, me suplicó en nombre de la amistad y de la fidelidad que no se lo confiara a su hijo ni a nadie a partir del cual pudiera cundir la noticia hasta él; o sea que si él vuelve con vida a la patria, le entregaré lo que es suyo..., si acaso le ocurriera algo, al menos tengo de dónde dar la dote a su hija, que me ha sido encomendada, de modo que pueda casarla como ella se merece.

ME.— ¡Dioses inmortales! En pocas palabras qué pronto has hecho de mi otro hombre, no soy el mismo que cuando vine a hablar contigo! Pero continúa con lo que ibas diciendo.

CA.— ¿Qué quieres que te diga de cómo el calavera del hijo por poco da al traste con la prudencia de su padre, con mi fidelidad y con todo lo que había sido mantenido en secreto?

ME.— Pero ¿cómo?

CA.— Pues porque, mientras que yo estaba en el campo durante seis días, en mi ausencia y sin que yo supiera nada ni consultármelo, va y pone un anuncio de que se vende la casa.

ME.— Nada, que sintió aún más hambre nuestro lobo, abrió todavía más sus fauces, estuvo observando hasta que durmieran los perros: su intención era llevarse el rebaño entero.

CA.— Y te juro que lo habría hecho si no se hubiera percatado a tiempo este perro que aquí ves. Pero ahora quiero yo a mi vez hacerte a ti una pregunta: ¿en qué forma habría sido mi deber actuar? Dime: ¿es que hubiera debido acaso darle cuenta de lo del tesoro en contra de lo que su padre me había suplicado, o debía de haber consentido que pasara la casa a manos de otro dueño?, ¿iba entonces el dinero ese a ser propiedad del comprador? Por eso la compré

yo mejor y entregué su precio a causa del tesoro, para poder restituírselo íntegro a mi amigo. Yo no he comprado esta casa para mí ni para uso propio; lo que he hecho es rescatársela a mi amigo, con dinero propio la he pagado. Esto es lo que hay; bien o mal hecho, yo asumo mi responsabilidad, Megarónides. Para que veas, ése es mi mal comportamiento, ésa mi avaricia, éstos son los hechos por lo que se me critica.

ME.— *¡Stop!*[1], venciste a tu acusador; me has tapado la boca, no tengo nada que responder.

CA.— Ahora te ruego que me ayudes con tu colaboración y tu consejo y que compartas conmigo mi campo de operaciones.

ME.— Yo te prometo mi ayuda.

CA.— ¿Dónde estarás entonces luego?

ME.— En casa.

CA.— ¿Algo más?

ME.— Sí, que no olvides mantenerte fiel.

CA.— Eso por descontado.

ME.— Pero oye, tú.

CA.— Qué.

ME.— ¿Dónde vive ahora el muchacho?

CA.— Se ha reservado él una pequeña vivienda en la parte trasera de la casa.

ME.— Eso es lo que quería saber. Ya puedes marcharte. Pero oye, ¿y la hermana?, ella vive en tu casa, ¿no?

CA.— Así es, y me ocupo de ella igual que de mi hija.

ME.— Muy bien.

CA.— ¿Tienes todavía alguna otra pregunta que hacerme antes de que me vaya?

ME.— Qué te vaya bien. *(Calicles se va.)* De verdad que no hay nada más necio, ni más majadero, ni más embustero,

[1] En griego en el original.

ni más charlatán, ni más descarado, ni más perjuro que esos tipos que se llevan el día entero en la ciudad, esos a los que llaman correveidiles. Y además, que me he puesto yo a la altura de ellos por haber prestado oídos a sus inventos; se las dan de que lo saben todo: nada es lo que saben; ellos están al tanto de lo que cada cual trae o va a traer entre manos, de lo que el rey le ha dicho al oído a la reina, de las conversaciones de Juno con Júpiter; lo que ni va a ser ni es, ellos a pesar de todo, lo saben. Un comino les importa si alaban o vituperan con razón o sin ella al que les parezca, con tal de saber lo que les interesa. Todo el mundo decía que Calicles era un ciudadano indigno de nosotros y un indeseable porque se había apoderado de los bienes del joven este, y yo, dejándome llevar de las hablillas de esos chismosos, me lancé sin tener idea a reprender a un amigo inocente. Se debía de investigar la fuente de donde sacan y repiten lo que han oído, y de no esclarecerse, debía de imponérseles a los chismosos una multa y un castigo. Si así se hiciera, sería una ventaja para todos, y ya verías como había entonces pocos que supieran lo que no saben y pondrían punto en boca para no hablar tanta necedad.

ACTO II

ESCENA PRIMERA

LISÍTELES

Muchas son las cosas a las que les doy vueltas en mi interior y mucho el dolor que al pensar en ellas siento. Yo

mismo me martirizo, me consumo, me agoto. Mis propios
pensamientos hacen conmigo el oficio de entrenador. Y es
que hay una cosa que no la veo clara y a la que no acabo de
darle una solución: ¿a cuál de entre dos caminos debo dirigir
mis impulsos, cuál de los dos consideraré más seguro para
conducir mi vida?, ¿qué es mejor, dedicarse al amor o a los 230
intereses económicos?, ¿en cuál de estas dos alternativas
hay más posibilidad de goce en la vida? No lo veo claro;
como no sea, digo yo, que haga de la siguiente manera: que
confronte una cosa con la otra, siendo al mismo tiempo juez
y reo con respecto a ellas. Decidido. Eso es lo que voy a ha- 235
cer. En primer lugar voy a exponer las mañas de las artes
del Amor. El Amor no se molesta en intentar coger en sus
redes sino a los hombres apasionados; a ellos es a los que
busca y persigue: ladino en sus halagos, ruinoso en sus con- 238a
sejos, zalamero en sus palabras, rapaz, mentiroso, glotón,
avaricioso, refinado, especialista en pillaje, zalamero co- 240-41
rruptor de quienes se aventuran por lugares sospechosos, él
sin blanca y a la caza de dineros encubiertos. Porque quien
ama de verdad lo que ama, en cuanto que es herido por las
saetas de los besos, el dinero empieza a correr, a diluirse: 243-44
«Dame esto, dulzura mía, si es que me amas, ¿quieres?» En- 245-46
tonces el palomino del otro: «Desde luego, mi vida, no sólo
eso, sino todo lo que quieras». Entonces ella, atado ya el 247-48
otro de pies y manos, renueva sus golpes: venga a pedir y
pedir. Y por si esto fuera poco, encima la bebida, la comida, 250
los lujos. Si se le da una noche, se trae consigo la casa en
pleno: la doncella, el masajista, el que guarda las joyas, las
que llevan los abanicos, las sandalias, las cantantes, las por-
tadoras de los cofres, los que traen y llevan los mensajes,
puestos todos a desvalijar la panera y la despensa y él mis- 255
mo, por ser condescendiente con ellos, queda convertido en
un enamorado reducido a la miseria. Cuando reflexiono

en mi interior sobre todo esto y pienso lo poco que vale el
desposeído: afuera, Amor, no me gustas, no quiero nada con-
260 tigo. Dulce es la bebida, los convites, pero el Amor trae tam-
261-62 bién consigo amarguras y no poca cantidad de disgustos: el
enamorado evita el foro, rehúye a sus parientes, evita hasta
263-64 su mirada; nadie quiere pasar por su amigo. Por miles de
265 motivos debe ser el Amor ignorado y alejado de sí, mante-
nido a distancia, que quien cae en sus manos muere de una
muerte peor que despeñado. ¡Afuera, Amor, para ti lo tuyo,
no quiero tenerte nunca por amigo! otros hay a los que pue-
des hacer desgraciados y no dejarlos vivir, aquellos a los
270 que ya hiciste tus esclavos. Decidido estoy a ser un hombre
de provecho, sea lo que sea el esfuerzo que ello me cueste.
Los buenos se granjean los siguientes bienes: riquezas, cré-
273-74 dito, honor, gloria e influencia: esta es la recompensa del
275 bien obrar. Por eso me atrae a mí más el tratar con gente
honrada que no con personas indeseables y palabreras.

ESCENA SEGUNDA

FILTÓN , LISÍTELES

FI.— *(Sin ver a Lisíteles.)* ¿A dónde se ha metido éste al
salir de casa?
277-78 LI.— Aquí estoy a tus órdenes, padre, ni es mi intención
hacerte esperar ni esconderme en parte alguna ante tu vista.
FI.— No harás sino portarte como por lo demás acos-
280 tumbras al honrar a tu padre con el respeto debido. No quie-
ro, hijo mío, que te mezcles en conversaciones de ninguna
clase con hombres de mala vida ni en la calle ni en el foro;

yo me conozco muy bien las costumbres de nuestro tiempo: los malos quieren que los buenos también lo sean, para que se igualen así con ellos; las malas costumbres lo ponen todo 285
en desorden y confusión; las gentes rapaces, avariciosas, envidiosas, hacen de lo sagrado profano, de lo público privado, esa raza dispuesta a tragarse lo que sea. Esto es lo que me apena, esto lo que me atormenta, esto lo que te pregono día y noche que procures evitar. Sólo a lo que no alcanzan a tocar sus manos, de eso es lo único de lo que consideran que deben abstenerse; por lo demás, dedícate al pillaje, al robo, 289-90
escápate, escóndete... las lágrimas se me saltan cuando lo veo, de pensar que me haya tocado vivir hasta la generación actual: ¡ay, por qué no haber pasado ya con antelación a mejor vida! Sí, que la gente de ahora mucho alabar las costumbres de los antepasados, pero lo mismo que las alaban las manchan con su proceder. Lo que es de tales modales te 293-94
hago gracia, no quiero que los sigas ni que te mentalices en tal sentido; vive, hijo, más bien a mi estilo y con arreglo a 295-96
las costumbres antiguas, sigue los preceptos de tu padre. Yo 297-98
no quiero saber nada de esas costumbres turbias, dudosas, con las que los buenos se deshonran. Si haces tuyos estos 299-300
mis preceptos, muchos serán los bienes que tomarán asiento en tu corazón.

Li.— Yo, padre, he sido siempre esclavo de tus órdenes y tus preceptos desde mi primera juventud hasta ahora. Por naturaleza me he tenido por libre, pero por lo que se refiere a tu autoridad paterna, he considerado siempre justo que mis inclinaciones fueran esclavas de tus órdenes.

Fi.— Todos los hombres sostienen desde el comienzo 305
de su vida una lucha con los propios impulsos, ante el dilema de si prefieren portarse en la forma a la que sus inclinaciones les inducen o más bien tal como sus padres y parientes lo desearían. Si el hombre cede ante los propios impulsos,

está perdido: sirve a sus deseos, no a sí mismo. Si es él el que obtiene la preponderancia sobre sus inclinaciones, gozará mientras viva de la fama de haber ganado la victoria de las victorias. Si tú vences a tus pasiones en lugar de dejarte vencer por ellas, tienes realmente un motivo de satisfacción y alegría. Es infinitamente mejor que seas como debes ser que no como sería el deseo de tus pasiones; los que vencen sus inclinaciones gozarán siempre de una mejor reputación que no los que de ellas son vencidos.

Li.— Yo, padre, siempre he tenido eso que dices como escudo y protección de mi vida; yo me he esforzado siempre por evitar meterme en lugares donde hubiera reuniones perniciosas o irme por ahí de noche, de no quitar a nadie lo suyo y de no causarte a ti aflicción de ninguna clase; por obra de mi disciplina han sido mantenidos siempre en orden tus preceptos.

Fi.— ¿Y por qué me lo echas en cara?, el provecho de tus buenas obras vas a ser tú, no yo, el que lo reciba. Yo, de todos modo, tengo ya casi pasada la vida, para ti es para quien es todo esto de interés. Bueno es aquel a quien le parecen poco su bondad y sus virtudes. Quien está convencido de sí mismo no es bueno ni virtuoso; el que se tiene en poco a sí mismo, ése es el que tiene cualidades para ser un hombre de provecho; cubre tus buenas obras con la protección de otras nuevas, para que no se vengan abajo con la lluvia.

Li.— Yo, padre, es que te he hablado en esta forma porque tengo una petición que hacerte.

Fi.— ¿De qué se trata? No estoy deseando ya sino complacerte.

Li.— Yo querría, si tú no tienes nada en contra, hacerle un servicio a un amigo y camarada mío, un joven de muy buena familia, que ha manejado su hacienda en forma poco prudente y considerada.

Fi.— ¿Con tu dinero?

Li.— Sí, con mi dinero, porque lo que es tuyo es también mío, y todo lo que es mío es así mismo tuyo.

Fi.— ¿Y qué es lo que pasa?, ¿está arruinado?

Li.— Así es.

Fi.— ¿Era adinerado?

Li.— Lo era.

Fi.— ¿Y cómo ha perdido su hacienda?, ¿estaba dedicado a los asuntos públicos o hacía comercio por mar?, ¿se dedicaba a los negocios o al tráfico de esclavos, y perdió así sus bienes?

Li.— Nada de lo que dices.

Fi.— ¿El qué entonces?

Li.— Te aseguro que por ser demasiado condescendiente con los demás, padre; y, aparte de eso, dilapidó también algo dejándose llevar de sus pasiones en una vida de placer.

Fi.— Verdaderamente, una recomendación preliminar bien amigable, un sujeto que ha dado al traste con su hacienda y está en la miseria pero en ningún caso por motivos honorables. No tengo interés ninguno en que sea amigo tuyo un individuo de tales cualidades.

Li.— Pero es que él no es de ninguna manera una mala persona, y por eso quiero ver de aliviar su miseria.

Fi.— Quien da de comer y beber aun mendigo no le hace favor alguno, que pierde lo que le da y además le alarga la miserable vida que arrastra. Y esto no lo digo porque no quisiera cumplir tus deseos y lo hiciera con gusto, sólo que al decir lo que he dicho en general, te doy una lección para que aprendas a compadecerte de los demás de tal forma que no tengan los demás que compadecerse de ti.

Li.— Me da apuro abandonarlo y no prestarle ayuda en la desgracia.

Fi.— Más vale que sientas ahora apuro que no que tengas que sentir luego arrepentimiento.

Li.— Realmente, padre, yo diría que, gracias a los dioses, a nuestros antepasados y a ti, tenemos cuantiosas y bien adquiridas riquezas, de modo que no te arrepentirías tanto de haber ayudado a un amigo como más bien te daría vergüenza de no haberlo hecho.

Fi.— Si tomas una cierta cantidad de un capital, aunque sea grande, ¿qué pasa, se aumenta el capital o se disminuye?

Li.— Se disminuye, padre; pero ¿no sabes acaso lo que se les suele cantar a las personas no serviciales? «Ojalá no tuvieras lo que tienes y tuvieras el mal que no tienes, que no sabes ni disfrutar tú mismo de lo que posees ni dejar disfrutar a los demás».

Fi.— Bien sé que así es, pero, hijo mío, no servicial[2] es el que no tiene para poder cumplir con las obligaciones de su servicio al Estado en el cargo que sea.

Li.— Gracias a los dioses, tenemos lo suficiente para nosotros y para prestar ayuda a nuestros amigos, padre.

Fi.— Yo no soy capaz de negarme sin más ni más a tus deseos, sea lo que sea lo que quieras: ¿quién es ese al que quieres aliviar en su miseria? Habla con toda confianza a tu padre.

Li.— Lesbónico, el de Cármides, el joven este que vive ahí en esa casa.

Fi.— ¿Ese que se ha comido todo lo que tenía y lo que no tenía?

Li.— No le hagas reproches, padre; hay muchas cosas que le suceden a uno de grado o por fuerza.

---

[2] El texto latino utiliza un juego de palabras entre el sentido del término *inmunis* en el v. 350 en el sentido de «no servicial», a partir de *munus* «dadiva», y en la respuesta de Filtón, donde se toma *munus* en el sentido de «cargo público».

FI.— Tú mientes ahora, hijo, y tú no acostumbras a ello. Porque verdad es que el hombre sabio es el artífice del propio destino; a él no le sucede nada por fuerza, a no ser que sea un artífice de baja categoría.

LI.— Quien quiera ser un buen artífice de su vida necesita una gran experiencia en su arte, y él es todavía muy joven.

FI.— La sabiduría no es cosa de la edad, sino algo que se lleva dentro; para el sabio, los años son un condimento, el sabio es el alimento a condimentar por los años. Pero dime entonces: ¿qué es lo que quieres darle?

LI.— Nada, padre; sólo quiero que no me impidas tú el aceptar lo que él vaya a darme a mí.

FI.— ¿Acaso le vas a aliviar su pobreza recibiendo algo de él?

LI.— Exacto, padre.

FI.— Explícame cómo es posible eso.

LI.— Vale. ¿Conoces tú a su familia?

FI.— Claro, se trata de una familia excelente.

LI.— Él tiene una hermana ya mayor soltera: yo quiero casarme con ella sin recibir dote, padre.

FI.— ¿Una mujer sin dote?

LI.— Sí, una mujer sin dote; así, sin perjuicio ninguno para ti, él te quedará sumamente agradecido y, por otra parte, no podrás ayudarle en una forma más a propósito.

FI.— ¿Y voy yo a tolerar que te cases con una mujer sin dote?

LI.— No queda otra solución que tolerarlo; y de esa forma añadirás un simpático rasgo a la reputación de nuestra familia.

FI.— Yo podría decir ahora muchas sentencias sabias y disertar todo lo largo que quieras, que son ya muchas las cosas que llevo vistas en mi larga vida, pero como veo que lo

que vas a ganar para nuestra familia es amistad y motivos de agradecimiento, aunque te he puesto inconvenientes, estoy de tu parte: te doy mi consentimiento, pídela, cásate con ella.

LI.— ¡Los dioses te me guarden! Pero añade a este favor todavía otra cosa.

FI.— ¿Qué otra cosa?

LI.— Yo te lo diré: que seas tú el que vaya a él, que arregles tú este asunto, que la pidas tú.

FI.— ¡Ahí tienes!

LI.— Tu llegarás a un acuerdo mucho mas rápidamente; lo que tu hayas pactado será todo cosa hecha; una sola palabra tuya tendrá más peso que cien mías.

FI.— He aquí lo que me ha caído en suerte por ser demasiado complaciente: ¡Un problema! Se darán los pasos necesarios.

LI.— Eres un padre encantador. Ésta es la casa, aquí vive; se llama Lesbónico. Anda, ocúpate de este asunto; yo te espero en casa.

ESCENA TERCERA

FILTÓN

En realidad, no me parece a mí que esto esté demasiado bien ni que sea una cosa pertinente; pero a fin de cuentas, podía ser todavía mucho peor. Y, además que me tranquiliza y me consuela, que quien toma decisiones teniendo sólo en cuenta la propia opinión en contra de su hijo no hace más que pasar penas y no conseguir nada, sólo buscarse un in-

vierno más duro para su vejez al levantar una intempestiva tormenta. Pero se abre la puerta de la casa a donde iba; mira con qué oportunidad sale ahí Lesbónico con su esclavo.

ESCENA CUARTA

LESBÓNICO, ESTÁSIMO, FILTÓN

LE.— No hace aún quince días que recibiste de Calicles cuarenta minas por la casa ¿no es así como digo, Estásimo?

EST.— Si bien lo pienso, me parece recordar que ha sido así como dices.

LE.— ¿Y a dónde ha ido a parar el dinero?

EST.— El dinero está comido y bebido; ungido y bañado en las termas; el pescadero, el panadero, los carniceros, los cocineros, los verduleros, los perfumistas, los pajareros se lo han llevado; el dinero es una cosa que desaparece muy rápido: Hércules, tal como si le echas semilla de amapola a las hormigas, así se lo llevan de rápido en todas direcciones.

LE.— ¡Hércules!, en toda esa enumeración que has hecho no se han gastado, seguro, ni seis minas.

EST.— ¿Y lo que diste a las fulanas?

LE.— Eso lo pongo en la misma cuenta.

EST.— ¿Y lo que yo te he sisado?

LE.— ¡Ves, ése es el puesto de mayor consideración!

EST.— Pues es que si lo gastas, es imposible que aparezca, a no ser que creas que tu dinero es inmortal.

FI.— *(Aparte.)* Demasiado tarde y de una manera necia se pone ahora a echar cuentas, después que ha devorado su hacienda, en lugar de haber andado antes con cuidado.

Le.— Pero, así y todo, yo no veo claras las cuentas del dinero.

Est.— ¡Hércules, que si están claras las cuentas! El dinero es lo que no se ve por parte ninguna. ¿Tú has recibido cuarenta minas de Calicles y él ha recibido la casa en propiedad?

Le.— Exacto.

Fi.— *(Aparte.)* Me parece que aquí nuestro futuro pariente ha vendido la casa; cuando el padre vuelva de su viaje, va a tener que quedarse a la puerta de la ciudad[3], como no sea que encuentre un sitio, como el resto de sus bienes, en el estómago del hijo.

Est.— ¿Le has devuelto ya al banquero Olímpico las mil dracmas que se le debían de tu cuenta? digo aquellas que se te exigían por la garantía aquella que diste.

Le.— Sí, esas de las que había yo salido fiador.

Est.— ¿Fiador? Di más bien pagador en lugar del joven ese que decías que era tan rico.

Le.— Así es.

Est.— Sí, que el dinero ese está perdido.

Le.— Eso también es verdad; pero es que vi las penas que estaba pasando y me dio pena de él.

Est.— De los demás te da pena, y de ti, ni pena ni vergüenza.

Fi.— Ahora es el momento de abordarle.

Le.— ¿No es Filtón ese que viene ahí? Hércules, él es en persona.

Est.— Verdaderamente que me gustaría que fuera esclavo mío, él con todo su peculio.

Fi.— Filtón saluda muy cordialmente a Lesbónico, el amo, y a su esclavo Estásimo.

---

[3] Donde solían ponerse los mendigos.

LE.— Los dioses colmen todos tus deseos, Filtón. ¿Qué tal tu hijo?

FI.— Deseándote toda clase de venturas.

LE.— Entonces estamos a la recíproca.

EST.— Eso de desear venturas es una cosa bien inútil si no va acompañada de los correspondientes hechos. Yo también deseo ser libre... pero en vano; si éste *(Lesbónico)* pretendiera ser una persona como es debido pretendería lo imposible.

FI.— Vengo de parte de mi hijo para concertar entre nosotros una alianza de parentesco y amistad: Lisíteles quiere tomar a tu hermana por esposa; yo estoy de acuerdo con su decisión y comparto sus deseos.

LE.— Filtón, no es así como yo te conozco: tú, en medio de la prosperidad, te burlas de mi desgracia.

FI.— Yo hablo de hombre a hombre; te juro por Júpiter que ni vengo a burlarme de ti ni me parecería justa semejante conducta. Como te acabo de decir, mi hijo me ha rogado que te pida en su nombre a tu hermana en matrimonio.

LE.— Mi deber es reconocer la situación en que me encuentro: nuestro rango no es igual al vuestro; buscaos otra familia con quien emparentar.

EST.— ¿Pero estarás en tu sano juicio para rechazar un partido semejante? Que me parece a mí que aquí has encontrado un amigo que realmente te puede prestar ayuda.

LE.— ¡Largo de aquí, maldito!

EST.— ¡Hércules!, si hiciera ademán de irme me lo prohibirías.

LE.— Filtón, si no se te ofrece otra cosa, ya te he dado mi respuesta.

FI.— Yo confío, Lesbónico, que en otra ocasión estés mejor dispuesto que ahora para conmigo, que el actuar alo-

cadamente y el hablar en la misma forma son dos cosas, Lesbónico, que no traen buenas consecuencias en esta vida.

Est.— ¡Hércules, éste dice la pura verdad!

Le.— Un ojo te sacaré si dices una palabra más.

Est.— ¡Hércules, así y todo, he de hablar; si es que así no se me permite, pues hablaré tuerto!

Fi.— ¿Afirmas tú entonces que no dicen bien vuestra condición y vuestra fortuna con la nuestra?

Le.— Así es.

Fi.— ¿Y qué entonces? Suponiendo que vas a una cena a un templo[4], resulta que caes al lado de un hombre rico y los clientes de tu compañero de mesa le traen en cantidad toda clase de manjares; si es que encuentras gusto en algo de lo que se le ha traído a él, a ver, ¿qué haces?, ¿comes o te estás allí sin probar bocado junto al ricachón?

Le.— Comería, a no ser que el otro me lo impidiera.

Est.— Pues yo te juro que comería aunque me lo impidiera, y me lo tragaría todo a plenos carrillos y me adelantaría a birlarle lo que a él más le gustara y no le cedería un pelo de lo que en esta vida me corresponde. Lo que es a la mesa, no hay que tener miramientos con nadie, que es allí donde se decide sobre lo divino y lo humano.

Fi.— No dices más que la pura verdad.

Est.— Sin mentir: yo estaría dispuesto a ceder ante él en la calle, en la acera, en lo que se refiere a los cargos públicos; pero en lo que toca a llenar la andorga, Hércules, ni un tanto así, como no sea que me obligara con sus puños; al precio actual de los alimentos, una cena es como una herencia libre de gastos y perjuicios.

---

[4] Cenas ofrecidas al pueblo en el templo de Hércules con motivo de algún acontecimiento; los gastos se pagaban del diezmo ofrecido a Hércules.

FI.— Tú no debes olvidar nunca, Lesbónico, que lo mejor es pertenecer uno mismo a la clase de los mejores, y, caso de que ello no pueda ser, al menos estar lo más cerca posible de los mejores. Así pues, Lesbónico, mi deseo es que aceptes este matrimonio que te ofrezco y que solicito de ti. Ten presente que sólo los dioses son en realidad de verdad ricos, sólo a los dioses les va el poder y las grandezas, pero nosotros, pobres mortales, que en cuanto que entregamos la pizca de vida que llevamos dentro, una vez muertos, vamos a ser clasificados en idéntica categoría en el Aqueronte, ya seas un mendigo o un ricachón.

EST.— Milagro que no te llevaras allá tus riquezas contigo. Una vez que estás muerto, eres eso, lo que la palabra indica.

FI.— Y ahora, para que te convenzas de que no se trata aquí de rango ni de riquezas y de que nosotros apreciamos tu amistad, yo te pido a tu hermana sin dote para mi hijo, lo cual sea para bien. ¿Me la prometes?, ¿por qué te quedas callado?

EST.— ¡Dioses inmortales!, ¡menudo partido!

FI.— ¿Por qué no hablas? Ánimo, di: «Que sea para bien, te la prometo».

EST.— ¡Ay, qué pena! Cuando no debía decirlo decía «doy mi promesa», y ahora, cuando tenía que decirlo, no quiere.

LE.— Yo os quedo profundamente agradecido, Filtón, por juzgarme digno de emparentarme con vosotros. Pero si es verdad que mis bienes de fortuna están por los suelos a causa de mis locuras, Filtón, nosotros tenemos todavía una tierra lindante con la ciudad: ésa será la dote para mi hermana, porque, aparte de la vida, esto es lo único que nos queda, a consecuencia de mis devaneos.

FI.— Quiero hacerte saber que no tengo interés en una dote.

LE.— Pero es mi firme voluntad el dárosla.

EST.— Pero, amo, por favor, ¿es que quieres privarnos de la nodriza que nos sustenta?, ¡eso no!, ¿qué vamos a comer después?

LE.— ¿No te callarás?, ¿es que voy a tener que andar dándote cuentas a ti de lo que hago?

EST.— *(Aparte.)* Estamos del todo perdidos si no se me ocurre alguna solución. Filtón, quiero hablar contigo.

FI.— Di qué es lo que quieres, Estásimo.

EST.— Hazte un poco para acá.

FI.— Bien.

EST.— Yo te voy a decir esto en el más profundo secreto: que no lo sepa de ti ni el amo ni ningún otro.

FI.— Dime tranquilamente lo que quieras.

EST.— Por todos los dioses y los hombres, Filtón, no permitas jamás que venga a parar ese campo a tus manos o a las de tu hijo; yo te explicaré el porqué.

FI.— Te aseguro que estoy deseando escucharte.

EST.— En primer lugar, cuando se mete el arado en la tierra, a cada quinto surco caen los bueyes sin vida al suelo.

FI.— ¡Quita, quita!

EST.— En el terreno ese nuestro se encuentra la entrada al Aqueronte. Luego, la uva se pudre en las vides antes de madurar.

LE.— *(Aparte.)* Está intentando convencerle, seguro; aunque es un maldito, conmigo se porta muy fiel.

EST.— Escucha más todavía: encima, mientras que en otros terrenos se coge una cosecha óptima, en el nuestro, tres veces menos de lo que se ha sembrado.

FI.— Mira, ahí debían de sembrarse las malas costumbres, a ver si se podía acabar con ellas de esa forma.

EST.— Y no ha habido ningún dueño anterior del campo este al que no le saliera todo de través: unos marcharon al

destierro, otros murieron, otros se ahorcaron: ¡Fíjate su actual dueño a qué callejón sin salida ha venido a parar!

FI.— ¡Quita, quita, déjame de un campo tal!

EST.— Eso todavía lo dirás más cuando haya terminado de contártelo todo: los árboles están tocados del rayo uno de cada dos, los cerdos mueren de angina como moscas, las ovejas tienen la roña, tan peladas están como la palma de esta mano, y luego, los sirios, que es la raza que más aguanta del mundo, pues ni uno dura allí más de seis meses: todos mueren de insolación.

FI.— Yo te lo creo, Estásimo, que es así como dices..., sólo que te digo que la gente de Campania está todavía más hecha a aguantar que los sirios... Bien, pero ese campo, tal como me lo describes, sería un lugar apropiado para llevar allí de parte de la ciudad a todos los malos ciudadanos; así como se dice de las islas de los Afortunados, adonde van a parar todos los que han llevado una vida sin tacha; en cambio, ahí se debía de relegar a los malhechores.

EST.— Aquello es verdaderamente la mansión de toda desgracia; qué quieres que te diga, puedes buscar la calamidad que sea, que allí darás con ella.

FI.— Hércules, Estásimo, yo creo que tú, allí y en cualquier otra parte.

EST.— Por favor, no se te vaya a ocurrir decir que yo te he dicho esto.

FI.— Como si se lo hubieras dicho a un mudo.

EST.— No, es que aquí Lesbónico está deseando deshacerse del campo ese, si es que pudiera encontrar a alguien a quien pegársela.

FI.— ¡Hércules!, a mis manos no vendrá nunca a parar.

EST.— Si es que tienes dos dedos de frente. *(Aparte.)* Hércules, qué bonitamente he espantado al viejo. No, es que, si el amo se queda sin el terreno ese, no tenemos de qué vivir.

FI.— Aquí me tienes de nuevo, Lesbónico.

LE.— Dime, si no te molesta, ¿qué es lo que te ha dicho?

FI.— ¿Qué es lo que quieres que me haya dicho?, al fin y al cabo es un hombre, quiere ser libre, pero no tiene para comprarse la libertad.

LE.— También yo quiero ser rico, pero en vano.

EST.— En tu mano habría estado si hubieras querido, pero ahora que no tienes un céntimo, ya no puede ser.

LE.— ¿Qué es lo que hablas ahí para tus adentros?

EST.— No, de eso que acabas de decir: si hubieras querido antes, serías rico, pero ahora ya es demasiado tarde.

FI.— Parece que sobre la dote no es posible el llegar conmigo a ningún acuerdo; haz tú mismo los tratos que te vengan en gana con mi hijo. Yo ahora te pido para él tu hermana en matrimonio-..., que sea para bien. ¿Qué?, ¿todavía andas dudando?

LE.— Venga, por mí, si es que así lo queréis..., que sea para bien; te la prometo.

EST.— Te juro que jamás ha sido esperado por nadie con tanta ansia el nacimiento de un hijo como por mí ese «te la prometo». Que los dioses bendigan vuestros planes.

FI.— No es otro mi deseo.

LE.— Tú, Estásimo, vete a buscar a mi hermana en casa de Calicles, dale cuenta del asunto este.

EST.— A la orden.

LE.— Y la felicitas.

EST.— Naturalmente

FI.— Ven conmigo, Lesbónico, para que fijemos en presencia de Lisíteles la fecha de las bodas; al mismo tiempo ratificaremos nuestro acuerdo.

LE.— *(A Estásimo.)* Tú ocúpate de lo que te he encargado; ahora mismo estoy de vuelta. Dile a Calicles que me busque...

EST.— Anda y vete ya.

LE.— ...para que vea cómo se puede arreglar eso de la dote.

EST.— Vete ya.

LE.— Porque es cosa decidida que sin dote no le entrego a mi hermana.

EST.— Anda y vete ya.

LE.— Ni consentiré que sufra ella pérdida alguna...

EST.— Vete ya.

LE.— ...por causa de mis devaneos.

EST.— Vete ya.

LE.— No me parece ⟨de ninguna manera⟩ justo que no sea yo solo...

EST.— Vete ya.

LE.— ...el que cargue con las consecuencias de mis faltas.

EST.— Vete ya.

LE.— ¡Oh padre mío!, ¿volverán a verte mis ojos?

EST.— Vete ya, vete ya, vete ya. *(Lesbónico se va con Filtón.)* Al fin conseguí que se fuera. ¡Oh dioses, misericordia! Verdaderamente que sería un gran éxito en medio de nuestra desgracia si al fin no nos quedáramos sin la finca; aunque no está seguro todavía qué es lo que ocurrirá; pero si realmente nos quedamos sin ella, adiós mis espaldas: tendré que cargar en el extranjero con un escudo, un casco y una mochila; el amo tendrá que salir huyendo de la ciudad cuando se celebre la boda, se marchará a donde sea a la horca, de mercenario a Asia o a Cilicia. Voy ahora aquí a cumplir el recado de Lesbónico, aunque no puedo aguantar esta casa, después que el individuo este nos ha hecho salir de nuestro hogar.

ACTO III

ESCENA PRIMERA

CALICLES, ESTÁSIMO

CA.— ¿Cómo, qué es lo que has dicho, Estásimo?

EST.— Que el hijo del amo, Lesbónico, ha prometido a su hermana; toma, eso es lo que digo.

CA.— ¿Y a quién la ha prometido?

EST.— A Lisíteles el de Filtón, sin dote.

CA.— ¿Sin dote la va a dar a una familia tan rica? Es un poco increíble eso que dices.

EST.— Pues no te lo creas. Si tú no lo crees, yo creeré...

CA.— ¿El qué?

EST.— ...que me importa todo un tanto así.

CA.— ¿Cuánto tiempo hace o dónde ha tenido eso lugar?

EST.— Aquí, ahora mismo, a la puerta; «exacto ahora», como dicen los de Preneste[5].

CA.— ¿Y es que anda Lesbónico ahora en la ruina tanto más listo que antes cuando estaban intactas sus riquezas?

EST.— No, si es que Filtón ha venido él en persona de por sí a pedirle la hermana para su hijo.

CA.— *(Aparte.)* Verdaderamente, eso será una vergüenza, si no se le une dote a la chica; a fin de cuentas considero

[5] *Tam modo:* cf. otra alusión al habla de Preneste en *Truculentus* 691.

que esto es un asunto de mi incumbencia. Voy a ver a Megarónides, mi acusador, y le pediré consejo.

EST.— Se me hace a mí, me huele, que a lo que va éste allí con esas prisas es a lo siguiente: a birlarle el campo a Lesbónico, tras haberle birlado la casa. ¡Oh, amo mío de mi alma, Cármides, tu hacienda se te hace pedazos en tu ausencia, ojalá que te vea volver salvo, para que tomes venganza de tus enemigos, para que me puedas agradecerme a mí mi conducta para con tu hijo, antes y ahora! Es cosa muy difícil el encontrar un amigo que merezca ese nombre, que sea tal que puedas dormir libre de cuidados después de haberle confiado tus bienes. Pero ahí veo ir a nuestro yerno con su nuevo pariente; parece ser qué hay alguna que otra diferencia entre ellos, van los dos a toda prisa, el otro sujeta por la capa a Lesbónico, que marcha delante: mira qué buena figura que hacen ahí los dos; me retiraré aquí un poco, que tengo ganas de oír la conversación de los dos cuñados.

ESCENA SEGUNDA

LISÍTELES, LESBÓNICO, ESTÁSIMO

LI.— ¡Quieto ahí, no me vuelvas la espalda ni me huyas!

LE.— ¿Es que no me vas a dejar ir a donde iba?

LI.— Si yo viera que era en interés tuyo, en favor de tu prestigio o tu reputación, sí que te dejaría.

LE.— Tú escoges el camino más fácil.

LI.— ¿Cuál es?

LE.— Afrentar a un amigo.

Li.— Eso ni va con mi carácter ni es tampoco lo que me han enseñado a hacer.

Le.— ¡Pues qué bien sabes hacerlo, aun sin haberlo aprendido! ¿Qué sería si alguien te hubiera enseñado a hacerme la vida tan imposible? Mientras que simulas hacerme un bien, no haces sino perjudicarme.

Li.— ¿Yo?

Le.— Sí, tú.

Li.— ¿Cuál es el perjuicio que te hago?

Le.— El pretender hacer una cosa que yo no quiero.

Li.— Mi único deseo es mirar por el bien de tus intereses.

Le.— ¿Es que acaso eres tú mejor para mí que yo mismo conmigo? Yo no tengo perdida la cabeza, me doy muy bien cuenta de lo que es en interés mío.

Li.— ¿Es que no es haber perdido la cabeza el rechazar un beneficio de parte de un amigo?

Le.— Yo no considero beneficio a una cosa que no es del agrado de aquel a quien se le hace. Yo sé muy bien y me doy cuenta de lo que es mi deber, y mis convicciones no se apartan de lo que saben que lo es, ni conseguirás, por mucho que me digas, que no tome en cuenta lo que es voz general.

Li.— Dime entonces, que no puedo contenerme ya de decirte todo lo que te mereces, ¿es esa la reputación que tus antepasados te dejaron en herencia, el perder con tus calaveradas los bienes que ellos habían cosechado con su esfuerzo? Además, para que fueras garante de la honra de tu descendencia, tu padre y tu abuelo te facilitaron y te allanaron el camino de los cargos públicos: tú eres el culpable de que fuera difícil, por tus faltas sobre todo y por tu negligencia y tu alocada conducta; tú diste preferencia al amor sobre la virtud, ¿es que te piensas que con lo que pretendes hacer

ahora vas a poder encubrir tus errores pasados? ¡Ah, de ninguna manera! Da entrada en tu corazón a la virtud y echa fuera la desidia; dedícate a tus amigos en el foro y no a tu amiga en el lecho como tienes por costumbre. Yo esa tierra te la quiero dejar con tanto empeño, para que tengas algo con lo que puedas salir a flote, que no puedan tus conciudadanos, con lo hostiles que te son, echarte en cara tu miseria.

LE.— Yo sé muy bien todo eso que me acabas de decir, y hasta estoy dispuesto a suscribirlo... que he dado al traste con mi patrimonio y deshonrado el buen nombre de mis antepasados, yo sabía cómo debía ser, pero no era capaz de serlo, pobre de mí; así, por el poder de Venus, dejándome llevar de la desidia vine a caer en mi perdición. Y ahora te estoy sumamente agradecido por la forma en que te portas conmigo.

LI.— Pero es que yo no puedo sufrir que fracasen mis esfuerzos por ayudarte y que no hagas caso a lo que te digo, y al mismo tiempo siento que tengas tan poco sentimiento del pudor. Y, finalmente, si no me haces caso y procedes tal como te digo, te harás tú sombra a ti mismo, de modo que el honor no podrá dar contigo y yacerás en la oscuridad cuando más quieras brillar; yo, Lesbónico, conozco muy bien la nobleza de tu carácter; yo sé que no ha sido por propia voluntad por lo que has ido por mal camino, sino que el amor ha obcecado tu corazón; yo mismo conozco muy bien todas las tretas del amor. El amor es un dardo que se lanza; no hay cosa ninguna que sea ni que vuele tan rápido, él pone a los hombres locos e insufribles, lo que más se les aconseja, eso es lo que les disgusta, lo que se les aconseja, eso lo que no quieren. Se desea lo que no se tiene, lo que se tiene, se desprecia; el que te quiere retener, no hace más que empujarte, el que te aconseja algo, no consigue más que prohibírtelo. Es una tremenda desgracia el parar en la morada de Cupido.

Pero yo te vuelvo a avisar una y otra vez que pienses bien qué es lo que pretendes hacer. Si llegas a realizar lo que te propones, sería como si prendieras fuego a tu casa y familia; luego llegará el momento en que desees ardientemente un poco de agua para apagar el incendio, y, si llegas a conseguirlo, dada la agudeza de espíritu de los enamorados, no vas a dejar ni una chispa con la que pueda renovarse el brillo de tu familia.

LE.— Esa chispa es fácil de encontrar, que el fuego es una cosa que te dan aunque sea un enemigo al que se lo pidas. Pero tú al reprenderme me arrastras a una senda todavía peor. Me aconsejas que te dé a mi hermana sin dote; no, no estaría bien que yo, que he dado al traste con tamaño patrimonio, siguiera gozando de riquezas y poseyera un campo mientras que ella se viera privada de todo; con razón sentiría aversión por mí. Nunca será una persona de peso a los ojos de los extraños el que se porta a la ligera con los suyos. Estoy decidido a proceder tal como he dicho; no te molestes más.

LI.—¿Es que es tanto mejor que tú te veas reducido a la miseria por causa de tu hermana y que posea yo ese campo en tu lugar, con el que podrías salir adelante con tus obligaciones?

LE.— No quiero yo tanto que mires cómo puedes aliviar mi pobreza sino que, aunque pobre, no pierda mi buen nombre, que no se tenga que decir de mí que te he dado a mi hermana, si te la doy sin dote, más bien como concubina que no como esposa. Me tendrán por el más indeseable de los sujetos, la voz pública te pondría a ti por las nubes y a mí por los suelos, si llegas a casarte con mi hermana sin recibir dote; para ti sería ello un aumento de prestigio, para mí, algo que echarme en cara.

LI.— ¿Qué?, ¿es que piensas que vas a gozar del prestigio de un dictador si acepto el campo que me ofreces?

LE.— Ni lo quiero, ni lo pretendo, ni lo creo; pero el prestigio para un hombre que tiene sentido del honor es no olvidarse de lo que es su deber.

LI.— Yo sé ciertamente cuáles son tus intenciones, lo veo, lo noto, lo presiento: lo que pretendes es, una vez que hayas cerrado este pacto entre nosotros y me hayas entregado el campo y no tengas aquí nada con qué vivir, huir de la ciudad con las manos vacías; abandonar tu patria, tus parientes, los parientes de tu mujer, los amigos, después de la boda; la gente dirá que es obra mía y de mi avaricia lo que te ha ahuyentado de la patria; no te pienses que voy a exponerme a sufrir una cosa semejante.

EST.— No puedo contenerme de gritar: ¡bravo, bravo, Lisíteles, *da capo!*[6], tú te llevas la palma, éste ha quedado vencido: tu comedia se lleva el premio; desarrollas mejor el argumento y haces mejores versos. Encima, al otro, por ser tan necio, le pondré una mina de multa.

LE.— ¿Qué tienes tú que interrumpir o meterte en nuestra discusión?

EST.— De la misma forma que me he metido, me saldré.

LE.— Ven conmigo a casa, Lisíteles, allí podemos seguir hablando.

LI.— Yo no tengo por costumbre hacer nada a escondidas. Mi parecer es el siguiente: si se me da tu hermana en matrimonio tal como yo pienso que es justo, o sea, sin dote, y tú no estás dispuesto a expatriarte, lo que es mío será también tuyo; si son otros tus planes... ¡buena suerte! yo entonces renuncio a mi amistad contigo. Esta es mi decisión *(se van el uno y el otro)*.

EST.— Se fue. Tú, Lisíteles, quiero hablar contigo... hala, éste también se ha ido. Estásimo, solos nos hemos que-

[6] En griego en el texto latino.

dado. Qué otro remedio me queda sino preparar mi hato y cargarme el escudo a la espalda y hacer echar suelas nuevas a mis zapatos. No hay nada que hacer. Me veo a no mucho tardar convertido en criado de militar. Si es que mi amo se va al servicio de algún rey para hacer una cura de engorde, estoy seguro que junto a los más grandes guerreros será él un valiente... —fugitivo y que alcanzará ricos despojos...— el que venga a hacerle frente a mi amo. Yo, por mi parte, en cuanto que coja el arco, el carcaj y las flechas, el casco a la cabeza..., me echaré tranquilamente a dormir en la tienda. Voy al foro; hace cinco días que le presté un talento a uno, voy a reclamárselo para tener algo que llevarme para el camino.

ESCENA TERCERA

MEGARÓNIDES, CALICLES

ME.— Según lo que me dices, Calicles, es de todo punto imposible no darle una dote a la joven.

CA.— Claro, Hércules, que no sería ni medio decente consentir que se casara sin dote teniendo yo en mi poder en casa dinero suyo.

ME.— La dote está dispuesta en casa; a no ser que quieras esperar a que su hermano la dé en matrimonio sin dote; después puedes tú ir a Filtón y decirle que le das tú la dote y que lo haces por amistad para con su padre, sólo que me temo que esa promesa dé ocasión a que la gente te acuse y hablen mal de ti: dirán que no sin motivo te portas tan bien con la chica; que su padre te había entregado la dote para

que se la dieras y que de esa cantidad sacas la dote, pero que no se la entregas intacta, y te criticarán de habérsela mermado. Por otra parte, si es que quieres esperar la vuelta de Cármides, sería demasiado largo; quizá se le pase entretanto a Lisíteles la gana de casarse con ella; y es que se trata, desde luego, de un partido de primera.

CA.— Hércules, te aseguro que yo me hago exactamente esas mismas reflexiones. A ver si no te parece más efectivo y más ventajoso el ir yo a Lesbónico en persona y explicarle la situación. ¿Pero cómo voy a darle cuenta de la existencia del tesoro a un joven que sin tener dominio de sí mismo tiene la cabeza llena de amoríos y desenfreno? Hércules, de ninguna manera, de ninguna manera, que estoy seguro que se comería hasta el lugar donde está escondido el dinero; si hasta tengo miedo de desenterrarlo, no sea que oiga el ruido o se ponga a seguirle el rastro al asunto si oye que le voy a dar una dote a la hermana.

ME.— ¿De qué forma se puede entonces sacar de ahí el dinero para la dote sin que él se dé cuenta?

CA.— Mientras que se encuentra una ocasión propicia para hacerlo, le podría pedir a algún amigo el dinero prestado.

ME.— ¿Te crees tú que es posible conseguir eso de un amigo?

CA.— Claro que sí.

ME.— ¡Pamplinas! Verías cómo les faltaría tiempo para darte la siguiente contestación: «Hércules, lo que es yo, no tengo nada para prestarte».

CA.— Hércules, mejor preferiría que me dijeras la verdad que no que me prestaras un céntimo.

ME.— Pero a ver qué te parece esta idea.

CA.— ¿Cuál?

ME.— Yo creo que he encontrado una solución muy bien pensada.

CA.— ¿El qué?

ME.— Que se contrate lo más pronto posible a alguien que se haga pasar por extranjero.

CA.— ¿Y qué es lo que debe de hacer luego?

ME.— Hay que disfrazarle muy pintiparado a la moda extranjera, que tenga una facha no conocida y que no haya sido vista con frecuencia, algún tipo que sepa inventar mentiras...

CA.— ¿Y qué más cualidades debe tener?

ME.— ...que sea un embustero, un descarado.

CA.— ¿Y que más?

ME.— Que haga como que viene de Seleucia de parte del padre con un mensaje para el joven y le salude en nombre de su padre: que le van bien los negocios, que vive y goza de salud y que tiene la intención de volver en seguida; debe traer dos cartas y nosotros las sellamos como si fueran de su padre... una se la dará a él y la otra que diga que te la quiere entregar a ti.

CA.— A ver, sigue diciendo.

ME.— Y le dirá que es portador de una cantidad de oro para la dote de su hija y que el padre le ha dado orden de entregarte a ti el oro, ¿estamos?

CA.— Más o menos, y de verdad que te escucho embobado.

ME.— Tú no darás el oro al joven hasta que la hermana esté ya casada.

CA.— ¡Hércules, qué cosa tan bien pensada!

ME.— De esta forma, cuando desentierres el oro, no darás motivo de sospecha al joven; él pensará que te ha sido traído de parte del padre, y, en realidad, tu lo cogerás del tesoro.

CA.— ¡Pero que muy requetebién pensado!, aunque, si te soy franco, me da apuro andar con esas engañifas a mi

edad. Pero, cuando presente el otro las cartas selladas[7], ¿no crees que el joven conoce el anillo de su padre?

ME.— ¡Calla, por favor!, se pueden poner cientos de pretextos: que ha perdido el anillo que tenía y se ha hecho otro nuevo; o también, si trae las cartas sin sellar, se puede decir que es que en la aduana se las han abierto y controlado... —Para gastar el tiempo en tanto hablar en un asunto de esta trascendencia, se necesita ser la inercia en persona; puestos a charlar, no se encuentra nunca un fin, si te descuidas. Anda en seguida a donde está el tesoro, pero a escondidas, quita de en medio los esclavos, las esclavas...—, ¡ah, y otra cosa!

CA.— ¿El qué?

ME.— Procura que no se entere ni tu misma mujer, porque no hay cosa que pueda tenerse callada. ¿Qué haces ahí parado? ¡Hale, largo, muévete! Abre el recipiente y saca el dinero necesario para la dote, y luego lo cierras en seguida; pero todo en secreto, como te he dicho; los echas a todos fuera de casa.

CA.— Así lo haré.

ME.— Pero estamos hablando más de la cuenta, estamos dejando irse el día cuando hay tanta necesidad de andarse con prisa. Por eso del sello, no te apures. Mira si no yo: eso que te dije de que los aduaneros habían controlado las cartas está pero que muy requetebién. En fin, ¿no ves qué hora tenemos ya?, ¿qué crees tú de ése con ese natural y ese carácter? Seguro que ya hace tiempo que está bebido, o sea que el otro le podrá hacer pasar por buena cualquier cosa; además, lo que es lo más importante, dirá que viene a traer algo, no a pedir.

---

[7] El v. 788ª, que sigue, de forma y sentido equivalente al anterior, es suprimido como interpolación por la mayoría de los editores.

CA.— Venga, ya está bien.

ME.— Yo voy ahora en seguida y contrato en el foro a algún pillo y sellaré las dos cartas, y al portador lo mandaré bien instruido aquí al joven.

CA.— Yo voy, pues, dentro a cumplir mi cometido, tú encárgate de eso.

ME.— Verás con qué gracia te lo dejo pergeñado.

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

CÁRMIDES

¡Oh Neptuno, señor de las aguas saladas y poderoso hermano de Júpiter y Nereo!, gustoso y lleno de gozo te tributo alabanzas y te doy las más profundas gracias, a ti y a las saladas olas en cuyo poder he estado junto con el destino de mis bienes y de mi vida: por permisión vuestra he salido de vuestros dominios y vuelto a la patria[8]. Ante todo a ti, Neptuno, sobre todos los demás dioses, te doy gracias y te guardo el más profundo agradecimiento. Es verdad que sueles gozar fama de duro y cruel, avaricioso, sucio, tremendo, insoportable, furioso: yo he experimentado todo lo contrario, que lo que es para mí has sido realmente en mi travesía tranquilo y benigno sin interrupción, del todo a mi placer y según mis deseos. Había yo oído ya antes esa cualidad por

[8] El v. 823 es de tradición en parte corrupta.

la que eres famoso entre los mortales, que acostumbras a ser misericordioso con los desposeídos y a castigar y humillar a los ricos; muy bien que está eso, te alabo el gusto, tú sabes cómo se debe tratar a los mortales según su merecido. No era de esperar de los dioses otra cosa, sino el ser misericordiosos con los desposeídos. Tú me has sido leal aunque la gente se empeña en que no lo eres; verdaderamente, si no hubiera sido por ti, bien seguro estoy, desgraciado de mí, que tus vasallos me habrían hecho pedazos en alta mar y dispersado por las azuladas llanuras marinas, a mí y a todos mis bienes; tal era la forma en que como perros asediaban a nuestra nave el huracán, la lluvia y las olas y la tempestad, amenazando con romper el mástil y echar abajo las vergas, despedazar las velas, si tu benevolencia no se hubiera dignado apaciguarlos. Quita, quita, a partir de ahora estoy decidido a dedicarme al ocio; bastante es ya lo que he acumulado en las penas pasadas en mi lucha por agenciar riquezas para mi hijo. Pero ¿quién es ese otro que veo llegar ahí con un atuendo y un aspecto tan extraño? A pesar de que estoy deseando de entrar en casa, esperaré, voy a observar qué es lo que pretende aquí.

ESCENA SEGUNDA

SICOFANTA, CÁRMIDES

SI.— Al día de hoy le voy a bautizar con el nombre de Tresmonedas: por tres monedas me han contratado para hacer de farsante. Vengo de Seleucia, Macedonia, Asia y Arabia, tierras todas a las que jamás les he echado la vista en-

cima, y donde no he puesto los pies en todos los días de mi vida. Para que veas las complicaciones que la pobreza les acarrea a los que son unos desgraciados; aún más, por estas tres perras que digo, estoy obligado a decir que, estas cartas que traigo aquí me han sido entregadas por una persona que no sé quién es, ni le conozco, ni sé siquiera si es que ha existido jamás.

CÁR.— Realmente ese hombre no parece sino que fuera de la familia de los hongos, casi desaparece debajo del tal sombrero; según su atuendo, parece venir de Iliria.

SI.— El que me ha contratado, luego que me contrató, se largó a su casa. Él me ha dicho cuáles eran sus deseos, me ha informado y dado detalladas instrucciones sobre la forma en que debo de actuar; ahora, si pongo yo algo más de mi propia cosecha, le va a salir a él todavía mejor el negocio que ha hecho al encargarme la farsa esta. Disfrazado, estoy tal como él me disfrazó; el dinero lo puede todo. Él mismo ha alquilado el disfraz al empresario a riesgo propio; ahora yo, si es que le puedo birlar el disfraz, no haré más que contribuir a que compruebe que soy un farsante en toda la extensión de la palabra.

CÁR.— Mientras más le miro, menos me gusta la facha del tipo ese; milagro si no es un nocherniego o un carterista, está examinando el terreno, no hace más que observar a su alrededor y mirar a las casas: seguro que está inspeccionando el terreno para venir luego a robar. Más gana me entra de observar qué es lo que trae entre manos: no le quitaré el ojo de encima.

SI.— Éstos son los lugares que me ha indicado el individuo que me contrató; ésa es la casa donde tengo que colocar mis embustes: llamemos a la puerta.

CÁR.— Viene derecho a mi casa, estoy viendo que me va a tocar montar guardia aquí esta noche a mi llegada.

SI.— ¡Abrid, venga, abrid! ¡Eh!, ¿no hay aquí nadie que guarde la puerta?

CÁR.— Joven, ¿qué es lo que deseas?, ¿por qué llamas a esa puerta?

SI.— Eh, tú, abuelo, cuando he ido a hacer el censo he dado ya cuenta de todos los pormenores debidos al funcionario jurado. Un servidor busca aquí a ver dónde vive un joven llamado Lesbónico e igualmente a otro que tiene la cabeza blanca como tú: que según me informó el que me dio estas cartas, se llama Calicles.

CÁR.— *(Aparte.)* Éste busca a mi hijo Lesbónico y a mi amigo Calicles, a quien yo encomendé mis hijos y mi hacienda antes de marchar.

SI.— Anciano, si es que lo sabes, dime dónde viven los que te he nombrado.

CÁR.— ¿Qué es lo que les quieres?, ¿o quién eres tú, o de dónde eres, o a dónde vienes?

SI.— Muchas son las preguntas que me haces a un tiempo, no sé por dónde empezar a darte contestación; si me lo vas preguntando uno por uno y con tranquilidad, yo te haré saber mi nombre y mis aventuras y mis andanzas.

CÁR.— Como quieras. Hale pues, dime en primer lugar tu nombre.

SI.— Comienzas por requerir una gran cosa.

CÁR.— ¿Por qué?

SI.— Anciano, si empiezas a decir la primera letra de mi nombre antes del amanecer, cuando hayas llegado al final será lo más profundo de la noche.

CÁR.— Según eso, se necesitan provisiones de viaje para poder acabar de pronunciarlo del todo.

SI.— Pero tengo también otro nombre así de cortito como las iniciales de las etiquetas de los vinos.

CÁR.— ¿Cuál es ese nombre, joven?

SI.— ¡Basta! Éste es mi nombre de todos los días.

CÁR.— ¡Vaya, qué nombre tan célebre! Como si dijeras, caso de que yo te hubiera prestado algo: ¡Basta, cosa perdida! *(Aparte.)* Este tipo es un farsante de todas todas. ¡A ver, joven!

SI.— ¿Qué hay?

CÁR.— Dime qué es lo que te deben esas personas a las que buscas.

SI.— El padre del joven ese, de Lesbónico, me ha entregado estas dos cartas, él es amigo mío.

CÁR.— *(Aparte.)* Ya le cogí: dice que yo le he dado esas cartas; voy a tomarle el pelo bien tomado.

SI.— Si es que me atiendes, seguiré con lo que iba diciendo.

CÁR.— Soy todo oídos.

SI.— Esta carta me encargó que se la diera a Lesbónico, su hijo, y esta otra a su amigo Calicles.

CÁR.— *(Aparte.)* Nada, que me están entrando ganas de contarle cuentos, tal como hace él conmigo. Dime: ¿dónde le has dejado?

SI.— Le iba muy bien en sus negocios.

CÁR.— Pero ¿en dónde?

SI.— En Seleucia.

CÁR.— ¿Y ha sido él mismo quien te dio esas cartas?

SI.— Por su propia mano me las ha puesto en las mías.

CÁR.— ¿Y qué aspecto tiene?

SI.— Así como palmo y medio más alto que tú.

CÁR.— *(Aparte.)* Mal anda la cosa si resulta que soy más alto ausente que presente. ¿Y tú le conoces?

SI.— ¡Qué pregunta más tonta! ¡Si como a diario con él!

CÁR.— ¿Y cómo se llama?

SI.— ¡A ver, como se llama un hombre de bien!

CÁR.— Me gustaría saberlo.

Si.— Pues, se llama..., se llama..., se llama..., ¡ay, pobre de mí!

Cár.— ¿Qué es lo que ocurre?

Si.— Nada, que me acabo de comer el nombre ahora mismo sin darme cuenta.

Cár.— No me hace a mí gracia quien tiene a sus amigos metidos tras de sus dientes.

Si.— Pues es que lo tenía ahora mismito a la punta de la lengua.

Cár.— *(Aparte.)* Anda, que a tiempo he llegado hoy aquí antes que éste.

Si.— *(Aparte.)* Estoy cogido, pobre de mí.

Cár.— ¿Te acuerdas ahora ya del nombre?

Si.— Hércules, estoy muerto de vergüenza.

Cár.— A ver si es que realmente le conoces.

Si.— Que sí, que le conozco como a mí mismo; pero es que eso suele pasar, que te pones a veces a buscar lo que tienes en la mano y estás viendo con tus propios ojos. Intentaré hacer memoria según las letras: el nombre empieza por C.

Cár.— ¿Calias?

Si.— No.

Cár.— ¿Calipo?

Si.— No.

Cár.— ¿Calidémides?

Si.— No.

Cár.— ¿Calinico?

Si.— No.

Cár.— ¿Calimarco?

Si.— No, es inútil. Además, que me trae sin cuidado, que para mí me acuerdo.

Cár.— Sí, pero es que aquí hay muchos Lesbónicos: si no me dices el nombre del padre, no puedo indicarte dónde

viven las personas que buscas; ¿a qué nombre se parece?, a ver si podemos dar con él por aproximación.

Si.— Se parece a… ¿Cares?¿Cármides?

Cár.— ¿Quizá es Cármides?

Si.— Ahí, ése debe ser… los dioses le confundan.

Cár.— A ti te lo he dicho ya antes, que más valía que fueras bien que no mal hablado para con un amigo.

Si.— ¿Pues no se me había quedado el maldito traspillado entre los labios y los dientes?

Cár.— Anda y no injuries a un amigo en su ausencia.

Si.— ¿A qué, pues, se me escondía el muy bribón?

Cár.— Si le hubieras llamado por su nombre, te habría contestado. Pero él ¿dónde está?

Si.— Allí quedaba con Radamanto[9] en la isla de los Monos[10].

Cár.— *(Aparte.)* ¿Habráse visto nadie más necio que yo, de preguntar yo mismo dónde estoy? pero quizá sacaré así algo en claro; a ver, contesta a mi pregunta: ¿qué países has visitado?

Si.— Huy, unos países de verdad de maravilla.

Cár.— Me encantaría saber cuáles, si no te incomoda.

Si.— No, si estoy deseando decírtelo: lo primero de todo llegamos navegando a Arabia, en el Ponto.

Cár.— Oye, tú, ¿es que Arabia está acaso en el Ponto?

Si.— Sí que lo está, no la Arabia donde se cría el incienso, sino donde se cría el absintio[11] y el orégano gallináceo[12].

---

[9] Rey legendario de Creta y luego juez de los muertos en el Elíseo.

[10] Referencia quizá a la isla de Pitecusa, cuyos habitantes fueron transformados en monos en castigo a su maldad (Ovidio, *Met.* 14, 90 ss.).

[11] Cf. Plinio, *Hist. Nat.* XXVII 45, *absinthium Ponticum.*

[12] Cf. Plin. *Hist. Nat.* XX 170, *Est alia cunila, gallinacea appellata nostris, Graecis origanum Heracleoticum* (en el Ponto).

CÁR.— *(Aparte.)* Verdaderamente un farsante que ni pintado; pero yo, todavía más loco de preguntarle de dónde he vuelto, una cosa que la sé yo y él no, si no fuera porque tengo ganas de saber a dónde va a ir a parar. A ver, tú, y desde allí ¿a dónde fuiste?

SI.— Si es que atiendes, te lo diré: a las fuentes del río que nace del cielo bajo el trono de Júpiter.

CÁR.— ¿Bajo el trono de Júpiter?

SI.— Exacto.

CÁR.— ¿Del cielo?

SI.— Sí, de en medio del cielo.

CÁR.— Oye, pero ¿es que subiste al cielo?

SI.— No, pero fuimos allí en una canoa río arriba.

CÁR.— Oye, tú, ¿pero es que has visto también a Júpiter?

SI.— Los otros dioses dijeron que había ido a la finca a repartir la comida a los esclavos; después...

CÁR.— Después no quiero oír una palabra más de ti.

SI.— ⟨Me callo⟩, si es que te resulto importuno.

CÁR.— Porque *** no se ha visto jamás a alguien que tenga un poco de vergüenza subir de la tierra al cielo.

SI.— Yo te cumpliré tus deseos. Pero indícame la gente esa a la que busco, a los que debo entregarles estas cartas.

Cár.— A ver, si tu vieras por casualidad al mismo Cármides en persona, ese que dices que te ha dado las cartas, ¿le reconocerías?

SI.— Realmente veo que me tomas por un animal, ¿no voy a poder yo reconocer a una persona con quien llevo toda la vida?, ¿o iba a ser él tan necio de entregarme mil filipos de oro, una suma que me ha encargado traer a su hijo y a su amigo Calicles, a quien decía que le habría dejado aquí al cargo de sus asuntos?, ¿es que me iba a haber hecho confianza a no ser que él me conociera a mí y yo a él?

CÁR.— *(Aparte.)* Ahora te certifico que estoy dispuesto a engañar al farsante este, a ver si soy capaz de birlarle los mil filipos que dice que yo le he dado, una persona que no tengo idea de qué clase de individuo es y a la que no he visto con mis ojos jamás hasta hoy; ¿le iba yo a haber entregado una suma de oro a alguien a quien no le confiaría ni una moneda de plomo, aún suponiendo que se tratara de una cuestión de vida o muerte? Tengo que abordarle con habilidad. Eh, tú, Basta, quiero hablar dos palabras contigo.

SI.— Si quieres, hasta doscientas.

CÁR.— ¿Tienes el oro ese que has recibido de Cármides?

SI.— Oro, y además filípico [13], contado en la mesa del banquero de su mano, mil piezas.

CÁR.— O sea que lo has recibido de Cármides en persona, ¿no?

SI.— Milagro que lo hubiera recibido de su difunto abuelo o su bisabuelo.

CÁR.— Joven, venga ese oro.

SI.— ¿Qué oro te voy a dar?

CÁR.— El que has confesado haber recibido de mi mano.

SI.— ¿Que lo he recibido de tu mano?

CÁR.— Así, como suena.

SI.— ¿Y quién eres tú?

CÁR.— El Cármides que te dio las mil monedas soy.

SI.— Te juro que ni lo eres ni lo serás jamás, al menos por lo que se refiere aquí al oro. Anda y vete ya, guasón, tú lo que quieres es jugarle una jugada a quien te la está jugando a ti.

CÁR.— Yo soy Cármides.

[13] Cf. nota a *Asinaria* 153.

Si.— Pues en vano lo eres, Hércules, porque oro no traigo yo ninguno. No tienes tú poca vista, ¿eh?, de sorprenderme en el momento propicio: después que dije que traía oro, entonces te convertiste en Cármides; antes de que hiciera mención del oro, no lo eras. Te pasas de listo. O sea, que, lo mismo que te has encarmidado, date prisa a desencarmidarte.

Cár.— Pues ¿quién soy entonces, si no soy quien soy?

Si.— ¿Y qué me va ni me viene a mí eso? Con tal que no seas el que yo quiero que seas, sé por mí el que te dé la gana; antes no eras el que eres, ahora de pronto te has convertido en el que no eras antes.

Cár.— ¡Hale, deprisa!

Si.— ¿Cómo, deprisa?

Cár.— Suelta el oro.

Si.— Tú estás soñando, abuelo.

Cár.— Tú has confesado que Cármides te había entregado oro.

Si.— Sí, pero por escrito.

Cár.— ¿Te apresuras o no te apresuras a despejar estos lugares, nocherniego, antes de que te haga dar una buena paliza?

Si.— ¿Y por qué motivo?

Cár.— Por el motivo de que ese Cármides del que has contado esos embustes soy yo, que decías que te había dado unas cartas.

Si.— Oye, ¿en serio eres tú él?

Cár.— Sí lo soy.

Si.— ¿De verdad?, ¿eres él en persona?

Cár.— Sí.

Si.— ¿Él en persona?

Cár.— Cármides en persona soy, digo.

Si.— ¿O sea que eres Cármides mismo?

CÁR.— El mismísimo Cármides, lárgate de mi vista.

SI.— De verdad, ahora en serio, por haber llegado... recibirás... una paliza[14], por decreto mío y de los nuevos ediles[15].

CÁR.— ¿Encima insultos?

SI.— No, sino que por tu feliz retorno... los dioses te confundan si es que me importa un pelo el que hubieras perecido en el camino. Yo he recibido mi paga por este servicio, tú ¡maldito seas! por lo demás, quién eres o quién no eres, no daría un céntimo por saberlo. Me voy y le pondré al corriente de todo al que me contrató por tres monedas, para que sepa que se las ha tirado al aire. Me marcho: ¡que te vaya mal!, ¡los dioses todos te confundan a tu vuelta a la patria, Cármides!

CÁR.— Una vez que se ha marchado, parece llegada la hora y la ocasión de hablar con toda libertad. Ya hace un rato que tengo clavado en el alma qué es lo que hacía el hombre ese ahí delante, de mi casa; pues lo que es la carta esa centuplica mis temores y qué es lo que pueda ser eso de las mil monedas de oro. La campanilla no suena así porque sí; como no sea que alguien tire de ella y la ponga en movimiento, no dice ni pío, como si fuera muda. Pero ¿quién es ése que viene hacia acá a la carrera? Me pica la curiosidad de saber qué es lo que quiere; me retiraré aquí hacia esta parte.

---

[14] En sí se esperaría «una cena».

[15] Véase introducción, pág. 314.

ESCENA TERCERA

ESTÁSIMO, CÁRMIDES

EST.— Estásimo, apresúrate, vuélvete a casa con tu amo, no sea que tengan que temer tus espaldas por culpa de tu necedad. Redobla tus pasos, date prisa; ya hace bastante tiempo que saliste de casa. Mucho cuidado con hacer resonar sobre ti los repetidos golpes de las correas si no estás cuando el amo te busque. No pares de correr: ¡mira que eres un caso, Estásimo, haberte dejado en la taberna el anillo después de haberte echado un trago calentito! Vuélvete y corre a buscarlo, ahora que está la cosa reciente.

CÁR.— Éste, quienquiera que sea, parece que tiene por entrenador a su gañote: él es el que le enseña a correr.

EST.— Pero bueno, eres un inútil, ¿no te da vergüenza? ¡Mira que haber perdido la memoria por un par de copas! Seguro que por haber bebido allí con personas decentes, ¿no?, que no le tocan a nada que no sea suyo, ¿verdad? Estaban allí Truto, Cercónico, Crinno, Cercobulo, Colabo, de la estirpe de los Ojosmorados y de los Patirrotos, unos arrastracadenas y apaleados. ¿Entre tales sujetos quieres tú recuperar tu anillo? ¡Si uno solo de ellos es capaz de robarle las suelas de los zapatos a un corredor en plena carrera!

CÁR.— ¡Los dioses me guarden, un ladrón que ni pintado!

EST.— ¿A qué voy a ir a buscar lo que feneció? Como no sea que es que encima quiera añadir de propina a la pérdida todavía el trabajo. ¿Por qué no das por perdido lo que perdido está? Date la vuelta, ve a recogerte con tu amo.

CÁR.— Un esclavo fugitivo no es, que le da la querencia de su casa.

EST.— ¡Ojalá que las costumbres de antaño y la parsimonia de otros tiempos gozaran aquí de mayor aprecio que la maldad!

CÁR.— ¡Dioses inmortales, no pica éste alto con sus palabras! Echa de menos el pasado, se ve que le gustan las cosas a la antigua, al estilo de nuestros mayores.

EST.— Porque es que las costumbres actuales no se atienen a lo que es lícito, sino a lo que a cada cual le viene en gana; el intrigar para conseguir los cargos públicos es cosa ya consagrada por el uso, aparte de toda ley; tirar el escudo y darse a la fuga ante el enemigo está permitido por la costumbre; solicitar cargos públicos en recompensa de maldades, lo más normal del mundo.

CÁR.— ¡Qué costumbre tan reprobable!

EST.— El dar de lado a las personas de mérito es lo normal.

CÁR.— ¡Muy mal hecho!

EST.— Sí, la costumbre ha hecho su súbdito a la ley, que le está más sometida que los padres a sus hijos. Las pobres de las leyes quedan expuestas al público fijadas en las paredes con clavos de hierro, donde sería mucho más justo que quedaran colgadas las malas costumbres.

CÁR.— Tendría gana de acercarme y hablar con él, pero le escucho con tanto gusto que temo que, si le digo algo, se ponga a hablar de otra cosa.

EST.— La ley no significa nada para las costumbres; las leyes son sus esclavas y a las costumbres les falta tiempo para meter su ávida mano tanto en el terreno de lo sagrado como en el de lo público.

CÁR.— ¡Hércules, tales costumbres merecerían un buen castigo!

EST.— ¡Y mira que no ocuparse el poder público de un tal estado de cosas! Porque esa clase de gente que digo está en contra de todos y causa perjuicio al pueblo en masa: al no mantenerse ellos fieles, hacen perder también su crédito a gentes que no tienen culpa alguna, porque tal como son ellos se piensa luego por lo general que son también todos los demás. ¿Por qué se me han ocurrido ahora todas estas cosas? Los hechos me acaban de dar la ocasión: si le prestas algo a alguien, ya no es tuyo, te quedaste sin ello; al reclamárselo al otro, te topas, encima de haberle hecho un beneficio, con un enemigo en lugar de con un amigo; si es que insistes en que te lo devuelvan puedes escoger entre perder lo prestado o la amistad de aquel a quien se lo prestaste.

CÁR.— Anda, éste es mi esclavo Estásimo.

EST.— Porque yo, que había prestado un talento a un amigo, con ese talento me compré un enemigo y vendí a un amigo. Pero qué necedad; ocuparme de las asuntos públicos en vez de, cosa que me pilla más de cerca, pensar en proteger mis espaldas. Voy a casa.

CÁR.— ¡Eh, tú, para ahí, escucha!

EST.— ¡Eh, tú, no paro!

CÁR.— Quiero hablar contigo.

EST.— ¿Y si es que yo no quiero que quieras?

CÁR.— ¡Ah, Estásimo, no te pongas tan insolente!

EST.— Si es que quieres darle órdenes a alguien, anda y ve y cómpratelo.

CÁR.— Si lo he comprado y he entregado mi dinero por él; pero si no me quiere obedecer, ¿qué hago?

EST.— Darle una buena paliza.

CÁR.— Me parece muy bien tu consejo, estoy dispuesto a seguirlo.

EST.— Si es que no le estás obligado por algo.

CÁR.— Si te portas bien, te estoy obligado; si no, haré como dices.

Est.— ¿Y qué me va a mí si tus esclavos se portan bien o mal?

Cár.— Es que tú tienes parte de bien y de mal en esa cuestión.

Est.— Con una de las dos partes puedes quedarte; la otra, la parte de bien, ésa ponla de mi cuenta.

Cár.— Así será, si es que pones de tu parte. Vuélvete a mirarme: soy Cármides.

Est.— ¿Eh, quién es el que ha hecho mención de una tan bellísima persona?

Cár.— La bellísima persona misma.

Est.— ¡Mar, tierra, cielo, dioses todos, misericordia!, ¿puedo dar crédito a mis ojos?, ¿es él o no lo es? Él es, es él seguro, él es realmente: ¡oh, amo mío tan esperado, salud!

Cár.— Salud, Estásimo.

Est.— De verte volver con salud…

Cár.— Lo sé y te lo creo; puedes ahorrarte el resto. Contéstame a una pregunta: ¿cómo están mis hijos que dejé aquí cuando me marché, mi hijo y mi hija?

Est.— Viven y gozan de buena salud.

Cár.— ¿Los dos?

Est.— Los dos.

Cár.— Los dioses me conceden la vida, estoy salvado. Lo demás te lo preguntaré dentro, en casa, con tranquilidad. Vamos dentro, sígueme.

Est.— ¿A dónde vas?

Cár.— ¿A dónde sino a casa?

Est.— ¿Es que te crees acaso que vivimos ahí?

Cár.— ¿Pues dónde si no?

Est.— Es que ya…

Cár.— ¿Ya qué?

Est.— …no nos pertenece esta casa.

Cár.— ¿Qué es lo que oigo?

Est.— Tu hijo la ha vendido...

Cár.— ¡Ay de mí!

Est.— Por dinero contante y sonante.

Cár.— ¿Cuánto?

Est.— Cuarenta minas.

Cár.— Muerto soy ¿quién la ha comprado?

Est.— Calicles, el amigo a quien tú habías encomendado toda tu hacienda; él se ha trasladado a vivir aquí y nos ha puesto a nosotros en la calle.

Cár.— ¿Y dónde vive ahora mi hijo?

Est.— Aquí, en la vivienda trasera.

Cár.— Estoy totalmente perdido.

Est.— Ya sabía yo que te ibas a llevar un disgusto cuando te enteraras.

Cár.— En medio de terribles riesgos he navegado por la inmensidad de los mares, he salido con vida de peligros mortales por parte de piratas sin número, he vuelto sano y salvo a la patria, donde encuentro ahora mi perdición, desgraciado de mí, por culpa de aquellos a causa de los cuales pasé tales trabajos a mi edad. Me muero de pena, Estásimo, sosténme.

Est.—¿Quieres que te traiga un poco de agua?

Cár.— Cuando mis bienes exhalaban el último suspiro, entonces habría sido necesario ofrecérsela.

ESCENA CUARTA

Calicles, Cármides, Estásimo

Ca.— ¿Qué significan esas voces aquí delante de mi casa?

Cár.— ¡Oh Calicles, Calicles, Calicles! ¿a qué clase de amigo encomendé mis bienes?

CA.— A un amigo bueno, fiel y digno de confianza y de fidelidad probada. Cármides, te saludo y me alegro de verte volver bueno.

CÁR.— Te lo creo si son verdad las palabras que han precedido a tu saludo. Pero ¿qué significa ese atuendo?

CA.— Yo te lo diré: estaba desenterrando el tesoro para darle la dote a tu hija; pero dentro te lo contaré, esto y todo lo demás; ven conmigo.

CÁR.— ¡Estásimo!

EST.— ¿Qué hay?

CÁR.— Ve a toda prisa al Pireo, corriendo sin parar; allí verás el barco en el que hemos venido; dile a Sangarión que se ocupe de desembarcar lo que le ordené, tú vas con él; los derechos de aduana están ya pagados al aduanero, no hay ningún motivo de tardanza. Ve, hala, y vuelve en seguida.

EST.— En un segundo voy y vengo.

CA.— Ven tú conmigo a casa.

EST.— Éste es el único amigo que se ha mantenido fiel a mi amo y no ha dejado tambalearse la fidelidad que le profesaba. Aunque yo creo que ha pasado muchas penas a causa de la hacienda y los hijos ⟨de mi amo en su ausencia⟩. Pero éste es en mi opinión, el único que se le ha mantenido fiel.

ACTO V

ESCENA PRIMERA

LISÍTELES

He aquí, un hombre que no tiene par, que sobrepasa a todos en gozo y alegría: los bienes que deseo se hacen reali-

dad, lo que emprendo se me logra, se hace presente, se me viene a las manos; sin cesar se suceden unos a otros los motivos de satisfacción. Me acabo de encontrar en casa con Estásimo, el esclavo de Lesbónico, que me ha dicho que Cármides, su amo, había vuelto del extranjero. Ahora tengo que encontrarme con él rápidamente, que sea él un garante más firme de lo convenido con su hijo; voy allá. Pero qué inoportunidad que suena precisamente la puerta.

ESCENA SEGUNDA

CÁRMIDES, CALICLES, LISÍTELES, LESBÓNICO

CÁR.— No creo que haya habido, ni hay, ni habrá nadie en todo el mundo cuya lealtad y fidelidad hacia un amigo iguale a la tuya. Porque si no hubiera sido por ti, me habría hecho él salir de esta casa.

CA.— No veo que me haya hecho acreedor de un elogio por haber obrado bien en favor de un amigo o por haber mirado por sus intereses con lealtad; lo único que puede decirse con verdad es que estoy libre de culpa. Y es que el don que se le entrega a otro en propiedad, ése te has quedado sin él, pero lo que se da sólo prestado, eso lo puedes reclamar cuando quieras.

CÁR.— Tienes toda la razón. Pero no salgo de mi asombro de que Lesbónico haya prometido a su hermana a una familia de tanta categoría y riquezas.

CA.— Sí, a Lisíteles el de Filtón.

LI.— *(Aparte.)* Me ha nombrado a mí.

CÁR.— Realmente se ha hecho con una familia excelente.

LI.— ¿No debía hablarles? Pero más vale que espere todavía, que empieza a hablar de un tema que me interesa.

CÁR.— ¡Ah!

CA.— ¿Qué pasa?

CÁR.— Se me había olvidado ahí dentro decirte una cosa: ahora al llegar me salió al paso un guasón, verdaderamente un farsante que ni pintado; decía que traía mil monedas de oro que le había dado yo para ti y para mi hijo Lesbónico; un sujeto que yo ni sabía quién era ni le había visto jamás con anterioridad..., pero ¿por qué te ríes?

CA.— Es que venía por encargo mío, como si trajera el oro para mí de parte tuya para que lo diera de dote a tu hija, con el fin de que tu hijo, cuando yo se lo diera, creyera que había sido traído de tu parte; así nadie podría darse cuenta de qué se trataba, que es que yo tenía un tesoro tuyo en mi poder y no fuera a pedírmelo como propiedad de su padre en nombre de la ley.

CÁR.— Verdaderamente, qué bien pensado.

CA.— A Megarónides, nuestro común amigo, es a quien se le ocurrió.

CÁR.— Pues le alabo la idea y me parece pero que muy bien.

LI.— *(Aparte.)* Necio de mí, que por temor a interrumpir la conversación estoy aquí aparte y no hago lo que quiero hacer; voy a hablarles.

CÁR.— ¿Quién es ése que viene hacia nosotros?

LI.— Lisíteles saluda a su suegro Cármides.

CÁR.— Los dioses colmen todos tus deseos, Lisíteles.

CA.— Y yo ¿no me merezco un saludo?

LI.— Nada de eso: salud, Calicles, sólo que es natural que le dé la prioridad a Cármides; la túnica nos queda más cerca que el manto.

CA.— Los dioses bendigan vuestros proyectos.

CÁR.— Me he enterado que te ha sido prometida mi hija.

LI.— Si es que tú no te opones.

CÁR.— No, todo lo contrario, estoy completamente de acuerdo.

LI.— ¿Me prometes entonces a tu hija en matrimonio?

CÁR.— Te la prometo, y mil filipos de oro como dote.

LI.— En la dote no tengo interés.

CÁR.— Si es que mi hija te parece bien, te ha de parecer bien asimismo la dote que te entregue. En fin, que no te llevarás lo que quieres si no te llevas también lo que no quieres.

CA.— Es justo lo que pide.

LI.— Lo conseguirá, teniéndote a ti por abogado y por juez. ¿Me prometes entonces a tu hija por esposa con esas condiciones?

CÁR.— Te la prometo.

CA.— Yo también prometo lo mismo.

LI.— ¡Salud, queridos parientes!

CÁR.— Pero hay cosas por las que estaba molesto contigo.

LI.— ¿Qué es lo que he hecho?

CÁR.— Tú has dejado a mi hijo hacerse un libertino.

LI.— Si es que mi voluntad hubiera tenido parte en ello, habría motivo para estar molesto conmigo; pero permíteme conseguir de ti un deseo.

CÁR.— ¿De qué se trata?

LI.— Ahora mismo te lo haré saber: te ruego que si tu hijo ha obrado en algo atolondradamente, que no se lo tomes en cuenta. ¿Por qué mueves la cabeza?

CÁR.— Sufro y temo al mismo tiempo.

LI.— ¿Por qué motivo?

CÁR.— Sufro al ver que se porta como yo no quisiera; temo que si te niego lo que me pides, pienses que no significas nada para mí; no me haré rogar: cumpliré tu deseo.

LI.— Eres una persona excelente. Voy a hacerle salir.

CÁR.— Es una cosa muy triste el que no se pueda castigar las malas acciones como se merecen.

LI.— Abrid, abrid en seguida, y decidle a Lesbónico, si está en casa, que salga aquí: es un asunto muy urgente por el que quiero verle.

LE.— ¿Quién es el que me llama con tanto escándalo?

LI.— Uno que te quiere bien y es tu amigo.

LE.— ¿Va todo bien? dime.

LI.— No hay problema. Yo tengo la satisfacción de que tu padre ha vuelto bien de su viaje.

LE.— ¿Quién dice eso?

LI.— Yo.

LE.— ¿Le has visto tú ?

LI.— Y tú también puedes verle.

LE.— ¡Oh, padre, querido padre, salud!

CÁR.— Salud, querido hijo.

LE.— Padre, si acaso alguna pena...

CÁR.— Nada, hijo, no te preocupes, yo vuelvo sano y salvo tras haber tenido éxito en mis negocios..., con la condición de que estés dispuesto a ser hombre de provecho, tienes prometida a la hija de Calicles.

LE.— Yo me casaré con ella, padre, y también con todas las que tú me mandes.

CÁR.— Aunque es verdad que estaba enojado contigo, pero a un solo hombre le basta con una sola desgracia.

CA.— No, para éste es poco, que aún si por sus faltas se tuviera que casar con cien mujeres, sería todavía poco.

LE.— Pero en adelante estoy dispuesto a corregirme.

CÁR.— Tú lo dices; con tal de que mantengas tu palabra.

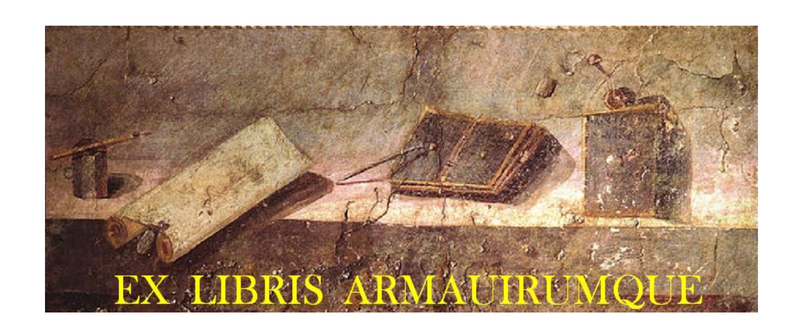
LI.— ¿Hay algún motivo para que no se celebre mañana mi boda?

CÁR.— No, de acuerdo. Tú *(a Lesbónico)* prepárate a casarte pasado mañana.

EL CORO DE ACTORES.— ¡Un aplauso!

TRUCULENTO

(Truculentus)



INTRODUCCIÓN

El *Truculentus* era junto con el *Pseudolus* una obra muy del gusto de su autor, según el testimonio de Cicerón *(Catón* 50); en cambio no le es favorable por lo general la opinión de la crítica. Sin duda ocupa un lugar aparte entre las creaciones plautinas: en el *Truculentus* no hay nada que haga reír, es un drama de trágico tema, un terrible drama de pasión amorosa y celos. El argumento no ofrece grandes complicaciones: todo y todos giran alrededor de una mujer, que bien se puede llamar extraordinaria —de otro modo sería inverosímil todo el tinglado surgido en torno suyo—, pero dotada con todos los rasgos típicos del eterno tipo femenino en su aspecto más negativo posible, y llevados hasta el extremo, una mujer que es capaz de jugar en forma cruel con el amor de tres hombres al mismo tiempo: tres son los que luchan por conseguir su amor, tres desgraciados que han entrado en órbita en el área que rodea a la irresistiblemente bella, lista y atractiva pero pérfida y avariciosa cortesana Fronesio: Diniarco, rico y distinguido joven ateniense, Estratófanes, adinerado militar de Babilonia, y Estrábax, campesino palurdo y rico en ganados y tierras. Los tres se alternan en el favor de la bella Fronesio: cada uno de ellos ocupa un lugar distinto en su corazón (aunque —cf. *Cistellaria* 65;

también *Miles* 706—, según opinión de los hombres, no hay ninguna mujer que lo tenga); sobre todo Diniarco es, no sólo su amante, sino también su confidente (con la trágica circunstancia de que el niño robado que Fronesio hace pasar por suyo y del militar para poder explotar aún más a éste, es, según se descubre, precisamente hijo de Diniarco). Hasta llegan a enfrentarse los rivales en escena en su presencia; pero a pesar de los pesares, sus soberanas artes le dan la victoria y consigue hasta el final mantener a los tres a su servicio. A otra altura llama también la atención el personaje de la cínica y descarada Astafio, su esclava de confianza. Poco tiene que decir la figura del esclavo del campesino Estrábax, Truculento, a pesar de llevar el nombre que da título a la obra, cuya conversión de tipo furibundo en manso cordero resulta un problema para los críticos.

El texto del *Truculentus* ha llegado a nosotros en un estado muy deteriorado. En cuanto a su fecha de estreno y basándose en los vv. 486 y 761, Enk llega a la conclusión de que debe fijarse en el año 189 antes de nuestra era, con ocasión de los *ludi Megalenses*.

Sea cual sea el desconocido modelo griego del *Truculentus* no puede negarse que estamos ante una sorprendente obra literaria —en otro caso no se daría la posibilidad de que quedara el lector/espectador tan estremecido al verse confrontado con tanta y tan refinada maldad—.

Las reminiscencias del *Truculentus* son muy escasas en la literatura posterior.

ARGUMENTO

Tres jóvenes están perdidamente enamorados de una y la misma cortesana; el uno es un campesino, el segundo de la ciudad, el tercero un militar extranjero. A ella se le ocurre una magnífica jugada para hacerse con el militar: coge un niño que había nacido en secreto y le hace pasar por suyo. Hay un esclavo, muy violento y con unas maneras muy groseras, que intenta impedir que las golfas rapiñen los ahorros de su amo, que, con todo, se deja luego ablandar. Llega el militar y prodiga los regalos por mor del que cree ser su hijo. Al fin el padre de la joven que había sido violada, se entera de todo, y se llega al acuerdo de que su seductor, que reclama por suyo al supuesto hijo de la cortesana, se case con ella.

PERSONAJES

DINIARCO, joven ateniense, amante de Fronesio.
ASTAFIO, esclava de Fronesio.
TRUCULENTO, esclavo de Estrábax.
FRONESIO, cortesana.
ESTRATÓFANES, militar, amante de Fronesio.
CÍAMO, esclavo de Diniarco.
ESTRÁBAX, joven campesino, amante de Fronesio.
CALICLES, viejo.
Una esclava de Calicles.
SIRA, peluquera de Fronesio.

La acción transcurre en Atenas.

PRÓLOGO

Un sitito es lo único que Plauto os pide de vuestra grande, hermosa ciudad para poder transportar aquí la villa de Atenas sin necesidad de echar mano de arquitectos. A ver, qué, ¿estáis dispuestos a dármelo o no? Se me hacen señas de que sí, que me podré quedar con el mejor sitio de la ciudad sin dilación alguna. A ver ahora: ¿y si os pido algo de vuestra propiedad particular? Se me hacen señas de que no. ¡Muy bien, Hércules!, desde luego estáis chapados a la antigua: para decir que no, tenéis la lengua muy ligera. Pero vamos ahora al asunto por el que estamos aquí reunidos en este lugar: la escena esta que veis aquí es Atenas[1], al menos mientras representamos esta comedia; ahí vive una mujer llamada Fronesio, que se sabe al dedillo todas las artes de la generación actual: no le pide jamás a su amante... —lo que le ha dado ya, pero, por lo demás, pone de su parte lo necesario para...— dejarle completamente desplumado, venga a pedir, venga a rapiñar tal como es la forma normal de ser de las mujeres; todas se portan igual una vez que se percatan de que alguien está enamorado de ellas. Pues esta Fronesio

[1] Texto inseguro, corregido en muy diversas formas; traducción aproximada.

que digo, le ha contado a un militar amigo suyo que ha tenido de él un hijo, con el fin de poder así barrerle aún mas rápido la hacienda entera al otro hasta el último céntimo. Abreviando, que si le queda vida le sacará las entrañas al mencionado militar con su liga, su anzuelo y su lazo[2].

ACTO I

ESCENA PRIMERA

DINIARCO

Una vida entera no le basta a un enamorado para acabar de aprender todas las formas en que puede arruinarse; ni la misma Venus en persona, que tiene en su mano la administración de todo el haber de los enamorados y se sabe todas las formas en que son burlados y llevados a la ruina, todas las triquiñuelas con que son seducidos, podrá dar razón de ello. Unas veces muy blanda, otras hostil [***], ¡Oh, dioses, misericordia cuántos juramentos en falso! Y luego lo que hay que apoquinar: por primera providencia, el salario por todo un año, ésa es la primera jugada, y por él recibe el amante... la mercancía de tres noches; luego, entremedias, dinero, aceite, trigo; te pone a prueba a ver si te dejas llevar o eres una persona de carácter. Es como con el pescador que lanza el esparavel en el vivero: una vez que éste ha llegado al fondo, tira de la cuerda; si el pez está dentro de la red, se

[2] Texto corrupto; la traducción sigue la conjetura de Lindsay en el aparato crítico.

cuida de que no se le escape; le rodea por aquí y por allá con la red y le tiene preso hasta que le saca fuera; lo mismo pasa con el enamorado si llega a ceder a las peticiones que se le hacen y se muestra generoso y no como una persona de carácter. Se le dan unas noches más, y él entre tanto, se traga el anzuelo. Una vez que ha bebido a grandes tragos de la copa del amor y que la tal bebida toma posesión de su pecho, quedan en la ruina él, su fortuna y su reputación. Si por caso la amiga se enfada con su amante, la ruina que éste sufre es doble, en sus bienes de fortuna y en su corazón. Si los dos están a buenas, él es quien lo paga, si disminuye el número de las noches, su corazón; si aumenta, él todo feliz, pero lo paga su bolsa[3]. Ya antes de haberle hecho algún regalo, tiene dispuestos otros cien que pedirte: o se le ha perdido una joya, o es una mantilla que se le ha roto, o ha comprado una esclava o alguna vasija de plata o de bronce [***], o unos cofres griegos, o qué sé yo, siempre hay para el amante algún servicio que hacer a su amada, y mientras perdemos nuestros bienes, nuestro crédito y a nosotros mismos, nos esforzamos con gran celo en mantenerlo todo oculto, para que no llegue a oídos de los padres y del resto de la familia; y el caso es que si, en vez de andarnos con secretillos ante ellos, los hiciéramos nuestros confidentes, de forma que a tiempo pudieran poner freno a los impulsos de nuestra juventud, dándonos así la posibilidad de entregar a nuestra posteridad los bienes adquiridos por el trabajo de nuestros antepasados, verías qué pronto desaparecían los rufianes y 62ª
las golfas y había menos hombres que se buscaran su ruina que en la actualidad; porque hoy en día es mayor el número de los rufianes y de las golfas que el de las moscas en el tiempo de calor; que aunque no estén por parte otra ningu-

[3] El v. 50ª, que sigue, es suprimido como una glosa por los editores.

na, es sin cuento el número de ellos que andan alrededor de las mesas de los banqueros; como que estoy seguro que es ya mayor la cantidad de golfas que hay que pesas y medidas tienen los cambistas. Desde luego, yo no sé qué es lo que tienen que hacer rufianes y golfas entre los banqueros, a no ser que hagan el oficio de las tablillas donde se apuntan los dineros prestados... —los que los rufianes prestan, se entiende, no vaya nadie a pensar que son los pagos que ellos efectúan—. Y es que, en fin, siendo la población tan numerosa, reinando la paz y la tranquilidad después de obtenida la victoria sobre los enemigos, no hay sino dedicarse al amor, todos aquellos que tienen algo que dar. Así es que esta cortesana que vive aquí llamada Fronesio ha expulsado de mi pecho de manera total su nombre (porque Fronesis significa buen juicio). Confieso que yo fui una vez para ella la persona mas allegada, su número uno, que es lo más desastroso que puede haber para la bolsa de un enamorado; y ella, luego que encontró a otro que le daba más , que estaba más dispuesto a arruinarse, me ha dado de lado por el militar ese de Babilonia, que decía la muy malvada que no le podía aguantar. Según se dice, está el susodicho a punto de llegar de fuera; por eso se ha inventado ella el siguiente embuste: hace como que ha dado a luz, con el fin de ponerme a mí en la calle y finge que el padre de la criatura es el militar— para poder divertirse a la griega sólo con él ha organizado toda la historia esta de la suplantación del chiquillo, la muy malvada[4] ¿se piensa ella que me engaña?, ¿es que acaso creyó que me lo habría podido ocultar si es que estaba encinta? Yo vuelvo ahora a Atenas después de un viaje de dos días a Lemnos, a donde fui enviado en misión oficial.

[4] Texto inseguro.

Pero ahí sale su esclava Astafio; con ella he tenido yo también mis asuntillos.

ESCENA SEGUNDA

Astafio, Diniarco

As.— *(Hablando a las otras esclavas dentro de la ca-* 95
sa.) Estad atentas a la puerta y guardad bien la casa, que ninguno que venga se vaya con más carga que vino, ni que quien haya venido aquí con las manos vacías se las vaya a llevar llenas. Yo me sé muy bien como es la gente; los jóve-
nes de hoy en día acostumbran a venir a las casas de las 100
cortesanas en bandas de a cinco o de a seis; se lo tienen todo muy bien pensado: cuando están ya dentro, uno cualquiera de ellos se pone a besuquear sin parar a su amiga mientras que los otros ladrones hacen su oficio; si ven que alguien está a la mira de ellos, empiezan a bromear para distraer al guardián con sus chanzas y sus chacotas; comen muchas veces a nuestra costa y se hinchan que ni que fueran salchi-
chas; os juro que esto que digo es una realidad, y la mayor 105
parte de vosotros, distinguido público, sabéis que no miento. Ahí dan ellos la batalla y se glorían de robar a un ladrón.
Sólo que podéis estar seguros de que nosotras por nuestra 107-10
parte no nos quedamos sin mostrarles nuestro agradecimiento a los tales ladrones, que ellos mismos ven con sus propios ojos cómo les quitamos sus bienes; y es que encima son ellos los que por su propia voluntad nos los traen.

Di.— *(Aparte.)* Es a mí a quien fustiga con sus palabras, porque indudablemente yo he dejado aquí todo lo que tenía.

As.— *(Hablando hacia dentro de la casa.)* Sí, ya sé, ahora mismo le traigo, si es que está en casa.

Di.— ¡Eh, tú, Astafio!, espera un momento antes de seguir tu camino.

As.— ¿Quién me llama?

Di.— Mira para acá y te enterarás.

As.— *(Sin volverse a mirar.)* ¿Quién es?

Di.— Uno que os desea muchos bienes.

As.— Pues dánoslos tú, si es que quieres que los tengamos.

Di.— Se darán los pasos. Mira para acá.

As.— *(Sin mirar.)* ¡Oh, me matas, desgraciada de mí, seas quien seas!

Di.— Espera, mala pieza.

As.— Buena pieza, te pones muy cargante. ¡Ay!, ¿es ése Diniarco? Digo, él es.

Di.— ¡Salud!

As.— Lo mismo digo.

Di.— Venga esa mano y acércate.

As.— Soy tu esclava y sigo tus órdenes.

Di.— ¿Qué tal te va?

As.— Bien, como a aquel cuya mano estrecho. Se te dará una cena para festejar tu vuelta.

Di.— Gracias por la invitación, Astafio.

As.— Déjame, por favor, ir a donde me ha mandado el ama.

Di.— Ve en buena hora... pero dime.

As.— ¿El qué?

Di.— Di a dónde te diriges, quién es el que vas a buscar.

As.— Voy a buscar a Arquiline, la comadrona.

Di.— Eres un bicho malo, das el tufo de la escuela de donde provienes; te tengo cogida en una mentira, malvada.

As.— ¿Por qué, pues?, dime.

DI.— Porque acabas de decir hace nada que ibas a buscarle a «él», no a «ella»; ahora, de pronto, se ha convertido en una mujer lo que era un hombre: eres una bruja. Pero dime ya quién es, Astafio, ¿se trata de un nuevo amante?

AS.— Yo tengo la impresión de que no tienes maldita la cosa que hacer.

DI.— ¿Por qué tienes esa impresión?

AS.— Porque te ocupas de los asuntos ajenos gratuitamente.

DI.— Vosotras sois las que tenéis la culpa de que no tenga nada que hacer.

AS.— ¿Por qué? dime.

DI.— Yo te lo explicaré: he perdido ahí en vuestra casa toda mi hacienda, vosotras sois las que me habéis dejado sin ocupación; si conservara aún mis bienes, ya verías como tendría en qué ocuparme.

AS.— ¿Es que quieres arrendar los pastos públicos de Venus o del Amor en otras condiciones que las de quedarte sin ocupación alguna?

DI.— Ella y no yo, es quien tenía el arriendo de los pastos públicos, tú no estás en lo cierto; ella es la que en contra de mis derechos se quedó con mi ganado, a pesar de haber pagado yo lo debido por el uso de los pastos.

AS.— La mayoría hacen lo mismito que tú cuando les van mal los negocios: cuando no tienen para pagar lo que les corresponde por el uso de los pastos, le echan la culpa al encargado del arriendo.

DI.— Mal me ha salido el negocio ganadero aquí con vosotras; ahora quiero dedicarme a la labranza[5], según mis posibles, aquí en vuestra casa.

[5] Los términos *arare, aratio, arator, pecuarius,* se utilizan en latín con un doble sentido perteneciente al dominio sexual; cf. también *Asinaria* 874.

As.— Este terreno nuestro no es de labranza, sino para la ganadería; si es que quieres tener un campo de labranza, más vale que te busques jovencitos, que tienen la costumbre de dejarse trabajar. Nosotras son los pastos los que tenemos en arriendo; ellos son otros los terrenos que arriendan.

Di.— Bien conocidos me los tengo, lo mismo a vosotras que a ellos.

As.— Toma, por eso no tienes nada que hacer, has estado de andanzas allí y aquí. Pero ¿con cuál de los dos prefieres tener cuentas?

Di.— Vosotras sois más descaradas, los otros más perjuros: lo que se les da a ellos, es cosa perdida y ni siquiera a ellos mismos les aprovecha; vosotras, al menos, lo que ganáis os lo bebéis y os lo coméis. En fin, ellos son unos sinvergüenzas, vosotras, unas malvadas y unas engreídas.

As.— Diniarco, todo lo que dices mal de nosotros lo dices de ti mismo, en vez de nosotras y de ellos.

Di.— Y eso ¿por qué?

As.— Yo te lo explicaré: porque quien acusa a otro de una culpa, debe él mismo estar limpio de ella. Tú, que eres un sabio, no tienes nada de nosotras; nosotras, que somos unas pillas, sí tenemos algo de ti.

Di.— ¡Ay, Astafio, no es así como solías hablarme antes, sino bien zalamera que te ponías cuando todavía poseía yo lo que tenéis ahora vosotras!

As.— Las personas, ten cuenta con ellas mientras que están en vida; una vez muertas, déjalas en paz. Tú también eras algo para mí cuando vivías.

Di.— ¿Pero es que me das por muerto?

As.— Por favor, bien a las claras está; tú, que antes eras el número uno de los amantes, ahora vienes a presentar quejas a tu amiga.

DI.— Vosotras tenéis la culpa, Hércules, por daros tanta prisa; más os habría valido rapiñar con más calma, así me habríais conservado más tiempo .

As.— Un amante es como una ciudad enemiga.

DI.— ¿Por qué motivo?

As.— Cuanto más pronto se le conquiste, tanto mejor para su amiga.

DI.— En eso tienes razón, pero también es verdad que son una cosa muy distinta un amigo y un amante: en cuestiones de amigos, el mejor es, desde luego, el más antiguo. Yo, Hércules, no estoy del todo muerto, tengo todavía fincas y una casa.

As.— Oye, por favor, ¿cómo es que estás entonces aquí a la puerta como si fueras un desconocido y un extraño? Entra, tú no eres un extraño, que te juro que, si tienes todavía una finca y una casa, no hay otro a quien ame ella hoy tanto de todo corazón y con toda su alma.

DI.— Vuestra lengua, vuestras palabras mieles son, pero vuestros hechos y vuestro corazón no son sino hiel y vinagre, y así, son dulces las palabras que dais con la lengua, pero del corazón no salen sino amargos hechos.

As.— [Si los amantes no pagan yo no he aprendido el arte de hablar]. A ti, encanto mío, no te cuadra el hablar así, sino a esos agarrados que le hacen la guerra a lo que el propio bienestar les pide.

DI.— Eres mala de verdad y tan embaucadora como siempre.

As.— No sabes tú bien cómo estábamos esperando tu vuelta; y el ama no digo, por favor, cómo estaba deseando verte.

DI.— ¿En qué quedamos?

As.— Tú eres entre todos el elegido de su corazón.

Di.— ¡Bravo, fincas y casa, qué a punto habéis venido en mi ayuda! Pero dime, Astafio.

As.— Qué.

Di.— ¿Está ahora Fronesio en casa?

As.— Para otros, no sé, para ti, desde luego que sí que está.

Di.— ¿Está bien?

As.— Y mejor que estará en cuanto que te vea.

Di.— Esto es lo que nos fastidia sobre todo: en cuanto que estamos enamorados, nos perdemos; si se nos dice lo que estamos desando oír, a pesar de que mienten a ojos vista, creemos los muy necios que dicen la verdad, en lugar de enfadarnos, y con razón.

As.— Oye, tú, eso no es así.

Di.— ¿Dices entonces que ella me ama?

As.— Bueno, a ti y nada más que a ti.

Di.— He oído decir que ha dado a luz.

As.— Ay, por favor, Diniarco, calla esa boca.

Di.— ¿Pero por qué?

As.— Me estremezco cada vez que se hace mención de su parto, que por poco te quedas sin ella. Anda, entra a verla. Pero espera un minuto; ella va a salir en seguida, porque es que la dejé en el baño.

Di.— Pero oye, tú, ¿cómo pudo dar a luz sin haber estado encinta? Porque, que yo sepa, nunca noté que le hubiera aumentado el vientre.

As.— Es que lo ocultaba y tenía miedo de ti, no fueras a querer convencerla de que abortara y matase a la criatura.

Di.— Entonces, el padre es el militar ese babilonio, cuya venida está deseando ahora.

As.— Sí, y que, según la noticia que nos ha llegado de su parte, dicen que está a punto de llegar. Me extraña que no esté aquí ya.

Di.— ¿Entro entonces?

As.— ¿Por qué no? Con la misma confianza que si entraras en tu propia casa, que tú sigues siendo uno de los nuestros Diniarco.

Di.— ¿Cuándo estarás de vuelta?

As.— Ahora mismito, que es muy cerca a donde iba.

Di.— Vuelve enseguida, yo esperaré aquí dentro. *(Entra en casa de Fronesio.)*

ACTO II

ESCENA PRIMERA

Astafio

¡Ja, ja, ja! Al fin respiro tranquila, ya se entró el pelma ese. Ahora puedo hablar a placer con libertad lo que quiera y me venga en gana. Aquí a este amante le ha cantado el ama un responso a sus bienes, que los terrenos y la casa de marras están hipotecados a cambio de la finca del Amor. Pero a éste le cuenta el ama con toda confianza todos sus proyectos, de modo que él es para ella más bien un amigo que le sirve con sus consejos y no en efectivo. Mientras que fue algo, nos dio; ahora no tiene nada: lo que tenía él, lo tenemos nosotras y, él tiene lo que teníamos nosotras antes de que él nos diera. Así son las cosas de la vida, las fortunas dan la vuelta de forma muy rápida, la vida tiene muchos altibajos: nosotras le tenemos en la memoria a él como un hombre rico y él a nosotras como a unas pobretonas; las co-

sas han cambiado; necio sería el que se extrañara de ello. Si él está en la miseria, nosotras tenemos que pasar por ello: se entregó al amor, bien merecido se lo tiene. Un crimen sería que tuviéramos nosotras compasión de quienes dilapidan sus bienes. Una «madame» como es debido debe tener buenos dientes para poder sonreír a todo el que acuda y hablarle muy suavemente; por dentro, todo malas ideas, pero por fuera, buenas palabras. Una cortesana debe ser como un espino: nada más tocar a cualquiera, ocasionarle daños y perjuicios; no debe prestar oídos a los razonamientos de su amante, sino, en caso de que no apoquine, mandarle a su casa como a un soldado que no cumple con sus deberes. Tampoco será bueno un amante que no esté en pie de guerra con sus propios bienes. Mientras tenga, que se entregue al amor; cuando le falte, que coja otra ocupación. Caso de que no tenga nada, debe conformarse en dejar el puesto libre a quienes lo tengan. Pierde su tiempo si no es que, nada más dar, está dispuesto a dar de nuevo. Aquí en nuestra casa, sólo está bien visto el que se olvida de que ha dado lo que dio. Un buen amante es aquel que, dejando todo lo demás de lado, no tiene en la cabeza más que acabar con su hacienda. Los hombres andan siempre diciendo que nos portamos mal con ellos y que somos unas avariciosas: ¿por qué vamos a serlo?, ¿qué es, a fin de cuentas, en lo que nos portamos mal? Te juro que jamás ha dado bastante un enamorado a su amiga, ni nosotras recibimos bastante jamás, ni ha habido jamás una sola que haya recibido bastante. Porque cuando un amante se presenta limpio de dádivas, si afirma que no tiene qué dar, le creemos sin más ni más y no le pedimos una garantía, puesto que no tiene para darla. Lo mejor es buscarse siempre nuevos amantes, que pueden dar de sus tesoros aún íntegros, tal como este joven campesino que vive ahí: de verdad, qué persona más encantadora y qué buen

dador que es. Esta noche se ha pasado por el jardín aquí a nuestra casa a escondidas de su padre. Voy a verle. Lo malo es que tiene un esclavo que es una fiera, que en cuanto que nos ve acercarnos a alguna de nosotras, nos espanta a gritos y nos echa como a los gansos de un sembrado de trigo, así es de grosero el hombre. Pero yo, pase lo que pase, voy a llamar a la puerta. ¿Hay aquí alguien que guarde la puerta? ¿Sale alguien a abrir?

ESCENA SEGUNDA

TRUCULENTO, ASTAFIO

TR.— ¿Quién aporrea nuestra casa en forma tan desconsiderada?

AS.— Soy yo, mira para acá.

TR.— ¿Cómo «yo»?

AS.— Bueno, ¿es que acaso no soy «yo» para ti?

TR.— ¿Qué tienes tú que acercarte a esta casa o llamar a su puerta?

AS.— Salud.

TR.— No tengo gana de saludos tuyos, me traen sin cuidado. No quiero salud; enfermo preferiría estar a tener salud por saludos tuyos. Pero me gustaría saber qué es lo que se te ha perdido a ti en esta casa.

AS.— Oye, por favor, hay que aprender a aguantarse un poco, ¿eh?

TR.— Aguántate tú, que estás hecha a ello, descarada: venir aquí a solicitar a un campesino para burlarte proponiéndole un ligue.

As.— Yo no he dicho nada de eso, no me has entendido bien; este hombre es verdaderamente una furia[6].

Tr.— Mujer, ¿te empeñas en seguir hablándome mal?

As.— ¿Qué es lo que te he hablado mal?

Tr.— Estás diciendo que soy una furia. Ahora, como no te largues inmediatamente o me digas qué es lo que quieres sin tardar, Hércules, te voy a dar de patadas tal como hacen las cerdas con sus crías.

As.— Este hombre es un palurdo como hay pocos.

Tr.— Una vergüenza es el hatajo este de monos: ¿vienes aquí a pavonearte tan compuesta, estando más que en los huesos, sólo, tía asquerosa, porque te has teñido de marrón la mantilla esa que llevas? ¿Te crees acaso que estás guapa porque te han regalado una pulsera de bronce?

As.— ¡Venga, muy bien esos insultos!

Tr.— Pero a ver, contéstame a mi pregunta: ¿es que llevas ahí esos anillos de bronce para tener con qué adquirir algo en propiedad[7]? Apuesto que son de madera esas Victorias que llevas ahí colgando de las orejas[8].

As.— ¡No me toques!

Tr.— ¿Que yo te voy a tocar? Por mi azada te juro que prefería abrazar en la finca a una vaca bien cornuda y pasarme la noche entera con ella en su lecho de paja antes que se me regalaran cien noches contigo con cena y todo. ¿Tú me echas en cara que soy un campesino?, ¡pues sí que has dado con alguien que se avergüence de ese insulto! Pero

---

[6] El texto latino dice *comprime eiram* (con grafía antigua, en lugar de *iram,* pronunciado como e larga cerrada, de forma que Truculento entiende *eram,* «ama») y juega con el doble sentido de *comprimere,* usado también con significación sexual; la traducción no puede ser sino aproximada.

[7] Cosa imposible siendo esclava.

[8] Imágenes de la Victoria como pendientes.

¿qué es lo que se te ofrece aquí en nuestra casa? ¿por qué te presentas aquí siempre que venimos de la finca a la ciudad?

As.— Quiero hablar con vuestras mujeres.

Tr.— ¿Qué mujeres ni qué historias?, ¡si aquí no hay ni una mosca que sea hembra!

As.— ¿No vive aquí ninguna mujer?

Tr.— A la finca se han ido, digo, lárgate.

As.— ¿A qué vienen esos gritos, loco, más que loco?

Tr.— Como no te des prisa en largarte de aquí a buenas zancadas, te juro que no te voy a dejar en la cabeza ni uno solo de esos ricitos tan repeinados y tan compuestos y tan acaracolados y perfumados.

As.— ¿A santo de qué?

Tr.— A santo de que has tenido el atrevimiento de acercarte a nuestra puerta chorreando perfumes y con la cara llena de colorete.

As.— ¡Pobre de mí!, si es que se me han subido los colores a la cara con tus gritos.

Tr.— Conque sí, conque te has puesto colorada, ¿eh? Como si hubieras dejado a algún punto de tu cuerpo la posibilidad de coger color alguno, malvada, si te has embadurnado los carrillos con colorete y el cuerpo entero de polvos de talco. Sois malas de verdad.

As.— ¿Cuál es el mal que os han hecho a vosotros las malvadas estas?

Tr.— Yo sé más de lo que tú te figuras.

As.— Oye, ¿y qué es lo que hay que saber?

Tr.— De cómo se pierde en vuestra casa el hijo del amo, Estrábax, de cómo le lleváis seducido a la ruina y a la deshonra.

As.— Si no es que te tomara por un loco, te diría que eso es una injuria; por lo general no hay ni uno que perezca aquí en nuestra casa: sus bienes son los que perecen; una

vez que han perecido, pueden marcharse, si quieren, sanos y salvos. Lo que es yo, a ese joven vuestro no le conozco.

TR.— Que no, ¿eh? ¿Y qué dice la valla esa medianera del jardín, que noche tras noche pierde un ladrillo por la parte en que el muchacho se ha abierto un camino hacia su ruina?

AS.— La valla está ya vieja, no tiene nada de particular si es que se vienen abajo los ladrillos.

TR.— Conque se vienen abajo los ladrillos, ¿eh? Así no me crea nadie por jamás de los jamases nada de lo que diga si no voy y le cuento al amo punto por punto todas vuestras trapisondas.

AS.— ¿Es él tan furibundo como tú?

TR.— No ha sido enriqueciendo a fulanas como ha allegado él sus riquezas, sino a fuerza de ahorros y privaciones; y ahora son transportadas todas a escondidas a vuestra casa, malvadas; vosotras sois las que os las tragáis, os las gastáis en perfumes, os las bebéis. ¿Que me lo voy yo a tener callado? ¡Hércules! ahora mismo me voy al foro y se lo cuento todo al viejo; así quedarán mis espaldas a cubierto del enjambre de males que este asunto va a hacer caer sobre mí *(se va)*.

AS.— Este hombre no parece sino que se alimenta de cenizos[9], hay que ver qué tío tan mal encarado; pero con su amo da la impresión de que se porta muy bien. Deja, que con todo lo furibundo que se pone, yo espero darle una vuelta a fuerza de zalemas, de alicientes y demás procedimientos propios de nuestro oficio; yo he visto caballos y otras fieras salvajes convertidas en animales mansos. Ahora vuelvo con el ama. Pero mira, ahí sale el posma de antes;

[9] El texto latino pone «mostaza»; cf. *Pseudolus* 817 s., *sinapis scelera*, que hace llorar al que la muele.

sale muy compungido, eso es qué no ha conseguido todavía ver a Fronesio.

ESCENA TERCERA

DINIARCO, ASTAFIO

DI.— Yo creo que los peces que se pasan la vida metidos en el agua no se bañan tanto como la Fronesio esta. Si las mujeres fueran amadas en relación con el tiempo que se pasan en el baño, todos sus amantes serían bañeros.

AS.— ¿Es que no puedes tener un poco de paciencia?

DI.— Pero si es que estoy ya cansado de tanto tener paciencia, pobre de mí; yo sí que tendría necesidad de un baño, de cansancio que tengo. Anda, Astafio, por favor, entra y anúnciame, dile que se dé prisa, que ya está más que bien bañada.

AS.— Vale.

DI.— Oye, tú.

AS.— ¿Qué quieres?

DI.— Maldito sea por haberte hecho volver: ¿no te acababa de decir que te fueras?

AS.— Pues ¿por qué me has llamado otra vez? ¡necio, inútil!, tú mismo te has provocado una demora de mil pasos.

DI.— *(Aparte.)* Pero ¿qué ha hecho ésta aquí tanto tiempo delante de la casa? Eso es que estaba esperando a quien sea; seguro que al militar; no piensan ya más que en él, no parecen sino buitres, que barruntan ya con tres días de antelación el momento en que van a encontrar su presa[10]; le

[10] Cf. PLINIO, *Hist. Nat.* X 19, *triduo autem ante advolare eos, ubi cadavera futura sunt.*

esperan con la boca ya abierta, no tienen otra cosa en la cabeza más que él. A mí, ni mirarme en cuanto que el otro llegue, lo mismo que si hiciera ya un siglo que me hubiera ido al otro mundo ¡Qué cosa más dulce es conservar los propios bienes! ¡Ay, desgraciado de mí!, ahora pienso de otra forma, cuando es ya demasiado tarde, una vez perdida la fortuna adquirida por mis padres. Pero ahora, si me cae en suerte alguna herencia de consideración, ahora que sé por experiencia cuáles son las dulzuras y las amarguras de las que el dinero es fuente, te juro que lo conservaría y que llevaría una vida tan moderada... que lo haría desaparecer en un abrir y cerrar de ojos. Entonces verías cómo les tapaba la boca a los que ahora me inculpan. Pero oigo abrirse la puerta avasalladora esa, que se engulle todo lo que traspasa su umbral.

ESCENA CUARTA

FRONESIO, DINIARCO

FR.— ¡Ay, por favor, cariño!, ¿es que piensas que muerde mi puerta, que no te atreves a entrar?

DI.— Fíjate, la primavera en persona, toda en flor: ¡qué perfume, qué destellos de luz!

FR.— ¿Cómo es que vienes de tan mal talante de Lemnos que ni siquiera le das un beso a tu amiga, Diniarco?

DI.— *(Aparte.)* ¡Ay, qué rociada me cae encima, y no chica!

FR.— ¿A dónde te vuelves a mirar?

DI.— Salud, Fronesio.

FR.— Salud, Diniarco, ¿cenarás hoy con nosotros por haber vuelto bien de tu viaje?

DI.— Estoy ya comprometido.

FR.— ¿Dónde cenas entonces?

DI.— Donde tú mandes.

FR.— Yo tendré mucho gusto en que sea aquí.

DI.— Te juro que yo aún más. Entonces, ¿estarás tú hoy conmigo, Fronesio de mi alma?

FR.— Con mucho gusto por mi parte, si me fuera posible.

DI.— *(Como si hablara a los esclavos.)* Venga, deprisa, las sandalias, levantad los manteles.

FR.— Por favor, ¿estás en tu juicio?

DI.— Te juro que no puedo beber más, me siento mal.

FR.— Espera, se hará lo que sea, no te vayas.

DI.— ¡Ah!, me vuelves a la vida, ya me siento mejor; *(como hablando a un esclavo)* anda, quítame las sandalias, dame de beber.

FR.— Eres el mismo de siempre. Pero dime: ¿has tenido buen viaje?

DI.— Aquí a tu casa, desde luego que sí, porque tengo la posibilidad de verte.

FR.— Abrázame.

DI.— Con mil amores: ¡ay, esto es más dulce que la dulce miel! Júpiter, en esto mi suerte supera a la tuya.

FR.— ¿Me das un beso?

DI.— No uno, sino cien.

FR.— Ahí tienes, por eso eres un pobretón, me prometes más de lo que te pido.

DI.— Ojalá que desde el primer momento hubieras ahorrado con mis bienes lo mismo que ahora con los besos.

FR.— Si yo pudiera ahorrar algo en favor tuyo, te juro que lo haría con gusto.

Di.— ¿Has terminado ya de arreglarte?

Fr.— Oye, para mí y en mi opinión, desde luego que sí, ¿es que acaso no te parezco bien?

Di.— No faltaba más; pero hubo una época, yo me acuerdo bien, en la que no nos parecíamos bien el uno al otro[11]. Pero ¿qué es lo que he oído de ti a mi llegada, qué son esas novedades que han ocurrido aquí durante mi ausencia?

Fr.— ¿A qué te refieres?

Di.— Por primera providencia, mi enhorabuena por el nacimiento de tu hijo y porque todo haya venido bien.

Fr.— *(A las esclavas.)* Retiraos vosotras a casa y cerrad la puerta. Quiero hablar contigo a solas: la verdad es que ni he dado a luz ni estaba encinta, sino que hice como que lo estaba, no lo niego.

Di.— ¿Y por causa de quién, mi vida?

Fr.— Por causa del militar babilonio, que me tenía, se puede decir, como si fuera su mujer el año que estuvo aquí.

Di.— Eso no se me había pasado inadvertido. Pero ¿eso a cuento de qué?, ¿qué sacabas con ese engaño?

Fr.— Yo quería tener algún lazo y una cadena para hacerle volver otra vez. Y ahora me ha enviado hace poco una carta diciendo que quería poner a prueba lo que él significa para mí: que si no quitaba de en medio a la criatura, sino que la aceptaba, vendría yo a poseer todos sus bienes.

Di.— Eso está muy bien. Y después ¿qué?

Fr.— Mi madre va y encarga a las esclavas, cuando ya estaban para cumplirse los meses, ir cada una por su lado y a hacer pesquisas y buscar un niño o una niña para hacerle

[11] Los vv. 380-1 son de interpretación difícil y muy discutida.

pasar por mi hijo. Resumiendo, ¿conoces tú a Sira, nuestra peluquera?

DI.— ¿La que vive ahí en la casa de enfrente?, claro que la conozco.

FR.— Pues ella, como por su trabajo tiene que ir por las casas, da con un niño; me lo trae en secreto, me dice que se lo han dado.

DI.— Ahora al niño ese no le ha traído al mundo la que le había traído primero, sino tú, que le has vuelto a traer después.

FR.— Estás al tanto de todo. Ahora, según las noticias que he recibido del militar, él está a punto de llegar.

DI.— Y tú, entretanto, te dejas cuidar como una parturienta, ¿verdad?

FR.— ¿Por qué no, si es algo que puede hacerse sin el menor esfuerzo? Cada uno debe ir a lo suyo.

DI.— ¿Y qué va a ser de mí cuando venga el militar?, ¿voy a tener que vivir abandonado de ti?

FR.— Cuando yo consiga de él lo que me propongo, encuentro luego fácilmente un motivo de disgusto y de separación; después, cariño mío, estaré siempre contigo.

DI.— Hércules, tú, di mejor «me acostaré».

FR.— Hoy quiero hacer un sacrificio a los dioses por la criatura, que hay que hacerlo al quinto día.

DI.— Me parece muy bien. *(Hace ademán de marcharse.)*

FR.— ¿No quieres hacerme algún regalito?

DI.— Hércules, amor mío, me hace el efecto de que soy yo el que salgo ganando si tú me pides algo.

FR.— Pues a mí cuando me lo das.

DI.— Ahora mismo lo tendrás aquí; yo te lo mandaré con un chico.

FR.— Que no te olvides.

Di.— Sea lo que sea lo que te traiga, dalo por bueno.

Fr.— Yo ya sé que tú sabrás escoger algo con lo que quede contenta.

Di.— ¿Quieres alguna otra cosa?

Fr.— Que vuelvas a verme cuando tengas un rato; adiós.

Di.— Hasta luego. *(Fronesio entra en casa):* ¡Dioses inmortales! lo que acaba de hacer esta mujer conmigo no es ya cosa de una enamorada, sino de una amiga que se identifica contigo, que te hace digno de toda su confianza: mira que haberme confiado lo de la suplantación del chico, una cosa que no se hace ni entre hermanas. Se me ha abierto desde el fondo de su alma: estoy seguro, jamás me será infiel mientras viva, ¿y no voy yo a corresponder con mi amor?, ¿no voy yo a hacer lo que sea por ella? Antes dejaré de mirar por mi bien que no por el suyo. ¿Voy yo a dejar de mandarle un regalo? No, sino que ahora mismo daré orden de que le traigan cinco minas y además de que se le haga una compra por valor al menos de una mina. Mucho más se merece ella que no le falte nada por lo bien que me quiere, que no yo, que no hago más que perjudicarme. *(Se va.)*

ESCENA QUINTA

Fronesio

(Saliendo con sus esclavas.) Dad de mamar al chico. ¡Ay, pobres madres, que no tenemos un momento de reposo con tanta preocupación! ¡Verdaderamente que ocurrencia!, cuando reflexiono en mi interior, confieso que...se nos tiene

por mucho menos malas de lo que realmente somos. Yo hablo de mí la primera y por experiencia propia. ¡Qué preocupación!, qué dolor siento en el alma... de que mi patraña perezca por la muerte del chiquillo; por tener el nombre de madre tengo más interés en su vida. Después de haberme atrevido a semejante impostura, voy a cometer una nueva. Por avaricia y afán de lucro he procedido en tal forma, he hecho pasar por míos los dolores ajenos. No se debe dar comienzo a engaño de ninguna clase si es que no eres capaz de llevarlo a término con astucia y con diligencia. Ya veis el atuendo que traigo: hago como que estoy todavía débil a consecuencia del parto. Cuando una mujer se pone a una mala acción, si no consigue darle cima, las consecuencias no son sino tristeza, pesadumbre, infelicidad, pobre de ella; de portarse bien se harta bien pronto. Son muy pocas las que se cansan de perseverar una vez comenzado el camino del mal, y muy pocas las que llevan a su término una buena empresa. A una mujer le resulta una carga mucho más ligera hacer el mal que el bien. Yo si soy mala, es por obra de mi madre y de mi propia maldad al fingirle al militar babilonio que estaba encinta: ahora quiero que no le falte detalle a la farsa cuando él venga: según yo creo, debe de estar a punto de llegar; por eso he tomado mis precauciones a tiempo y ése es el motivo por el que voy así vestida como si acabara de dar a luz. Traedme mirra y fuego para el altar, que haga una plegaria de acción de gracias a Lucina[12]; lo ponéis aquí y luego os vais. Tú, Pitecio, ponme en la cama, ven, ayúdame; eso, así, como una parturienta. Quítame las sandalias, échame un mantón, Arquilis. Tú, Astafio, ¿dónde estás?, tráeme las ramas de romero y las golosinas. Dadme agua para las manos. Ay, a ver si acaba ya de venir el militar.

---

[12] Lucina o Juno Lucina, patrona de las parturientas; cf. *Aulularia* 691 s.

ESCENA SEXTA

Estratófanes, Fronesio, Astafio

Estrat.— Espectadores, no esperéis que vaya a ponerme a contaros mis batallas, que yo suelo llevar acabo mis combates con la fuerza de mi brazo y no con palabras. Bien sé que ha habido muchos hombres de armas que se han hartado de contar mentiras: no sólo Homerónida[13], sino miles de ellos después podemos citar que fueron convictos y condenados por la falsedad de sus combates[14]. No me hacen gracia a mí aquellos que cosechan más alabanzas de los que les oyen que de los que los ven. Vale más un solo testigo de vista que diez de oídas; los testigos de oídas, no hacen más que repetir lo que han escuchado, los de vista son los que están bien informados. No me hace gracia a mí aquel a quien alaban los chismosos y correveidiles, pero sobre el que guardan silencio sus camaradas, ni aquellos que embotan con su lengua el filo de las espadas cuando no están en el campo de batalla. Los valientes son de mucho mayor provecho para el pueblo que no aquellos cuya sabiduría se

---

[13] Según Enk, nombre creado probablemente por Plauto según el griego *Homērides* en el sentido de rapsoda. También se ha pensado en una referencia al poeta Ennio.

[14] En este verso se ha visto una alusión al proceso de Q. Minucio Thermo en el año 190 antes de nuestra era y al discurso de Catón *In Q. Minucium Thermum de falsis pugnis*.

reduce a saber hablar. La elocuencia es fácil compañera de la valentía, pero un hombre charlatán e incapaz al mismo tiempo de dar muestras de valor es para mí como una plañidera, que hace las alabanzas de otros pero está imposibilitada de alabarse a sí misma. Ahora vuelvo después de diez meses a Atenas del Ática para ver a mi amiga, que la dejé aquí encinta; quiero enterarme de cómo le va.

FR.— *(A Astafio.)* Mira a ver quién es el que habla aquí tan cerca.

AS.— Es el militar, Fronesio mía de mi alma, aquí tienes a tu Estratófanes; ahora es el momento de hacer como que no te encuentras bien.

FR.— Calla, ¿a mí me vas a dejar tú atrás en maldades, yo que he sido hasta ahora tu consejera en tales cuestiones?

ESTRAT.— *(Sin verlas.)* Seguro que ha dado ya a luz.

AS.— *(A Fronesio.)* ¿Quieres que me acerque y le hable?

FR.— Sí.

ESTRAT.— ¡Bravo, Astafio viene a mi encuentro!

AS.— ¡Huy, Estratófanes, salud, no sabes lo que…

ESTRAT.— Ya sé lo que me vas a decir. Pero dime: ¿Fronesio ha dado ya a luz?

AS.— Ha tenido un niño precioso.

ESTRAT.— Ajá, ¿acaso se parece a mí?

AS.— ¿Que si se parece?, ¡pero si nada más nacer ya estaba pidiendo una espada y un escudo!

ESTRAT.— Es mi hijo, no puede haber prueba más evidente.

AS.— Se parece a ti pero que una barbaridad.

ESTRAT.— ¿Está ya muy mayor?, ¿va ya al ejército?, ¿ha traído botín?

AS.— Tiene ahora cinco días.

ESTRAT.— Bueno, y qué: en cinco días ya tenía tiempo de haber hecho alguna cosa, Hércules; ¿a que tenía que salir del vientre de su madre antes de estar listo para la guerra?

AS.— Ven conmigo y saluda a la madre y felicítala.

ESTRAT.— Voy.

FR.— Por favor, ¿dónde está la chica esta?, ¿mira que marcharse y dejarme sola?, ¿donde está?

AS.— Aquí, aquí te traigo a tu Estratófanes tan esperado.

FR.— Dime, ¿donde está ?

ESTRAT.— De vuelta de lejanos países saluda Marte a su esposa Neriene[15]: te felicito por haber salido con bien, por ser ahora madre y por la gran gloria que con ello nos has dado a los dos.

FR.— Salud, tú que por poco me privas de la vida y de la luz, tú que por placer tuyo pusiste en mí un tan grande dolor, un mal que aún me aqueja, desgraciada de mí.

ESTRAT.— Ánimo, cariño mío, que estas fatigas no quedarán sin recompensa: has dado a luz a un hijo que llenará con despojos guerreros tu casa.

FR.— Por favor mucho mas necesario sería tener los graneros llenos de trigo, que no nos muramos aquí de hambre antes de que él se haga con los despojos.

ESTRAT.— ¡Ánimo, Fronesio!

FR.— Dame un beso, ¿quieres? ¡Ay, no puedo incorporarme, tal es el dolor de cabeza que tengo y tanto me cuesta moverla, no tengo tampoco fuerzas para andar sola!

ESTRAT.— ¡Hércules! así me mandaras darte un beso estando en medio del mar, no me dolería ir a dártelo, dulzura mía. Ya sabes tú por experiencia que digo verdad; ahora,

[15] Sobre la figura de Neriene como esposa de Marte, cf. AULO GELIO, XIII 23.

Fronesio mía de mi alma, comprueba el amor que te profeso. Mira, te he traído de Siria dos esclavas, te las regalo; *(a un esclavo)* tráelas aquí. Princesas eran las dos en su patria, que he conquistado yo por la fuerza de mi brazo. Yo te las regalo.

FR.— ¿Te parece poco la cantidad de esclavas que tengo que alimentar, para traerme encima un enjambre que se me coma toda mi despensa?

ESTRAT.— *(Aparte.)* Hércules, no le ha gustado el regalo. *(A otro esclavo.)* Chico, dame la bolsa esa. Amor mío, mira la mantilla que te he traído de Frigia; toma, para ti.

FR.— ¿Esta miseria se me regala a cambio de tan grandes fatigas?

ESTRAT.— *(Aparte.)* Hércules, estoy perdido, pobre de mí, el hijo este me va a salir a precio de oro; ni siquiera con la púrpura se queda contenta. Mira, de Arabia te he traído incienso, del Ponto amomo: ten, para ti, amor mío.

FR.— *(A Astafio.)* Toma esto; llevaos a esas sirias de mi presencia.

ESTRAT.— ¿Me quieres?

FR.— No, que no te lo mereces.

ESTRAT.— *(Aparte.)* Todo le parece poco; no ha dicho ni una palabra amable. Estoy seguro que pueden venderse por veinte minas todos los regalos que le he traído, y encima está hecha una furia conmigo, lo veo y me doy cuenta claramente. Pues me voy. ¿Qué te parece, amor mío, no quieres que vaya a cenar a donde estoy invitado? Después vendré aquí a dormir. ¿Por qué te quedas callada? Estoy completamente perdido. Pero ¿qué novedad es esa?, ¿quién es ese hombre con ese cortejo tras de sí? Voy a observar a dónde se dirigen con tanto aparato; creo que es para ella; pero ahora tendré ocasión de enterarme.

ESCENA SÉPTIMA

CÍAMO, FRONESIO, ESTRATÓFANES, ASTAFIO

CÍ.— *(A los otros esclavos que van con él.)* Adelante, adelante por aquí, cargados venís trayendo a la señora lo que es nuestra ruina, desvalijadores de nuestra casa, transportistas de todos nuestros bienes. ¡Mira que no poder evitar, estando enamorado, el ser un bribón y desvalijarse a sí mismo de la forma mas insensata! Pues para que nadie me pregunte como sé que es así: en casa tenemos un enamorado que no hace más que locuras, que tiene a sus bienes por estiércol, y los hace sacar fuera; tiene miedo a las pulgas, no hay en el mundo nadie más limpio que él, quiere dejar limpia su casa y todo lo que tiene dentro lo tira por la ventana. Puesto que está dispuesto él mismo a buscarse su ruina, le ayudaré en secreto, y, desde luego, en lo que está de mi parte no va a perderse ni un pelo menos rápido de lo posible, porque ya de esta compra que traemos aquí acabo de sisarle de una mina diez dracmas, o sea que me he quedado con la parte... de Hércules[16]. Es que esto es igual que si alguien coge y desvía agua de un río; si no la desvía, de todas formas esa agua irá a parar al mar. Pues esto que veis aquí, va todo en dirección al mar y fenece lastimosamente, ni pagado ni agradecido. Cuando yo veo el curso de las cosas, siso, rapiño, me cojo mi parte del botín. Una cortesana es, en mi opinión, como el mar: devora lo que le des sin desbor-

[16] Cf. nota a *Bacchides* 665.

darse; y por lo menos eso está claro, que se queda con ello sin que aparezca por ninguna parte. Le puedes dar todo lo que sea, que no se deja de ver por ninguna parte, ni del dador ni de la que lo recibió. Así es como la cortesana esta ha hecho caer al pobre de mi amo en la miseria con sus zalemas: le ha privado de sus bienes, de la luz del día, de los cargos públicos y de sus amigos. ¡Anda!, está ella aquí cerquita, seguro que me ha estado oyendo. Está pálida después del parto, voy a hablarle como si no supiera nada: ¡salud!

FR.— Salud, Cíamo, ¿qué hay, cómo estás?

CÍ.— Bien, gracias, y vengo a quien no lo está y le traigo cosas para que esté mejor. Mi amo, tu ojito derecho, me ha mandado traerte todos estos regalos que ves aquí y estas cinco minas de plata.

FR.— Te juro que no he echado en vano el cariño que le tengo.

CÍ.— Me ha encargado que te rogara que te fueran gratos sus regalos.

FR.— Claro que me son gratos y aceptos; anda, Cíamo, di que los lleven dentro.

AS.— *(A los esclavos que traen la compra.)* ¿No oís lo que ella ordena?

CÍ.— Los envases que no se queden con ellos; di que los vacíen.

AS.— Verdaderamente, Cíamo, no tienes ni pizca de vergüenza.

CÍ.— ¿Yo?

AS.— Sí, tú.

CÍ.— ¿De verdad? ¿tú dices que no tengo pizca de vergüenza, siendo tú misma un pozo de maldades?

FR.— Dime, por favor, ¿dónde está Diniarco?

CÍ.— En casa.

Fr.— Dile que por estos regalos que me ha enviado, que le quiero más que al mundo entero y que él es para mí el número uno, y ruégale que venga.

Cí.— Vale. Pero ¿quién es ése que está ahí reconcomiéndose, enfurruñado, con esa mirada aviesa? Hércules, sea quien sea, tiene alguna pena el hombre.

Fr.— Y te juro que se lo merece. Es una mala persona. ¿Es que no conoces tú al militar que estaba aquí en mi casa? Él es el padre de la criatura; no me quita ojo de encima, vino a verme, a hablarme, se quedó; está a la escucha, observando de quién voy a ser la perdición.

Cí.— Sí que le conozco al desgraciado ese, ¿es él?

Fr.— Él es.

Cí.— Me mira gimoteando; ha dado un profundo suspiro. Mira, rechina los dientes, se golpea el muslo: ¿es que es un adivino, que se hiere él mismo[17]?

Estrat.— Ahora voy a dejar escapar de mi pecho mi furia y la cólera que alberga. *(A Cíamo.)* A ver, habla: ¿de dónde eres?, ¿a quién perteneces?, ¿por qué motivo te has atrevido a decir esas insolencias?

Cí.— Me ha dado la gana.

Estrat.— No me contestes de esa forma.

Cí.— Y otra cosa te digo: no me importas un pelo.

Estrat.— ¿Y tú?, ¿por qué te has atrevido a decir que amas a otro hombre?

Fr.— Me ha dado la gana.

Estrat.— Conque sí, ¿eh?, eso está por ver. Por un regalo tan insignificante, un par de berzas y de comestibles y bebidas de mala muerte, ¿das tus favores a un amante tan

[17] Alusión a los sacerdotes de Belona y de la *Magna Mater,* que se flagelaban ellos mismos; cf. Tibulo, I 6, 43.

relamido, con esa cabeza llena de ricitos, un holgazán, un marica[18], un don nadie?

Cí.— ¿Qué es eso?, ¿tú, bribón, te atreves a insultar a mi amo, tú, pozo de maldades, perjuro?

ESTRAT.— *(Sacando la espada.)* Di una sola palabra más, Hércules, te haré pedazos con esto.

Cí.— *(Enseñando un cuchillo.)* Tócame si quieres, que con esto voy a hacer de ti un cordero y te voy a partir en canal. Si tú pasas por un gran guerrero en el ejército, yo también gozo de mi fama en la cocina.

FR.— *(A Estratófanes.)* Si supieras portarte como debes, no te pondrías a insultar a mis visitantes, de quienes recibo regalos que me son gratos y aceptos, mientras que no tengo gusto en los que tú me haces.

ESTRAT.— Entonces, me he quedado sin los regalos y encima estoy perdido.

FR.— Exacto.

Cí.— ¿A qué estás entonces ahí más que molestando cuando ya no hay nada que hacer?

ESTRAT.— Muerto me veo si no le quito de tu presencia.

Cí.— Acércate aquí, ven para acá, anda.

ESTRAT.— ¿Encima amenazas, bandido? Si te voy a hacer pedazos ahora, pero que ahora mismo. ¿Qué tienes tú que venir por aquí?, ¿qué tienes tú que hablarle a ella?, ¿qué tienes tú que ver con ella, di, con mi amiga? Vas a morir rápido, si no es que me vences por tu mano.

Cí.— ¿Que te venza por mi mano?

ESTRAT.— Haz lo que te he dicho, quédate; ahora mismo te haré aquí pedazos; lo mejor es que seas muerto ⟨haciéndote pedazos⟩.

[18] El texto latino dice «tamborilero», alusión a los sacerdotes de Cibeles.

CÍ.— Eso es una trampa: esa espada que tú tienes es más larga que la que tengo yo. Pero déjame buscar mi pincho; si no queda otro remedio que pelear contigo, me voy, guerrero, hasta haber encontrado un árbitro equitativo de nuestro duelo: *(Aparte.)* Pero estoy perdiendo el tiempo de largarme mientras que todavía me es posible hacerlo con la barriga entera *(se va con su séquito)*.

ESCENA OCTAVA

FRONESIO, ESTRATÓFANES

FR.— *(A sus esclavas.)* ¿Me dáis las sandalias? y llevadme a mi habitación, que me ha entrado dolor de cabeza con el viento, pobre de mí.

ESTRAT.— ¿Qué va a ser entonces de mí, a quien le duelen las dos esclavas que te regalé? ¿Ya te fuiste? Ahí tienes, qué manera de tratarme: ¿es que hubiera podido ser excluido de forma más clara que lo he sido? Bonita burla la que se me hace. Deja, no haría falta mucho ahora para persuadirme que le rompiera los huesos a la casa esta. ¿Hay alguien que sea capaz de cambiar la forma de ser de las mujeres? Se ha embravecido después de haber dado a luz al chiquillo. Ahora me sale, por así decirlo, con que 'ni te invito a entrar en mi casa ni te prohibo que lo hagas'. Pero yo soy el que no quiero, no entro. Verás cómo consigo en un par de días que diga que soy un hombre que no conoce la compasión. *(A su esclavo.)* Sígueme. Basta ya de palabras *(se van)*.

ACTO III

ESCENA PRIMERA

ESTRÁBAX, ASTAFIO

ESTRÁB.— Mi padre me dio antes orden de que fuera esta mañana a la finca para sacar el pienso de bellota para las vacas. Luego que llego allí, se presenta en la casa por providencia divina uno que debía dinero a mi padre por unas ovejas de Tarento[19], que le había comprado; pregunta por mi padre, le digo que está en la ciudad; le pregunto qué es lo que le quiere; el hombre se quita una bolsa que llevaba al cuello y me entrega veinte minas, las acepto con mucho gusto, las meto en una bolsa; el otro se marcha. Yo cojo, y a toda prisa me traigo a la ciudad las minas de las ovejas aquí en esta bolsa. Te juro que Marte debía de estar mal encarado de verdad con mi padre, que sus ovejas *(señalando las minas en la bolsa)* no andan muy lejos de las lobas[20]. De este golpe voy a poner fuera de combate y en la calle a todos esos amantes finústicos de la ciudad. Cosa hecha: voy a dejar limpio en primer lugar a mi padre, y después, a continuación, a mi madre. Ahora voy a llevarle esto *(la bolsa)* a

---

[19] Las ovejas de Tarento tenían fama por su calidad; cf. PLINIO, *Hist. Nat.* VIII 190; COLUMELA, VII 2, 3.

[20] El lobo era animal consagrado a Marte, dios del que imploraban los pastores la protección de sus rebaños; «lobas» *(lupae)* es en latín un apelativo de las cortesanas.

quien quiero más que a mi propia madre. ¡Ah de la casa!, ¿no hay nadie?, ¿no sale nadie a abrir?

As.— ¿Qué es eso?, ¿es que eres tú quizá un extraño, por favor, Estrábax, que no entras sin más.

Estráb.— ¿Que debía haber entrado?

As.— Tú, desde luego que sí, que eres uno de casa.

Estráb.— Allá voy, no creas que voy a pensarlo mucho.

As.— Estupendo.

ESCENA SEGUNDA

Truculento, Astafio

Tr.— *(Saliendo de casa sin ver a Astafio.)* Me asombro de que no haya vuelto del campo el hijo del amo, Estrábax; como no sea que se haya escurrido aquí a hurtadillas al lugar de su perdición.

As.— *(Aparte.)* Verás los gritos que me va a pegar en cuanto que me eche la vista encima.

Tr.— Yo ya no soy tan furibundo como antes, Astafio, ya no merezco el nombre de Truculento, no tengas miedo. Pero dime.

As.— ¿Qué quieres?

Tr.— Aún más, es que estoy a la espera de tu bene… de tu «besovolencia». Dime, mándame lo que te plazca, como te plazca. Soy otro hombre, no soy el que era. Ahora soy capaz de amar y hasta de echarme una amiga.

As.— Qué buenas noticias. Pero dime: ¿tienes preparado…

Tr.— ¿Dinero, te refieres?

As.— Qué finamente has entendido lo que quería decir.

Tr.— Oye, tú, es que desde que vengo con más frecuencia a la ciudad me he vuelto más dicharachero. Ahora soy un pistoso de maravilla.

As.— ¿Y eso qué es, por favor?, tú quieres decir chistoso ¿no?

Tr. Pues no le veo la diferencia.

As.— Ven conmigo dentro, encanto.

Tr.— Toma, esto para ti, de aprecio, para que estés esta noche conmigo.

As.— ¡Ay de mi, «aprecio»!, ¿qué clase de animal es eso? ¿por qué no dices «precio»?

Tr.— ¿Y qué más da una «a» más que menos? También los prenestinos dicen «agüeña» en vez de cigüeña[21].

As.— Anda, ven conmigo.

Tr.— Tengo que esperar aquí un poco a Estrábax, a ver si vuelve de la finca.

As.— Pero si Estrábax está aquí dentro, ha venido hace nada de la finca.

Tr.— ¿Aquí antes de ir a ver a su madre? ¡Ay, qué hombre más pillo!

As.— ¿Ya vuelves a las andadas?

Tr.— Ya... me callo.

As.— Ven, entra, dame la mano.

Tr.— Ten. Se me arrastra a un hospedaje, donde a costa de mi propio dinero encima me van a tratar mal. *(Entran en casa de Fronesio.)*

---

[21] La traducción sólo puede ser aproximada. Otra alusión al habla de Preneste en *Trinummus* 611.

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

DINIARCO

Jamás ha nacido ni nacerá ni podrá encontrarse nunca un ser a quien yo quisiera mostrar más mi agradecimiento de hecho y de palabra que a la diosa Venus. ¡Grandes dioses!, ¡qué gozo el que siento, estoy que estallo de alegría! Tan gozosas son las nuevas que me ha traído Cíamo: a Fronesio le han gustado mis regalos y los ha aceptado. Y si ya esto es motivo de satisfacción tengo aún otro que me es sobre todo causa de la mayor de las dulzuras: los regalos del militar no le han gustado, se los ha desdeñado. Soy del todo feliz. Tengo la pelota en mi mano: si el militar es rechazado, ella será mía. Estoy salvado porque me pierdo; pero si no me perdiera, muerto sería. Ahora voy a estar al acecho del curso de los acontecimientos, quién es el que entra, quién el que sale; desde aquí observaré cuál es el rumbo que toma mi suerte; como no poseo nada, porque lo he tirado todo, no me resta sino quedar a merced de ella[22].

[22] Texto inseguro.

ESCENA SEGUNDA

ASTAFIO, DINIARCO

AS.— *(Hablando con Fronesio, que está en casa.)* Ya verás lo bien que cumplo yo con mi tarea; tú procura cumplir la tuya aquí en casa. Entrega tu cariño como corresponde a tus intereses; déjale a ése bien limpio; ahora, mientras tiene ganas y dineros, es el tiempo favorable, hazle gala de todos tus encantos, que se alegre mientras que le arruinas. Yo me quedaré entre tanto montando guardia a la puerta, hasta que traslade el otro toda su casa y su haber a la tuya. No dejaré entrar mientras a ninguno que os pueda servir de estorbo; tú tranquila, continúa tu juego a placer.

DI.— ¿Quién es ése que se busca su ruina?, Astafio, dime.

AS.— Oye, pero ¿estabas tú aquí?

DI.— ¿Es que acaso estorbo?

AS.— Ahora más que nunca, que alguien que no nos es útil, no hace más que estorbar. Pero escúchame, por favor, que tengo unas cosas que contarte.

DI.— ¿Qué es?, ¿algo que me interesa?

AS.— Yo no soy capaz de callarme: ¡menudas son las jugadas que está haciendo ahí dentro!

DI.— ¿Qué?, ¿se trata de un nuevo amante?

AS.— Le ha echado el gancho a un tesoro todavía intacto y sin merma.

DI.— ¿Quién es?

AS.— Yo te lo diré; pero, por favor, guárdatelo para ti. ¿Conoces tú a Estrábax, ese que vive en la casa esa de ahí?

Dɪ.— ¿Cómo no?

As.— Ése es el que priva ahora en nuestra casa, él es nuestra nueva fuente de ingresos. El pobre se está arruinando con la mayor tranquilidad del mundo.

Dɪ.— ¡Hércules, muerto soy!, yo también he perdido mis bienes, he encontrado mis males, ahora me habéis dejado a mí en el último lugar.

As.— Eres un necio por querer deshacer los hechos con palabras. También Tetis puso fin una vez a los lamentos por su hijo[23].

Dɪ.— Entonces ¿qué?, ¿no me vais a dejar entrar ahora?

As.— ¿Y por qué tu con preferencia al militar?

Dɪ.— Porque os he dado más.

As.— Anda, y también te admitíamos antes con preferencia, cuando pagabas; deja que a su vez, los que pagan gocen de nuestros favores a cambio de lo que dan. Tú ya te sabes las letras; si te las sabes, deja que otros las aprendan también.

Dɪ.— Que se las aprendan con tal de que pueda yo repasarlas para que no se me olviden.

As.— ¿Y qué va a hacer la maestra mientras que tú repasas la lección? Ella también quiere repasar la suya.

Dɪ.— ¿Cuál?

As.— Cobrar sin parar.

Dɪ.— Pero si he pagado hoy: le he hecho traer cinco minas de plata y una más que se ha gastado en la compra.

As.— Sí que sé que se lo han traído y se lo están pasando ahora a lo grande gracias a ti.

[23] El motivo de los lamentos de Tetis por la muerte de su hijo Aquiles es un *tópos* literario.

Dɪ.— Oye, ¿acaso van a acabar mis rivales con mis bienes ahí en vuestra casa? Hércules, prefería verme muerto antes que aguantar una cosa así.

As.— Eres un necio.

Dɪ.— ¿Qué pasa? habla ya claro, ¿por qué, Astafio?

As.— Porque te juro que preferiría que mis rivales tuvieran que envidiarme a mí que no yo a mis rivales; porque tener envidia de que a otro le vaya bien y a ti mal es una desgracia; los que sienten envidia, pasan apuros; aquellos a los que se envidia, ésos nadan en la abundancia.

Dɪ.— ¿No se me puede hacer partícipe del festín que he pagado yo?

As.— Si querías tener parte en ello, haberte llevado la mitad a tu casa. Porque aquí, en nuestra casa, se escriben los recibos como en el Aqueronte: adentro con ello, y una vez que está dentro, es imposible sacarlo de nuevo. Adiós.

Dɪ.— ¡Espera!

As.— Deja, suéltame.

Dɪ.— Déjame entrar.

As.— En tu casa, desde luego.

Dɪ.— No, sino aquí, en la vuestra es, donde quiero entrar.

As.— Imposible, picas demasiado alto.

Dɪ.— ¡Déjame intentarlo!

As.— No, espera; intentarlo sería hacer violencia.

Dɪ.— Dile que estoy aquí.

As.— Márchate, ella está ocupada. Es como te digo no te llames a engaño *(se va)*.

Dɪ.— ¿Vuelves o no?

As.— Es que me llama quien tiene para mí más autoridad que tú.

Dɪ.— Sólo una palabra.

As.— Venga, qué.

Di.— ¿Me dejas entrar?

As.— Anda y vete ya, embustero, decías que una sola palabra y han sido tres, y además que no van a ponerse por obra.

Di.— Entró, me ha dejado en la calle: ¿me voy a aguantar yo con, que se me trate así? Hércules, seductora, te voy a armar una escena a gritos en medio de la calle por haber recibido, en contra de la ley, dinero de muchos hombres al mismo tiempo; verás cómo te denuncio ante los nuevos magistrados y después te acusaré de forma que tengas que restituir el cuádruplo[24], bruja, ladrona de niños, veras si no voy a sacar a relucir todas tus maldades. No hay nada que me lo impida, he perdido todo lo que tuve; no tengo ya reparos de ninguna clase y me importa un tanto así la clase de zapatos que calzo[25]. Pero ¿qué sentido tiene el gritar aquí fuera?, ¿y si me hiciera pasar?, haría entonces un juramento formal de no hacerlo, por mucho que ella se empeñara. ¡Pamplinas! No se puede dar coces contra el aguijón. Para qué encolerizarse con una persona a la que no le importas un pelo. Pero ¿qué es esto? ¡Dioses inmortales!, veo al viejo Calicles, que estuvo a punto una vez de ser mi suegro, y trae a dos esclavas atadas, la una la peluquera de Fronesio, esclava suya la otra. Estoy aterrado: una sola era la preocupación que me inquietaba el alma y ahora temo que hayan sido descubiertas todas mis calaveradas de antaño.

---

[24] Cf. *Persa* 62.

[25] Los zapatos eran una señal distintiva del rango social; cf. Marquardt, 588 ss.

ESCENA TERCERA

CALICLES, UNA ESCLAVA DE CALICLES, DINIARCO, SIRA

CA.— *(A su esclava.)* Conque te insulto, ¿no?, *(a la peluquera)* y a ti te quiero mal, ¿eh? Para el humor con que estoy, acabáis de hacer la prueba de que soy un hombre blando y pacífico. Os he interrogado a las dos colgadas después de haberos hecho azotar; lo tengo muy presente, yo sé de qué forma habéis confesado cada uno de vuestros delitos; ahora quiero saber si confesáis lo mismo sin ser torturadas. Aunque sois las dos unas víboras, os conmino con antelación a que no uséis de doble lengua, para que no os dé muerte por embusteras, a no ser que queráis que os saquemos fuera de la ciudad para entregaros a los de las campanillitas[26].

ESCL.— La violencia es lo que nos obliga a confesar la verdad, que las ligaduras estas nos hacen mucho daño en los brazos.

CA.— Pero si me confesáis la verdad, quedaréis libres de cadenas.

DI.— *(Aparte.)* No estoy todavía seguro de lo que se trata, pero, así y todo, tengo miedo, porque soy consciente yo mismo de mi falta.

CA.— Por primera providencia poneos dándoos las espaldas —eso, así...—, para que no os podáis hacer señas;

---

[26] Los verdugos; cf. nota a *Pseudolus* 332.

yo me pondré entre las dos como si fuera una pared. *(A su esclava.)* A ver, habla tú.

Escl.— ¿Qué quieres que diga?

Ca.— ¿Qué ha sido de mi nieto, del niño que dio a luz mi hija? Decid sólo las cosas de importancia.

Escl.— Se lo di a ésta.

Ca.— Calla ahora. Tú ¿recibiste el niño de ésta?

Si.— Sí.

Ca.— Calla, no quiero saber más. Basta con esa confesión.

Si.— Yo no lo niego.

Ca.— Con esas palabras te estás poniendo tú misma tus espaldas amoratadas. Concuerdan entre sí las manifestaciones de ambas.

Di.— *(Aparte.)* ¡Ay, pobre de mí, están saliendo a la luz las acciones que pensaba que iban a quedar ocultas!

Ca.— Habla ahora tú: ¿quién te mandó dar el niño a ésta?

Escl.— El ama vieja.

Ca.— Y tú ¿por qué le cogiste?

Si.— El ama joven me pidió que se le trajera un niño y que se mantuviera todo en secreto.

Ca.— Habla tú: ¿qué hiciste con el niño?

Si.— Se lo llevé a mi ama.

Ca.— ¿Y que es lo que hizo entonces tu ama con el niño?

Si.— Se lo entregó acto seguido a mi ama.

Ca.— ¿A qué ama, maldición?

Escl.— Es que son dos.

Ca.— Mucho cuidado con decir tú otra cosa que lo que te pregunto. Contigo hablo *(con Sira)*.

Si.— La madre, digo, se lo entregó a la hija.

Ca.— Ahora dices más que antes.

SI.— También preguntas tú más.

CA.— Responde rápido: ¿qué hizo la que recibió el niño?

SI.— Utilizarlo como supositicio.

CA.— ¿Y para quién?

SI.— Para sí misma.

CA.— ¿Como si fuera su hijo?

SI.— Como si fuera su hijo.

CA.— ¡Oh dioses, misericordia, con cuánta mayor facilidad da a luz la una que la otra a una y la misma criatura! Sin pasar ella dolores dio a luz un niño la segunda con las fatigas de la primera. El chico, desde luego, se puede considerar feliz: tiene dos madres y dos abuelas; mucho me temo cuántos hayan sido sus padres. Para que veas lo malas que son las mujeres.

ESCL.— De esa maldad son más bien responsables los hombres que las mujeres: un hombre fue, y no una mujer, quien la dejó encinta.

CA.— Eso ya lo sé yo. Pero mira qué bien has sabido tú guardar a mi hija.

ESCL.— Más puede el que más fuerza tiene; era un hombre, tenía más fuerza; salió vencedor, se llevó lo que buscaba.

CA.— Y a ti te juro que te trajo un buen castigo.

ESCL.— Eso, aunque no me lo digas, bien me doy yo cuenta de ello por experiencia.

CA.— No he conseguido aún que me dijeras quién ha sido.

ESCL.— Hasta aquí he callado, pero ahora hablaré, que está aquí presente y no se declara.

DI.— Estoy petrificado, no me atrevo ni a moverme, pobre de mí: todo se ha descubierto, ahora está mi vida en tela de juicio. Mío es el crimen, mía la locura, estoy horrorizado a la espera de que se pronuncie mi nombre.

CA.— Di quién fue el que violó a mi hija, que era aún virgen.

ESCL.— *(Mirando a Diniarco.)* Te estoy viendo, tú, que por tus maldades estás ahí pegado a la pared como si fueras a protegerla.

DI.— *(Aparte.)* No sé si estoy vivo o muerto, ni sé que partido tomar, ni sé si debo irme o quedarme, estoy inmovilizado por el miedo.

CA.— ¿Me lo dices o no?

ESCL.— Diniarco, a quién le habías prometido a tu hija.

CA.— ¿Dónde está ese hombre que dices?

DI.— Aquí presente, Calicles. Te ruego, abrazado a tus rodillas, que sepas soportar con cordura lo que fue obra del atolondramiento y que me perdones lo que hice sin saberme dominar por culpa del vino.

CA.— No me gusta eso: le echas la culpa a un mudo, que no tiene la posibilidad de decir palabra, que el vino, si pudiera hablar, ya lo creo que se defendería. No es el vino el que por lo general tiene bajo su poder a los hombres, sino los hombres al vino, supuesto que sean personas de bien; que el que es malo, lo mismo si bebe que si se abstiene, sigue siendo malo de por sí.

DI.— Bien sé que me toca oír muchas cosas que no quisiera a cuenta de la falta cometida. Confieso que debo quedar a tu disposición por haberme hecho responsable de una culpa.

ESCL.— Calicles, mira, por favor, de no cometer una gran injusticia: el culpable se defiende libre de cadenas y a los testigos los retienes atados.

CA.— *(A sus esclavos.)* ¡Soltadlas! Hala, iros, tú a casa, y tú a la tuya; y le dices a tu ama que entregue al niño cuando se le reclame. *(A Diniarco.)* Vamos a los tribunales.

Di.— ¿Para qué quieres llevarme a los tribunales? Tú eres mi juez. Pero yo te pido, Calicles, que me des a tu hija en matrimonio.

Ca.— ¿Que te la dé? Me parece que ese asunto lo has decidido tú ya con antelación; no esperaste a que te la diera, sino que te la tomaste por tu mano. Carga con la suerte que tú mismo te has buscado, pero mira la jugada con que te multo: seis talentos magnos te descontaré de la dote en castigo a tu locura.

Di.— Te quedo muy agradecido.

Ca.— Lo mejor es que vayas y reclames aquí a tu hijo. Y en cuanto a tu esposa, llévatela cuanto antes de casa. Yo me marcho; voy a hacer comunicar al que iba a ser mi consuegro que se busque otro partido para su hijo.

Di.— Pues yo voy a reclamarle a ésta el niño, no sea que vaya a querer negarlo más tarde; pero no hay motivo para temer, que ella misma de por sí lo descubrió todo tal como había sucedido. Pero mira qué a punto sale de casa. Anda que no es largo el dardo que tiene, me atraviesa el corazón ya a esa distancia.

ESCENA CUARTA

Fronesio, Diniarco, Astafio

Fr.— *(Sin ver a Diniarco.)* Una cortesana que aún cuando bebe no conserva la cabeza clara en lo que concierne a sus intereses, es una boba y una inútil; aunque el vino empape todos sus miembros, al menos la cabeza tiene que conservarse sobria. Estoy disgustada de que se haya mal-

tratado a mi peluquera; ella me ha dicho que el niño ha sido reconocido como hijo de Diniarco.

DI.— ¿Dónde ha oído eso esa mujer, en cuyas manos está toda mi fortuna y también mi hijo?

FR.— Ahí veo al que por su amor, me eligió como tutora de todos sus bienes.

DI.— Mujer, venía a tu casa.

FR.— ¿Que tal amor mío?

DI.— Nada de «amor mío», déjate de pamplinas, no se trata ahora de eso.

FR.— Te juro que sé muy bien qué es lo que quieres, lo que pides y lo que buscas: quieres verme, exiges que te ame, buscas al niño.

DI.— ¡Dioses inmortales, qué forma tan clara de hablar, qué brevemente ha dado en el clavo!

FR.— Yo sé que tienes una prometida y un hijo de ella, y que debes casarte y que tú tienes ya tus pensamientos en otra parte, de modo que me vas a dar por abandonada. Pero así y todo reflexiona qué animal tan listo es el ratón a pesar de ser tan diminuto: el ratón no se pasa toda la vida en un solo cubil, y así, si se le cierra una puerta, busca otra por donde escaparse.

DI.— Cuando haya tiempo, hablaré más largo contigo de esos asuntos; ahora, devuélveme al niño.

FR.— No, por favor, déjale unos días aquí conmigo.

DI.— De ninguna manera.

FR.— ¡Por favor!

DI.— ¿Para qué?

FR.— Es importante para mí. Por lo menos tres días, mientras que se le birla alguna cosa al militar, deja que lo tenga yo. Si lo tengo yo, eso te traerá a ti también provecho; si me lo quitas, adiós todas las esperanzas que tenía puestas en el militar.

Di.— De acuerdo, porque aunque quisiera negarme, no habría otra posibilidad, o sea, que sírvete del niño y cuídalo, que dinero tienes para ello.

Fr.— No sabes lo agradecida que te quedo. Cuando temas ser maltratado en casa escápate aquí conmigo, que por lo menos te tenga de amigo temporero.

Di.— Adiós, Fronesio.

Fr.— ¿Ya no me dices «mi alma»?

Di.— A escondidas se te dirá también entre tanto. ¿Algo más?

Fr.— Que te vaya bien.

Di.— Cuando tenga ocasión, vendré a verte *(se va)*.

Fr.— Se marchó, desapareció de mi vista; ahora puedo decir lo que me venga en gana. Qué razón tiene el refrán ese que dice «Son ricos aquellos que tienen amigos»; gracias a él tengo hoy aún esperanzas de engañar al militar... al cual yo te juro que le quiero más que a mí misma, mientras que... saco de él lo que deseo. Pero, a pesar de sacar todo lo que sacamos, no se ve luego por parte ninguna lo que nos dan: ¡así son las glorias de las cortesanas!

As.— ¡Eh, calla!

Fr.— Dime, ¿que pasa?

As.— Ahí está el padre de la criatura.

Fr.— Déjale que venga. Déjale, si es que es él.

As.— Él es.

Fr.— Déjale venir a mi como desea.

As.— Viene todo derechito.

Fr.— Te juro que voy a acabar con él a fuerza de patrañas.

ACTO V

ESCENA PRIMERA

ESTRATÓFANES, FRONESIO, ESTRÁBAX, ASTAFIO

ESTRAT.— *(Sin ver a Fronesio y Astafio.)* Después de mi condena, llevo esta mina de oro a mi amiga en desagravio; le añadiré esto, a ver si consigo así que le caiga en gracia lo que ya perdí antes. Pero ¿qué veo?: el ama y la esclava ante la casa. Voy a hablarles: ¿qué es lo que hacéis aquí?

FR.— No me digas una palabra.

ESTRAT.— No te pongas así[27].

FR.— ¿Quieres hacer el favor de dejarme en paz?

ESTRAT.— ¿Cuál es ahora el motivo de disgusto, Astafio?

AS.— Te juro que te tienes merecido que esté enfadada contigo.

FR.— Desde luego, y no creas que es menos de lo que correspondería.

ESTRAT.— Amor mío, si es que he cometido algún desacierto te traigo esta mina de oro en expiación. Mira para acá, si no te lo crees.

FR.— Antes de que lo tengas en la mano, no se puede dar crédito a nada. El niño necesita alimentos, y también la comadrona que baña a la criatura, y la nodriza, para que

[27] El final del verso está mutilado en los manuscritos.

tenga leche, y vino añejo en abundancia, para que pueda beber día y noche, se necesita lana, carbón, pañales, cojines, una cuna y el juego de cama, se necesita aceite, se necesita harina; la criatura no hace sino comer todo el santo día; no es posible agenciar en un solo día todo lo que se necesita, siempre sigue necesitándose algo; es que a hijos de militares no se los puede criar como si fueran pajaritos.

ESTRAT.— Mira para acá entonces: ten esto, para que puedas atender a todo eso que dices.

FR.— Trae, aunque sea poco.

ESTRAT.— Después te daré una mina más.

FR.— Eso es poco.

ESTRAT.— Se te dará todo lo que tú quieras y digas. Dame ahora un beso.

FR.— Déjame, digo, no te pongas pesado.

ESTRAT.— No consigo nada, no me quiere, estoy perdiendo el tiempo; más de diez libras... de amor he perdido en tan poco tiempo.

FR.— *(A Astafio dándole la bolsa.)* Toma y llévalo dentro.

ESTRÁB.— *(Saliendo de casa de Fronesio.)* ¿Dónde demonios está mi amiga? En este plan no doy golpe ni en la finca ni aquí, me estoy deshaciendo de no hacer nada, tanto es el rato que llevo aquí harto de esperar echado en el diván. Mira, ahí está ¡eh, tú, querida!, ¿qué haces?

ESTRAT.— ¿Quién es ése?

FR.— Uno a quien te juro que le quiero más que a ti.

ESTRAT.— ¿Más que a mí?

FR.— Más que a ti.

ESTRAT.— ¿Cómo?

FR.— Comiendo, déjame en paz.

ESTRAT.— ¿Te vas ahora, después que tienes el oro?

FR.— Ya está dentro a buen recaudo lo que diste.

ESTRÁB.— A ver, querida, ven para acá, a ti te digo.

FR.— Ahora mismo iba a tu encuentro, encanto.

ESTRÁB.— Tú, de verdad, aunque me tomas por un palurdo, yo quiero también ir a lo mío, que por muy bonita que seas, ay de ti si no es que me llevo lo mío.

FR.— ¿Quieres que te abrace, que te dé un besito?

ESTRÁB.— Haz lo que sea, con tal que yo saque mi parte.

ESTRAT.— ¿Que voy yo a tolerar que abrace a otros en mi presencia? Mejor querría verme hoy muerto, maldición. Retira tu mano de ahí, mujer, si no queréis morir tú y ése a mano mía al filo de mi espada.

FR.— Es mejor pagar en filipos, militar, si quieres recibir mi amor; con oro, no con hierro, puedes espantarme para que deje de amar a éste, Estratófanes.

ESTRAT.— ¡Maldición! ¡Mira que siendo tan bonita y tan lista amar a un hombre como ése!

FR.— ¿No se te viene a las mientes lo que dijo una vez un actor en el teatro? «En lo que se refiere a los propios intereses, todo el mundo anda listo y nadie se anda con remilgos».

ESTRAT.— ¡Mira que abrazar tú a un hombre tan palurdo y tan inmundo!

FR.— Será todo lo inmundo y lo palurdo que quieras, a mí me resulta fino y elegante.

ESTRAT.— ¿No te he dado yo acaso oro?

FR.— ¿A mí?, lo que has dado son los alimentos para tu hijo. Ahora, si es que esperas que esta persona esté contigo, tienes que dar otra mina de oro.

ESTRÁB.— Tú vas todo derecho camino de tu perdición, no te quedes sin dinero para el viaje.

ESTRAT.— ¿Qué es lo que le debes a ése?

FR.— Tres cosas.

ESTRAT.— ¿Cuáles, pues?

Fr.— Perfumes, una noche, un beso.

Estrat.— Tal para cual. Pero ahora, al menos, si es que me quieres, ¿me das algo, aunque sea poco, de tus caricias?

Fr.— ¿Qué motivo hay para que te lo dé, dime?[28].

Estráb.— *(A Estratófanes.)* Joven, mucho cuidado con recibir heridas de alguien que tiene dientes de hierro.

Estrat.— Ella recibe a todo el que se presenta; no la toques tú.

Estráb.— Anda y vete ya tú, el famoso guerrero.

Estrat.— Yo le he dado oro.

Estráb.— Y yo plata.

Estrat.— Y yo un mantón de púrpura.

Estráb.— Y yo ovejas y lana, y otras muchas cosas que pida le daré; sería mejor que te batieras conmigo por medio de minas y no de amenazas.

Fr.— Estrábax de mi alma, qué encanto de hombre, anda, sigue por favor.

As.— Un necio y un loco se pelean por arruinarse; estamos salvadas.

Estrat.— Anda, ve y pierde tú el primero algo.

Estráb.— No, sino piérdelo tú y piérdete a ti mismo.

Estrat.— *(A Fronesio.)* Toma un talento de plata, es filípico[29], para ti.

Fr.— Tanto mejor; tú serás de los nuestros... pero vive a costa tuya.

Estrat.— ¿Dónde está tu dádiva? Anda, afloja la bolsa; tú, que te pones tan chulo, ¿de qué tienes miedo?

Estráb.— Tú eres forastero, yo vivo aquí: no llevo conmigo cinturón[30]; yo le traigo aquí en esta bolsa al cuello

[28] El final del v. 941 y el siguiente están muy alterados.

[29] Las monedas filípicas eran de oro.

[30] En el cinturón se llevaba la bolsa del dinero.

todo un rebaño...; *(aparte)* menudo regalo, le he quedado achantado.

ESTRAT.— No, sino yo a ti, que he sido el que ha apoquinado.

FR.— *(A Estrábax.)* Entra conmigo, por favor, entra, tú estarás conmigo; después, estarás tú también.

ESTRAT.— Oye, ¿qué es eso?, ¿qué es lo que dices?, ¿vas a estar primero con éste, y conmigo, que soy el que ha pagado en segundo lugar?

FR.— Tú has dado ya, éste va a dar; lo tuyo lo tengo, lo de éste lo espero. Pero se os dará gusto a los dos según queráis.

ESTRAT.— Sea; tal como se presentan las cosas, no hay sino aceptar lo que se te da.

ESTRÁB.— Por lo que a mí toca, no te dejaré ocupar mi lecho.

FR.— *(Al público.)* ¡Ay qué caza tan buena he hecho y qué a mi gusto! Y como veo que mis negocios marchan bien, también haré marchar bien los vuestros: si alguien tiene deseos de hacerme el amor, no tiene más que decírmelo. Ahora, un aplauso en honor de Venus, que ella es la patrona de esta comedia.

Espectadores, a pasarlo bien, un aplauso y levantad la sesión.

LA COMEDIA DE LA MALETA

(Vidularia)

INTRODUCCIÓN

La *Vidularia,* una segunda comedia plautina, como *Rudens,* sobre el tema de una maleta perdida en el mar y encontrada por un pescador, está conservada en un estado muy fragmentario —unos 120 versos— sólo en el palimpsesto Ambrosiano (en los manuscritos Palatinos no figura nada más que el título *Vidularia* tras el fin del *Truculentus).*

El joven Nicodemo, que, ha perdido una maleta durante una travesía, es recogido por el pescador Gorgines y se ve obligado a continuación a buscar trabajo, siendo contratado por Dinias como jornalero en su finca. La maleta es rescatada por el pescador Cacisto, quien al igual que el Gripo de *Rudens* no puede guardar para sí la presa, porque ha sido observado por un esclavo de Gorgines. Gorgines actúa de árbitro entre ambos contrincantes y devuelve la maleta a su propietario. Los objetos que contienen permiten a Nicodemo reconocer a Dinias como su padre. Otro personaje nombrado en un fragmento es la joven Soterine, cuya función exacta en la trama no hay datos para determinar. El original griego parece ser como en el caso de *Rudens* una obra de Dífilo, del que se sabe que escribió una comedia con el título de *Esquedia* (la balsa), vocablo descifrado por Studemund en el prólogo de la *Vidularia.*

PERSONAJES

ASPASIO (?) esclavo.
NICODEMO, joven.
GORGINES, pescador.
DINIA, viejo, padre de Nicodemo.
CACISTO, pescador.
SOTERINE, joven.
Y otros.

PRÓLOGO

*** esa historia con su nombre antiguo *** *Esquedia* la 6
llamó a esta comedia el poeta griego, el nuestro la tituló *Vidularia,* o sea, la comedia de la maleta *** Seguro que te- 10
néis interés en conocer el argumento, pero la mejor manera de enterarse de qué es lo que se representa es el verlo representar.

ASPASIO

Una persona que ha caído en poder de la esclavitud[1]. 17
***

FRAGMENTOS I-IV

I DI.— Sus bacantes han hecho un Penteo[2] de nuestra embarcación.

[1] Entre el v. 17 y el v. 18 faltan en el ms. A unos 190 versos, de los cuales se encuentran en los gramáticos los fragmentos que van a continuación.

[2] Según el mito, Penteo fue despedazado por las bacantes en castigo por haber hecho oposición al culto de Dioniso.

II Indigencia, llanto, aflicción, pobreza, frío, hambre.
III Go.— Aquí no hay muchos medios.
IV Éste es el mirto dedicado a Venus.

(Dinia, Nicodemo)

*** ni creo que sea ocasión.

Ni.— Perdón ¿me permites?

Di.— Naturalmente, si es que se te ofrece algo. Pero ¿de qué se trata?

Ni.— He oído decir que querías contratar un obrero para la finca.

Ni.— ¿Y de qué clase de trabajo se trata?

Di.— ¿Qué te interesa a ti eso? ¿Es que eres acaso mi tutor?

Ni.— Yo creo que te puedo procurar un obrero de calidad.

Di.— ¿Es que tienes algún esclavo para dejármelo a sueldo?

Ni.— A falta de esclavos ***

Di.— ¿Cómo, eres tú el que quieres ponerte a sueldo?; no creo que hables en serio, porque no tengo la impresión de que seas un jornalero.

Ni.— No lo soy, si es que no me quieres dar jornal, pero si me pagas, me tienes a tu disposición.

Di.— Joven, la vida del campo es cosa muy dura.

Ni.— Más dura es la pobreza en la ciudad.

Di.— Tus manos sólo están hechas a tirar los dados.

Ni.— Pero ahora veo que las tengo que utilizar para manejar aperos rústicos.

Di.— Tienes la piel blanca, como quien vive en la ciudad y lleva una vida plácida y a la sombra.

Ni.— El sol es un pintor de primera, verás qué pronto me pone negro.

Di.— Tú, mi gente está allí hecha a una pitanza muy dura.

Ni.— Nada más propio para un desgraciado...

Di.— Lo que tú *** yo te ruego que lo comuniques conmigo.

Ni.— Si tú lo que necesitas es un hombre como se debe y no una mala persona, uno que te sea más fiel que tus propios esclavos, que coma poco y trabaje mucho, una persona formal, entonces no tienes sino contratarme.

Di.— Te juro que no puedo creer que seas un jornalero.

Ni.— ¿Que no lo crees? ***

*** de dónde lo voy a sacar, que trabaje mucho, gane poco y coma menos?

Ni.— Yo no voy a trabajar menos que el que más, ni tampoco exijo que me des aparte del salario más que un almuerzo.

Di.— ¿Y la merienda?

Ni.— No me la des, ni tampoco quiero cena.

Di.— ¿Cómo, te vas a quedar sin cenar?

Ni.— No, porque me voy a casa.

Di.— ¿Dónde vives?

Ni.— Aquí, en casa del pescador Gorgines.

Di.— Según eso, eres vecino mío[3].

---

[3] Entre el v. 55 y el v. 56 faltan en A unos 150 versos de los que sólo quedan en los gramáticos los fragmentos que van a continuación.

FRAGMENTOS V-VI

(Gorgines, Cacisto, Aspasio)

V Go.— Escuchadme los dos, por favor. Poned aquí la maleta, yo la guardaré como si fuera un árbitro. No se la entregaré a ninguno de los dos, hasta que se haya dilucidado la cuestión.

VI As.— Yo no tengo nada en contra de un árbitro.

(Ca.—) Voy a buscar a ver si puedo echar mano de alguno de mis compañeros o de algún conocido que me asista. Yo este lugar lo conozco, ¿vivís vosotros aquí?

Go.— Sí, aquí en esta casa; tráelo aquí. Yo por mi parte voy a meter la maleta en una arca y la guardaré bien guardada; tú, si es que quieres encontrar uno que te defienda, búscatelo: Yo he decidido que se lleve este asunto sin engaños de ninguna clase.

Ca.— Maldición, a qué voy a buscar un defensor después de haber perdido el proceso. Verdaderamente, se necesita tener mala suerte *** desgraciado de mí, no haber mirado y remirado cien veces a mi alrededor luego que divisé la maleta; el muy bribón, entre los mirtos aquellos, desde allí estuvo al acecho, lo tengo tan seguro como que estoy aquí ahora mismo; me he quedado sin la presa que había capturado, si no tomo a mi vez una determinación digna de mí. Aquí me quedo de plantón y estaré a la mira por si veo a algún amigo.

DINIA, NICODEMO, CACISTO

DI.— Verdaderamente que no son pocas las desgracias que me has contado, ése es el motivo por el que te he hecho dejar el trabajo, que me daba pena de ti.

CA.— Ése es el joven al que la tempestad del mar *** Ya había oído yo *** y qué prisa se ha dado para coger un trabajo. Desde luego que no ha parado después que *** Milagro si no es que *** Me ha contado la cosa; un joven esclavo *** No creo que haya habido ni habrá jamás una persona con más apuros.

DI.— No digas eso; mira, la mina de plata que me pediste prestada a réditos, ahora mismo te la traigo, pero no tienes que darme intereses.

NI.— Los dioses te devuelvan sano y salvo a tu hijo en pago de que me das la posibilidad de que viva viéndome privado de todo. Pero no exijo que no me cobres los réditos.

DI.— No está bien el cobrarle intereses a una persona necesitada; sólo, no dejes de devolverme el préstamo en el plazo prometido.

NI.— Hasta que te lo haya pagado ***[4]

FRAGMENTOS VII-XIX

VII CA.— Allí donde pescaba di con el arpón en una maleta.

---

[4] Aquí termina el ms. A. A continuación van los fragmentos conservados por los gramáticos.

VIII Un esclavo desconocido saltó de entre unos mirtos.

IX En resumen, que nos pusimos buenos de pelear.

X Ahora hemos depositado la maleta ante un árbitro.

XI Hay una concha encima. NI.— Pero yo diré cuál es la contraseña.

XII As.— Hazlo meter a éste en un saco de cuero y tíralo en alta mar, si es que quieres ofrecer a los peces una buena merienda.

XIII Ca.— Prefiero ponerle atado en una barquilla para que esté pescando siempre, también cuando haya una buena tempestad.

XIV La contraseña estaba bien clara; he comprobado el anillo de éste.

XV Antes preferiría la muerte de los míos que no verlos mendigar, que del que muere se compadecen los buenos, del que mendiga hacen burla los malos.

XVI Ahora el esclavo le sacará el dinero al padre.

XVII (Ni.—) No, sino el hecho de que ésta es nuestra patria y éste es mi padre y aquél es el padre de Soterine.

XVIII Porque según lo que yo sé, las leonas no paren más que una vez.

XIX En cuanto que veía un piojo, se hacía con todos.



FRAGMENTOS

FRAGMENTOS DE COMEDIAS QUE NO ESTÁN EN EL CANON VARRONIANO [1]

Acaristión
(Acharistio)

I A la que traidoramente he producido tantos daños económicos.

II Pan y polenta, vino, vino mirrado.

El esclavo por deudas
(Addictus)

Yo prefiero trabajar a dormir; el sopor me da miedo.

[1] Para los problemas relacionados con los fragmentos pueden consultarse las amplias notas de G. AUGELLO en el tomo III de la edición italiana bilingüe de la obra de Plauto.

El campesino
(Agroecus)

En los brazos tengo la fuerza de un lobo, pero la rabadilla la tengo derrengada.

Artemón
(Artemo)

I Ahora puedo hablar lo que quiera, no queda ya nadie aquí.

II Hubiera producido náuseas hasta a un mulero.

III Ronquera.

La jamuga
(Astraba)

I Sígueme sin apartarte un punto de mí, Polibadisco: estoy deseando realizar mis esperanzas.

Po.— Y tanto que te sigo, que nada será para mí de más gusto que, conseguir a la que es objeto de las mías.

II Las mujeres gastosas les hacen a los maridos la vida cara aún estando barata.

III Como un cigoñal o una maza de moler grano vas para arriba y para abajo por un camino llano.

IV Que le traspasen bien traspasado y añadid unos ganchos.

V Taladras como una barrena.

VI Largarse a toda prisa de estos lugares.

VII Granzas.

La bacaria
(Bacaria)

PARÁSITO.— ¿Ha habido jamás mortal alguno tan afortunado como un servidor ahora, cuando se me trae toda esta caravana para mi estómago? O mira este esturión, escondido para mí hasta este momento en el mar y al que con mis dientes y mis manos voy ahora a esconder en un nuevo escondrijo.

La beocia
(Boeotia)

I PARÁSITO.— Los dioses confundan al que inventó las horas y al que se le ocurrió poner aquí un reloj de sol, desgraciado de mí, que me ha hecho pedazos el día. Porque cuando yo era chico, era el estómago mi reloj, y un reloj sin comparación mejor y más exacto que todos esos; cuando él te avisaba, comías, aparte de si no había de qué; pero ahora no se come lo que hay, como no sea que le dé al sol la gana. Y así la ciudad está llena de relojes y la mayor parte de la población se arrastra enflaquecida por el hambre.

II En cuanto que el pregonero había anunciado el mediodía.

El ciego o *Los ladrones* (*Caecus* o *Praedones*)

I Todo estaba hecho con arte, todo colocado en su lugar; oro, marfil, plata, púrpura, pinturas, pieles, estatuas.

II No conseguirás jamás llevártela en contra de mi voluntad.

III He contemplado unos juegos fantásticos y espléndidos.

IV Querría tener más del doble de lo que se extiende su finca.

V Los ladrones son así, no perdonan a nadie.

VI Está en el extranjero.

VII A.— Yo querría que hicieras de árbitro en este asunto.

B.— Con toda mi alma; si se quitan de en medio los enemigos, es como si se retiran piedras.

VIII Si no confiesa abiertamente donde está el oro, le haremos pedazos los miembros con una sierra.

IX No he hecho ninguna cosa que no debiera.

X A.— ¿Quién eres tú el que me guías?

B.— Mu.

A.— ¡Ay, Hércules, estoy perdido, es un africano!.

El zapato (*Calceolus*)

Dijo que encima de su tejado colgaban las ramas de un nogal mollar.

La comedia del carbón
(Carbonaria)

I Yo jamón, tetilla, costillas, chicharrones, corteza, papada de cerdo.

II Que lleve el virote al cuello por la ciudad y luego que se le crucifique.

III He escondido el oro detrás del altar mismo.

†*Cesistio*†

Para los dioses es el lomo o las vísceras obscenas sacadas del lomo.

El adulador
(Colax)

I Yo tenía una copa de oro de ocho libras, no la quiso aceptar.

II Los que después de hacer una promesa solemne engañan a quien se fió de ellos, esos falaces aduladores que son los más allegados a su rey y una cosa es lo que le dicen y otra lo que piensan en su interior.

III Si me invitas hoy, no ***

IV Obligación.

Muriendo juntos
(Commorientes)

Me voy a tirar de cabeza a un pozo.

El anillo
(Condalium)

I Al crepúsculo, cómo aman. Encended las lámparas.
II ¡Oh!

La corneja
(Cornicula)

I ¿A qué esperamos para hacer nuestro espectáculo si ya está aquí nuestro circo?

II Que ha estado diez años al servicio del rey Demetrio.

III Este combate nos ha salido magnífico, espléndido.

IV Que Laverna[2] me conceda unas manos rápidas en mis robos.

V Los que aman a mi esclava Fidulio como a las niñas de sus ojos.

VI Yo te suplico, Lido, mi libertad[3], mi camarada, mi salvación.

VII Llena la casa de los perfumes de la Arabia.

---

[2] Cf. nota a *Aulularia* 445.

[3] El texto latino pone *pilleum meum;* el *pilleus* era señal de la libertad (cf. nota a *Amphitruo* 462).

El gruñón
(Dyscolus)

Yo no soy casada, no sé aún hablar como una que lo es.

La usurera
(Faeneratrix)

I ¡Eh tú! Eso que se dice que dijo un liberto a su patrona en Italia, eso mismo te digo yo a ti: 'Viva la libertad, Papiria, anda y que te den de palos.

II No voy a dejar títere con cabeza.

El brazo de mar
(Fretum)

Ahora pasa aquí como en eso del oráculo de Arezzo en los Festivales Magnos: si no lo hago, ay de mí, si lo hago, seré apaleado.

La Frivolaria
(Frivolaria)

I Vamos a hablar a placer.

II Él era para mí como una bilis, una hidropesía, tos con escalofríos.

III ¡Hale, venid por aquí conmigo, legiones de Laverna!

IV A.— ¿Dónde están los escaramuzadores?

B.— ¡Presentes!

A.— ¿Y los soldados de la reserva?

C.— ¡Aquí!

V Hale pues, quedaos de reserva, como hacen los triarios.

VI Lo que hagas, debes hacerlo con entereza y no dejar que se burlen de ti.

VII Y dejaré atrás con mis pláticas a todas las plañideras del mundo.

VIII Entonces empezaban a crecerle las tetitas como dos hermanitos, que digo, como dos hermanitas. ¿Para qué más?

IX *** con carne de cordero *** con lomos.

X ¡Oh Cefalión, tú el mejor de mis amigos!

Los esclavos fugitivos
(Fugitivi)

A.— *** Mira, fíjate qué cardenales tan grandes.

B.— Sí, ya los veo ¿y qué?

El huertecillo
(Hortulus)

Que esté allí el pregonero; que la venta se haga al precio que sea, con la corona puesta.

Los dos rufianes
(Lenones gemini)

Le duele a este joven esclavo el que se le lleve a ser vendido.

Lipargo
(Lipargus)

No me gusta a mí una abejorro en la colmena, que se traga la comida de las abejas.

La comedia del calabozo
(Nervolaria)

I Al instante he dejado bien rapado al viejo con el rapador.

II Y me impiden otros menesteres ¿cómo voy a cumplir los míos?

III Podemos conseguir la libertad rapidísimamente.

IV Un enamorado no puede cesar con sus dádivas.

V Un vino ligerísimo.

VI Los dos están locamente enamorados.

VII Pendonas, cojitrancas, rastreras, sucias.

El comilón
(Phagus)

(Parásito).— No se tiene en nada la olla podrida, los jamones, la papada.

El parásito médico
(Parasitus medicus)

100 I Desde mi atalaya guardaba la capa, no le quitaba ojo.

II El queso se puede raer con varas.

III Añadid lapas, erizos de mar, ostras.

IV He dejado en casa una muchacha solterona.

El parásito perezoso
(Parasitus piger)

I Luego, después de haber bebido a placer al comenzar el crepúsculo.

105 II Me dirigí a casa por un atajo a la derecha.

III Los dos somos gente de prestigio, de postín, pero en fin de cuentas no valemos una perra.

El collar
(Plocinus)

Tiene la frente coloreada, es menudo, blandengue.

El harto
(Saturio)

I (Plauto dice en su comedia *Saturio* que los romanos comían carne de perro).

II Una vez que se ha puesto en marcha, no se le puede hacer volver.

III 'Veo que has tenido mala suerte'. Estaba más pelado que un riñón.

IV Búscate un sustituto que te divierta en casa.

El figurante
(Schematicus)

Tu padre no se ha besuqueado todavía con ella.

El limpiacacharros
(Sitellitergus)

I Es una mujer, se ha puesto a hacer de las suyas, yo la conozco, me sé lo presumida que es.

II *** me va atraer niños anormales, un hijo patizambo o con las piernas arqueadas o zanquituerto o bizco o con los dientes para fuera.

Los tres mellizos
(Trigemini)

Si no me hubiera dado a la fuga, seguro que habría emprendido a muerdos conmigo.

Fragmentos de procedencia desconocida

I El fumífico Epeo[4], que tiene preparada la comida para nuestra legión.

[4] El constructor del caballo de Troya (cf. Varrón, *Lengua Latina* VII 38: «por aquel Epeo que se dice que junto a Troya hizo el caballo de Troya y se cuidó de la comida de los argivos»).

II No me importa un pelo que lo quiera denso.

III Le chilla de una forma insoportable a todos los esclavos.

IV Podéis salir corriendo.

V Se te ha puesto la piel tan encallecida como te mereces.

VI ¡Los dioses nos protejan! Aquí tienes la bolsa; debe de contener treinta minas.

VII Yo creo que no hay nada en el mundo más rápido que la fama.

VIII Eres un necio a pesar de tu edad y tus canas.

IX Examina tus propósitos en tu corazón.

X ¿Me engañan quizá mis ojos? ¿No es éste nuestro Hermión?

XI Ha tenido que dejar el ejército.

XII Estás continuamente merodeándome, como el castor bajo el sauce.

XIII ¿Te da alguna vez fiebre?

XIV Me importa un comino si ha sido propuesta o no la ley sobre las dádivas y sobre los rufianes.

XV Capturado traidoramente pone a prueba su cuello encadenado.

XVI Veo en las fuentes de estaño salazones, buen pescadito brillante, *** rellenas, frutos de mar de criadero.

XVII ¿No te conozco yo, escribano de navío, sinvergüenza que no te mereces más que la horca?

XVIII Si no eres más que listo, no te bastará la listeza para arramblar con lo que sea.

XIX Tanto te da lo sagrado como lo profano.

XX ***

XXI ***

XXII Llena de llagas, con grillos en los pies, estigmatizada, puerca.

XXIII Panza de cerdo...morcilla de vientre... después de bien harto, bebería.

XXIV Le mandaba vino mirrado de calidad.

XXV (Plauto adjudica la tutela de los jardines a Venus, según PLINIO, *Hist. Nat* XIX 50).

XXVI ¿Qué es esto? la capa hace arrugas; no estoy vestido como corresponde.

XXVII Tú, Davo, sal, venga, riega el suelo, quiero que esté el vestíbulo limpio. Está al llegar nuestra Venus, que no haya polvo.

XXVIII La mejor advertencia del peligro se manifiesta en el propio pellejo.

XXIX Sílice, Licisco, Sosión, Estico, Parmenón, salid aquí fuera trayendo sendos palos en la mano.

XXX (Plauto dice que las cosas dulces no son buenas para el bazo inflamado)[5].

XXXI Enjambres de lirones.

XXXII ¿A qué andas ahí relatando para tus adentros y atormentándote?

XXXIII Eres más liviano que una araña acuática.

XXXIV Espadachín, no te atreves a rechinar los dientes.

XXXV Haz con que eres mi enemigo hasta que yo vuelva.

XXXVI Si es que hay alguna asamblea donde no se le ha ocurrido aún bostezar.

XXXVII Yo seré vendido allí.

XXXVIII Dirijamos nuestra plegaria al vino, que es el dios que está aquí en persona.

XXXIX Dádselo a mi padre.

XL Éste es mi pesebre.

---

[5] Cf. Q. SERENO SAMÓNICO, *Liber medicinalis* 425.

XLI Yo cuando estoy a la mesa no hablo de política ni protesto contra las leyes.

XLII Y te voy a pisotear como hacen las cerdas con sus crías.

XLIII He comenzado a decir estas palabras.

XLIV Daos prisa a preparar el almuerzo.

XLV Voy a dejarte el cuerpo bien marcado con varas de olmo.

XLVI Esta mujer es pobre.

XLVII Es un ave que se da muerte ella a sí misma.

XLVIII Te voy a hacer purificar como a un poseso.

XLIX El campamento de los cartagineses.

L Te voy a disipar de un soplo como a hojas de fárfara.

LI Tiene los ojos tiernos.

LII La enfermedad llamada *patagus* se cura con bronce.

LIII Que se porta así con sus hijas.

LIV Tú que eras antes un pescador tan bueno.

LV La *linna* es un manto de tejido galo.

LVI Si es que estás dispuesto a hacer algo, arremángate la capa y adelante con la mayor rapidez de que sean capaces tus piernas.

LVII Toda mi compasión se ha reducido a la nada a fuerza de cocer en pucheros de bronce.

LVIII Quizá sospechas que estás enamorado.

LIX Llevaos el dinero de aquí.

Vocablos

Hacha para los sacrificios; podrías añadir; hasta la extrema vejez; hecho a la perfección; de bronce; igualmente; macuto; de otro modo; anginas producidas por el vino; merendera; ásperamente; belleza(?); bonitamente; de dos nom-

bres; vagabundos; amabilidades; paparruchas; custodia; cuñada; me doy por vencido; ir cortando el mar(?)[6]; los divanes colocados a lo largo; pederástica *(la mano derecha);* mancillar; escabel; cena.

Fragmentos dudosos e inseguros

I La lluvia del amor con sus grandes gotas no sólo me mojó el vestido, sino que me penetró hasta la médula de los huesos.

II Se quitó el gorro que tenía y lo tiró al aire.

III Yo no vengo a la ciudad más que cuando la procesión del peplo.

IV Me importa un comino lo que hagas.

V Me sacas el arquilla con los dijes.

VI (Plauto *** presenta a un enamorado que está entre otros muchos y dice que está solo).

VII Que se muestra tímido en cuanto a otras esperanzas.

Vocablos dudosos e inseguros

Cocinar continuamente; pacotilla; Hannibal; Asdrúbal; Hamílcar; acordándose; resonar; la más interior.

---

[6] O «el mar baña» (?).

ÍNDICE GENERAL